



MALENKA RAMOS

EL QUE SUSURRA

NO DEJES QUE ÉL CONOZCA TU MIEDO

B

D.J.57

EL QUE SUSURRA

MALENKA RAMOS



SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Aquellos que nunca conocieron la sangre derramada, que separen el odio del amor y reconstruyan las viejas catedrales de la dicha...

VICTORIANO CRÉMER

PRIMERA PARTE

«HOLA»

Eran las tres de la mañana cuando el reloj de pie del pasillo se paró. Eran las tres de la mañana y la pequeña Penny se moría. Su madre entró en la habitación hecha un alboroto de tafetán negro y de perlas, se derrumbó a los pies de la cama y golpeó la colcha llorando desconsoladamente, y, con el puño en alto, se lamentó de sí misma y suplicó a Dios que también se la llevara a ella

Elisabeth vio a sus dos tías correr por el pasillo y cerrar la puerta de la habitación de su hermana. Oyó los gritos de desesperación, los sollozos y la voz de su madre maldiciendo su infortunio y su vida. No pudo apenas moverse. Se aferró a su camisón de algodón, apretó con los dedos la fina tela y miró sus pies descalzos sobre la madera del suelo. Penny había muerto. Su pequeña y enfermiza hermana dejaba de luchar a las tres de la mañana, después de un mes de fiebre infernal, delirios y pesadillas nocturnas mientras aquella infección la iba devorando por dentro; los mejores médicos de la ciudad habían intentado buscar un remedio y su madre, presa de la desesperación, había acudido cada día a la iglesia con la intención, según decía, de que Dios la escuchara y se apiadara de aquel horrible destino que se veía venir que ocurriría en cualquier momento.

Pero Dios no ayudó a su hermana aquella noche. Ni siquiera a su madre, cuando sus dos hermanas, la tía Carlota y Amelia, la sacaron a rastras al tiempo que ella se agarraba al piecero de la cama, gritando desesperadamente que la dejaran un poco más con su hija. El hombre de la funeraria no había tardado ni media hora en llegar. Sus tías la habían intentado meter en la habitación casi a empujones, pero no lograron impedir que Elisabeth viera el cuerpo enjuto y sin vida de Penny sobre la cama o a su madre desquiciada y en volandas por el

pasillo, sujetándose a la balaustrada con la única intención de no alejarse de su pequeña hija muerta.

Sabía que su hermana iba a morir. Quizá estaba incluso más preparada que su madre para lo que vendría después. Pero no fue eso lo que la asustó. Lo que realmente la rompió por dentro fue ver a su madre. Esta había demostrado una serenidad exquisita durante toda su vida, siempre con aquel gesto frío y elegante que la calmaba al preguntarle: «¿Penny está mejor?». Siempre contestaba que mejoraba, que mejoraría más y que no debía preocuparse, que todo saldría bien. De hecho, cuando vio a su madre al borde de la locura, sujetándose al pasamanos con las uñas clavadas en la madera de cerezo, fue la primera vez en toda su vida que la vio llorar. Eso había aterrado a Elisabeth, le había encogido el corazón de tal manera que incluso le resultó difícil respirar. Su madre, siempre digna, era un manojo de rizos negros desparramados por la cara. Su vestido de tafetán se rompió por la manga cuando la tía Carlota tiró de ella, que lloraba, lloraba desconsoladamente y repetía una y otra vez:

—¡Él lo sabía! ¡Desde el día que nació lo sabía, Carlota! ¡Tú le viste! ¡Tú le viste tan bien como yo al lado de su cuna!

Elisabeth no entendió aquella frase. Una de sus tías la llevó a la habitación y fue en ese momento cuando advirtió el titilar del collar de perlas de su madre; lo vio desparramarse por el suelo, escaleras abajo, y esparcirse por todos los rincones del piso inferior. Aquella joya era un tesoro para su madre, pero ni siquiera le importó que se rompiera y que sus preciadas perlas se desperdigaran por toda la casa y desaparecieran escaleras abajo en dirección al salón. Elisabeth se quedó observando el gesto congestionado de su tía Amelia. Esta cerró la puerta con brusquedad ahogando torpemente el revuelo del pasillo y se balanceó sobre sus pies como si estuviera a punto de perder el conocimiento.

—¡Oh, Elisabeth, esto es horrible, pequeña mía! —clamó Amelia. Se dejó caer en la cama, tiró de su brazo y la sentó a su lado—. ¡Horrible! —sollozó.

Elisabeth todavía veía a su madre. Veía las perlas deslizándose por las escaleras.

—Tengo que recoger sus perlas —murmuró para sí—. Ella no tiene otro collar como ese. Fue un regalo de papá.

—¡Tu hermana! —exclamó su tía llevándose las manos a la cara—. ¡Penny! ¡Oh, Dios mío! ¿Por qué? ¡Tenía solo doce años! ¡Doce años!

Aquella noche duró una eternidad. Amelia se quedó con ella hasta que consiguió conciliar el sueño, pero Elisabeth no lloró, y no porque no sufriera por su hermana, ni por la imagen dantesca de su madre con la ropa rasgada, sino porque no podía. Sin más. A la mañana siguiente la casa se llenó de gente. Familiares lejanos y amigos, gente a la que apenas conocía, velaban el cuerpo de su hermana, lloraban en silencio y consolaban a su madre, que estaba bajo el efecto de las pastillas que el doctor Foster, horas antes, le había obligado a tomar. Ahora se balanceaba en la silla, pegada al féretro de Penny, daba la mano a todo aquel que se acercara a ella y luego se enjugaba las lágrimas con un pañuelo de seda blanco. Parecía hablar entre dientes, con la mirada perdida más allá de las sillas dispuestas para los invitados, sin apenas prestar atención a Elisabeth, que, sentada entre sus tías en un rincón, también recibía el pésame, una caricia en la mejilla, un gesto de suma tristeza o un saludo ahogado.

—Eres una niña muy fuerte —le susurró Carlota—. Te estás portando como una mujer adulta y tu madre, aunque no lo creas, se está dando cuenta de todo, tesoro mío.

—Tía, ¿y el collar de mamá?

—No te preocupes por eso, ya lo hemos recogido. Paul Coure, el joyero, se lo reparará tan pronto termine todo esto.

El reverendo Robert, de la iglesia de Point Spirit, fue el primero en saludarla. Se inclinó compungido y le palmoteó suavemente la rodilla, con un gesto amable en un rostro cubierto por un manto de tristeza y compasión. Alan Foster también

estaba allí, junto a su madre y su tía. Elisabeth lo reconoció por el abrigo negro y la bonita bufanda de colores que solía llevar siempre que hacía frío. Vivía justo al lado y, cuando la enfermedad de Penny superó los límites que aquel hombre podía sobrellevar, pasó a ser el consuelo de su madre sin abandonar, no obstante, su papel de médico. Controlaba los latidos de Penny, la tensión, los grados de temperatura de su cuerpo y la ingestión de líquidos para que no se deshidratase.

—¿Cómo estás, pequeña mía? —inquirió Alan agachándose frente a ella—. Sabrás que puedes contar conmigo, ¿verdad?

—Gracias, Alan. Estoy bien.

—Robert... —El doctor dio la mano al reverendo y volvió a fijar la vista en Elisabeth—. Veo que han venido muchos familiares de tu difunto padre y casi todos tus vecinos —prosiguió con amabilidad—. Debes ser fuerte, Elisabeth. Recuerda todo lo que hablamos. ¿Lo harás?

Aquel hombre era quizá lo más parecido a un padre para ella. Apenas recordaría al suyo si no fuera por los pequeños retratos que su madre limpiaba y arreglaba encarecidamente cada domingo y que reposaban lustrosos sobre la chimenea.

—Lo haré —susurró azorada.

—Sabes que nos tienes para lo que necesites —dijo el reverendo—. Cualquier cosa de la que quieras hablar, si te sientes triste... Todo, Eli.

Elisabeth sonrió.

—Estoy bien, reverendo —respondió con suma tristeza. Se frotó la nariz y sus ojos se empañaron de lágrimas—. Lo peor han sido estos últimos días. Mamá está destrozada.

Ambos hombres se miraron afligidos. Al instante Alan apoyó la mano sobre el hombro de la joven.

—Hija —interrumpió Amelia—, ve a besar a tu madre. Abrázala. Ahora está sola y te necesita, Elisabeth.

Alan la besó en la frente y observó a la niña avanzar hacia el otro lado de la habitación. Su madre, al verla, alzó la mirada y esbozó una sonrisa cansada y

algo forzada. Tenía la sensación de que se compadecía de ella, de que bajo todas aquellas pastillas y aquel tormento se daba cuenta de que ella era solo una niña que también lo estaba pasando mal.

—Mamá, te quiero.

Se aferró a ella con fuerza y su madre la estrechó contra su pecho. Sintió sus cálidos labios en la mejilla. Estaban mojados por las lágrimas y empaparon su piel mientras se apretaba contra ella.

—¿Tú lo viste, hija mía? —Su voz sonaba desgarradora—. ¿Lo viste alguna vez? Dime...

Elisabeth frunció el ceño y negó suavemente con la cabeza. Su madre tiró de su brazo y la hizo inclinarse hacia ella.

—¡Dímelo, hija!

—Mamá, no te entiendo...

—¡Dime si lo has visto! Te prometo que no me enfadaré, pero dime si lo has visto. —Se pasó el pañuelo por los ojos y le clavó los dedos en la carne de su brazo—. Elisabeth, es muy importante para mí.

—Mamá, no te entiendo. ¿A quién?

Su madre oprimió los labios hasta formar una línea recta y tensó las mandíbulas en un gesto de crispación. Su belleza era aún mayor cuando mostraba un rictus de sufrimiento.

—Al que susurra... ¿Lo has visto? ¡Dímelo!

Elisabeth pensó que su madre se estaba volviendo loca. Su tía Amelia pareció percatarse de lo que sucedía cuando su hermana tiró una vez más del brazo de su hija. La gente del pueblo y todos los familiares estaban demasiado apartados para escuchar lo que sucedía; sin embargo, Alan y el reverendo se giraron nada más oír aquel lamento que brotaba de la garganta de Mary Anne, como si fuera un susurro rasgado por un dolor que la mantenía presa y desesperada.

—No entiendo lo que quieres decirme, mamá. Yo no he visto a nadie. —Estaba a punto de romper a llorar—. No estás bien...

—¡Oh, Dios mío! —balbuceó—. Prométeme que me lo dirás. Prométeme que

si lo ves no le harás caso. ¡La culpa es mía! —gritó, y después de ello sus tías se levantaron y corrieron hacia ellas—. ¡Prométeme que no dejarás que te engañe como lo hizo conmigo!

—¡Alan! —gritó Carlota desesperada—. ¡Ya está bien, Mary Anne!

Amelia la apartó de su madre con un gesto de suma congoja y se inclinó para besarla y abrazarla. Ella se balanceaba y lloraba desgarradoramente diciendo:

—La culpa es nuestra, la culpa es nuestra. No dejes que la vea. No dejes que se la lleve a ella también. No lo permitas, Amelia, no permitas que ese demonio la engañe. Es mi única hija ahora. ¡Mi única hija!

Aquello fue demasiado para Elisabeth, que corrió escaleras arriba, se encerró en su cuarto y echó la llave para que nadie la molestara. Se quedó dormida durante horas y, cuando despertó, ya era de noche. Todavía se oía el gentío en la planta de abajo. A través de la ventana seguía yendo y viniendo gente para dar el pésame a su madre. Los coches se apelotonaban en la entrada de la casa y había vecinos formando grupos en el porche. Tuvo la sensación de que los sauces del jardín estaban inmóviles. Sus ramas parecían gravitar sobre el aire, al menos esa fue la sensación que tuvo, cosa extraña, pues los vestidos de luto de las mujeres que surcaban el camino revoloteaban por la brisa. Entornó los ojos y sintió ganas de llorar. El columpio de madera pendía rígido y envarado sobre la hierba. Recordó lo mucho que a Penny le gustaba balancearse en él.

—¡Canta, Elisabeth! ¡Canta y empújame! —sonó en su mente.

—*Por el camino de piedras, baila la reina. Ella y su traje de fiesta, baila la reina. Tiene un precioso cepillo, de finas perlas. Por el camino de piedras, baila la reina.*

La belleza de las cosas había cambiado. Los lirios de tallos rectos y largos que rodeaban el jardín se mantenían inmóviles. Todos los veranos crecían de una forma exuberante y se erguían, rodeados de follaje y margaritas africanas, tras el columpio de madera y el sauce de copa globosa. Todo había cambiado para ella aquella noche. La casa rezumaba tristeza allá donde mirara.

Sí, Penny había muerto. A las tres de la mañana. Cuando todo comenzó.

Catherine Woods era lo que podía llamarse una echadora de cartas reputada, una mujer que a sus setenta y dos años todavía mantenía su mente lúcida y su pequeño negocio funcionando medianamente bien. No es que se hiciera rica echando las cartas a sus vecinos o vendiendo figuritas de santos y oraciones curativas, pero al menos esto le permitía vivir de manera cómoda, mantener su pequeña casita, comprar lo que necesitaba e incluso pagarse su seguro médico sin problema, algo que realmente le había preocupado toda su vida.

Catherine era irlandesa, aunque llevaba más de cincuenta años viviendo en el Nuevo Mundo, como su abuelo siempre solía decir. Había estudiado Filosofía y Letras, viajado por todo el mundo y, tras fallecer su marido, se asentó allí, en Point Spirit. Un lugar tranquilo, grande, lleno de tiendas y con gente agradable que aceptaba sus creencias e incluso le pedían ayuda de vez en cuando.

Siempre que sus regordetas piernas se lo permitían, se acercaba a la iglesia a rezar. Le gustaba peinarse el cabello con aquel cepillo que su madre le había regalado siendo apenas una niña. Tenía incrustaciones de madreperla, las púas eran blanditas y no daba tirones. Nunca nadie le había regalado un cepillo igual. Realmente, nunca nadie le había hecho un regalo tan bonito, si se ponía a pensar. Tampoco le importaba, era una anciana, qué duda cabía; pero a Catherine no le gustaba dar lástima, era independiente, decidida, solía calzarse sus botas de cordones verde oliva, se ponía su mejor vestido y allá se iba dando pequeños pasitos, a veces sujetada por un bastón, cuando su circulación le provocaba calambres en las piernas o estaba demasiado cansada para llegar a tiempo al servicio de las doce. Unas veces llevaba su pelo blanco formando un moño en lo

alto de la cabeza y otras optaba por llevarlo suelto con un bonito sombrero a juego con su vestido.

Pero aquella mañana era extraña, perturbadora quizá, si se paraba a meditar sus sensaciones. Catherine se había despertado varias veces por la noche sobresaltada por algo, su corazón latía aceleradamente y un sudor frío recorría cada centímetro de su cuerpo. ¿Acaso las pesadillas eran algo que nunca recordaría? Más de una vez, en mitad de la noche, arropada por su grueso edredón de plumas, había sentido aquel sonido sibilante, como si alguien estuviera observándola en algún rincón de su habitación, como si algo que no pudiera ver se mantuviese quieto, expectante. Se vio tentada a llamar a Lorraine varias veces, aunque luego lo descartó por temor a asustarla. Lorraine solía ayudarla en su pequeña consulta: anotaba las citas, atendía a los vecinos y era la encargada de preparar los santos y las figuras religiosas en sus cajitas de cartón. Ella recibía los pedidos, revisaba las facturas, hacía encargos por catálogo a través de internet y muchas más cosas que Catherine consideraba demasiado modernas y complicadas, pero su amiga siempre le recordaba que las ventas online eran el futuro. Lorraine tenía veinte años menos que ella pero, como era viuda y tenía una buena pensión, mataba el tiempo con aquel trabajo, y para ser sinceros lo hacía realmente bien.

Todos esos pensamientos aleatorios le pasaron por la cabeza mientras tomaba su té sentada en la mecedora del pequeño porche de madera. Veía pasar coches y más coches. La gente estaba muy nerviosa aquella mañana, y no era para menos. Ella sabía que la niña de las Morelli había muerto hacía varios días, porque Tommy, el ayudante del sheriff, se lo había contado al pasar por delante de su casa. Asistió a la misa que el reverendo Robert Marcuso celebró por la pequeña y participó en la reunión que el alcalde organizó en el ayuntamiento para hacer una colecta y llenar la casa de las hermanas Morelli de bonitas flores y coronas. Luego estaban las preguntas apabullantes: «Catherine, tú tienes que saber algo. Eres vidente»; «¿Qué te han dicho las cartas?»; «¿Crees que podría salvarse, que puede ocurrir un milagro?».

Como si fuera tan sencillo. Ella no decidía qué ver y aún menos podía curar leucemias. Solo echaba las cartas y estas le hablaban, sin más. Interpretaba la baraja cuando un vecino precisaba un poquito de ayuda, pero no le gustaba mentir o exaltar su poder. No era una bruja, ni poseía ningún poder de clarividencia o adivinatorio. Solo eran eso, cartas...

Ahora, a solas en su pequeño porche de madera de pino, contemplaba las pequeñas casas y la lustrosa torre de la iglesia tras ellas; sin embargo, tenía que reconocer que hacía un frío fuera de lo normal y que su chaqueta de algodón la protegía más bien poco ante aquel día tan gélido. Arrastró los pies enfundados en unas zapatillas abotinadas y entró en casa. Durante unos segundos se mantuvo en silencio observando el saloncito, el pequeño transistor sobre la televisión, los cojines bordados con ganchillo y todos los cuadros que pendían de las paredes. El calor del hogar empezó a entrar en su cuerpo. Contempló la chimenea y los pequeños montoncitos de madera apilados y preparados para la noche. Oía a lavanda. Sobre la pequeña mesita auxiliar, varios portarretratos se apelotonaban haciéndose sitio. Había una imagen preciosa de ella y Lorraine sentadas en el jardín de atrás, sobre el balancín. Cogió el retrato con las dos manos y pasó la yema del dedo por la imagen de su amiga. Lorraine siempre llevaba el pelo suelto, una media melena color avellana que solía peinar hacia un lado y de la cual se sentía muy orgullosa. Tenía el rostro ovalado, las mejillas sonrosadas por los polvos de colores y siempre se pintaba los labios de color rojo. ¿Hacía cuánto tiempo que no veía a Lorraine? Nunca pasaban más de dos días sin que se vieran y, sin darse cuenta, se encontró marcando su número de teléfono, con el marco de fotos en la mano y una sensación de congoja que jamás había sentido en toda su vida. Nadie contestó. ¿Estaría enferma? Tenía que vestirse y acercarse a su casa.

Llegó allí pasadas las doce del mediodía. La casa de Lorraine estaba a tan solo una manzana, pero para Catherine aquella distancia era como atravesar el bosque

en mitad de una nevada. Aquella mañana le dolían las piernas más de lo habitual y ni siquiera el bastón disminuía los calambres. Subió los tres peldaños del porche aferrada a la barandilla de madera y llamó a la puerta varias veces sin recibir respuesta alguna. Recordó la llave que Lorraine siempre escondía bajo uno de los maceteros más próximos a la puerta, la que alguna vez tuvieron que usar cuando perdió las suyas, o cuando Lorraine se ausentaba varios días para visitar a su hermana en Toronto y tenía que pasar a regarle las plantas. Escrutó el interior por la ventana más cercana a través de la tela traslúcida de los visillos. El dormitorio de su amiga estaba casi enfrente de la puerta e intentaba vislumbrar alguna luz en su interior, alguna señal de que Lorraine estuviera enferma y durmiendo. Nada. Entonces con gran esfuerzo se agachó hasta el macetero de la izquierda y tomó la llave, se enjugó la frente con un pañuelo de hilo y entró en la casa. Un intenso calor se apoderó de ella nada más cruzar la puerta. Parecía que la calefacción se hubiera mantenido encendida varios días seguidos, resultaba casi insoportable el cambio de temperatura.

—¿Lorraine? —dijo arrastrando los pies hacia el salón—. ¿Estás en casa? He llamado a la puerta, pero no contestabas. Soy yo, Catherine —anunció.

En una milésima de segundo su curiosidad se transformó en terror. La imagen se clavó en sus pupilas y el corazón comenzó a martillearle el pecho devastadoramente. El cuerpo de Lorraine colgaba de una de las vigas del techo, tenía los ojos muy abiertos, desorbitados, la cabeza ladeada y la boca abierta. Todavía llevaba puesto el camisón de flores verdes y una de sus zapatillas descansaba en el suelo mientras la otra seguía sujeta al pie derecho.

El pánico se apoderó de la anciana, que se quedó paralizada. Dio varios pasos hacia atrás y se golpeó la cabeza con una balda, lo que hizo que los libros que había sobre ella se desparramaran estruendosamente sobre la tarima de madera. Gritó despavorida, aterrada, horrorizada.

—¡Lorraine, por el amor de Dios! ¡Lorraine! —jadeó. Luego se llevó la mano a la boca y ahogó el llanto y el espanto que sentía.

Caminó hacia ella. Durante unos instantes creyó que el corazón le iba a fallar,

que le había llegado la hora. Sentía náuseas. Un dolor lacerante en el pecho le provocó un espasmo que la inclinó hacia delante.

—¡Oh, santo cielo! —gimoteó—. ¡Santo cielo, Jesucristo!

Las piernas rígidas y azuladas comenzaban a hincharse. Lorraine tenía sujeto en la mano derecha un lápiz de labios destapado de color rojo. ¿Qué era todo aquello? Catherine se mareó. Se aferró al borde del sofá y se trastabilló hacia atrás. Estaba a punto de desmayarse, a punto de perder el conocimiento. Era espantoso. Se dio la vuelta, vio su propio reflejo en el espejo del elegante aparador y creyó que se moría del susto.

—Pero... Dios mío...

Allí, sobre su propio reflejo pintado en color sangre, había escrita una palabra:

HOLA

3

En el mismo momento que Lorraine Owens era liberada del cable del teléfono y Catherine Woods estaba siendo atendida por los servicios sanitarios con un ataque de histeria, Jim Allen permanecía sentado en el porche de su casa bebiendo una cerveza y columpiándose en el balancín de metal. La mañana había sido realmente fructífera en cuanto a trabajo. Había escrito unas veinte páginas y estaba muy animado para continuar ese ritmo el resto del día. Oyó las sirenas a lo lejos y se preguntó qué habría pasado. Los últimos días no habían sido muy alegres en Point Spirit y, de algún modo, toda aquella situación, y el hecho de pensar en lo que estaban pasando aquellas tres mujeres tras la muerte de la niña, le afectaban. Tan solo llevaba dos meses en aquel pueblecito perdido de la mano de Dios, pero ya había sido suficiente. Eso era lo que le había prometido a Larry, su agente, antes de alquilar la cabaña, cuando este le había recriminado que no debía encerrarse —algo que era habitual en él—, como si fuera un ermitaño.

—La gente de los pueblos pequeños, Jim, es quisquillosa —le dijo—. No es que se metan en asuntos que no les incumben o juzguen a los demás, pero entiende que no puedes alquilar una casa en un pueblo de dos mil habitantes y no conocerlos, relacionarte un poco al menos, tú ya me entiendes. Ve al bar, habla con la gente, sé amable con ellos.

—Coño, Larry, voy a escribir una novela, no a hacer amigos.

Larry puso los ojos en blanco y negó con la cabeza.

—Ya lo sé, pero no estás en la maldita urbe. ¿Quieres tranquilidad? ¿Un cambio? Perfecto. Pero intenta no enclaustrarte como el tipo excéntrico de la gran ciudad, porque entonces les caerás mal, y vas a pasar allí más de seis meses.

Ellos no verán a un escritor de cuentos infantiles que desea crear una novela para adultos y necesita calma, Jim. Lo que verán será a un tipo estirado que se cree demasiado importante para hablar con los lugareños. Y a un forastero le pueden hacer la vida imposible si se lo proponen. Te lo aseguro, amigo, te lo aseguro.

Y eso era lo que se había propuesto durante las primeras semanas de su estancia en Point Spirit. Debía ir al pueblo, relacionarse con los vecinos más cercanos, que vieran a un hombre sencillo, gentil, condescendiente. Un tipo «guapete», como decía su abuela Margaret, que, aunque se inclinaba peligrosamente a la soledad más absoluta, sabía ser amistoso y esto no le resultaba un esfuerzo excesivo.

—Sigo sin entender por qué quieres irte al puto culo del mundo y no te quedas en San Francisco, Jim. Puedes escribir tu novela mientras sigues la gira publicitaria de *Las aventuras de Catrina*.

—Larry, quiero alejarme de todo, descansar de San Francisco y quedarme un tiempo en un sitio pequeño y tranquilo donde no me conozcan mucho.

Su agente lo miró unos instantes con los ojos entornados y luego esbozó una mueca de aceptación sobre su rostro regordete y cerúleo.

—Has vendido más de un millón de copias de los libros de Catrina. Si hay alguien en este estado que no tenga una hija con uno de tus cuentos, avísame, por favor. Yo mismo les enviaré la colección completa.

Larry solía desesperarlo cuando le hablaba de trabajo. Era como un pequeño y gordo depredador literario con muchas posibilidades de sufrir un infarto antes de los cincuenta. Lo estaba observando desde su «centro de operaciones» (su mesa de despacho) y no parecía muy convencido del todo, aunque lo aceptaba, qué remedio.

—Catrina se seguirá vendiendo, Larry —dijo Jim con aire melancólico—. Ya te he dicho que seguiré sacando dos o tres cuentos al año. No debes preocuparte por eso. Pero debes entender que no quiera pasarme la vida narrando las aventuras de una adolescente, por muy bien que me vayan las ventas. Necesito volver a mis novelas...

—Tú hazme un favor —le interrumpió—. Intenta no parecer un perverso.
Jim dejó escapar una sonora carcajada ante tal afirmación.

—Ríe, ríe, pero tienes treinta y siete años y estás soltero. Esas crías te ven como un dios y vas a un pueblo. Un tipo como tú, sin esposa conocida, con pinta de intelectual y que escribe cuentos para niñas, tiene todas las papeletas para parecer lo que no es. Intenta ser cauto.

—¿Me tomas el pelo? —Aún se reía cuando se dirigió hacia la puerta. Era sorprendente hasta qué punto Larry se volvía retorcido cuando se lo proponía.

—¡Llámame todas las semanas! —le gritó su agente mientras se aproximaba al ascensor—. ¡Por cierto, Jim, *Catrina y la casa encantada* ya va por la segunda edición!

«Maravilloso, Larry, pero me importa tres cojones», le habría dicho en aquel instante.

—¡Estupendo! —exclamó antes de que se cerrara la puerta del ascensor.

Los primeros días resultaron extenuantes para alguien como él, habituado a no caminar a menos que tuviera que huir de algo o de alguien. Primero recorrió todo el pueblo y se familiarizó con las cinco calles que desembocaban en la arteria principal de Point Spirit. Una de ellas daba directamente a la cervecería más concurrida de aquel lugar, El Ukelele, un rincón apartado del incesante rugir de la avenida a determinadas horas de la tarde y lo bastante grande y agradable para pasar alguna que otra hora muerta. En el centro del pueblo había una plaza bastante amplia con un parque y, frente a él, se elevaba el edificio de correos, la oficina del sheriff, una pequeña biblioteca, varias tiendas y una bonita cafetería llamada Coconut. Una calle más al norte surgían varios establecimientos más — una lavandería, dos comercios de artesanía y algún que otro restaurante sencillo — y, al final, la iglesia. Esta le había resultado realmente sorprendente. Un edificio blanco con el frontal en madera de ladrillo visto, con una torre central y cuatro columnas que soportaban y decoraban el tejadillo principal. A Jim le

sorprendió aquella construcción de cuento, rodeada de vegetación y árboles, cerrada con una verja de medio metro y con un pequeño caminito de losetas que invitaba a entrar. La primera vez que la vio se había quedado allí durante varios minutos observándola, analizando cada detalle de su arquitectura, tratando de disfrutar no solo de su belleza, sino de lo que representaba para él un lugar así... «Catrina podría casarse en una iglesia como esta», había pensado entonces. «Por ti, Catrina», murmuró dando un largo sorbo.

Dejó la cerveza sobre la mesa de teca y se inclinó sobre el mullido cojín del balancín. Hacía frío. Se frotó las manos y se subió la cremallera de la cazadora. Pensó que no sería mala idea hacer una visita de cortesía a esas tres mujeres cuando todo acabara. Era de sentido común, aunque llevara poco tiempo allí. Había coincidido con Carlota Morelli varias veces en el supermercado. Una mujer extraña sin duda, de mirada dura e indescifrable. Llevaba siempre el pelo recogido en un moño liso y perfecto, o una cola alta tan apretada que le hacía los ojos más grandes y amenazadores. Robert Marcuso, el reverendo, le había dicho que era la mayor de las tres hermanas, soltera a sus cuarenta y dos años. También estaba la otra hermana, la mediana; Amelia, creía recordar que se llamaba. Guapa, sin duda, y también morena como la madre de la niña fallecida. Sin embargo, esta última era extremadamente delgada y con el pelo muy largo y ondulado. Su casa no distaba mucho de la cabaña, dos calles más abajo, puede que incluso menos. Cuando salía por las noches a pasear o descendía la callejuela que serpenteaba hacia El Ukelele de Loretta, solía verla a través de las bonitas cortinas de la segunda planta.

—Son buenas mujeres con demasiada mala suerte —le había dicho Robert sentado frente a una cerveza en el bar de Loretta la noche anterior—. Mary Anne perdió a su marido cuando Penny tenía unos pocos meses de vida. Era piloto de acrobacias, un enamorado de los aviones. Victor era un buen esposo y un padre afectuoso y atento con sus hijas. Fue toda una desgracia.

—Se apellidaba Berry, ¿no?

—Berry el Temerario —respondió el reverendo sonriendo—. Viajaba a

menudo, pero solía estar fuera tres o cuatro días seguidos, como mucho. Cuando regresaba, siempre lo hacía cargado de regalos para las pequeñas y para su esposa. Una familia normal muy integrada en Point Spirit. Iban a la iglesia los domingos, participaban en todos los actos benéficos, colaboraban siempre con la comunidad... Se le averió el motor en una de sus exhibiciones a las afueras de Portland poco antes del Cuatro de Julio, quizá unos días, casi no lo recuerdo. Lo único que sí te puedo decir con toda seguridad es que estaba preparando un pequeño espectáculo para ese día. No entiendo mucho de acrobacias aéreas, pero ese hombre era un experto en descender como un sacacorchos describiendo una trayectoria helicoidal. Una maniobra peligrosa pero que los pilotos como él tenían dominada. Aunque yo siempre he pensado que no todo está controlado al cien por cien cuando se trata de llevar una avioneta con el morro bajo a ciertas velocidades. Se estrelló contra el bosque e incendió varias hectáreas a su paso. Un desafortunado accidente. Fue terrible.

—Una desgracia —repuso Jim.

El reverendo apuró la cerveza y miró el reloj.

—Me alegra que se haya decidido a conocer el pueblo, señor Allen. Point Spirit es un lugar muy bonito. Yo nací aquí y llevo toda mi vida en este lugar.

—Llámame Jim, por favor.

—Está bien, Jim —dijo sonriendo—. Loretta me ha dicho que estás escribiendo una novela. Y supongo que usarás el pueblo como marco para tus aventuras.

—Pues no sería mala idea —respondió—. Este lugar despierta mi imaginación, aunque no te negaré que no es mi primera intención. Aún ando un poco perdido. Mi cabeza baraja varias ideas y ninguna está clara.

El reverendo dejó escapar una sonrisa seductora y se encogió de hombros. Jim recordó que en aquel momento lo primero que había pensado era que aquel hombre era demasiado joven para lo que él hubiera llamado habitualmente un «pastor», eso sin contar con el atractivo físico que había detectado y el furor que había entre las primeras filas de la iglesia los domingos. Loretta, que no solo era

la dueña del bar, sino también la propietaria de la cabaña que él había alquilado, se lo había dicho el día que le había entregado las llaves:

—No se preocupe por nada, señor Allen, el reverendo pasará a saludarle y le dará la bienvenida. Podrán tomar algo y le pondrá un poco al día para que no se sienta un extranjero en tierra hostil —había dicho con una sonrisa picajosa llena de arrugas—. No es un pastor convencional; desde mi punto de vista tiene mejor pinta y es un gran hombre. Harán buenas migas.

En aquel momento, Loretta estaba apoyada en la barra, con sus dos enormes pechos reposando sobre la madera de castaño. Apuraba un cigarrillo largo y fino mientras observaba concentrada las imágenes del televisor anclado al techo.

—No me esperaba encontrarme con un hombre de mi edad llevando una iglesia en mitad de la nada. Suelo imaginarme tipos más decrepitos con una vida solitaria.

Aquello provocó en el reverendo una risa estentórea. Se inclinó hacia delante y a Jim le pareció que iba a salir corriendo.

—Yo tampoco —dijo entonces con cierto tono de humor—. Soy protestante. Nunca he renunciado a una familia; aun así, dentro de unos cuantos años puedo llegar a ser un tipo decrepito con cierto encanto. —Dicho esto, rompió a reír.

Jim dejó escapar una profunda carcajada y apuró la cerveza.

—Vale, Robert. Protestante. Aún no está todo perdido —respondió con sorna—. Nunca he sido muy religioso, si te soy sincero.

—No te preocupes. No todo el mundo sabe en qué nos diferenciamos los pastores protestantes de los sacerdotes o incluso de los baptistas. A medida que cumplimos años nos vamos alejando de ese mundo onírico en el que llega a convertirse la religión y la fe. En los pueblos pequeños como este no suele pasar. Tú, que vienes de la gran ciudad, vives en otra dimensión.

El ruido de un coche aproximándose por el camino de acceso a la casa le alejó de todos sus pensamientos y se incorporó. Al principio no identificó quién conducía

el todoterreno azul, debido al incesante polvo que se elevaba del camino, pero, cuando este llegó a la entrada de la finca, vio al reverendo Robert apearse del vehículo y caminar en dirección al porche. Se sacudió los pantalones y se ajustó su chaqueta. Tenía el pelo muy rubio, que destacaba sobre su atuendo atezado.

—¿Va todo bien?

Jim notó en su cara un gesto de preocupación. El hombre subió los peldaños de la cabaña y le dio la mano.

—Pues no lo sé. Pasaba por la carretera y te he visto en el porche. Perdona que te moleste, pero ha ocurrido algo muy desagradable. Lo cierto es que... me vendría bien hablar.

Le invitó a pasar. Hacía demasiado frío para seguir en el porche. Había algo desolador, casi aprensivo, en la forma que tenía el pastor de mirar hacia el suelo, moviendo los ojos de un lado a otro. Entró tras él y se dejó caer en uno de los sofás del amplio salón. Robert alzó la vista y examinó la estancia, aunque realmente no parecía importarle mucho cómo tenía Loretta decorada la casa por dentro, o si los cuadros de flores y bodegones con marcos dorados desentonaban con el aire moderno de la estancia. Más bien daba la impresión de que buscaba las palabras adecuadas, la forma de empezar a contar algo que le tenía muy preocupado.

—¿Ha pasado algo en el entierro de la niña? —preguntó Jim, que empezaba a impacientarse.

—No..., perdona. Estoy perplejo. Vengo de casa de Catherine Woods. No creo que te haya dado tiempo a conocerla. Es una... ¿vidente? Tira las cartas, las lee o como se diga. Lo cierto es que ha encontrado esta mañana a Lorraine Owens, una amiga suya, colgada de una de las vigas del salón. —Hizo una pausa, miró fijamente al escritor, que permanecía de pie con los brazos cruzados, y abrió los ojos—. ¡Santo cielo, Jim, ni siquiera me había dado tiempo a despedirme de todos los asistentes al funeral de Penny Berry!

—¿La dueña de esa tienda de figuritas? —preguntó. Estaba seguro de que había visto aquel local en una de sus salidas nocturnas.

—¡Sí! Pasamos por delante de ella anoche. Esa, ¡justo esa! Catherine conoce a todo el mundo. Es una buena mujer, Jim. Y Lorraine no tenía ningún problema. No comprendo qué le ha podido pasar por la cabeza para hacer algo así. Apenas he podido hablar con Catherine unos minutos, tiene más de setenta años y estaba medio enloquecida cuando he ido a verla. Han estado a punto de llevarla al hospital, pero le administraron unos calmantes y se ha tranquilizado, al menos lo suficiente para recobrar la calma hasta cierto punto. Creí que le iba a dar un infarto. Han tenido que atenderla tres veces en el tiempo que he estado con ella, así que puedes hacerte una idea de cómo se encontraba esa pobre anciana.

—Lo que me cuentas es algo terrible —murmuró Jim—. ¿No podría ser una depresión, algo que no detectara nadie?

Robert negó con la cabeza. Tenía las manos entrelazadas sobre las rodillas y sus ojos parecían más azules y brillantes. Jim detectó en él algo más que no acababa de descifrar.

—No puedo contar esto a nadie, no tiene sentido. Aunque tampoco he podido ver nada. Tommy Norton, el ayudante del sheriff, me ha asegurado que allí no había nada raro, pero esa mujer estaba tan segura...

Jim se había perdido.

—Espera, Robert, no entiendo lo que me estás diciendo. ¿Qué quieres decir con que no puedes contarle a nadie esto? ¿Qué es lo que no viste?

El reverendo alzó la vista y clavó sus dos gemas en él.

—Me apretó la mano como si fuera a rompérmela, Jim. Estaba fuera de sí cuando me dijo que, al entrar en la casa y encontrarse con todo aquello, Lorraine sujetaba un pintalabios rojo en la mano. Me juró hace media hora que en el espejo había pintado un HOLA, con letras mayúsculas. ¿Quién pinta HOLA antes de colgarse?

—Quizá lo imaginó. La sugestión en circunstancias de pánico suele ser incontrolable, Robert.

Jim se dio cuenta de que si el reverendo estaba contándole todo aquello en su salón justo en esos momentos era por el simple hecho de no parecer un chiflado

delante de sus propios vecinos. Caminó en círculos sobre la alfombra descolorida de ribetes ocres y burdeos y sopesó la situación.

—Puede que sí, pero me resulta sorprendente viniendo de esa anciana. La conozco desde que era un niño, Jim, esa mujer es incapaz de mentir; pero tienes razón en algo, quizá la situación hizo que viera algo que no existía. Estaba tan aterrada...

—No te atormentes por eso ahora —le dijo Jim al fin—. Cuando pasen unos días podrás hablar con ella con más tranquilidad y quizá cambie la versión de lo que pasó. ¿Quieres un café? Estaba a punto de encender la chimenea y prepararme algo. Te sentará bien algo caliente.

Robert asintió y Jim se dirigió a la cocina, consciente de que en aquel momento el reverendo se entretenía observando los horribles sofás de cuero envejecido y las mesas de madera de castaño que hacían juego —de milagro— con los demás armarios. Mientras preparaba el café y encendía la chimenea, le explicó que la casa en sí le había gustado, que no había resultado ser la típica cabaña tradicional de madera y que la mezcla de piedra y madera le daban un aire moderno que le agradaba, sin contar con los amplios ventanales de la parte norte y el bonito tejado descendente que casi podías llegar a tocar si estirabas la mano y que bajaba desde el segundo piso.

—Estas casas llegaron en los siglos XVIII y XIX de la mano de los europeos —siguió explicando Jim mientras depositaba la bandeja sobre la mesa de centro—, y los colonos extendieron sus edificaciones a lo largo de los valles de los Apalaches, pasando por Maryland, las dos Carolinas y Georgia. Siempre me han gustado, pero en una ciudad como San Francisco es imposible hacerte una así.

—Refugios temporales para los soldados durante la guerra revolucionaria, amigo —respondió Robert—. Este pueblo se fundó en 1880, durante el auge maderero. Muchas de las casas que te encontrarás guardan, en muchos aspectos, la esencia del astillero de Bridal Veil. Antiguamente, todos los pueblos de este condado se construían en torno a los aserraderos. Point Spirit no es ninguna excepción, aunque, con el paso de los años y algún que otro incendio, el pueblo

fue trasladándose más al sur y modificando sus construcciones para alejarse un poco del bosque.

Se quedaron en silencio unos instantes mientras la chimenea comenzaba a crepitar en el otro extremo del salón. La preocupación de Robert había decaído por momentos y parecía más tranquilo y sosegado.

—Tengo intención de pasar mañana a ver a la familia Morelli para darles el pésame. Ya que estás aquí, querría saber si te parece prudente o si tengo todas las papeletas para que la mayor de las hermanas me saque de su casa blandiendo una escoba en la mano.

Robert rio discretamente.

—Carlota es intimidante, pero no tiene mal carácter —dijo con suavidad—. No me parece mala idea, estoy convencido de que les agradará tu visita. Además, son mujeres muy cultas y ávidas lectoras. Yo mismo he estado varias veces en una pequeña biblioteca que tienen en el ala sur de la casa y te sorprendería la cantidad de primeras ediciones que coleccionan. Así que tendréis de qué hablar —manifestó y al instante volvió a sonreír—. ¡Ah, vaya! Te he debido de dar un susto de muerte, Jim. Pero suelo ser bastante impulsivo cuando algo me descoloca.

—Faltaría más. Eres de los pocos del pueblo con los que hablo. Me alegra que hayas pensado en mí para hacerlo.

El rostro del reverendo parecía más aliviado a medida que pasaban los minutos. El calor comenzaba a extenderse por toda la casa. Se quitó la chaqueta y la dejó pulcramente colocada sobre una de las sillas más próximas al sofá. Llevaba puesta una camisa blanca y, para sorpresa de Jim, se podía ver, de un modo velado, la forma de un dibujo bajo la tela. «Lleva un tatuaje en el costado derecho del pecho», pensó para sí. Apartó de su mente aquel nuevo descubrimiento y se dirigió hacia la ventana con la intención, podría decirse, de no resultar demasiado intimidante.

—Te agradezco el café —murmuró sosegadamente Robert al tiempo que depositaba la taza sobre la mesa de centro—. En mi vida me he visto en una

situación así. La gente espera de uno que mantenga la calma ante ciertas situaciones y busca respuestas en mis reacciones; sin embargo, he de confesarte que hoy no he mostrado mucha tenacidad ante esa anciana.

Jim sonrió, pero no pudo evitar imaginarse a aquella mujer desconocida balanceándose con el lápiz de labios rojo en la mano frente a un espejo.

—A veces son más impactantes las reacciones humanas que la propia escena grotesca. Supongo que si viese a una amiga o a una simple conocida con un ataque de pánico, yo también me asustaría.

Aquel comentario pareció transformar el gesto reflexivo de Robert. Alzó la vista hacia Jim y volvió a sonreír mientras asentía.

—Supongo que sí.

En el piso superior había un bonito despacho con el suelo de madera y una alfombra de color granate. Allí había colocado su ordenador portátil, sobre una mesa antigua de madera noble justo frente a la ventana. Por un instante se planteó la posibilidad de coger sus veinte páginas y quemarlas en la chimenea.

Fue solo un palpito, una idea estúpida pero realmente intensa que le pasó por la cabeza mientras observaba el jardín exterior y los dos sauces que se balanceaban por la brisa. «Algo pasa», dijo una voz en su mente. Una desagradable necesidad se apoderó de la parte consciente que aún funcionaba en su cabeza, algo que le resultó tan desconcertante como necesario para un tipo como él.

HOLA

Por un instante, deseó que aquello fuera real.

Alan salió de la casa como si una excavadora le hubiera pasado por encima. Se metió en el coche y se quedó pensativo durante un rato, mirando la puerta de la señora Owens e imaginándose por un momento lo que estaría pasando Catherine en aquellos instantes: su tormento, sus dudas, su culpabilidad. ¿Y ahora? Tenía que volver a la iglesia para hablar con Robert. Tenía que regresar a casa de Mary Anne, ver cómo se encontraba ella y, sobre todo, la niña, sin más dilación. El tiempo apremiaba y estaba agotado, exhausto por todo aquello. Miró la hora. Llevaba todo el día sin probar bocado y sintió un dolor punzante en el estómago. Quizá debería comer algo, pensó. Cerró los ojos y trató de no hacer caso a la sensación de hambre. Catherine Woods se recuperaría, pero ya no sería la misma nunca más. En general, el pueblo no sería el mismo, ni siquiera él sería el mismo si lograba superar todos aquellos acontecimientos. Bajó el retrovisor y se examinó la cara. Las arrugas de su rostro se marcaban con más intensidad bajo los ojos y en las comisuras de la boca. Ahora veía alguna cana brillando entre su mata de pelo negro, quizá dos o tres. Mañana serían cientos. Esos pensamientos estúpidos le devolvieron a la sórdida y decadente realidad. Carraspeó mientras encendía el motor del Ford y echó un último vistazo a la casa.

A medida que avanzaba hacia el centro de Point Spirit no pudo sino pensar en las razones que podrían haber llevado a aquella buena mujer a cometer tal insensatez. Nada tenía sentido para Alan, nada resultaba ser una razón de peso. No existían peleas entre los habitantes del pueblo, no había antiguas rencillas que destacaran por encima de las tradicionales envidias de un lugar pequeño en cuanto a número de habitantes... Nada. Point Spirit era un lugar tranquilo, con sus casas de tejados a dos aguas en maderas claras, casi blancas, sus luces

navideñas a veces excesivas decorando los tejados, los jardines particulares de las casas que delimitaban con verjas blancas anexas al tradicional sueño americano... Dos iglesias, cinco cafeterías, cuatro humildes restaurantes, un par de bares... Enumeró en su mente cada lugar que iba viendo a través de los cristales del viejo Ford. Giró en Village Street para poder dar un pequeño rodeo y pasar cerca del banco y de la gasolinera de Molosqui. Su cafetería hacía las mejores tortitas con miel del condado y decidió parar un momento y comer algo antes de que aquel pitido en los oídos y el dolor de cabeza que empezaba a sentir le amargaran el resto del día. Debía dar una buena impresión a sus pacientes y para eso necesitaba alimentarse, asearse un poco en el lavabo y parecer al menos por unas horas un hombre preparado, sin miedo, con la fuerza necesaria que en aquellos momentos su gente necesitaba percibir en él. Cogió la carpetilla de cartón del asiento de atrás donde había apuntado todos los detalles de su primer análisis de la situación y luego volvió a depositarla donde estaba como si le quemara.

Cuando aparcó delante de la cafetería vio al agente Tommy Norton llenando el depósito de su vehículo oficial. Era un joven entusiasta de pelo castaño claro, tez aceitunada y ojos vivarachos. Aquel chico había estado en el ejército durante cinco años: un año en Irak, dos en el cuerpo de paracaidistas y luego la UAC. Un muchacho preparado, sin lugar a duda. Hasta para esto...

—Hola, doctor Foster. ¿Aún le queda estómago para comer algo?

Alan sonrió mientras se abrochaba el abrigo hasta el cuello y se aproximó a la puerta.

—Tengo que hacerlo, Tommy. Aún me queda mucho trabajo por delante y, si no me alimento, me desmayaré en una de mis consultas o sobre la cama de algún enfermo.

El muchacho sonrió y colgó la manguera antes de subir al vehículo.

—Cuídese, doctor, hoy hace un día de perros.

—Lo mismo digo, Tommy.

Entró en la cafetería sin ni siquiera mirar a las dos personas que había en la

barra. Tenía la incómoda sensación de que, en cuanto vieran que era él, la gente se le tiraría al cuello, le bombardearían a preguntas y tendría que irse de allí. No fue el caso. Melisa, la dueña, le saludó con un gesto amigable y silencioso y le puso un café nada más se sentó en uno de los taburetes tras volver del aseo. Jones, el viejo maderero, le dio una palmada en la espalda y siguió con sus bollos dulces y su café, mientras un joven se peleaba con la gramola del fondo del local intentando encontrar un disco que poner a su novia, sentada dos mesas más allá de la entrada. El silencio era opresivo y solo se rompió cuando Melisa se acercó a él y le preguntó con dulzura qué iba a tomar.

—Tortitas, por favor. Tengo prisa.

—Ahora mismo, doctor Foster —afirmó con contundencia—. Hoy hace mucho frío. ¡Patrick, cierra la maldita puerta! —le gritó al muchacho de la gramola.

Se giró sobre sí misma y contoneó las caderas frente a una masa blancuzca que dormitaba en una jarra de cristal transparente. La cogió con decisión y empezó a esparcir pequeños círculos que iban abriéndose a medida que los volcaba sobre la plancha caliente.

—No he visto mucho movimiento en el pueblo —comenzó a decir Melisa mientras daba la vuelta a las tortitas sobre la plancha—. Supongo que este frío...

—Cállate, Melisa —interrumpió el maderero—. El doctor quiere comer algo tranquilamente. Aquí siempre hace frío en esta época del año.

—No importa, Jones. Es normal... Deja que hable.

Melisa se colocó el gorrito de tela que protegía su pelo azabache y se arregló el cuello de su uniforme rosa palo. Notaba en sus ojos el miedo.

—Todo mejorará —murmuró Alan mientras cogía el platito de tortitas.

—Esa Lorraine era un poco excéntrica. —El muchacho de la gramola se había sentado frente a su novia y ahora observaba a Alan con un gesto osado. Este se giró y clavó los ojos en él—. Sí, doctor. Llevaba unos días un poco rara. Vive muy cerca de mi casa y últimamente parecía asustada de verdad. Asustada por algo, ¿me entiende?

El viejo maderero negó con la cabeza y luego pidió a Melisa que le llenara la taza de café.

—Patrick...

—Deja que hable, Jones. Quiero decir, aquí somos pocos vecinos y en mayor o menor medida todos nos conocemos. Sigue, Patrick.

El chico pareció sorprenderse ante aquella petición. Se puso recto y miró unos segundos por la ventana del local. La adolescente morena que estaba frente a él seguía comiendo sin apenas levantar la cabeza del plato.

—Mi madre dice que parecía una chiflada —prosiguió—. Estos últimos días la señora Owens apenas pegaba ojo. Mi madre tiene este mes el turno de noche en los almacenes Forges y la vio hace más o menos dos días. Nos contó durante la comida que parecía una loca acurrucada detrás de las cortinas observando la calle. Una actitud un tanto extraña, ¿no cree? ¿Quién coño en su sano juicio se pasa la noche oculto entre las cortinas como si esperara una apocalipsis zombi?

—El muchacho tiene razón —apostilló el maderero—. Yo también la vi la pasada noche por pura casualidad. Pasé por delante de su casa y levanté la mano para saludarla. Estaba muy pálida y sus ojos parecían más saltones y amoratados. Ni siquiera me devolvió el saludo. Se ocultó tras los visillos y desapareció. Y no digo que estuviera loca, nadie enloquece en dos días, solo parecía enferma y muy preocupada.

Alan arrugó el entrecejo sin comprender lo que Patrick y el maderero querían decirle, pero, antes de que pudiera preguntar nada, la joven que estaba frente a él se giró tímidamente y dijo:

—Bueno, lo que no llegamos a entender es cómo una mujer como Lorraine, agradable y siempre servicial con todo el mundo, cambió de la noche a la mañana. Era como si hubiese visto un fantasma, como esas películas de terror donde la víctima espera detrás de la puerta a que la ejecuten, y te preguntas por qué no corre o pide ayuda.

Melisa, que permanecía en total silencio con la jarra de café en la mano, gruñó algo entre dientes y se revolvió.

—Chicos, por el amor de Dios, solo era una mujer que bien podría tener una depresión y que nadie lo supiera. El detonante para mí fue su propia soledad. Quizá no lo soportó más o tal vez jamás aceptó la muerte de su esposo por muchos años que hayan pasado desde entonces.

—Nadie cambia de la noche a la mañana —murmuró el maderero.

Alan pagó su desayuno y se levantó del taburete.

—Tengo que irme. De todas formas, estamos en un momento en el que cualquier dato nos sirve. Lorraine no tenía familia conocida en Point Spirit y la única persona con la que mantenía una relación estrecha está demasiado afectada para hablar.

—Esa superchería y esos muñecos extraños de la tienda de Catherine nunca me han gustado un pelo —afirmó Melisa con aire díscolo—. Venden unas bonitas figuras religiosas y cosas inútiles que la gente toma como amuleto para mejorar su triste vida, pero todo eso me da miedo. Nunca se sabe. Muchos han enloquecido por lo mismo.

La mujer bajó la mirada cuando Alan negó con la cabeza y luego sonrió con la inocencia de una niña.

—En serio —insistió—, no generemos morbo. Esto es un pueblo muy pequeño. Esa mujer tenía problemas, problemas que desconocemos, y decidió tomar una decisión equivocada. La mala suerte ha sido que la tomó en el peor momento. Primero la niña y ahora esta mujer... Es una desgracia que no debemos alimentar más, por favor.

Patrick sonrió, pero al instante se tornó serio y algo más sensato.

—No se preocupe, doctor Foster —murmuró—. Que tenga un buen día.

Alan se despidió de todos y salió al frío de un mes de septiembre que se tornaba extrañamente terrible ese año. Se ajustó la bufanda de colores y se dirigió a su coche. Eran casi las cinco de la tarde cuando llegó a su casa. Aparcó en el garaje anexo y atravesó la bonita verja de bisagras chirriantes que comunicaba con sus vecinas. El jardín estaba precioso ese año, aun con aquellas

temperaturas. Era como si el frío gélido no afectara a las preciosas plantas trepadoras, a los sauces y a las margaritas africanas.

«Frío en septiembre —pensó—. Nada tiene sentido.»

Llamó a la puerta y Amelia Morelli le abrió con una expresión sombría y apesadumbrada, que mudó en el mismo instante en que lo vio. Tenía el pelo recogido en un casto moño sobre la nuca con varios tirabuzones sueltos desordenadamente y llevaba un vestido largo color verde oliva hasta las rodillas. Una pequeña chaquetita de punto a juego descansaba sobre sus hombros, algo encorvados por la tristeza. Sonrió de un modo discreto cuando él la besó en la mejilla y le invitó a pasar.

—Me alegra verte, Alan. Hemos pasado una noche terrible —murmuró en el recibidor—. Dame tu abrigo y tu bufanda. Hemos puesto la calefacción, parece mentira que en pleno septiembre tengamos estas temperaturas tan raras. Te serviré un té.

Al pensar en el rostro lánguido y descompuesto por el dolor de Mary Anne el día del velatorio y en aquel ataque de llanto que había surgido de sus mejillas enrojecidas y coléricas, se volvió a sentir algo aturdido y sobresaltado.

—¿Dónde está la niña? —preguntó mientras se sentaba frente a la mesa de la cocina.

—Está descansando en su habitación. Puedes ir a verla cuando te tomes el té —dijo con dureza—. Tienes las manos congeladas y ya me he enterado de lo de Owens. Ha debido de ser un día terrible para ti. Bebe esto antes.

Alan sonrió con melancolía.

—Pareces mi madre, Amelia —dijo—, pero te haré caso. ¿Cómo está tu hermana?

—Mary Anne no está muy bien que digamos —continuó Amelia sin ningún cambio en el registro apático de voz. Se sentó frente a él y comenzó a servir el té en dos tazas de porcelana con ribetes dorados en los bordes—. No ha dormido mucho. Carlota ha tenido que administrarle un calmante, uno de los que nos

dejaste, y aun así no paraba de sollozar y de repetir cosas sin sentido. Temo que enloquezca, Alan. Temo que no supere este segundo golpe.

—Tranquila, Amelia, me ocuparé de ella en la medida de lo posible. Pero dime una cosa...

Ella lo miró discretamente. Sus mejillas estaban teñidas de un tono suave y llevaba los labios pintados con brillo.

—Si puedo...

—¿Qué diablos pasó en el velatorio, Amelia? ¿Por qué le dijo todo eso a Elisabeth?

Recordaba claramente todo lo que Mary Anne le había dicho a la niña y la súplica desoladora de que tuviera cuidado. En aquel momento sus palabras no habían tenido más importancia que un posible ataque de pánico o sabe Dios qué, pero a medida que pensaba en ello, a medida que por las noches recapacitaba, no le veía sentido a aquellas palabras.

—Alan... —Su voz se desgarró nada más pronunciar su nombre en un lamento. Amelia comenzó a temblar. Sus dedos tamborileaban sobre la pequeña tacita de porcelana y su rostro se contrajo en una mueca de irritación y temor—. No estamos locas, Alan. Quiero que lo sepas, que comprendas que...

Alan tomó sus manos y las apretó con fuerza.

—¿Qué sucede, Amelia?

—Algo pasó la noche que la niña falleció... No estoy muy segura. Te aseguro que, si volviera a verlo, seguiría igual de confundida, pero no puedo negar lo que vi, no puedo. No se me va de la cabeza ni un solo minuto.

Hizo una pausa y sollozó.

—Continúa, por favor... —insistió Alan respetuosamente.

—Fui con Eli a su habitación. No queríamos que la niña viera a su hermana muerta y Mary Anne estaba demasiado afectada. Fue terrible. Mi hermana Carlota se ocupó de que Penny tuviera buen aspecto. Fue ella quien la aseó de madrugada y le puso su vestido preferido para que todos pudieran verla preciosa a la mañana siguiente. Eran las tres de la mañana cuando mi sobrina falleció, una

hora cercana ya al amanecer. Nos costó mucho separar a Mary Anne de la cama de la niña, pero lo conseguimos, ¿sabes? Logramos que se fuera a su habitación y yo estuve con Eli durante unas horas. Me quedé dormida, no sé cuánto tiempo, pero cuando desperté, con mi sobrina entre mis brazos, había algo en la habitación...

—¿Cómo que había algo en la habitación? ¿Te refieres a un intruso? ¿A un vecino?

Amelia negó con la cabeza y sollozó. Sacó del bolsillo de su chaqueta de punto un pañuelo y lo apoyó en los labios como si ahogara otro lamento.

—No..., no era un vecino. Y yo estaba aterrada. Era una sombra en un rincón de la habitación de la niña. La forma de un hombre, un hombre alto y delgado. La vi con toda claridad porque la única luz que había era la que entraba por la ventana y era una noche de luna. Por eso pude distinguirlo bien. Estaba inmóvil en aquel rincón, parecía observarnos y apenas se movió. ¡Oh, señor! Fue terrible. Me quedé paralizada de puro pánico. No podía apartar la vista de aquel bulto negro que parecía mirarnos, observarnos. Y lo cierto es que no recuerdo cuánto tiempo me quedé así hasta que aquella «cosa» comenzó a desplazarse hacia un lado. En ese momento me asusté aun más. Durante unos minutos me había quedado contemplando aquello creyendo que por alguna razón la bata de una de mis hermanas me estaba jugando una mala pasada y que solo era eso, un trapo colgado del perchero, pero aquello comenzó a moverse, no a caminar. Se desplazaba como si tuviera debajo de los pies uno rieles automáticos. De lado...

—Respiró profundamente y se enjugó las lágrimas—. Me puse tan nerviosa que encendí de un manotazo la luz. Nada... Se había ido. Ya no estaba.

—Supongo que se lo contaste a tus hermanas —continuó Alan, realmente sorprendido—. En momentos de nervios...

—¡No, Alan! —le interrumpió ella con una fuerte exclamación—. No me digas lo que siempre decís los médicos y los científicos. Sé lo que vi. No soy estúpida y no estoy loca ni afectada. Sí, estoy destrozada por el fallecimiento de

mi sobrina pequeña, pero era algo que ya sabía que iba a pasar, no es fruto de una paranoia o como lo llaméis vosotros en vuestra jerga.

—No pretendía ofenderte, Amelia —se disculpó él. Lo que menos deseaba era incomodarla—. Intento buscar un razonamiento lógico.

—Pero no es la primera vez que sucede —sentenció—. Y aunque nos taches de locas, tengo que confesarte que en estos momentos me importa todo un pito, si te soy sincera.

—Mi hermana tiene razón, Alan. —La trémula voz de Carlota rompió la atmósfera y Alan se giró para contemplarla unos segundos hasta que rodeó la mesa y se sentó junto a ellos. Ahí estaban aquellos ojos grandes e intimidatorios—. Yo también lo había visto alguna que otra vez, pero no de un modo nítido. Cuando Penny era un bebé, teníamos la costumbre de dejarla en su cunita en el piso de arriba mientras hacíamos las tareas del hogar y mi hermana llevaba a Elisabeth al colegio. La pequeña se adormecía junto a la ventana. Le gustaba dormirse con los rayos de sol en la cara y, por eso, mi hermana acercaba la cuna a la ventana y descorría las cortinas. Una mañana yo estaba arriba pasando la aspiradora por el pasillo. La puerta de la habitación de la niña estaba abierta, así que podía divisar la cuna mientras hacía mis labores, pero me despisté un momento. Mary Anne volvía de haber llevado a Elisabeth al colegio y entró gritando que quién estaba con la niña, que allí había un hombre, lo había visto por la ventana mientras entraba. Me giré totalmente desconcertada. ¡Santo cielo! Nadie había venido a casa. ¿Quién diablos iba a haber arriba si yo estaba en mitad del pasillo con una aspiradora del tamaño de un barco de vapor? Pero lo vi, inclinado sobre su cuna. Una maldita sombra con forma de hombre apoyada sobre los barrotes y susurrando a la niña. ¡Hablando con ella!

Alan estaba perplejo ante aquellas confesiones. Lo que le contaban se escapaba a su entendimiento. No lo comprendía. Observó a Carlota con aire pensativo y al momento miró a su hermana.

—Luego aquella figura me miró desde el fondo de la habitación —prosiguió Carlota—. Lo hizo con un gesto terrible, y sé que era un hombre porque veía su

altura y la forma de su cuerpo, que, aún vacilante, como si fuera una especie de holograma, permanecía impávido y atento a mi reacción. Entonces oí la voz de mi hermana Mary Anne detrás de mí. Sentí un leve empujón y ella se quedó tan quieta a mi lado que parecía que la hubiesen congelado. Nunca olvidaré aquellos ojos, Alan, dos ojos tan grandes y negros que parecían... Era como una criatura salida del mismo infierno, y lo peor de todo era que no teníamos ni idea de qué hacía allí, junto a la cuna de Penny. Pero lo peor fue ver a mi hermana. Creía que saltaría como una tigresa para proteger a su cría, como siempre había hecho durante toda su vida; sin embargo, para mi sorpresa, se quedó allí plantada con la vista clavada en la figura, las manos muertas a ambos lados de sus caderas y el rostro contraído por la duda. —Suspiró y se ajustó el pasador del pelo. Carlota estaba seria, rígida incluso. Conservaba la frialdad que la caracterizaba y apenas mantenía la vista fija en Alan. Pero entonces sus ojos rodaron hacia él y se clavaron como agujas afiladas—. Lo miraba embelesada. Mientras yo estaba a punto de caer desmayada ante aquella criatura o lo que demonios fuera, mi hermana Mary Anne había mudado el gesto de pánico y estaba hipnotizada por aquel «bicho» vacilante. Y él la miraba a ella fijamente... Lo cierto es que grité. No sé por qué, no sé la razón. Solo grité de terror. El hombre comenzó a oscilar, retrocedió varios pasos y se esfumó, o creo que lo hizo, porque al mismo tiempo mi hermana recobraba el maldito sentido y corría hacia la habitación como alma que lleva el diablo, pero allí ya no había nadie. No había nada. Y ahora puedes decirme lo que te dé la gana, Alan. Puedes hablarme de alucinaciones, de estrés postraumático por la muerte de Victor o lo que desees, pero yo estaba allí y mi hermana también.

Se hizo un silencio incómodo. Amelia se levantó de la silla con cierta urgencia.

—Quizá haya sido un error contarte todo esto, Alan —dijo—. Tú eres médico y hay pocos hombres de tu profesión que comprendan este tipo de cosas, pero lo cierto es que ha pasado. Ocurrió hace mucho tiempo y ha vuelto a suceder... Pensamos que había sido un hecho aislado. Por aquel entonces fue una simple

visión de dos hermanas, aunque Mary Anne jura que lo había visto alguna que otra vez, siempre inclinado sobre la cuna de Penny...

De pronto Amelia se detuvo frente a la ventana y apoyó ambas manos sobre la encimera de mármol de la cocina, incapaz de seguir hablando. En ese instante, mientras Alan mantenía la vista fija en la curvatura de su espalda, no se atrevió a decir nada. Fue incapaz de pensar o tan siquiera de comprender aquel temor en sus voces, aquel miedo tácito y claro que demostraban al hablar y contar aquella historia.

—Nunca he creído en esta clase de cosas, Alan —dijo al fin. Su hermana mayor miraba hacia abajo y sus manos reposaban relajadas sobre la mesa—. Nunca hemos visto ni tan siquiera alguno de esos programas de la televisión por cable en los que hablan de fantasmas y cosas así. Creo en lo poco que mi fe me permite, vistos los acontecimientos que han rodeado a mi familia estos últimos años, y no me parece que tú pienses que esto es una pantomima alucinatoria de tres locas.

—¿Por qué no me habéis contado todo esto antes? —se oyó preguntar. Se extrañó de su propio tono de voz.

—¿Para qué? —murmuró Carlota—. ¿Para que nos tomaras por locas? Ni siquiera ahora lo crees. Y sé que deseas hacerlo, porque somos personas que conoces y respetas, Alan, pero no puedes.

—Pero podría haberos ayudado, por el amor de Dios —dijo—. Vivo al lado. Podríamos haber buscado una explicación. O no. No lo sé.

Amelia no contestó. Su hermana repiqueteó con las uñas la madera y luego alzó las manos como si se dispusiera a rezar.

—Si te lo hemos contado ahora, Alan, si de un modo circunstancial hemos buscado tu ayuda, es por una simple razón: que nos tiene muertas de miedo.

Alan se puso en alerta. Algo sonó dentro de su mente que le hizo volverse hacia Carlota como si tuviera un resorte giratorio bajo la silla.

—Elisabeth lo ha visto. Esta misma noche.

«No dejes que se la lleve a ella también. Es mi única hija ahora.» Las palabras

de Mary Anne en el funeral de Penny cobraron un significado más amplio en ese mismo instante.

—¿Cómo... cómo que lo ha visto? Señor, esto es una locura...

Por unos instantes su mente de médico barajó la posibilidad de una alucinación colectiva propia de una situación crítica emocional. No era del todo descabellado si se ponía a pensar en toda aquella gente devota que era capaz de ver un milagro al mismo tiempo después de permanecer horas contemplando un punto determinado, esperando la venida de un ángel o de una virgen; sin embargo, había una pequeña porción de su cerebro que analizaba a las hermanas de modo más humano. Hacía años que las conocía, años que compartía con ellas mesa y conversaciones. Creía estar enamorado de Mary Anne y adoraba a las niñas.

—... junto al columpio —murmuró Amelia.

—¿Qué? —Alan se había abstraído totalmente de la conversación.

—Lo vio junto al columpio. Acabábamos de cenar y ella estaba sentada en el columpio. Entró en casa y dijo que había visto a un hombre muy cerca de los lirios. Un hombre joven, pero muy extraño. O eso creía, porque lo veía borroso, como si necesitara gafas para ver de lejos, esa fue su expresión. Cuando le preguntamos dónde estaba ese hombre, nos dijo que no lo sabía, que se había girado al oírnos hablar dentro y que, cuando volvió la vista, había desaparecido.

—Está bien —dijo al tiempo que se incorporaba—, voy a subir a ver a la niña y a Mary Anne. Seguiremos hablando de esto en otro momento. No voy a dejaros solas en esta casa si tan seguras estáis de que hay alguien. Sea quien sea, me es indiferente. Luego hablaremos de todo esto. Tiene que haber una explicación, y si no la hay, la encontraremos.

Ambas mujeres asintieron a la vez. Amelia se acercó a la mesa y retiró los platos y las tazas con sumo cuidado.

—Puede que Elisabeth esté dormida.

—Solo quiero asegurarme de que está bien —murmuró aproximándose hacia las escaleras.

Avanzó como si tuviera dos kilos de cemento metidos en los pantalones. Le pesaba todo el cuerpo y la cabeza parecía que iba a empezar a darle guerra en cuanto se relajara cinco minutos. Subió los peldaños en silencio y muy despacio. No dejaba de dar vueltas a toda aquella historia sin sentido. Al llegar a lo alto, dobló hacia la derecha y echó a andar hacia la primera puerta, que estaba cerrada, giró el pomo y asomó la cabeza. Elisabeth estaba profundamente dormida, arropada por un grueso edredón de plumas. Se acercó a ella, se inclinó muy despacio y la besó en la frente con cuidado de no despertarla. Antes de salir, observó la habitación: la pequeña estantería repleta de libros y cuentos, las muñecas de porcelana con vestidos de terciopelo y aquel oso gigante que, dos años antes, él mismo le había conseguido en la feria, en la parada de tiro. Vaciló unos segundos mientras contemplaba el rostro relajado de Elisabeth y abandonó la habitación con la misma cautela. Dos puertas más allá y estaría con Mary Anne. Abrió la puerta con la misma delicadeza, no sin antes llamar dos veces con los nudillos para avisarla. Una suave ráfaga le golpeó la cara de forma repentina y lo primero que hizo fue dirigir la vista hacia la ventana, consciente, estaba seguro, de que Mary la había dejado ligeramente abierta por mero despiste; pero estaba cerrada. Ella estaba tumbada sobre la cama, tenía los largos mechones de pelo diseminados por las sábanas como si flotara. Al verloladeó la cabeza y sonrió. Estaba sumamente pálida, pero sus mejillas habían sido perfiladas de manera sutil con colorete y llevaba un suave tono rosado en los labios. Se sentó junto a la cama y cogió su mano.

—Alan... —murmuró—, me alegra que hayas venido.

—Hola, tesoro. ¿Cómo te encuentras hoy?

Palpó su frente con la palma de la mano. Luego pasó los dedos por sus mejillas apartándole el cabello para ver mejor su aspecto. Su delgadez era más alarmante; posiblemente Mary Anne no había probado bocado desde que la niña había muerto y eso le preocupó.

—Mejor. Me siento mejor, Alan. Me he tumbado un poco, me dolía la cabeza, pero creo que hoy pasaré mejor noche, así que intento no dormirme. Esas

pastillas que me has recetado me ayudan a descansar, aunque me dejan algo atontada.

—Te sentarán bien. Toma una antes de acostarte y otra por la mañana. Te ayudarán.

Mary Anne alargó la mano hacia él y apoyó la palma en su mejilla. Cuando lo hizo, la manta se desplazó hacia abajo y Alan pudo comprobar que su camión era blanco, transparente, y que no llevaba nada debajo. A través de la tela veía claramente sus pechos. Disimuló su repentina sorpresa, aunque ella no pareció percatarse de ello.

—Gracias por venir a vernos y por todo lo que estás haciendo, Alan.

—No tienes que darme las gracias por nada, Mary, y creo que no está de más recordarte que estoy para lo que necesitéis.

—Lo sé —murmuró—. Gracias.

¿Qué se suponía que debía hacer? Si tiraba de la manta, ella se daría cuenta de que estaba medio desnuda; si no lo hacía, posiblemente no tardaría en percatarse, y lo primero que Mary Anne pensaría de él es que llevaba un rato viéndole los pechos y no había dicho nada. Varios pensamientos estúpidos le pasaron por la cabeza en milésimas de segundos. Cuando ella se removió en la cama y la manta volvió a su posición inicial para su tranquilidad, dio gracias a Dios por ello.

—¿Hace cuántos años que nos conocemos, Alan? —preguntó perezosamente—. ¿Seis? ¿Siete?

—Creo que sí. Me mudé aquí por estas fechas. Creo que fue el día que llevaste a Elisabeth a la consulta con una gastroenteritis de caballo. Sí, siete años.

Lo sabía muy bien. Por aquel entonces su esposa acababa de fallecer y él se fue de Portland con la intención de alejarse de todos y de todo lo que le recordara aquella vida.

—Tú comprendes mi dolor mejor que nadie, Alan... Siempre lo comprendiste porque llevas ese mismo calvario clavado dentro de ti. Y nunca llega a irse, ¿verdad?

Alan asintió despacio.

—Supongo que es así, pero uno aprende a vivir con ello, Mary. Se sobrelleva y tú eres una mujer fuerte, tesoro, y joven. Tienes una vida por delante y una niña preciosa que ya es toda una jovencita.

Otra vez aquella suave brisa y la sensación de que las cortinas se balanceaban vaporosamente por el rabillo del ojo. Ladeó el cuerpo hacia la ventana, convencido de que se habían movido, pero no vio nada. La lámpara de araña tintineó sobre su cabeza.

—Lo sé. Mi hija me necesita.

Una vez más, la manta se desplazó hacia abajo y volvió a dibujarse su desnudez bajo la tela blanca del camisón. Alan se removió nervioso cuando ella se incorporó ligeramente. Por un momento pensó que Mary era consciente de lo que estaba viendo pero le daba igual, aunque luego descartó la idea. Ella siempre había sido una mujer recatada y muy prudente. Jamás le había dado pie a pensar lo contrario, aunque su complicidad había crecido con los años.

«Pero ahora ella no tiene una hija enferma, Alan. No tiene que cuidar de ella y es un poquito más libre. Ahora quizá sí tenga tiempo para ti.» Aquella voz en su cabeza, como un suave arrullo, le sobresaltó. Se apartó levemente de ella y observó la inmensa cama, el dosel de madera y los muebles macizos que decoraban la habitación, sin sobrecargarla en exceso.

—¿Te pasa algo? —La voz de ella sonaba lejana—. ¿Alan?

—Solo estoy algo cansado. Ha sido un día un tanto atípico. Voy... ¿Dónde tienes el termómetro?

—En la mesita.

Se inclinó para abrir el cajón y sus muslos desnudos acabaron de dejarle fuera de juego. No. Jamás había visto a Mary Anne con un camisón transparente tan corto sin nada debajo. Aquella imagen iba a acompañarlo durante mucho tiempo, sin duda alguna.

—Tesoro, Mary... —imploró mientras ella revolvía entre papeles, prospectos y cajas de medicamentos.

—Tiene que estar por aquí. Yo misma lo dejé guardado en su funda.

—Mary... —Otra vez las cortinas se balancearon. Tuvo la extraña sensación de que algo flotaba sobre ellos. Sintió una dolorosa punzada en la cabeza y aquel murmullo que parecía un bisbiseo en sus oídos.

—Aquí lo tengo —indicó. Se giró hacia él y lo vio con los ojos terriblemente abiertos—. ¿Qué pasa?

Mary Anne se había casi sentado sobre la almohada y su aspecto era exuberante. Lo miró confundida. Al instante inclinó la cabeza y fue consciente de lo que Alan estaba viendo.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó y se escurrió como una culebra debajo de las mantas hasta quedar sujeta al edredón como una niña asustada e indefensa—. Te juro por Dios, Alan, que yo no me he puesto esto. Te juro que me acosté con un camisón largo. ¡Por el amor de Dios! ¡Estoy medio desnuda!

—Quizá... quizá te lo pusiste creyendo que era otro.

Mary Anne parpadeó confundida. Alan estaba inmóvil y pálido.

—No encendí la luz. Igual creí que...

—No importa. Tranquila. —Quería morir. Las vocecitas susurrantes habían cesado, pero tenía una erección difícil de disimular—. Voy a ponerte el termómetro.

Este seguía aferrado a la mano de Mary Anne. Extendió el brazo y se lo entregó con un leve tembleque.

—Lo siento. De verdad que lo siento —murmuró ella—. He debido de darte una impresión... Señor, qué vergüenza.

Mary Anne levantó el brazo y colocó correctamente el termómetro. Luego lo bajó y presionó contra él el pecho. Empezaba a tranquilizarse. Había sido un momento realmente turbador.

—Soy médico, Mary. —Estaba a punto de soltar la mentira más gorda de toda su vida—. Estoy acostumbrado a la desnudez y tampoco se ha visto demasiado. No tienes de qué preocuparte, cariño.

«¡Ja, ja, ja!» Una risa gradual y sosegada retumbó en su cabeza; Alan se giró

bruscamente.

—¿Has oído eso?

—¿Que si he oído el qué, Alan?

Se encogió de hombros y sacudió la cabeza.

—Nada. Creo que alguna de tus hermanas debía de estar riéndose abajo. Dame el termómetro. —Lo miró y sonrió—. Tu temperatura es normal, pero estás muy pálida. Creo que no comes bien estos días y me gustaría que te preocuparas de eso. Has adelgazado bastante, cosa que ya era difícil. Así que creo que deberíamos centrarnos en tu alimentación, y sobre todo no debes perder más peso, Mary.

Guardó el termómetro en su envoltorio de plástico y volvió a dejarlo en la mesita.

«Pero tiene unos pechos realmente apetitosos, ¿verdad, doctor?»

—¿Has dicho algo?

—Sí, he dicho que eres un buen hombre.

Besó su frente con ternura, inclinándose sobre ella, y la arropó. En aquel momento tuvo la impresión de que la conversación de la cocina no había existido, que incluso habían pasado años de ella y que nada de lo que estaba sucediendo en aquella habitación era real. Deseó abrazarla, pero no se atrevió.

—Volveré mañana. Descansa. Y, por favor, Mary..., come...

Se levantó. Al menos lo intentó, porque algo lo frenó. Mary le había cogido la mano y lo miraba fijamente con las mandíbulas tensas y los ojos muy húmedos.

—Tengo miedo, Alan —balbuceó—. Miedo por mi hija... Miedo por mí, por mis hermanas...

—Si te abrazo ahora mismo estoy perdido, Mary. —Aquellas palabras le provocaron una súbita sensación de vértigo. ¿Qué demonios había dicho? ¿Cómo había sido capaz?

Ella abrió levemente la boca como si fuera a decir algo. Se incorporó muy despacio, sujetando con la otra mano la manta contra el pecho, y lo miró. Alan

era la viva imagen de la desesperación más absoluta, el agotamiento y la vulnerabilidad.

—Pues deja que te abrace yo...

Se aferró con fuerza a él. Pasó las manos por su cuello y lo estrechó entre sus brazos, al tiempo que la manta caía y él la rodeaba con los suyos. Sintió la cálida curvatura de su cuerpo caliente sobre el pecho, su mejilla suave y templada contra la cara y el temblor del temor que recorría cada centímetro de su piel.

—No nos abandones... —le susurró muy cerca de la oreja. Y eso le estremeció —. No dejes que nos haga daño, Alan...

Abrió los ojos y tensó todo el cuerpo cuando aquellas palabras resonaron en su mente como si fueran una clara advertencia de algo que no llegaba a comprender. La apretó con más fuerza y sus pechos se pegaron maliciosamente contra su camisa. Apenas lo sintió. Estaba demasiado concentrado en el movimiento oscilante de las cortinas. Sí, ahora sí las veía. Y se movían.

Danny Coleman había sido uno de los pocos niños del colegio elemental que asistió al funeral de Penny Berry. Su madre había comprendido que lo necesitaba y no dudó en solicitar al director el día libre para que su hijo pudiera despedirse de su amiga. Sus padres siempre lo habían tratado con mucha consideración, aunque solo fuera un niño de doce años. Danny era un muchacho precoz, muy inteligente, aunque solitario y callado; pero había algo elocuente en él cuando se expresaba, algo adulto tras un rostro ovalado de grandes ojos claros y pelo encrespado rubio. Los otros niños solían meterse a menudo con él y aquello se había convertido en algo habitual, aunque a él no le importaba. A veces lo llamaban «marica», «niñata» o «rarito», y todo eso porque no jugaba a tirar piedras, respetaba las señales de tráfico cuando iba en bicicleta, no veía los partidos de béisbol y tampoco jugaba a videojuegos. Muchas veces había tenido que defenderse en el patio del colegio. La violencia no le gustaba, pero no era tonto y, aunque era un chico de complexión delgada, su altura y la ligereza de sus movimientos le permitían, en la mayoría de los casos, salir airoso de esas peleas. Otras veces Penny había dado la cara por él y eso les había unido mucho. Iban juntos al colegio, solían pasar las tardes de los sábados viendo películas e incluso a veces habían subido al viejo aserradero, que aún seguía intacto, para contemplar el pueblo desde el bosque, leer alguna revista, comer golosinas o lo que llevaran aquel día en su mochila.

Pero todo había cambiado de un modo desolador los últimos meses. Penny no podía salir de casa y su madre le había dicho a Danny que tendría que dejar de ir a verla, porque era muy fácil contagiarle cualquier catarro o virus, por leve que fuera. Él lo había comprendido, era un niño muy perspicaz, que sentía pena por

todo lo que pasaba, por ejemplo, al oír el tono atribulado de Mary Anne cuando le pidió que, por favor, llamara a su hija al menos de vez en cuando, algo que sin duda hubiera hecho si no se hubiesen complicado más tanto las cosas como su salud.

Su única amiga se había ido para siempre y el dolor que sentía era nuevo para él, difícil de disimular. Ahora, sentado sobre la cama, trataba de no luchar contra todas aquellas sensaciones. Sus ojos se llenaron de lágrimas y durante unos segundos creyó que rompería a llorar desconsoladamente, pero no lo hizo. Sobre su escritorio, frente a la cama, había una foto de Penny y él sentados en el porche de su casa. Aquella imagen le transportó durante unos instantes lejos de toda aquella tragedia. Su padre siempre había dicho que el hogar de los Berry era uno de los más grandes y bonitos de Point Spirit: una casa de aire colonial con un tejado a dos aguas y ocho ventanas en la fachada principal. Las había contado una a una muchas veces mientras esperaba a su amiga para ir a jugar juntos.

—La casa de un verdadero héroe —había dicho Paul Coleman una tarde en que toda su familia paseaba junta antes de ir a la heladería—. Victor era un gran tipo, un valiente, y dejó una pequeña fortuna en seguros de vida. Eso es ser un hombre precavido. Me alegro de que las hermanas de Mary hayan vuelto para estar con ella. Una mujer con dos niñas, una de ellas un bebé, no debería vivir sola en una casa tan grande.

Danny recordó la expresión de su madre cuando su padre había soltado aquello. Lorna había negado con la cabeza y le había dicho a su marido si no era lo mismo que un hombre viudo viviera solo, refiriéndose al doctor Foster, en la casa de al lado. Pero su padre tenía claro, sin mala intención, que no era lo mismo, por supuesto. Una mujer corría mucho más peligro de ser asaltada que un hombre. En eso, Danny no coincidía con su padre, pero aquella tarde no dijo nada. Su madre se ocupó durante todo el camino de darle suficientes razones para que pensara lo contrario, o al menos de que su padre no volviera a abrir más la boca hasta salir de la heladería.

—Cariño, ¿te encuentras bien?

Lorna Coleman asomó discretamente la cabeza por la abertura de la puerta y sonrió a su hijo, que estaba inmóvil.

—Sí, mamá, solo estaba pensando en Penny.

Su madre se acercó silenciosamente y se sentó junto a él en la cama. Le pasó el brazo por encima de los hombros y lo apretó contra sí con ternura.

—Ánimo, cariño mío. Eres un chico muy fuerte y superarás esto.

Danny le sonrió, aunque no estaba muy convencido de que fuera así. Al menos por el momento.

—¿Sabes?, acabo de encontrar en el desván una lámina preciosa de un paisaje. Debía de ser de tu abuela. Voy a enmarcarla y la colgaré en tu cuarto. ¿Quieres ir a comer algo y verla? Está un poco sucia, pero seguro que queda muy bonita en la pared. Justo ahí. —Señaló—. Voy a enseñártela. Seguro que te gusta.

Lo besó en la cabeza y se incorporó. Ella era una apasionada de los cuadros y las pinturas, algo que Danny no comprendía del todo, pues nunca le había visto ningún entretenimiento a comprar láminas pintadas por otros, enmarcarlas y llenar la casa de paisajes y jarrones con flores chirriantes. Con todo esto, jamás se lo diría a ella, porque sabía lo mucho que disfrutaba de aquel entretenimiento, y su madre no trabajaba, pasaba muchas horas en casa y siempre estaba sola. «Es una forma de distraerse —había pensado siempre—, aunque esos jarrones sean horribles y la casa parezca un museo silvestre lleno de colores.»

—Mira, aquí la tengo —señaló Lorna entrando de nuevo en su habitación. Se sentó a su lado, extendió la lámina y sonrió—. Es bonita, ¿verdad? A mí me gusta.

Danny la cogió y contempló el paisaje que tenía delante. La imagen mostraba una especie de campiña pintada al óleo. Una casa al fondo de tejas naranjas y paredes blancas con pequeñas ventanitas. Al fondo se veían las montañas, varias ovejas y una charca en mitad del dibujo, muy próxima a un tendedero de ropa en el lado izquierdo. Varios puntos de colores denotaban que el artista había intentado dibujar lo que podría ser ropa tendida. El cielo estaba pintado en un tono azul celeste mezclado con pequeños fragmentos blancos. Como si fueran

nubes, pero muy lejanas. Se inclinó hacia delante, pero la imagen no tenía nada de especial. Su madre lo miraba expectante, emocionada incluso por el hallazgo, y él no tenía fuerzas para desanimarla.

—Es muy bonita, mamá. Quedará muy bien en mi habitación, tienes razón.

—Sabía que te iba a gustar, cariñito. Te la dejaré aquí. Mañana la llevaremos a enmarcar y tú elegirás el marco.

Al momento se levantó y volvió a besarle en la cabeza. Su madre era una mujer muy guapa, aunque tenía la terrible costumbre de teñir su bonito cabello castaño de colores rubios, algo que, más que favorecerla, la hacía mayor de lo que realmente era.

—Gracias, mamá.

—No hay de qué. Voy a prepararte algo de comer. No tardes en bajar.

Dicho esto, se fue y él se quedó con aquella lámina en las manos sin saber muy bien qué hacer con ella. Acarició el papel grumoso. Se inclinó hacia la imagen y contó tres ovejas, aunque un poco más al fondo había lo que parecía un tronco de un árbol y se veían las patas traseras de una cuarta oveja. Qué ridículo, pensó. Pero algo le llamó la atención, fue tan solo una palpitación. Se esforzó en centrar la vista en la casa, hacia una de las ventanas.

—¿Qué es eso?

Corrió al cajón del escritorio y sacó una pequeña lupa de varios aumentos. La acercó a la imagen y contempló asombrado que en una de las ventanas estaba dibujado lo que parecía el rostro de una persona. Había alguien dentro de la casa, pero eso resultaba absurdo.

—¿Quién pinta un rostro en un dibujo que apenas se ve? —murmuró en alto mientras fijaba la vista un poco más—. Y el culo de una oveja detrás del tronco de un árbol.

Deslizó el dedo sobre la superficie de la ventana, creyendo que quizá fuera una mancha o incluso restos de la pintura que se habían difuminado y habían creado la forma de aquel rostro, pero no parecía que fuera así. Descendió con la lupa y buscó la firma del autor por alguna de las esquinas del papel. No encontró

nada. Dio la vuelta a la lámina y sintió un escalofrío. En mitad de la hoja aparecía escrito:

HOLA

—Hola —murmuró, como si de ese modo respondiera al autor de aquel dibujo. Volvió a darle la vuelta al papel tras varios segundos contemplando las letras pintadas con un lápiz y se quedó paralizado—. Qué diablos...

La campiña había cambiado sutilmente. Al menos esa era la sensación que tuvo cuando volteó la lámina y volvió a contemplar la casita y el paisaje. Por un momento hubiese jurado que el cielo no estaba tan azul y que los pequeños destellos de blanco ahora poseían un tono más gris, más oscuro quizá. Descendió con la lupa lentamente hacia la charca y el tendal con la ropa colgando que parecía balancearse por una suave brisa. El rostro de la ventana era más nítido, más perfilado. Antes habría jurado que era un pequeño manchurrón marrón con ojos, pero ahora, si acercaba la lupa sobre la ventana, aquella cara tenía los ojos más definidos, incluso se veían las cejas y lo que parecía ser un sombrero sobre su cabeza. Arrugó la nariz mientras analizaba meticulosamente cada detalle. Cuando llegó a las ovejas soltó un grito ahogado y se le cayó la lupa de las manos. El trasero de la cuarta oveja había desaparecido. Ya no veía las dos patas de atrás y el culo asomándose por el tronco del árbol, ahora veía... ¡su cara! ¿Estaba al revés? ¡No podía ser! Presa del pánico, incapaz de entender lo que estaba viendo, se inclinó hacia el suelo y cogió la lupa con la mano temblorosa. Aquella oveja ahora le miraba directamente, con los ojuelos negros concentrados en un punto y sus orejas apuntando hacia abajo, relajadas.

—No tiene sentido —susurró.

Y entonces la oveja sonrió. Lo hizo de un modo cíclico y lento. Su boca se curvó maliciosamente y esbozó una especie de sonrisa malévola que hizo gritar a Danny mientras lanzaba la lámina hacia un rincón de su habitación y reculaba en la cama hasta chocar contra el cabecero de madera. Durante unos minutos se

quedó agazapado con los brazos alrededor de las rodillas, sin saber muy bien qué hacer. Le temblaba todo el cuerpo y miraba hacia la lámina, vuelta del revés, con las letras en lápiz a la vista.

—¡Danny, baja a merendar! —oyó gritar a su madre en el piso de abajo. Su voz le hizo pegar un brinco y pensó que el corazón se le salía del pecho.

—Ya voy... —susurró para sí.

Hizo acopio de todas sus fuerzas y saltó de la cama. Se aproximó a la lámina y, aterrorizado, se inclinó para volver a cogerla. Quizá había sido una alucinación, pensó él. Quizá estaba tan afectado por lo de Penny que su mente le había jugado una mala pasada, una broma estúpida. Dio la vuelta a la hoja y contempló unos instantes el paisaje. Nada había variado. Se secó el sudor de la frente con la mano y luego se la limpió en el pantalón. La cuarta oveja seguía en el mismo sitio, con las patas asomando por el tronco, como si se escondiera del resto. Miró hacia la casita, en dirección a la mancha en forma de rostro, y luego al cielo. Danny soltó un largo suspiro y dejó la hoja sobre su escritorio. El cielo seguía igual de azul, las tres ovejas miraban hacia las montañas y todo parecía igual que antes. Sintió deseos de reír como un loco.

—¡Danny, por el amor de Dios! —volvió a gritar su madre—. ¿Quieres bajar, cariño?

—¡Voy! —respondió.

Abrió la puerta y corrió por el pasillo hacia las escaleras.

6

Permaneció inmóvil contemplando la noche encapotada con la cabeza ladeada y el ceño arrugado en una mueca de confusión. El calor que emanaba del edificio de la comisaría era lo bastante atrayente para hacerle entrar; pero, por el contrario, en aquel momento estaba concentrado en la atmósfera gélida y en un cielo que apenas dejaba ver ni una estrella, y que anunciaba, casi con toda seguridad, nuevas tormentas. El viejo Lark tenía ya muchos años y conocía a la perfección esos cambios de temperatura tan extrañamente anómalos, aunque no recordaba en los últimos treinta años un septiembre tan frío y oscuro. Oteó la plaza durante unos instantes y las luces amarillentas y cálidas que salían del Coconut. El olor del café recién hecho era agradable. Aquella cafetería tenía la virtud de extender aquel aroma a cualquier hora del día.

El sonido de un motor acercándose por una de las calles le puso en guardia. Dentro de la oficina del sheriff se oyó la voz timbrada de Helen que parecía moverse de un lado a otro con su inconfundible hiperactividad. Aquella mujer trabajaba demasiadas horas, aunque no era algo que le preocupara. No podía entender cómo una mujer con tal obesidad podía deslizarse como un lince, sin temor a romperse aquellas faldas de tubo que siempre se ponía. Carraspeó discretamente y observó a Tommy aparcar frente al edificio.

—¿Cómo va todo, Lark? —preguntó el chico apeándose del vehículo.

—Sheriff —le corrigió. Gargajeó y luego escupió hacia su derecha mientras se colocaba el cinturón un poco más arriba—. Creo que mañana va a llover.

Tommy se situó a su lado y se frotó las manos.

—Sí que hace frío. —Miró hacia la derecha y observó el bosque por encima

de las casas—. Esperemos que sea cosa de unos días. Las compañías eléctricas se frotarán las manos como empecemos a poner tan pronto las calefacciones.

—Deja el informe de Owens para mañana y vete a casa —le ordenó Lark—. No creo que hoy tengamos mucho trabajo. Todo parece tranquilo y Elena todavía seguirá allí unas cuantas horas, por si surge algo.

Tommy iba a decir algo, pero el sonido de un taconeo acompañado de un murmullo de voces le hizo girar la cabeza hacia la derecha. Por la calle descendían dos hombres. A medida que se aproximaban a ellos distinguió al escritor que vivía en la cabaña de Loretta y al reverendo Marcuso.

—¡Eso es tener agallas! —exclamó el sheriff al tiempo que tosía—. Buenas noches, señores.

—Hola, sheriff. —Robert estaba congelado y mantenía las manos ocultas en los bolsillos de la chaqueta—. Tommy...

—¿Qué hay, reverendo? ¿A cenar algo?

—Algo se hará. Vamos a ver a Loretta. Supongo que comeremos algo allí. ¿Conocen a Jim Allen, el nuevo inquilino de Loretta? Jim, estos son el sheriff Lark y su ayudante, Tommy Norton.

Lark observó al hombre situado a la izquierda del reverendo y esbozó una especie de media sonrisa. El tipo llevaba unas finas gafas sin montura y el pelo alborotado, como uno de aquellos intelectuales que salían hablando en los programas matinales de debates. Y era alto, tanto como el reverendo, pero un poco más delgado.

—Usted es el escritor, ¿verdad?

—El mismo —respondió él sonriendo.

—Mi nieta tiene alguno de sus cuentos —bramó Lark—. Un día de estos, si no tiene inconveniente, pasaré para que me firme uno. Creo que la cría se alegrará, aunque tiene diez años.

—Cuando quiera, sheriff. Ya sabe dónde vivo.

A Lark le cayó bien al momento. No es que fuera normal en él que un

forastero le resultara grato nada más conocerlo, pero esa fue la sensación que le produjo, aunque eso no impidió que sí le pareciera un poco estiradillo.

—Creo que el doctor Foster iba para allí —prosiguió Tommy—. Le he visto subir por la calle. Al menos vi una de sus bufandas estridentes y supuse que era él. Es imposible perder al doctor Foster. Si bajara la niebla y cubriera el pueblo totalmente, seguiríamos viendo su bufanda.

—No lo hubiese explicado mejor. Esas bufandas de Alan son su sello distintivo. —Robert soltó una risita—. Que pasen buena noche. Creo que vamos a continuar antes de que se nos congelen todos los músculos del cuerpo.

—Igualmente. —Tommy se volvió con la intención de abrir la puerta—. Un placer conocerle, señor Allen. Espero que disfrute de este sitio y que no sea la única vez que decida quedarse por aquí.

—Igualmente, eso espero. Ha sido un placer.

Cuando los dos hombres desaparecieron tras la esquina, Tommy entró en la comisaría seguido de Lark. El calor le golpeó la cara violentamente y, más que placer, sintió un escalofrío por todo el cuerpo.

—Virgen santa... ¿A cuántos grados tiene esta mujer el termostato? ¿A cuarenta?

El sheriff soltó una risa socarrona y se dirigió hacia su despacho.

—¡Elena, baja la calefacción! —gritó.

La mujer se volvió en su silla y enarcó las cejas como si acabaran de insultarla. Negó con la cabeza y observó discretamente a Tommy. Tenía la vista clavada en algo que colgaba de su escritorio y comenzaba a ponerse pálido.

—¿Qué pasa, Tommy? —preguntó Elena con sorna—. ¿Te dan miedo las marionetas?

Este la miró con gesto de asombro.

—Algo así. No me gustan. ¿Por qué diantres tienes una marioneta colgando del biombo separador? Es horrible.

—Es un regalo de mi sobrino de Portland, así que cuidadito con lo que dices.

No tiene nada de horrible. Está hecha a mano y la ha pintado el niño con todo el amor del mundo para su tía.

Y lo cierto es que aquella marioneta daba repelús. Era un muñeco delgado y desgarrado con una especie de jersey color crema, pantalones azul oscuro y gorra de repartidor. Pero lo más desagradable era su cara. Tenía los ojos muy negros y grandes, la boca abierta formando una «o» y dos arreboles rojos en las mejillas. Un sinfín de hilos salían de todas partes y la mantenían suspendida en el aire grotescamente. Elena lo miró con cierto aire de desdén y se cruzó de brazos.

—¿Vas a quedarte mucho tiempo mirándola con esa cara? ¿En serio te dan miedo estas cosas?

—No exactamente —aunque sí le daban miedo—, solo que no me gustan. Hay gente a la que no le gustan los payasos. Pues a mí me pasa con las marionetas.

—¡Jesús bendito! Treinta años, todo un soldado y le da miedo una maldita marioneta de cincuenta centímetros.

Tommy iba a replicar algo, pero el sheriff salió del despacho con gesto de pocos amigos.

—Esos malditos críos están otra vez en el aserradero —gruñó.

Elena y Tommy se acercaron a la ventana.

—¿Usted cree?

—Hay luces allí arriba. Seguro que han ido a fumar porros y a beber cerveza. Siempre que subo a echar un ojo, veo botellas vacías y colillas. Malditos chavales, un día van a tener un accidente allí dentro. Como sean otra vez Patrick y el muchacho de los Grant, les voy a hacer barrer el pueblo entero durante dos meses seguidos con una escoba metida en el culo.

—Me acercaré al aserradero —anunció Tommy—. Me voy a casa, me queda de camino. Ya me ocupo yo.

—¿Seguro? —inquirió Lark—. Puedo ir yo en un momento. Si son ellos les meteré la escopeta por el...

Elena soltó una ronca carcajada y negó con la cabeza. Su pelo negro y corto se

movió como si fuera una especie de fregona giratoria.

—Por eso mejor voy yo. No es trabajo para viejos —se mofó Tommy.

—Qué gracia tienes, hijo. Cuando yo tenía tu edad...

—¡Ah, no! —exclamó Elena—. No estoy dispuesta a escuchar hoy más batallitas. Avisa por la radio si te dan problemas, Tommy.

—Tú quita de mi vista esa cosa —respondió él, dirigiéndose a la puerta—. De todas formas, no creo que te avise. Seguramente, en cuanto oigan el coche patrulla, saldrán por alguna puerta y yo me iré a casa a darme un baño caliente. Si pasara algo, ya te informo.

Elena le respondió azuzando la marioneta entre las manos con un gesto malicioso.

Quince minutos más tarde Tommy aparcaba en la rampa de gravilla que daba al aserradero. Había pensado en subir con el coche hasta arriba, pero eso hubiera hecho huir a los chicos y le apetecía darles un buen susto. Apagó el motor y observó el enorme bloque que se erguía frente a él. El bosque se extendía por detrás de un modo fantasmagórico y no recordaba si todavía había restos de la antigua vía del ferrocarril. Buscó en la guantera la linterna y cogió la radio, pero luego descartó la idea de informar a Elena, por si los chicos lo oían. Cerró la puerta del coche con sumo cuidado y subió la cuesta mientras hacía crujir la gravilla bajo sus botas. Efectivamente, había luz dentro del edificio. No podía saber con seguridad si eran linternas o lámparas, porque las ventanas del aserradero en su mayoría estaban rotas y llenas de polvo, y el resplandor era difuso. A su derecha observó otro bloque de madera más pequeño que el central. Aquel debía de ser uno de los pocos edificios que aún se mantenían en pie. Lark le había dicho que antiguamente se habían construido seis o siete bloques como aquel y un molino junto al río, pero de todo aquello no quedaba casi nada. Solo la fábrica.

Caminó durante unos minutos y llegó al edificio. La enorme chimenea, que

aún se mantenía intacta, se alzaba hacia el cielo como un faro. Desde fuera se veían las inmensas vigas de madera que sustentaban milagrosamente toda la estructura. Por un momento pensó si aquellos críos serían conscientes del peligro que corrían cuando se aventuraban a jugar en un sitio tan poco estable. Alzó la linterna y la enfocó discretamente hacia un lado. Había restos de ladrillos diseminados por el suelo, cristales y unos tablones de madera planos y largos apilados contra la pared. Oyó varios crujidos en el interior y rodeó la fábrica por su lado derecho hasta llegar a un terraplén de varios metros que parecía perderse en la frondosidad.

—Si me caigo por aquí, acabo en el río —murmuró casi en un susurro apuntando con la linterna a la nada.

Un chasquido detrás de él le hizo girarse. Percibió pisadas dentro de la fábrica y volvió tras sus propios pasos hacia la entrada principal.

—¡Chicos, basta ya por esta noche! ¡Hora de apagar los porros e irse a la cama! —exclamó alumbrando el interior.

Nada. Una enorme viga atravesada de un lado a otro. Vio una rata descomunal caminando sobre ella y soltó un jadeo ahogado.

—¡Qué asco de bicho! ¡Vamos, chicos! ¡Ya vale de guasa, o salís solos o entro a buscaros y os llevo a ver al sheriff!

Algo se movió al fondo, pero la linterna no llegaba a alumbrar lo suficiente. Avanzó un poco más y apuntó hacia el soniquete que venía del otro lado. Varios troncos inmensos se alzaban a su izquierda. *Taka, taka, taka...*

—¿Qué coño...?

Dio varios pasos más y aguzó la vista. Un bulto se desplazaba torpemente entre las sombras hacia él. Por un momento pensó que era uno de los chicos, que estaba borracho, pues sus movimientos tenían algo extraño y caminaba de un modo peculiar.

—¿Patrick? ¿Eres tú? No tiene gracia.

La figura avanzó un poco más, moviendo las piernas y los brazos como si desfilara. En ese mismo momento Tommy sintió que el corazón se le desbocaba.

Aquello que se le acercaba no era ninguno de los chicos y, lo más importante, no parecía ni siquiera humano. Con el pulso descontrolado dio varios pasos atrás y enfocó la figura, que se había quedado quieta en mitad de su recorrido. Iba a sufrir un infarto.

—Hola, hola, amiguito.

Tommy gritó y cayó hacia atrás. Un dolor punzante le atravesó el estómago y el terror se apoderó de todo su cuerpo en milésimas de segundos.

¡Una marioneta gigante!

—¡Dios mío! ¿Qué clase de broma es esta?

La criatura volvió a avanzar con las rodillas por delante, moviendo los brazos al mismo tiempo. Tommy se arrastró hacia el exterior, sin apartar la vista de aquella cosa grotesca que vestía un traje negro y llevaba en la cabeza algo similar a un bombín. Sus ojos metidos hacia dentro y un fino bigote pintado en la cara le conferían un aspecto aterrador.

—¡No! ¡Aléjate de mí! ¿Qué coño eres? ¡No!

Se levantó como pudo, perdió la linterna y corrió hacia la rampa de gravilla, mientras el soniquete de las articulaciones le seguía a poca distancia.

—¡Voy a cogerte, Tommy! —bramó aquella cosa con un sonido gutural.

Taka, taka, taka... Tommy se giró. La marioneta cada vez iba más rápido. Sus brazos aleteaban como si estuvieran muertos a medida que bajaba detrás de él, acercándose cada vez más.

—¡Dios mío! ¡Por el amor de Dios! ¿Qué cojones es eso?

Se estaba ahogando. Al volver a girarse, sus pies se enredaron y cayó rodando rampa abajo. Se desvió de su trayectoria y aterrizó en un lado del bosque. Sintió un fuerte calambre en la pierna. «¡Por Dios, que no me la haya roto!», pensó arrastrándose hacia los árboles. Oyó la voz de Elena al otro lado del camino a través de la radio, pero apenas entendió nada. El soniquete se aproximaba y la marioneta diabólica se reía como un demente.

—¡Tommy! ¡Tommy! ¡Voy a cogerte, amiguito! ¡Ven conmigo, mueve mis hilos, baila conmigo el Hula-Hula!

Taka, taka, taka... Taka, taka, taka... El sonido gutural de aquel bicho cesó. Tommy se acurrucó entre dos árboles caídos. Veía la marioneta balanceándose en lo alto del terraplén. Estaba encorvada hacia delante, con los brazos separados del tronco. Los dedos de sus manos se movían sin parar mientras sus piernas, extremadamente delgadas y deformes, temblaban.

—Tommy..., voy a destriparte... ¡Tommy! ¡Tommy! —gritó el ser. Parecía como si se ahogara, y aquello lo hacía aún más espeluznante—. ¡Amiguito!

Cerró los ojos. Palpó el arma metida en su funda y con sumo cuidado la sacó y apuntó hacia lo alto del terraplén. La cosa había desaparecido.

—¿Dónde estás, hijo de puta? —susurró de forma ahogada. La pierna le dolía terriblemente. Se palpó con la mano el pantalón y sintió la humedad de la sangre—. Joder, joder, por favor..., esto no me puede estar pasando a mí. Tiene que ser una jodida broma.

—¡Tommy! ¡Te arrancaré la piel a tiras!

El grito gutural estaba más cerca. El corazón de Tommy amenazaba con salir a pasear montaña abajo y luego estaba aquel tembleque en las manos. Levantó un poco más el brazo y apuntó al vacío, apoyando la espalda en uno de los troncos para fijar el arma en dirección al sonido. La maldita marioneta no daba señales de vida. Silencio. Oyó las hojas moverse muy cerca de él. Repentinamente aquella cara grotesca asomó entre el follaje y sonrió.

—¡Buh! —gritó y soltó una estrepitosa risa.

—Hijo de puta. Ven con papá...

—¿Has oído eso? —Jim se giró hacia la calle, lanzó el cigarro medio consumido y observó la noche.

—¿El qué?

—Ese sonido —dijo—. Parecían...

—Voladores o petardos —respondió el doctor Foster mientras empujaba la puerta del bar—. Como no entréis vais a quedaros congelados.

Robert alzó la vista en la misma dirección, pero él no había escuchado nada.

—Yo no he oído ninguna cosa. Igual algún pueblo está de fiestas y Alan tiene razón. Vamos, Jim, tengo un hambre voraz. Pidamos a Loretta que nos prepare algo de picar con las suficientes calorías como para hacer que se nos taponen las arterias.

Entraron en el local y se acomodaron en la mesa más alejada de la puerta. Jim había comprobado que en Point Spirit, durante la semana, la gente no solía trasnochar; por esa razón, no le sorprendió ver el lugar totalmente vacío. Loretta estaba detrás de la barra, con el pelo pajizo cardado al estilo años ochenta —muy al estilo Bonnie Tyler— y los ojos excesivamente pintados. Aquella mezcla de colores le daban un aire picassiano. El pantalón rosa palo tobillero y la camisa de lentejuelas no le ayudaban a mantener un look armónico. A Loretta le daba igual. Jim lo había podido comprobar el día que ella le entregó las llaves de la cabaña. Apareció con el mismo cardado pintoresco, los párpados coloreados en un tono violeta y un vestido verde chillón que dañaba la vista. Aquel día fue incapaz de saber aproximadamente su edad. Calculó con los días que Loretta tendría unos quince años más que él, y se quedaba corto.

—Buenas noches —graznó desde la barra—. Reverendo..., doctor..., escritor...

¡Vaya, esto sí que es una reunión de solteros prometedores! Es una pena que no me hayan avisado con más tiempo. Hubiese convocado a todas las muchachas casaderas del pueblo. —Nada más decir esto, soltó una risa cavernosa y se recolocó el tirante del sujetador.

—Adoro tus sarcasmos, Loretta.

—Gracias, reverendo. Es una pena que no tenga veinte años menos.

Había un par de cuadros de bodegones en la pared del fondo muy similares a los que Jim tenía en la cabaña. Los observó durante unos instantes y luego se volvió hacia Robert y Adam. Se reclinó hacia atrás en la silla y estudió meticulosamente la carta plastificada con las posibles opciones para cenar. Nada del otro mundo: bocadillos, platos combinados, alguna ensalada y varias clases de tartas.

—Es un placer conocerte, Jim. Robert me ha hablado de ti, pero no había tenido la oportunidad de coincidir contigo.

El doctor tenía los ojos extremadamente enrojecidos por el cansancio y parecía preocupado; nada raro, tratándose de una persona tan apegada a la familia Morelli. Sin embargo, había en él algo ecléctico, casi conciliador, como si la procesión que llevara por fuera solo enseñara la punta del iceberg.

—Lo mismo digo. Aunque me entristece haber llegado en un momento tan complicado para esta comunidad. Parece que no he traído muy buena suerte a Point Spirit.

Robert sonrió. Se frotó los ojos y apoyó las manos sobre la mesa.

—Tonterías —respondió Alan—. Llevábamos muchos años sin ninguna desgracia, y esta racha no puede durar mucho tiempo. Creo que ni Robert, que lleva aquí toda su vida, recuerda una sucesión tan rápida de fallecimientos. Son dos, lo sé, pero ambos han abierto una cicatriz muy profunda en el pueblo. La niña por lo que es, una muchacha en la flor de la vida, y el de Lorraine porque nadie se lo esperaba. Cuando suceden este tipo de cosas, la gente suele preguntarse si hubiera podido hacer algo por ella. Ya me entiendes.

—Tú estuviste allí antes de que yo llegara, ¿no es así? —le preguntó Robert, y

Alan asintió—. ¿Viste algo fuera de lo normal?

—¿A qué te refieres?

—No sé, Alan, algo que no encajara.

Loretta se aproximó meneando la cadera. Sacó un bolígrafo del bolsillo de la camisa, golpeó la libreta que llevaba y sonrió de un modo perturbador.

—¿Os habéis decidido? El plato número cuatro tiene unas chuletas bastante buenas y el puré de patatas es casero, lo hago yo.

—Por mí está bien —respondió Jim.

Los demás parecieron estar de acuerdo. Pidieron unas cervezas y esperaron a que Loretta se alejara hacia la cocina para proseguir.

—No entiendo lo que me intentas decir, Robert —continuó el doctor—. No... no creo que viera nada fuera de lo normal. ¿Qué pasa?

Jim miró de soslayo a Robert y este le devolvió la mirada con cierto aire de preocupación y de temor.

—Está bien —dijo al fin—. Te contaré algo, pero te pido que no te burles ni empieces con tus teorías realistas del sentido de la vida, Alan. Me resulta difícil contar estas cosas y no querría que la gente me tomara por un paranoico.

—Si no me cuentas qué demonios pasa, difícilmente podré saber de qué me estás hablando.

Robert comenzó su relato, del mismo modo que se lo había narrado a Jim horas antes en la cabaña. A medida que contaba lo que había pasado, el rostro de Alan, más que parecer sorprendido o laxo, reflejaba la duda y quizá algo de desasosiego. Cuando el reverendo terminó, los tres hombres se quedaron en silencio sopesando sus palabras. Jim seguía pensando en la imagen de Lorraine balanceándose con el lápiz de labios en la mano delante de un espejo. Era una escena que no podía quitarse de la cabeza, que le perseguía. Quizá escribiera algo sobre eso. Luego se sintió perverso y rehuyó la idea.

—Está bien, Robert, ya que estamos, creo que yo también voy a contaros una cosa un tanto rara que me ha pasado cuando he ido a ver a Mary y a Elisabeth esta tarde. No creo que tenga nada que ver con Lorraine y ese posible detalle que

yo no vi cuando entré en la casa. Y sinceramente —murmuró exhausto— no sé qué pensar. ¿Recuerdas el ataque que sufrió Mary en el velatorio de Penny?

—Sí, gritó en mitad del velatorio a sus hermanas que no dejaran que él se acercara a la niña o algo así, que era su única hija y que no quería que se la llevara. ¿Te refieres a eso?

Alan asintió y a continuación relató la historia que le había contado Amelia y la intervención de su hermana Carlota. Durante unos instantes dudó en confesar lo que había experimentado en la habitación de Mary Anne, pero debía ser franco con el reverendo, porque aquello no tenía ningún sentido para él. Igual entre su amigo y aquel escritor podrían sacar algo en limpio de todo aquello.

—Santo cielo —murmuró Jim sin salir de su sorpresa inicial—. Es... es bastante chocante. ¿Y dices que esas mujeres no son las típicas personas que están influenciadas por ciertas creencias espirituales?

—Jamás. Las conozco desde hace muchos años, son mujeres sensatas; es más, lo que me contaron viene de muy atrás, de cuando Penny era un bebé y Victor acababa de fallecer. ¿Por qué no me lo contaron antes? Vivo al lado, por el amor de Dios, me paso muchas horas con ellas. Saben que si necesitan algo de mí allí me tienen.

—A mí tampoco me habían dicho nada —apostilló Robert—. Y creedme cuando os digo que, si pasa algo así, la mayoría busca respuestas en la iglesia.

Loretta volvió al galope con los platos. Al momento encendió el televisor y se sentó en uno de los taburetes.

—Espero que no os importe que ponga la telenovela. No he podido verla esta tarde y la he grabado —explicó emocionada.

Jim se rio.

—Estás en tu casa —murmuró.

—Y usted en la mía —respondió con sorna—. Si se decide a venir más a menudo a Point Spirit, puede que se la deje a un precio realmente apetecible y acabe comprándomela.

Jim le respondió que igual no era mala idea. Al instante una imagen surgió en

el televisor y Loretta quedó muda y abstraída.

—Jim, ¿qué opinas tú? Sé que es osado hacerte esta pregunta, pero vienes de fuera, apenas conoces nada aquí y tu punto de vista está más alejado de lo sentimental, por decirlo de algún modo.

Ahora ambos hombres lo miraban. Jim se encogió de hombros. Jamás se había enfrentado a una situación similar, pero no podía negar que como escritor la curiosidad le estaba superando. En aquel momento tomó una decisión: destruiría las veinte páginas de su nuevo proyecto y comenzaría de cero con todo lo que allí estaba pasando, que no era poco. Se dio cuenta de que el reverendo y Alan Foster lo estaban mirando expectantes y se comió aquel puré de patatas con la misma sensación que si tragara una lija del quince.

—No soy un hombre que crea en fantasmas —expuso—, no porque no crea en ese tipo de cosas, más bien porque no he tenido ninguna experiencia al respecto. Sin embargo, dices que esas mujeres no son de inventar historias y que sentías la vergüenza en sus palabras. Quizá vieron algo. Puede que tú, como médico, puedas explicarlo con alguna teoría del subconsciente, pero que vieron algo es obvio. Y están asustadas. Mi opinión es que deberíamos inspeccionar la casa. Eso le dará seguridad a quien viva en ella. Esa casa es muy vieja, hay mucha madera en el interior, supongo, y los ruidos nocturnos son habituales.

—Así es —contestó Alan—. Yo pensaba eso hasta que me pasó lo que os conté en la habitación de Mary. No sabría cómo explicarlo. En mi vida me he visto en una situación así, pero mi sensación como persona, y no como médico, es que había algo allí. No sé si era la atmósfera, esas ráfagas de la nada que me llegaban, corrientes... No sé cómo explicarlo... Y susurros.

—Joder..., susurros —repitió Jim—. Eso es más espeluznante.

—Supongo que lo que pretendes decir —continuó el reverendo— es que, si podemos dar una explicación racional a lo que pasa y seguridad, puede que lo que provoca en su mente ese tipo de alucinaciones se vaya.

—Algo así. Si subimos a ese desván seguramente encontraremos ratas o ratones de campo que se cuelan por los huecos más recónditos, y eso puede

explicar el ruido nocturno de pasos. Si la casa mantiene la antigua caldera, puede aclarar otros sonidos o incluso las ráfagas de aire que pasan por los conductos de aire que antes llevaban el calor a los hogares...

—Pero ellas hablan de un hombre, Jim —le interrumpió Alan—. Un hombre que Elisabeth vio en el jardín. Un hombre de carne y hueso. Y luego la sombra sobre la cuna de Penny. Me inclino a pensar en la alucinación colectiva por un trauma dado que todo coincide con la muerte de Victor y luego con la de Penny; no obstante, me horroriza pensar que esas mujeres no puedan dormir por la noche. La falta de sueño lo empeoraría todo con los días. El estrés postraumático puede llegar a generar alucinaciones, y no solo auditivas. La paranoia también está a la orden del día.

—¿Tú no ibas a ir mañana a darles el pésame? —preguntó Robert—. Puedo acompañarte y Alan puede aparecer por allí a la misma hora. Así no parecerá premeditado. Sabemos que Carlota es una mujer con carácter y no tiene por qué gustarle que creamos que todo es producto de una alucinación.

—Eso ya me lo dijo ella —aseguró Alan— y no me parece mala idea. Yo podría estar allí sobre la cinco.

—Entonces no hay más que hablar. Mañana sobre la marcha veremos si ellas nos dicen algo. Yo también conozco bien a las hermanas y creo que un ambiente propicio les hará sacar todo lo que llevan dentro, llegado el momento —apostilló Robert.

Tras la cena los tres se despidieron en la calle y cada uno tomó rumbo a pie hacia direcciones opuestas. Solo durante unos cinco minutos Alan acompañó a Jim, pero apenas hablaron, estaban abstraídos en la visita del día siguiente a casa de las Morelli. Cuando el doctor se despidió y giró en la primera intersección rumbo a su casa, Jim siguió meditando sobre todo lo que había escuchado y sobre la posibilidad creciente de llamar a su agente para que investigara un poco el pasado de Point Spirit. Quizá podría escribir sobre el pueblo y sobre ciertos

fenómenos basándose en la historia real, sopesó, y lo cierto es que la idea fue tomando forma a medida que avanzaba por el camino y parecía interesante y factible. Miró el reloj totalmente abstraído en sus meditaciones: eran más de las once. Por eso no la vio. Avanzó hacia el camino que llevaba a la cabaña y antes de llegar a la verja contempló una figura enjuta apoyada contra el metal. La silueta se enderezó al verlo y Jim pudo distinguir un pantalón vaquero, unas zapatillas deportivas y algo en su mano. Quedó estupefacto cuando al aproximarse se encontró con Elisabeth Morelli esperando frente a su casa y hasta se puso algo nervioso. La joven llevaba una chaqueta de lana tan gruesa que las piernas parecían extremadamente delgadas en comparación. Sobre su pelo castaño descansaba un gorrito de lana verde con un pompón. Extendió la mano con una sonrisa inocente y Jim se la cogió mecánicamente.

—Perdone, señor Allen, sé que es tarde, pero mi madre... mi madre me dijo que usted había escrito los cuentos de *Catrina* y venía a que me firmara el mío.

Sorprendido por la hora y la visita, se quedó unos instantes en silencio contemplando una primera edición de *Catrina y la llave mágica*.

—Perdona, no esperaba visita a estas horas de la noche. Tú eres Elisabeth, ¿verdad?

La joven asintió. Su rostro níveo contrastaba con el color rosado de sus pequeños labios y tenía los ojos grandes.

—Sí, ya sé que es tarde. He pasado varias veces por aquí y he llamado al timbre, pero supuse que habría salido a cenar y volví hace quince minutos.

Se le encogió el corazón y la voz de su agente retumbó en la cabeza: «Intenta no parecer un perverso».

—¿Llevas quince minutos a la intemperie?

Ella sonrió.

—No se preocupe, no tengo frío.

Ahora sentía la duda rabiosa de si le firmaba el ejemplar en mitad de la noche bajo un frío casi glacial y una bombilla parpadeante llena de mosquitos sobre su cabeza o la invitaba a pasar.

—¿No es muy tarde para que estés aquí? ¿Sabe tu madre que...?

Elisabeth pareció sonrojarse. Sintió lástima por la joven, así que abrió la verja y la invitó a pasar.

—Mi madre está algo enferma y mis tías se han acostado pronto. Aunque Amelia sabe que he venido a que me firme el libro.

—Ah, eso está bien. Pasa. Creo que necesitas entrar en calor. —«Intenta no parecer un perverso. Un perverso. Un perverso», se dijo—. Tengo intención de pasar a saludar a tu familia mañana —dijo abriendo la puerta de casa—. No he querido ir antes porque no lo veía oportuno, pero soy vuestro vecino y me gustaría dar el pésame a tu madre y a tus tías. Por favor, pasa y acomódate. Si te apetece te prepararé un chocolate caliente y encenderé la chimenea.

—Eso sería estupendo —respondió quitándose el gorrito—. Muchas gracias, señor Allen. Mi padre me regaló este cuento cuando era muy pequeña. Lo traje de uno de sus viajes y el otro día reordenando la librería lo encontré. Yo sabía que tenía algo de Catrina, pero no estaba segura de dónde se encontraba. Me haría mucha ilusión que usted me lo dedicara.

—Será un placer, señorita —respondió dirigiéndose hacia la cocina—. ¿Tomas azúcar con el chocolate?

—Dos cucharadas, por favor.

Mientras preparaba la bebida y echaba leña en la chimenea, observó discretamente a la joven. La muchacha no le quitaba la vista de encima y en ningún momento había curioseado a su alrededor. Sujetaba el cuento sobre sus rodillas y no se movía. Una muchacha educada, pensó Jim, triste y algo distraída quizá por todo lo que le había pasado. Durante unos instantes, mientras permanecía inclinado sobre la chimenea, la vio moverse un poco y quitarse la horrible chaqueta de lana que llevaba. Una camiseta rosa de manga larga era la única prenda que vestía y parecía muy fina. Esa cría había tenido que pasar un frío terrible mientras le esperaba. Volvió a sentir lástima y se acercó a ella.

—Bien —dijo sentándose a su lado—, veamos ese cuento. Debe de ser uno de

los primeros que publiqué. Es una edición del 2002, de hace trece años. Lo conservas muy bien.

—Mi padre siempre me dijo que los libros había que cuidarlos. Siempre que iba de viaje me traía alguno.

Meditó la dedicatoria unos segundos. La primera idea, «Para la chica más guapa de Point Spirit», algo que sin duda la hubiera halagado, la descartó por principios. Así que cogió un bolígrafo de la mesa de centro y escribió «Para la chica más dulce y simpática de Point Spirit. Con todo mi cariño». Y pareció gustarle mucho.

Sonrió. Pasó los dedos por la letra cursiva y suspiró satisfecha.

—Vuelvo ahora mismo con tu chocolate. Creo que yo también tomaré uno.

Cuando regresó con las dos tazas de chocolate, las depositó sobre la mesa y volvió a la chimenea para arrojar dos hojas más de periódico y acelerar el fuego. Aquella cabaña era realmente fría si no se mantenía con algo de calor y Elisabeth parecía estar tiritando. Le llamó la atención su fisionomía: a diferencia de sus tías y de su madre, tenía el pelo castaño y los ojos verdes, algo que supuso había heredado de su padre. La joven se inclinó, cogió la taza de chocolate y le dio un largo sorbo.

—Está muy bueno, señor Allen. Es usted muy amable. Gracias.

—No hay de qué. Puedes llamarme Jim. Dime: ¿cómo te encuentras? Supongo que aún no has vuelto a clase, ¿verdad?

—En efecto, tengo unas semanas libres. Mis profesores han considerado que me sentarían bien unos días y llevo los cursos de maravilla. Repaso a veces en casa, cuando no tengo nada mejor que hacer. Y, bueno..., las matemáticas se me dan algo peor, pero solo un poco, y el doctor Foster me ayuda a veces con ellas.

—Eso está muy bien. Alan es un tipo muy simpático. Vengo de cenar con él y el reverendo. Los dos son muy amables.

A Elisabeth se le iluminó la cara. Sus labios eran rosas y tenía las mejillas arreboladas. El pelo le caía sobre los hombros con pequeños e irregulares tirabuzones. Jim se quedó desconcertado cuando ella sonrió. Y no porque la cría

fuera preciosa y muy educada, eso era lo de menos, más bien se trataba de la imagen que proyectaba. Muy similar al dibujo en carboncillo que un amigo suyo de San Francisco le había pintado hacía varios años de Catrina o incluso de las ilustraciones de las portadas. La similitud era desconcertante.

—Te pareces a Catrina —se oyó decir. Y al momento se arrepintió de aquellas palabras. Pero, muy lejos de molestarle, a ella parecieron emocionarla. Abrió los ojos terriblemente y dejó la taza en la mesa—. Y mucho...

—¿De veras? ¿Sabía que mi padre me compró ese cuento justo por la misma razón? Pero yo jamás me hubiese atrevido a decirlo. Es un honor que el mismísimo autor lo haya dicho. Estoy emocionada.

Jim sí que estaba emocionado... Se imaginó a Elisabeth a la puerta de aquella iglesia de cuento, con un vestido blanco y una fina cinta de pelo rojo cruzando su cabeza.

—Casualidades de la vida. Bebe el chocolate antes de que se enfríe.

«Si no te tomas el zumo perderá sus propiedades y las vitaminas.» Aquella frase de su madre le hizo sentirse un viejo decrepito y enterró la cabeza en su taza. «Pervertido, pervertido, pervertido», se dijo.

—¿Va a escribir un libro para adultos? —preguntó Elisabeth.

Aquello le pilló desprevenido. Había estado contemplando las llamas crepitar mientras pensaba en Larry y ahora ella lo miraba con cierta curiosidad y emoción. De pronto se le ocurrió una idea, algo que en otras circunstancias no se habría atrevido a proponer, pero que ahora parecía tener sentido y posiblemente le proporcionaría más respuestas. Se reclinó quitándose las finas gafas y se frotó el tabique nasal. Meditó unos segundos su respuesta.

—A los escritores no nos gusta hablar de nuestros proyectos —dijo. Elisabeth se encogió de hombros algo ruborizada, pero él sonrió—. Pero, tratándose de ti, te contaré un secreto; eso sí, tienes que prometerme que no contarás nada. Incluso puede que en un momento determinado precise de tu ayuda. Y tutéame, por favor...

—¿De veras?

Él asintió.

—Estoy pensando en una novela sobre un pueblo y un misterio —prosiguió—. Quizá con algún fantasma o algo así. Nada desagradable, quiero decir que no voy a escribir sobre muertes o situaciones muy macabras, pero el pueblo me aporta ese halo de misterio que buscaba. ¿Qué te parece?

—Vaya... Parece una buena historia —dijo Elisabeth apartando un rizo de la cara. Luego dejó la taza sobre la mesa y preguntó—: ¿Y ya ha empezado?

—Ahora recopilo información —le contestó—. Es una de las cosas prioritarias. ¿Me guardarás el secreto?

Ella movió la cabeza en un gesto afirmativo.

—Descuide —dijo—, no se lo diré a nadie. Yo una vez vi un fantasma, o eso creo, y no me dio miedo.

«*Touché*», se dijo él.

—¿En serio? —inquirió Jim, fingiendo cierta turbación.

—Sí, pero fue cosa de unos instantes. Incluso no estoy segura de que fuera un fantasma.

Durante unos instantes la observó. Elisabeth parecía meditar sus palabras. Había cruzado las manos sobre las rodillas y estaba erguida mirando a un punto fijo de la mesa. Alzó la cabeza y continuó:

—En realidad no estoy muy segura. Estaba sentada en el columpio de mi hermana detrás de casa y vi a un hombre apoyado contra la verja que limita la finca. Mis tías cuidan mucho el jardín y está lleno de flores, lirios y plantas trepadoras. Él estaba casi encima de ellas, aunque no parecía tocarlas, y lo veía algo borroso. Era guapo —añadió— y joven, pero su forma de vestir era extraña, como de otra época, con esos trajes con chalecos que se ponían los hombres antes y una camisa blanca debajo de su chaqueta.

—¿Llegaste a hablar con él?

—No, solo me miraba. A medida que pasaba el tiempo lo veía con más nitidez, pero luego mi tía me llamó, o eso creí, porque oí voces en la casa y,

cuando volví a mirar hacia las flores, había desaparecido. ¿Podría tomar un poco más de chocolate?

—Claro —respondió levantándose. Al cabo de unos segundos estaba otra vez en el salón con las tazas llenas y el azucarero reposando en la mesa de centro—. Una historia muy interesante. Veo que no eres asustadiza.

—¡Oh, en absoluto! —exclamó—. No sé cómo explicarlo, pero cuando lo veía, era como si mi cabeza me dijera que no tuviera miedo, que no quería hacerme daño y todo eso... En otras circunstancias una se asustaría si ve a un hombre dentro de su jardín, casi encima de las flores, pero no fue mi caso. Sentía que no debía asustarme. Se lo conté a mis tías, pero no le dieron mucha importancia. Aunque Carlota me miró de un modo extraño, luego se puso a cocinar y la cosa quedó ahí. Mis tías no creen en esas cosas. A mi madre no quise decirle nada, porque no me pareció importante y está algo enferma.

—Entiendo.

Bebió el chocolate rápidamente y miró el reloj.

—Lo único que sí recuerdo es que parecía triste. Y luego se esfumó. —Se levantó, se puso la chaqueta y el gorrito, y cogió su cuento—. Tengo que regresar a casa. Has sido muy amable..., Jim.

—Un placer conocerte. ¿Quieres que te acerque a tu casa?

—No, te lo agradezco, pero prefiero ir caminando. Mis tías duermen y si oyen el motor del coche pueden asustarse. Iré corriendo. Solo es una calle y media y así no cogeré frío. —Sonrió.

Jim se levantó y se aproximó a la puerta.

—Entonces hasta mañana, señorita. Ha sido un placer conocerte, te lo digo en serio.

—Hasta mañana, Jim, y muchas gracias por todo.

La vio correr hacia la verja, abrir la puerta con un chirrido solapado y, tras cerrar con cuidado, reanudar su caminata y acelerar el paso mientras bajaba la calle. Jim no tardó en acostarse. Solo cuando la joven se había marchado fue consciente de lo agotado que estaba. Al cabo de un rato se quedó profundamente

dormido y soñó con la mujer que se había colgado de la viga del salón, una mujer sin rostro, con un fino pintalabios dorado entre los dedos de la mano. Estaba frente a ella. Su balanceo le horrorizaba y a la vez le atraía de un modo insano. Delante de la mujer había un bonito aparador de siete cajones con los tiradores en forma de concha y un espejo. No vio en el sueño la palabra HOLA escrita sobre el cristal. El suelo estaba cubierto de una capa de polvo, como si nadie hubiese vivido en aquel lugar durante años. Se puso de rodillas, apoyó las manos sobre el parqué y allí dejó sus huellas. Se manchó los pantalones, pero apenas le importó. Deslizó el dedo índice por la superficie y escribió muy despacio: HOLA A TI TAMBIÉN.

Las margaritas africanas florecían en primavera. Era una bonita decoración floral en la que su tía Carlota solía trabajar con ahínco para que los lirios adquirieran una mayor belleza sobre los parterres. Con todo esto, los sauces, unos árboles que se habían hecho bastante populares en los jardines de los vecinos, cerraban aquel decorado exuberante y salvaje, y dotaban al jardín de una magnificencia y un encanto especial. Balancearse en el columpio rodeada de aquel paisaje de cuento hacía que Elisabeth se sintiera como Alicia en el País de las Maravillas. Pensó en ello a medida que avanzaba hacia la parte trasera, consciente de la pequeña mentira que había contado sobre que sus tías estaban al tanto de su escapada nocturna; sin embargo, había merecido la pena y se sentía flotar en un manojo de nervios y emoción. Jim Allen era un hombre terriblemente atractivo, mucho mayor que ella, sí, pero con un rostro jovial de mejillas elevadas, una excepcional mata de pelo negro algo salvaje y aquellos ojos tan inteligentes. Pero lo que de verdad atraía a Elisabeth de aquel hombre no solo era su intelecto, propio de un hombre que leía y había estudiado mucho, sino más bien era el hecho de que desconocía lo agraciado que era, no le importaba o al menos no demostraba que fuera así. O directamente no tenía ni la más remota idea de su atractivo.

De pronto sintió euforia, la clase de exaltación propia de una joven embelesada por un adulto culto y educado. Elisabeth no había podido librarse de aquella sensación desde que había salido de su casa, no podía dejar de pensar en la posibilidad de volver a verlo. Deseaba hablar con él de libros, de la gran ciudad de San Francisco, que anhelaba conocer, de su deseo por escribir, por

aprender, por descubrir. Quería hablarle de todos aquellos libros que su padre había guardado en la bonita biblioteca de su casa, quizá enseñárselos.

Inmersa en todos aquellos pensamientos atropellados, entró en casa y subió hasta su habitación con sumo cuidado. Si su madre o sus tías se despertaban, iba a meterse en un grave problema y no deseaba preocuparlas. Echó a andar por el pasillo muy despacio y entró en su cuarto casi de puntillas. Cerró la puerta lentamente, ojeando el pasillo, la escalera en penumbra y cualquier movimiento que pudiera llegarle a los oídos. Cuando por fin se encontró protegida por su pequeño santuario, la calma pasó vertiginosamente a un dinamismo repentino. Se quitó la ropa, el gorrito y sus zapatillas deportivas, y con movimientos silenciosos, pero certeros, se puso el camisón y se metió en la cama velozmente.

—Lamento haberte mentido —murmuró para sí. Mañana Jim iba a ir a su casa y peligraba su pequeño embuste—. Tenía la necesidad de conocerte y era la única forma de hacerlo.

Cerró los ojos, pero dormir era en ese momento tarea complicada para ella. Seguía inquieta, exaltada, y no podía dejar de pensar en todo lo que había pasado. Dejó que su mente se concentrara en su forma de sonreír. Evocó durante unos instantes el rostro de perplejidad de Jim cuando la había visto frente a la verja y no pudo por menos que reír. Jim Allen era un hombre con mucha expresividad en su cara y quizá ni siquiera era consciente de ello. Ella se había dado cuenta de ello en el momento en que le sorprendió en mitad de la noche y luego, más tarde, cuando la contempló con una devoción casi vehemente, para luego decirle que se parecía a Catrina.

«Probablemente le enseñaría la carta», meditó. La carta que ella y Penny habían encontrado en el desván la primavera anterior y que no habían mostrado a nadie. Era su secreto. Ella había guardado aquel trozo de papel amarillento y gastado bajo el doble fondo de terciopelo de su joyero y no la había vuelto a leer nunca más; sin embargo, tenía la impresión de que aquella misiva, aquella bonita epístola, estaba relacionada con el fantasma, si es que se trataba de uno. Como mínimo algo tenía que ver con la gente que había vivido allí antes de que su

padre comprase la casa. Y recordaba la bonita letra cursiva, los finos trazos cuidados y elegantes, aquella declaración de amor tan profundo y honesto, y todo ese temor...

El que susurra. Su madre lo había llamado de ese modo el día del velatorio de su hermana, pero ella no entendía nada. No sabía qué significaban aquellas palabras ni mucho menos el pavor desmedido que se había reflejado en los ojos de su madre cuando había dicho aquello. Sí, algo había sucedido hacía muchos años, cuando Penny era un bebé y su madre todavía la acompañaba a ella al colegio de la mano. Al regresar a casa para comer, había encontrado a sus tías muy nerviosas. Habían bajado la cuna de su hermana al salón y, por alguna extraña razón, ninguna de ellas, incluida su madre, se apartaba de su lado. En aquel momento, a sus cuatro años, su pequeño cerebro no veía nada fuera de lo normal. Su tía Carlota le había dicho que estaban ventilando la planta de arriba y que las corrientes de aire no eran buenas para un bebé. Más tarde, con algún año más, ella había recordado aquel episodio y ya no lo veía con la claridad inocente de una niña tan pequeña, porque sus tías y su madre le ocultaban algo. Y ahora, a la tierna y casi adulta edad de dieciséis años, era consciente de que aquella mañana de abril algo había asustado a su familia, hasta el punto de no alejarse de su hermana. ¿Podría ser él, el hombre de terno gris impoluto y el pelo ondulado? Pero... y si fuera así, ¿qué mal podía hacer aquel muchacho de ojos tristes? ¿O es que había algo más en la casa y eso era lo que atemorizaba a su familia?

A pesar de todos aquellos pensamientos, Elisabeth no tenía miedo. Había visto a aquel hombre en el jardín y su expresión era seria, aunque sus ojos reflejaran tristeza. Pero todo aquello no podía contárselo a sus tías. No podía decirles que había sentido la desgracia y el desasosiego en aquellos pocos segundos que había estado con él, y tampoco podía contarle a Jim, al menos por el momento, que de un modo velado y silencioso aquella silueta alta y grácil le había transmitido que algo estaba por llegar, que algo terrible iba a suceder y nadie podía impedirlo. ¿Y por qué a ella?

«Sí, vi a un hombre en el jardín y parecía un fantasma —pensó—. Pero sus

ojos expresaban tristeza, desesperanza y algo más... Porque luego sonrió de un modo extraño, lleno de intenciones. Una de esas sonrisas que a uno le helaría la sangre y le pondría en alerta. Y esa ambigüedad fue lo que me desconcertó, lo que me hizo dudar.»

—El que susurra... —murmuró al aire. Las cortinas se balancearon sutilmente durante unos segundos, pero ella no lo vio—. ¿Quién eres?

Y tras decir eso, se durmió pensando en su hermana.

La noche se llenó de sonidos ocultos, ruidos que venían de todos los rincones de un pueblo profundamente dormido. A lo lejos, un coche grande envuelto en una nube de polvo desfilaba por la carretera secundaria que unía Point Spirit con Bridal Veil. Brady Rose tarareaba una melodía pegadiza que sonaba en la radio, mientras sujetaba entre los labios un diminuto porro de marihuana recién liado. Patrick Grant, al volante, sopesaba la infinidad de excusas que se había planteado dar en casa cuando su padre descubriera que su único hijo no iba a entrar en ninguna universidad el curso siguiente.

Mientras la pesada niebla descendía por la montaña y se apoderaba de todo el entorno, Patrick meditó las posibles razones de su falta de ganas por hacer cualquier cosa que implicara estudiar. Él no estaba hecho para Princeton, Harvard le resultaba una universidad de estirados con corbata, y Yale y Stanford le habían mandado una escueta y sutil carta en la que le agradecían su interés por ellos y al mismo tiempo le daban una elegante patada en el culo en el último párrafo. Por supuesto, Patrick podía tomar aquello como una señal del destino para seguir una vida diferente a la que sus padres le tenían preparada. Su madre siempre le había dicho que la Universidad Pública de Portland no estaba del todo mal, y así se encontraría más cerca de casa. Sin embargo, aunque siempre había sido un chico de aprobados raspados y pequeños esfuerzos, no era lo que deseaba, no quería seguir estudiando otros cinco años de su vida, pero tampoco quería acabar como su madre, haciendo horas extras en un almacén, para sacar adelante a una diminuta familia de tres miembros, y una segunda hipoteca sobre la casa por la afición mundana de su padre al juego y su amor desmedido a las máquinas tragaperras.

—En el fondo sabes que no quieres quedarte en este maldito pueblo el resto de tu vida, Patrick —dijo Brady sin apartar la vista de la carretera, al tiempo que le pasaba el porro—. Al igual que ninguno de nosotros. Sería estúpido que no aceptaras irte a Portland, aunque te pases el primer año rascándote las pelotas y trabajando por horas en una bocatería.

Patrick volvió la cabeza perezosamente hacia su amigo y enarcó las cejas en un gesto cómico.

—Como si tú tuvieras claro lo que quieres hacer con tu vida...

Brady se inclinó hacia delante, metió la mano debajo del asiento y sacó una lata de cerveza. La abrió ruidosamente y se salpicó los pantalones vaqueros, algo que no pareció importarle en absoluto.

—Qué ingrato eres —murmuró.

—¿Ingrato? —Patrick soltó una estrepitosa carcajada—. ¡Oh, por el amor de Dios, Brady! ¿Por qué usas esas palabras tan estúpidas siempre? ¿«Ingrato»? ¿Quién demonios dice «ingrato»?

—Te diré una cosa, ingrato —repitió su amigo—, yo sí quiero irme de este pueblo; al menos una temporada, quizá unos años. Luego igual me apetece volver con un flamante deportivo rojo y un buen trabajo. Tu problema es que estás enamorado de Susi y a ella aún le queda un año para irse a la universidad. No sé si has pensado en la posibilidad de que renuncies a tu plaza en Portland y Susi te dé una patada en tu bonito culo cuando a ella le llegue el momento de decidir.

Aquellas palabras provocaron en Patrick una extraña y dolorosa sensación de pánico. Alzó la vista hacia la oscuridad de la noche y, sin decir una sola palabra, dio una calada al porro y aceleró bruscamente hasta llegar a la primera curva que rodeaba la montaña del aserradero.

—Lo siento —susurró Brady—, pero no logro entender por qué no piensas un poco en ti, amigo.

—Pienso en mí, Brady, lo hago todos los días. Pero tu situación no es parecida a la mía. Y no hablo de Susi, sino de todo a lo que mi madre tiene que hacer

frente por culpa de no recibir esa maldita beca. Tú eres un buen estudiante, tu padre no está como una jodida regadera ni es un ludópata, y encima tienes ese maldito don para la pintura, que sin duda te abrirá muchas puertas. ¿Y qué tengo yo? Una mierda.

Observó la serpenteante carretera y las luces a lo lejos de Point Spirit, y sintió un profundo abatimiento. Sabía que Susi no sería la mujer de su vida, que era inevitable que las cosas acabarían más pronto que tarde. ¿Cuántas veces había pensado en ello? Posiblemente demasiadas. A veces, en la oscuridad de su habitación se había preguntado si el amor de la juventud podía marcar a un chico el resto de su vida, si uno podía seguir viviendo cuando le rompían el corazón o cuando veía claramente que las cosas entre ellos se precipitaban hacia un final que para Susi sería práctico y liberador y, para él, un profundo e insondable pozo oscuro.

—Eso es una estupidez —replicó Brady y le dio un trago a la cerveza—. Y mira a la carretera o acabaremos encima de la copa de algún árbol, ingrato. Yo tengo un don para la pintura, no te lo negaré, pero eso no significa que no termine dibujando caricaturas en la boca de algún metro a cambio de un par de dólares. Nada está escrito.

Dicho esto, pulsó los botones de la radio y cambió de emisora.

—Deja la emisora que estaba, Brady —se quejó Patrick. Su amigo tenía aquella maldita manía, que le sacaba de quicio, de no dejar nunca una canción entera—. Me gustaba lo que estaba sonando.

—Ingrato... —se burló—. Pon las largas, no se ve una mierda.

La radio escupió una serie de ruiditos discordantes y una extraña voz femenina se coló en el interior del viejo Chevrolet: *«Por el camino de piedras, baila la reina. Ella y su traje de fiesta, baila la reina. Tiene un precioso cepillo, de finas perlas. Por el camino de piedras, baila la reina»*.

Ambos muchachos se miraron y rompieron a reír al escuchar aquella canción tan infantil.

—¿Qué coño es esto? —bramó Brady con humor—. Parece mi prima Rose en

el patio del colegio.

—Quita esa mierda, tío.

Pero Brady seguía pulsando los botones de la radio y la vocecita cantarina no cesaba en su letanía: «*Por el camino de piedras, baila la reina...*».

—Que no se te caiga el porro.

—¡Cambia de emisora, Brady!

La canción seguía: «*Tiene un precioso cepillo, de finas perlas...*».

Patrick apartó ligeramente la vista de la carretera y con un gesto colérico comenzó a golpear los botones, con la clara convicción de que su amigo había estropeado la radio de su padre, pero al mismo tiempo disfrutando de aquella situación tan extraña. Algo le hizo levantar la cabeza de forma brusca: en mitad de la carretera había aparecido de la nada una figura que parecía abalanzarse vertiginosamente hacia su coche.

—¡Patrick! —gritó Brady en el mismo instante en que este pegaba un volantazo hacia su izquierda.

—¡Mierda, joder! ¡Es Tommy! Pero ¿qué coño...?!

El coche derrapó en la cuneta, se precipitó por un terraplén y atravesó el bosque a una velocidad excesiva. Patrick pisó el freno desesperadamente, pero el vehículo no parecía responder a sus órdenes.

—¡Oh, Dios mío! —gritó.

—¡Los árboles, Patrick! ¡Frena! ¡Frena!

—¡El freno no responde!

—¡Patrick, los árboles! ¡Nos vamos a...!

Fue lo último que escuchó. La voz de su amigo se perdió en algún lugar remoto de su mente cuando el Chevrolet se estampó contra uno de los árboles y comenzó a dar vueltas de campana, arrasando todo a su paso hasta acabar boca abajo en el desfiladero.

La radio seguía encendida mientras una nube de polvo se elevaba por encima del bosquejo: «*Por el camino de piedras, baila la reina. Ella y su traje de fiesta, baila la reina. Tiene un precioso cepillo, de finas perlas... ¡Hola, chicos!*».

Se ajustó el abrigo negro con el cinturón para que al aire gélido de la noche no la congelara, se puso unos guantes y una bufanda, y salió de casa. El aire le golpeó la cara nada más poner un pie en la calle. Amelia deseó que subieran las temperaturas, aunque eso significara que nevara. Nunca se acostumbraría a ese clima tan duro, esas noches invernales en las que la humedad y el aire calaban los huesos hasta lo más profundo. La nieve le gustaba, pero la lluvia provocaba en ella una extraña tristeza, quizá nostalgia. Miró el cielo cubierto de nubes que se movían en mitad de la noche de un lado a otro y añoró las estrellas. Durante unos momentos y mientras avanzaba por la calle, pensó en su sobrina Elisabeth y sintió lástima por no poder hacer nada. Ahí estaba esa parte de su papel como tía que odiaba, el momento en el cual era consciente de que, por mucho que se esforzara, por mucho que trabajara día tras día, había situaciones que no podía controlar, que no podía solucionar con la brevedad que todos esperaban. Esa era la parte más frustrante de su vida, la que le costó más comprender y aceptar cuando intentó consolar a su hermana pequeña tras la muerte de su esposo.

«El que susurra», había pensado. Por un instante su mente le jugó una mala pasada y creyó ver la sombra de un hombre al otro lado de la calle.

Todos esos pensamientos se hicieron más latentes a medida que avanzaba por la acera helada. A veces tenía que esquivar pequeños charcos ocultos entre las baldosas danzarinas y más de una vez se vio tentada a caminar por la calzada para no caerse o resbalar. Oyó pasos acelerados y se giró para observar de dónde procedían. La calle detrás de ella estaba desierta —la gente no se atrevía a salir con aquel frío— y las luces de las farolas eran demasiado débiles para poder ver el final de la avenida. Volvió a mirar hacia delante y continuó su camino, hasta

que los pasos sonaron más cerca de ella y se aferró discretamente a la pared más próxima. Alguien con una capucha se aproximaba a paso ligero. Sintió miedo y se apartó un poco hacia atrás.

—¿Amelia?

El hombre frenó en seco y se quitó la capucha velozmente.

—Robert..., me has dado un susto de muerte, por el amor de Dios. Eras como un fantasma en mitad de la noche. ¿Qué haces aquí?

—Necesitaba salir a correr. Ya sabes que lo hago a menudo. Veo que te pasa lo mismo. ¿A dónde ibas?

Amelia sintió que su corazón se aceleraba y respiró profundamente. Siempre que se encontraba con el reverendo se sentía estúpida de un modo u otro.

—Quería dar un paseo. Mi hermana ha logrado quedarse dormida, y Carlota y mi sobrina están viendo una película en la televisión. Necesitaba caminar...

Robert le regaló su mejor sonrisa y pareció dudar unos instantes.

—Escucha..., sin compromiso y solo si te apetece, ¿quieres cenar conmigo? Es muy tarde, pero seguro que no me negarás un poco de vino, al menos, y una buena charla.

La invitación fue como una bofetada en toda la cara. Por suerte era de noche. Sentía el calor en las mejillas como dos braseros. El rubor que odiaba con toda su alma la asediaba por todo el cuerpo. No estaba acostumbrada a sentir esas cosas.

—Oh..., pues..., bueno. Perdona, aún no me he recuperado del susto que me has dado, Robert —mintió—. Vale. Gracias por la invitación.

—¿Sí? Perfecto. Me gusta cocinar. De lustro en lustro convengo a algún incauto. Lo hago para los demás —rio.

Alzó el brazo y la invitó de ese modo a caminar a su lado. Avanzaron por la oscura avenida hasta que llegaron a su casa. Sin lugar a duda, esta representaba a Robert en todos los aspectos: una casa clásica, revestida en madera clara y con el tejado gris. Muchas veces Amelia se había preguntado por qué le llamaban tanto la atención las viviendas de las personas y siempre llegaba a la misma

conclusión: lo decían todo de ellas. Subió los peldaños observando cada detalle del jardín: sus setos bien cortados, los farolillos diseminados por el camino. Robert pasó delante. Apartó la mosquitera, abrió la puerta y la invitó a entrar. El salón era igual de ordenado y acogedor que todo lo demás. Constaba de varios sofás en tonos ocres, una chimenea, dos enormes librerías diáfanos distribuidas por dos de las paredes y cubriéndolo todo de libros... Era una casa hermosa, con su cocina de granito, sus escaleras de madera y su balaustrada pintada en blanco y gris.

Se quitó el abrigo y se aproximó con timidez a la mesa del comedor, que era redonda y bastante amplia, y se sentó en una de las sillas. Robert entró velozmente a la cocina quejándose de la posibilidad de que se le hubiera quemado el asado del horno y ella por primera vez se sintió relajada, más tranquila si cabe. Aquel gigante de tez oscura y ojos claros la subyugaba intensamente. Una única pregunta le pasó por la cabeza mientras lo observaba de aquí para allá: ¿por qué un hombre como él no se había casado? La duda volvió a ruborizarla, sobre todo porque más de una vez sus miradas se cruzaron. Aunque ella insistió varias veces en ayudarle en las tareas, Robert se había negado rotundamente. Le ofreció un poco de vino y encendió la chimenea para que el calor invadiera cada recoveco de la casa.

En pocos minutos y con movimientos sosegados y tenaces, Robert había puesto la mesa y todo estaba ya a punto.

—Dejas el asado en el horno, vas a correr, tienes la casa ordenada. Eres un gran partido —bromeó Amelia mientras daba un sorbo a su copa de vino—. Me sorprende que un hombre como tú no se haya casado ni tenga una relación. Por cierto, tienes una casa muy bonita.

El reverendo levantó las cejas y sus ojos se hicieron enormes.

—Eso mismo podría decir yo de ti. No tengo ni idea, Amelia. Supongo que no llegó nunca la persona adecuada y que para las mujeres de hoy en día soy bastante soso.

Amelia rompió a reír al escuchar aquella respuesta y luego carraspeó con

timidez. Él la miraba fijamente y volvía a hacerlo una vez más: la intimidaba.

—No te rías, te lo digo muy en serio. ¿Cuál es tu versión?

—Ah, creo que es muy distinta. Supongo que tampoco he dado aún con la persona correcta. —Saboreó el primer bocado de carne y arqueó las cejas en señal de sorpresa—. Vaya, Robert, cocinas realmente bien. Está exquisito.

—Supongo que tu vida ha cambiado demasiado en los últimos tiempos. Ahora te vuelcas en tus hermanas y en tu sobrina. A veces no hay tiempo para uno mismo...

—No deberíamos tener que elegir entre nuestra familia y nuestra vida privada, pero ya sabes que yo renuncié a mucho cuando decidí volver a cuidar de mi hermana y de mis dos sobrinas. No..., no he pensado mucho en mí misma estos últimos años... —Acto seguido lo miró amablemente y sonrió—. ¿Nunca se te ha ocurrido marcharte de Point Spirit?

—Muchas veces. Estudié una carrera que me apasiona y que no ejerzo, pero es complicado. Tengo fuertes lazos que me unen a este lugar.

Amelia apuró la copa de vino y decidió no beber nada más. Se encontraba a gusto. No podía calcular el tiempo que había pasado desde la última vez que un hombre había cocinado para ella o cuándo fue la última vez que le preguntaron sobre su vida. Acabar borracha como una cuba no era una opción y hacía mucho tiempo que no bebía. El riesgo estaba ahí.

—Uno se acostumbra a la soledad —prosiguió Robert—. Luego todo es más complicado. Seguro que en eso estás de acuerdo conmigo. Tu espacio es tuyo, haces las cosas cuando deseas, nadie te desordena el cajón de los calcetines...

—Eso es cierto —respondió Amelia entre risas, pero al instante se tornó seria—. Mi padre solía decirnos que cuando uno se vuelve solitario se siente tan a gusto con esa situación que todo lo que le pueda pasar le afecta en menor medida. Que el amor nos vuelve vulnerables a todo. Ya me entiendes. No es lo mismo vivir con un amigo o un hermano que con una pareja. Se crean lazos diferentes y una dependencia. Luego nos cuesta hacer ciertas cosas solos.

—¿Como ir al cine?

Amelia rompió a reír.

—¡Sí! Algo tan sencillo como ir al cine.

Se hizo un silencio agradable. Robert se limpió con la servilleta, entrelazó los dedos de la mano y apoyó los codos en la mesa.

—Eres una mujer fuerte, Amelia, y haces un gran trabajo apoyando a tus hermanas.

—Y tú un adulator —contestó con humor.

Robert se encogió de hombros y negó con la cabeza, en un intento fingido de parecer inocente.

—En absoluto. Siempre he pensado que las mujeres sois mucho más fuertes que nosotros frente a numerosas situaciones de la vida. Ya sé que en lo físico nos diferenciamos: solemos ser más rudos, más fuertes... En fin, es ridículo. Probablemente yo pueda arrastrar dos ruedas de un coche con una mano, pero cuando se trata de dolor... —Hizo una pausa tratando de hallar las palabras adecuadas—. Sois más fuertes, más resolutivas y más decididas.

Amelia apartó el plato y durante un momento se quedó pensativa mirando los bordados de hilo blanco del mantel.

—Eres muy bueno con nosotras, Robert, y siempre has estado ahí, como Alan. No sabes cuánto te lo agradecemos.

—No digas tonterías. No tienes que agradecer nada, Amelia.

Evocó la primera vez que había visto al reverendo en la iglesia. Su timbre de voz era sincero, cauto, pero sobre todo íntimo, y nadie le interrumpía cuando él decía algo, incluso cuando su respuesta no era la adecuada o reconocía no saberla. Amelia tuvo por aquel entonces un pensamiento un tanto estúpido: el reverendo Robert Marcuso era como un coloso allí de pie en el púlpito.

Robert se levantó. Al instante volvió con algo de fruta y unos trozos de tarta de manzana.

—Dejaste San Francisco, la docencia y todo lo que habías creado por tu hermana, Amelia. Eso es un acto de generosidad increíble, pero en un tiempo deberías volver a pensar un poco en ti misma.

Alzó la vista del platito de porcelana y depositó la cuchara con cierto cuidado sobre su borde. Se quedó pensativa mirándole a él. Robert tenía una expresión sosegada. La observaba amablemente, mientras parecía comprender de algún modo que ella necesitara pensar en esa última frase un poco más.

—Tienes razón, pero me resultará muy difícil. Hay cosas que no puedo abandonar ahora.

Él asintió. Pareció percibir su inquietud. Le cogió la mano y se la movió airadamente, en un intento de traerla de regreso al mundo real.

—No le des muchas más vueltas. Creo que el problema aquí es que todo va demasiado rápido. Tienes una sobrina preciosa y ahora lo importante es que tu hermana Mary Anne vuelva a sentir un poco de luz propia y salga de ese pozo en el que está metida. Todo lo demás vendrá solo. Eres joven y bonita.

La mano de Robert seguía sobre la suya. Sintió un leve escalofrío al ser consciente de ello y él la apartó muy despacio.

—¿Quieres un café?

—Gracias... Debería... Voy a mandar un mensaje a Carlota, no quiero que se preocupe. Le dije que volvería rápido a casa.

Miró el reloj, apenas eran las once de la noche. Allí se sentía cómoda y deseaba alargar un poco más aquella velada. El reverendo se incorporó y, al hacerlo, pasó la mano por su pelo cariñosamente. Aquel gesto tan dulce le recordó a su padre, la forma íntima sin ninguna segunda intención de decirle de algún modo: «Todo está bien». Se alejó hacia la cocina y lo observó furtivamente mientras abría puertas y cajones, y preparaba la cafetera con su calma innata. Su pantalón de chándal negro y su sudadera le hacían parecer aún más joven de lo que era. No fue capaz de calcular su edad, aunque estaba convencida de que ella era uno o dos años mayor que él. Era un hombre que gustaba a todo el mundo, pero con la humildad y la calma que su profesión le conferían. Poseía un donaire poco común en una persona tan atractiva. Luego estaban sus gestos, su manera fraternal de tocarla, su falta de interés por intentar algo con ella o la ausencia de deseo oculto que muchas veces había visto en los

hombres cuando compartía un momento así con ellos, una cena o una simple conversación. Una vez más se sintió estúpida, inmersa en aquellos pensamientos. ¿Por qué no podía dejar de analizar a la gente tan siquiera unos momentos? Volvió a mirar hacia la cocina: el reverendo estaba apoyado en la encimera de granito negro y jugueteaba con la bolsita del azúcar, que estaba a punto de volcar dentro de un recipiente de porcelana. Un pensamiento le devolvió a su realidad y mandó un mensaje a Carlota para que no se preocupara. Intentó obviar aquella sensación que empezaba a crecer en ella, pero al volver a fijar la vista en Robert se instaló en su cerebro de una forma dolorosa. Deseaba besarlo, siempre lo había querido... Se giró en dirección a la ventana y sintió un escalofrío por todo el cuerpo. Otra vez advirtió aquella presencia extraña, como si alguien observara furtivamente al otro lado del cristal. Árboles, dijo su mente. Eran las ramas de los sauces que proyectaban finas sombras contra la ventana. Pero no estaba segura.

Había algo fuera y no era bueno..., no...

—Creo que mi noche de deporte ha sido claramente interrumpida, pero me alegro por ello. No sabes lo mucho que me gusta tener compañía...

Su voz le golpeó la sien y se puso roja como la grana. Sintió el calor en las mejillas y pareció que él se hubiera dado cuenta, pues la miró con un leve desconcierto mientras depositaba la bandejita con las tazas y el café.

—¿Te pasa algo?

Amelia sonrió estúpidamente y cogió una de las tazas a toda velocidad.

«Probablemente estoy enamorada de ti», pensó, aunque dijo:

—No, en absoluto, estaba pensando. Es... duro superar todo esto, Robert. A veces creo que voy a llegar a casa y voy a encontrarme a mi sobrina en el columpio.

—Saldréis adelante, Amelia. Siempre lo habéis hecho.

—Siento la interrupción de tu salida. —Necesitaba cambiar de tema. Enterró la cabeza en la taza y casi se atragantó.

—Ah, no seas tonta. Acababa de salir. Solo estaba paseando. Primero paseo,

luego corro. Ni siquiera había comenzado. Además, me gusta tu compañía.

—Me siento muy cómoda. No estoy muy acostumbrada a cenar con hombres —murmuró. El rubor se había prolongado durante mucho tiempo. Iba y venía, pero se empezaba a sentir mejor—. Quiero decir que no estoy acostumbrada a cenar con un hombre sin sentir que me tenga que defender de algo y... charlar...

Robert soltó una melodiosa carcajada y volvió a golpearle suavemente con la mano.

—Vaya —dijo él—, no sé si tomármelo como un cumplido.

—Es que lo es —añadió ella—. Lo es...

Ojeó el dorso de su mano. Otro pensamiento ridículo le pasó por la cabeza cuando vio que no había ni un solo pelo o rastro de él. ¿Los reverendos se depilaban? Definitivamente aquella intimidad le estaba haciendo perder la cabeza.

—Supongo que se han perdido las formas con los años —murmuró Robert sujetando la taza de café—. Me tomarás por un idiota, pero a veces tengo la sensación de que he nacido en una época equivocada. Valoro los pequeños detalles, los pequeños gestos... Observo a menudo cómo se relacionan los jóvenes de este pueblo y me entran escalofríos.

—Hablas como si fueras un anciano —rio Amelia—. ¿Cuántos años tienes? Hace tiempo que te conozco y nunca he sido capaz de saberlo con exactitud.

—Treinta y ocho años. Sí, soy un anciano prematuro, y no por lo que hago. Abandoné mi profesión para dedicarme a esto por una promesa que le hice a mi abuelo. Si por desear que las cosas vayan despacio soy un abuelo como dices, estás en lo cierto...

La miró con humor y luego puso un gesto melodramático.

—¿Anciano? —replicó Amelia—. Tengo un año más que tú, por el amor de Dios... Alan nos contó hace tiempo que estudiaste Psicología. De algún modo, en ese aspecto te pareces a mí. Renunciaste a una vida que tenías preparada para seguir por otro camino. —Sonrió. Por unos instantes recuperó la confianza que había perdido nada más atravesar el umbral de la puerta de aquella casa y

palmoteó su brazo—. Eres un buen hombre y no eres ningún anciano... Solo tienes los principios que hace años que se han perdido.

Respiró hondo y se colocó su larga melena por detrás de las orejas. La chaqueta de punto que llevaba sobre el vestido comenzaba a molestarle. Se desabrochó un botón y se reclinó en la silla. De repente le apeteció otra copa de vino, pero descartó la idea rápidamente y se levantó.

—¿Te vas?

—Mañana tengo mucho trabajo. Te ayudaré a recoger todo esto y luego...

—Comprendo —dijo—. No es necesario que me ayudes. Vete tranquila y descansa. Gracias por hacerme compañía.

Se dirigió a la entrada y se giró hacia él. Le besó en la mejilla, cerró los ojos y sintió un terrible deseo de quedarse a su lado. Robert se apartó suavemente de ella y abrió la puerta con una sonrisa.

—Descansa, Amelia, y dales un beso a tus hermanas y a la niña de mi parte.

Asintió y le dio una vez más las gracias. Tomó su abrigo, se lo puso y salió. Mientras caminaba sintió un terrible vacío dentro de ella. Recordó la primera vez que había visto a Robert, cuando acababa de llegar a Point Spirit tras la muerte de Victor. Los bancos de la iglesia se extendían en dos filas hasta casi llegar al presbiterio. Él estaba sentado en la primera, casi frente al altar. A medida que avanzaba por el pasillo central vio una espalda ancha que se inclinaba hacia delante, como si estuviera rezando. Apoyaba los codos sobre las rodillas con los dedos de las manos entrelazados contra la boca y la nariz. Al verla se había puesto recto y la había mirado con aquella dulzura llena de comprensión...

—Ese deseo te quema...

Se giró bruscamente y el corazón comenzó a latirle a una velocidad inusual. ¿Quién había dicho aquello? La calle estaba totalmente desierta y la casa de Robert apenas distaba unos metros, pero algo parecía acompañarla, algo que no lograba ver, pero sí percibir.

—Vamos, Amelia..., él tiene muchos más pecados que expiar que tú... —La voz susurrante pareció reír solapadamente—. Si supieras lo que ese «curita» ha

pensado hacerte, te faltaría calle para salir corriendo y lanzarte a sus brazos..., estúpida mojigata...

—¿Quién eres? —gritó y su voz retumbó como un eco sobre su cabeza.

—Arde dentro de ti...

Aquel susurro le hizo dar un paso atrás, tropezó con el bordillo y cayó de culo sobre la acera. Sentía una brisa extraña, un aire gélido y a la vez caliente girando sobre ella, bailando en torno a su cuerpo, entre sus piernas.

—¿Amelia?

—Llueve... —murmuró a punto de desvanecerse—. Llueve demasiado...

Cuando abrió los ojos estaba de nuevo en el salón del reverendo Robert. Tenía una especie de gasa húmeda sobre la frente y él parecía hablar por teléfono con alguien.

—No te preocupes —le oyó decir—, en cuanto pare de llover, yo mismo la acompañaré a casa. Se ha dado un buen golpe. Tranquila, sí, le dejaré algo, no puede irse así.

Su espeso cabello se desparramaba por los cojines de colores ocres. Se tocó la cabeza: le dolía terriblemente y no tenía ni idea de lo que había pasado. O quizá sí...

—¿Robert?

El reverendo colgó el teléfono y entró precipitadamente en el salón.

—Amelia, me has dado un susto de muerte. Has resbalado al salir de la finca y te has golpeado la cabeza con la acera. Menos mal que me ha dado por salir a tirar la basura. Estabas... estabas espatarrada delante de mi casa. ¡Santo Dios!

Amelia no sabía si reír o llorar.

—Esa voz... —murmuró—. ¿Espatarrada?

Robert se dejó caer sobre el sofá y le apartó el pelo de la humedad de la tela.

—Sí, espatarrada. No se me ocurre una forma más delicada de decirte cómo estabas. Señor, qué susto me has dado. Debiste resbalar con la capa de hielo que

se formó por el frío. He llamado a tu hermana y la he avisado para que no se preocupe. Yo mismo te llevaré a tu casa, no puedes salir así.

«Espatarrada.» Aquella palabra no le gustaba lo más mínimo. Se incorporó levemente. Tenía el vestido empapado del todo y lleno de tierra.

—Tienes que quitarte esa ropa. Te traeré algo que puedas ponerte.

—Robert..., oí... Creo que...

Lo dijo con apenas un hilo de voz. El reverendo, que había subido de dos en dos los escalones hacia el piso de arriba, no parecía haberla escuchado. Por la cabeza de Amelia solo pasaba una imagen de lo más dantesca: ella tirada en la calle en forma de estrella de mar. Sintió ganas de reír, pero, al hacerlo e incorporarse, el dolor en la cabeza y en un costado la hizo jadear. Debía haberse dado un buen golpe.

—Creo que esto te servirá —se oyó en las escaleras.

Entró de nuevo en la estancia y depositó sobre la mesa lo que parecía un pantalón de chándal, una camiseta y un jersey de cuello de cisne. Por un momento Amelia sopesó la terrible posibilidad de tener la ropa interior igual de empapada que el resto, algo que efectivamente comprobó cuando se puso de pie y deslizó la mano con disimulo por detrás para bajarse el pliegue del vestido.

—Puede que también necesites una ducha caliente —murmuró el reverendo en un vano intento de parecer serio—. Lo siento, Amelia..., pero estás...

—¿Horrible? —Se quitó varias hojas del pelo y la gasa húmeda cayó en el suelo haciendo un ruido de lo más desagradable y acuoso—. ¡Maldita sea, estoy empapada! No sé cómo me ha podido pasar esto. Tengo toda mi ropa mojada y no me quiero imaginar cómo me debiste encontrar. Señor, me siento ridícula.

Suspiró y se quitó un mechón de pelo pegado a la frente.

—Mojada, solo estás mojada —sentenció él—. No tengo mucho más que ofrecerte, pero... Está bien. —Robert se empezaba a desesperar. Aquella situación se había vuelto igual de incómoda y extraña para él llegados a ese punto—. Buscaré algo que puedas ponerte debajo del pantalón. Al fondo del pasillo tienes un baño, date una ducha. Te traeré unas toallas.

—¡Oh, Dios mío! —Amelia vio su propio reflejo en una de las vitrinas del salón y se desesperó—. ¡Parezco una rata mojada!

Aquella exclamación provocó un ataque de hilaridad en el reverendo. El hombre comenzó a reír como si todos los nervios del momento y la situación le hubieran superado por aquella noche.

—Y sí —continuó Amelia—, te agradecería en el alma que me dejaras algo para ponerme debajo del pantalón. Tengo muy claro que no eres el típico hombre que guarda la ropa interior de sus amantes en un cajón del armario pero, por el amor de Dios, algo tendrás.

—Rara vez te expresas de forma tan contundente —apuntó Robert con humor—. Iré a por unas toallas y por algo que nos salve de esto. Lo siento, Amelia... Perdona mis risas. Cuando te vi tirada en la calle casi me da un infarto del susto, pero, ahora que estás bien, te puedo asegurar que la situación tiene su gracia.

—Espatarrada...

—Sí. —La boca del reverendo se ensanchó formando una enorme sonrisa—. Te aseguro que no había nada que quedara oculto a la imaginación.

—¡Santo Dios!

Cuando estaba sacando la basura, vio pasar el coche del reverendo por delante de su casa y se quedó en la acera. Se ajustó el albornoz para aislarse del frío y, cuando el vehículo llegó a su altura, se detuvo. El reverendo bajó la ventanilla del copiloto para saludarle.

—¿No es muy tarde para estar en la calle con el frío que hace, Danny?

Él siempre se había preocupado de un modo desmedido por él, sobre todo cuando supo lo de las peleas en el recreo, los insultos en el parque y sus continuas visitas a los primeros auxilios de la enfermería, hasta que aprendió a defenderse. Pero pronto se olvidó de todo: del miedo a ir al colegio, del qué dirán si no formaba parte de su equipo de béisbol. Todo perdía importancia a medida que pasaban los años, que eran pocos, en realidad. A veces se acercaba hasta la iglesia y solía sentarse en la última fila. Desde allí nadie solía ver a un niño de doce años. La gente estaba demasiado preocupada pidiéndole a Dios cosas imposibles para fijarse en aquella figura desgarbada y algo despeinada que disfrutaba con los sermones del reverendo Robert y su forma elocuente de contar aquellas bonitas historias que salían en la Biblia. De vez en cuando, incluso había tomado un helado con el reverendo en el Coconut, detalle que a su madre no le gustó mucho cuando se enteró. Siempre le había dicho que toda esa parafernalia de la Iglesia —rezar, llorar, lamentarse y pedir a Dios— eran estupideces y, aunque no le molestaba la presencia alegre y vivaz de Robert Marcuso, nunca supo con total certeza qué era lo que a su madre la ponía nerviosa de él. Porque había algo..., pero él no lo sabía.

—Hola, reverendo. He salido un momento para sacar la basura.

—Abrígate, Danny —le reprendió amablemente—. Hace mucho frío, cogerás

un catarro. Vengo de acompañar a Amelia Morelli a su casa y la carretera empieza a congelarse.

Le sonrió. El reverendo tenía la agradable virtud de animarlo con pocas palabras. Y a veces se había sentido tentado a visitarlo más íntimamente, para contarle todos sus miedos o sus deseos más profundos. Lo sentía en el fondo de su corazón. Percibía que con él podía hablar de todo, que era un hombre comprensivo, una persona que se preocupaba por los más débiles, como era su caso. Porque solía sentirse solo, muy solo, y sobre todo débil.

—Gracias, reverendo. Que tenga buena noche —dijo levantando el brazo.

El reverendo esperó a que él entrara en la casa y cerrara la puerta para irse más tranquilo. Danny se quedó oteando desde la lejanía el brillo de las luces traseras de su todoterreno. Solo cuando desaparecieron entre la niebla de la avenida, decidió subir a su habitación. Su madre estaba viendo una de sus películas en la televisión por cable y su padre dormitaba en el sillón de al lado con el periódico sobre el pecho y un cigarrillo medio consumido que dibujaba tirabuzones de humo en el cenicero.

—Buenas noches, cariñito.

—Buenas noches, mamá —respondió.

Allí estaba el cuadro con la lámina de la campiña colgando de un bonito gancho color verde. El marco había costado cuatro dólares y era sencillo, hecho de pino. Otra vez la oveja con sus cuartos traseros y el tendal lleno de ropa. La ventana diminuta con el manchurrón en el centro y aquel cielo claro y radiante sobre las montañas y la verde pradera.

Permaneció en silencio, sentado sobre el borde de la cama, observando la imagen, que de una forma casi mágica le atraía con la misma intensidad que le horrorizaba. Por un momento tuvo la impresión de que la ropa colgada del tendal se balanceaba. Las ovejas no se movían, pero las nubes dibujadas en finos y diminutos trazos, sí.

—Otra vez no... —susurró. Habría jurado que sentía la brisa, el aire impregnado con un perfume a lavanda. Algo le golpeó la cara y cuando se

inclinó sobre la colcha los dedos le temblaron al coger con sumo cuidado una brizna de hierba. Varias espigas en tonos violeta se diseminaron sobre el albornoz blanco. Danny se puso a temblar—. Pero...

Se levantó muy despacio con la hierba entre los dedos. El calor en la cara era casi insoportable y la imagen empezaba a cambiar. Había un hombre. Un hombre fuera de la pequeña casa de adoquines. Un hombre con un sombrero negro, un abrigo y unos diminutos ojos muertos de pie junto a la ventana y la charca.

Danny pensó: «No..., no puede ser real. Esto no puede estar pasando. No puede estar pasando. No puede estar pasando».

Lo repitió para sí, una y otra vez, caminando despacio hacia la cama, sin apartar la vista de aquel cuadro y de la imagen del hombre, que parecía crecer cuanto más se alejaba de él. Sobre la cama, se acurrucó contra el cabecero y se abalanzó hacia él como si hubiese perdido la cabeza. Quiso gritar para llamar a sus padres, pero algo le impedía moverse, hablar o como mínimo sollozar. Paralizado por el pánico, oyó el repiqueteo del marco de madera contra la pared. La habitación y todo lo que alcanzaba su vista osciló. Cerró los ojos en el mismo momento en que las bombillitas de la lámpara del techo comenzaron a temblar y a apagarse, una detrás de otra, dejándole en una absoluta oscuridad. Otra vez exhaló un profundo suspiro, tragó saliva con la boca casi seca e intentó proferir algún sonido, pero su garganta estaba muda. ¡Su cuerpo no le obedecía!

Su mente suplicó: «Dios mío, haz que se vaya. No dejes que me atrape. No dejes que me coja».

Abrió los ojos, la única parte de su cuerpo consciente que podía mover aún. Aquel extraño hombre con un sombrero y un abrigo largo estaba frente a él. ¡Delante de su cama! La luz amarillenta de las farolas de la calle trazaba en su rostro sombras dantescas. Lo miraba. Y entonces todo se precipitó. Su cuerpo se proyectó hacia delante, como si unas manos invisibles y fuertes tiraran de sus pies descalzos y lo arrastraran hacia el piecero, hacia el hombre, hacia el cuadro, hacia el mismo infierno.

Su consciencia le avisó: «¡Me va a hacer daño!».

La sensación de tener la boca cosida con un hilo de pescar le provocó náuseas. Estaba boca arriba sobre la colcha, con los brazos extendidos como si fueran a crucificarlo. Aquella criatura lo miraba inclinado sobre la cama, doblado grotescamente de una forma anormal y caricaturesca. El estómago comenzó a dolerle, pero no era nada comparado con la sensación de pánico que por momentos iba presionando su pecho, lo ahogaba y le impedía respirar. Sus ojos eran expresivos y grandes. La curvatura de su boca, en un rictus malicioso, se arqueó un poco más y sonrió.

Danny quiso gritar: «¡Dios, por favor!».

Un susurro sibilante envolvió toda la habitación. Algo le golpeó la cara y la voz de su madre, lejana y casi imposible de descifrar, sonó en algún rincón de su mente consciente.

—Tu dolor... por mi dolor... —dijo el ser con un sonido bronco y gutural—.
Hola..., Danny...

Y se hizo la oscuridad.

No eran ni las once de la mañana y Jim Allen ya había hablado tres veces con su agente literario, dos más con un par de contactos de San Francisco y había enviado varios correos. Llevaba una hora leyendo toda la información que Larry le había remitido, tenía las gafas empañadas por el calor que emanaba de la chimenea y su burbuja creativa crecía con cada nuevo detalle que caía en sus manos desde la gran ciudad. Larry le había llamado ya a primera hora de la mañana y le había puesto en antecedentes, aunque no entendía su interés repentino por aquel viejo aserradero y por el pueblo. Resumiendo, el aserradero de Point Spirit había sido comprado en 1898 por una filial, la compañía de maderas Mori. El propietario, un acaudalado empresario francés llamado Tobías Mori, aprovechando la expansión del ferrocarril y los recursos que tenía la montaña, compró todo lo necesario para reactivar el lugar —maquinaria, útiles— y reconstruyó todo el aserradero, dos naves inmensas y otras tantas edificaciones que ordenó hacer para convertirlas en viviendas unifamiliares para los trabajadores. No es que fueran unas casas ostentosas, eran pequeñas cabañas con un jardín diminuto, todas idénticas, pero sí lo suficientemente bonitas y acogedoras para que la gran mayoría de los habitantes de Point Spirit desearan fervientemente formar parte de aquel proyecto.

—Tobías Mori firmó varios contratos de arrendamiento del bosque antes de 1900 y contrató personal que, con gran celeridad, recorrió los primeros días todo el bosque dejando pequeñas señales. La gente al principio no sabía qué significaban, luego se hizo público que eran una especie de brigadas para el deslinde de los bosques, algo así como zonas idóneas para construir las vías de más trenes que llegarían al aserradero. Ese hombre tenía una excelente relación

con determinadas personas del gobierno y eso era algo que le beneficiaba de un modo u otro, aunque Point Spirit recibía beneficios por todo eso y sin duda gran cantidad de puestos de trabajo, sin contar con las pequeñas viviendas que ya te he mencionado antes, Jim.

Según Larry, solo hubo unos pequeños problemas al comienzo de este gigantesco proyecto. Había personas del pueblo que estaban descontentas con las expropiaciones de algunos terrenos, pero tras varias encarcelaciones por sus continuas manifestaciones, el miedo a manifestarse contra la tala de árboles se amputó de golpe en aquellos comuneros. Cuando uno de estos «rebeldes» apareció asesinado río abajo, el silencio se instaló en Point Spirit. Dejaron a Tobías Mori a su libre albedrío y el bosque comenzó a alimentar no solo a un pueblo, que de una forma clara se beneficiaba de ello, sino a la propia empresa Mori.

—Digamos que el pueblo se dividió —le había dicho Larry—. Tobías construyó, para los vecinos que quisieran trabajar en su empresa, alrededor de doscientas viviendas de madera, que se agrupaban de cuatro en cuatro y que formaban manzanas cuadradas y callejuelas rectas. Se triplicó la población de Point Spirit, pero en el fondo eran como dos pueblos: el antiguo, el que tú conoces, y el que se generó como asentamiento más arriba y cercano al aserradero, lleno de casitas de madera. Tobías Mori trajo a toda su familia de Francia: su esposa, sus hijos. Uno de ellos se llamaba Lucien y estaba casado con una jovencita de buena familia. También les acompañaban todo un servicio de criados y trabajadores que se ocuparían de que nada les faltara mientras durara la explotación o se vendieran los contratos de arrendamiento. Es lo que puedo contarte.

—¿Y qué fue de ellos?

—Lo único que he podido averiguar es que Tobías sufrió un infarto en 1923. Su mujer ya había muerto dos años antes. Con él desapareció el aserradero y todo lo que ahora conoces se fue deteriorando. Había varios talleres en torno al

edificio central: máquinas hidroneumáticas, estufas de secado, grandes sierras... Creo, si no me equivoco, que de los talleres de sierra no ha quedado nada.

—Solo queda la nave de dos plantas. Supongo que era donde descargaban los troncos que bajaban en bueyes. Allí debían transformarlos luego en vigas, tablones... o sabe Dios. Tengo que leer bien todo esto, Larry. No tengo ningún dato de la familia después de 1923.

Larry había carraspeado mientras pasaba páginas al otro lado de la línea.

—No hay nada sobre su familia. Nada desde 1923. ¿En qué andas metido, Jim?

Pero él no tenía ganas de explicarle todo lo que había pasado aquellos días.

—Solo curioso. Este pueblo es precioso. Nunca se sabe si del pasado uno puede sacar una buena historia, amigo.

Aquella frase pareció ser suficientemente convincente para que Larry graznara algo que no llegó a entender y luego colgara.

El resto de la mañana la pasó leyendo y releendo todo lo que tenía en los correos electrónicos e internet. Pocos datos más y nada en absoluto de la familia de Tobías Mori. Después de una suculenta sopa de sobre y un filete de ternera se quedó dormido en el sofá. Despertó con el sonido de la puerta. Miró el reloj: eran las cuatro y media y había quedado con el reverendo para ir juntos a casa de las hermanas Morelli. No tardó ni dos segundos en guardar todo el papeleo que tenía desperdigado por la mesa y el suelo. Por el momento no tenía intención de contar a nadie lo que estaba investigando. No hasta que tuviera claro por qué camino dirigir su trabajo, si es que entre tanto papel había algún hilo creativo del cual tirar.

Cuando abrió la puerta se encontró la antítesis del hombre preocupado que días atrás se había enseñoreado del semblante de Robert. Varios rayos de sol le cruzaban la cara y sus ojos azules parecían transparentes, casi traslúcidos. Iba vestido con un vaquero desgastado y un jersey de cuello de cisne burdeos con una chaqueta de lana negra. Se quitó los guantes y tras un movimiento de cabeza

entró en la casa. Le dio la mano, mientras Jim se daba prisa por arreglarse antes de que se hiciera más tarde.

—Veo que has pasado una noche movida de trabajo —dijo ojeando el montón de papeles secretamente apilados boca abajo.

—Una mañana, más bien. Tienes buen aspecto.

Le dio las gracias por el cumplido y aceptó un café, mientras Jim terminaba de asearse. A los veinte minutos salían rumbo a la casa de las tres hermanas. Nada más apearse del vehículo ambos divisaron a Mary Anne a través de la ventana del primer piso, de pie hablando con alguien. No era difícil averiguar que Alan Foster ya había llegado. Se veía parte de su abrigo negro frente a ella. Aunque la ventana limitaba mucho la visión completa de la escena, detectaron una sonrisa velada en la menor de las Morelli, razón por la cual dedujeron que parecía estar mejor. En ese mismo instante Amelia Morelli abrió la puerta de la casa. Se puso tan roja que pareció que su cabeza iba a estallar por la presión. Jim jamás había visto a una persona ponerse tan colorada en tan poco tiempo.

—Señor Allen, no sabe lo mucho que agradecemos su visita. La niña se alegrará de verle. Tiene varios cuentos suyos que su padre le regaló. Soy Amelia...

Le extendió la mano con educación, moviendo los dedos para disimular el tembleque. Amelia era una mujer de cabellos negros que nunca dejaba a la vista su belleza. Aquella mañana, sin embargo, parecía otra. Sin duda estaba radiante con un vestido floreado hasta las rodillas y una chaqueta de lana gruesa. Miró hacia el reverendo y este la besó en la mejilla.

—Hola, Robert. Gracias por lo de ayer.

Jim lo miró de reojo, pero el pastor hizo caso omiso a su discreto gesto y ambos entraron en la casa detrás de ella.

—Pasad al salón. Mi hermana Carlota está preparando un poco de café y de té, y parece que Mary Anne se encuentra mucho mejor hoy.

—Me alegra oírte decir eso —afirmó Robert, que se quitó el abrigo y lo colgó en un perchero de pie junto a la puerta—. ¿Cómo está tu cabeza?

Amelia sonrió y tomó asiento frente a ellos.

—Bien. Jim..., disculpe, ayer tuve un pequeño accidente delante de casa del reverendo y tuvo que auxiliarme. Resbalé... en la acera.

—Lo lamento.

—Nada grave —repuso ella. Desvió la vista a Robert y volvió a ponerse roja—. Perdí el equilibrio y mi amor propio.

¿Era una impresión suya o aquella mujer estaba coladita por el reverendo?

Carlota Morelli apareció cargada con una bandeja llena de tazas y platitos de porcelana. Presentaba el mismo aspecto áspero de siempre: el pelo recogido en un moño, un vestido oscuro de cuello alto y sus eternos zapatos abotinados, que le conferían un aire añejo y algo desabrido.

—Mi hermana cayó en mitad de Point Spirit patas arriba, señor Allen —apuntó sin ninguna expresividad o sentimiento en la voz—. Nuestro reverendo la encontró en una postura algo indecorosa.

—¡Carlota, por favor!

La pobre mujer no sabía dónde meterse. Robert no dejaba de reír discretamente.

—¿En serio? —inquirió Jim.

—Fue un pequeño susto, luego nos reímos. Nada esperpéntico —añadió Robert.

—¡Menos mal! —exclamó Carlota—. Por favor, sírvanse libremente. Las pastas son del Coconut. Yo misma he ido a recogerlas hace unas horas. Son las mejores. Muchas gracias por su visita, señor Allen. Nuestra pequeña Elisabeth tiene muchas ganas de conocerle.

Un piloto rojo se encendió en la cabeza de Jim Allen, que se dijo: «¿Conocerle? Pervertido, pervertido».

Por supuesto que Jim jamás habría creído que la pequeña Elisabeth le hubiera mentido, pero no tardó en darse cuenta de que había sido así cuando la vio descender las escaleras con gesto de preocupación, mientras avanzaba con un

libro entre las manos que, sin duda, no era *Catrina y la llave mágica*, sino *Catrina y el bosque encantado*.

—¡Ah, aquí está! —exclamó Robert.

La joven se quedó plantada delante de Jim y tragó saliva, pero no pronunció ni una sola palabra.

—Encantado de conocerte, Elisabeth —dijo entonces Jim. La muchacha lo miró con los ojos brillantes, como si acabara de decir unas palabras mágicas.

—Es un placer... —Y se sentó a su lado.

—Luego te firmará tu libro, Eli —terció Amelia—. Seguro que tienes alguno más por la estantería. Tu padre os regaló varios, aunque no logré dar con ellos cuando me enteré de que su autor iba a estar aquí. ¿Se quedará mucho tiempo, señor Allen?

—Por favor, tutéenme, me hace sentir muy mayor. De momento he alquilado la cabaña de Loretta para seis meses, no tengo claro el tiempo que me llevará este nuevo proyecto. Tienen una casa muy bonita. Veo que han mantenido la decoración clásica del edificio.

Carlota sonrió. La mujer tenía sus buenos cuarenta y dos años, pero sin duda parecía mayor, no solo por la ropa, sino por sus modales clásicos y la falta de maquillaje.

—Entonces nos tutearemos todos, si te parece. Mi cuñado mantuvo la mayoría de los muebles coloniales de los antiguos propietarios y a nosotras nos gustan el mobiliario de madera maciza y las alfombras persas. En verano, las mosquiteras de las camas nos espantan los mosquitos y todo tiene ese encanto que da candor a la casa, ¿no te parece?

Jim le respondió que sus gustos en decoración eran muy similares a los suyos. A su lado Elisabeth apenas había abierto la boca; estaba muy pegada a él y notaba el calor de su cuerpo nervioso contra su brazo.

—Ya hemos visto que Alan está arriba con Mary Anne. Parecía mucho más animada que la última vez que coincidí con ella —apostilló Robert.

Carlota mudó el gesto ante aquella afirmación y miró hacia Amelia, que

pareció empalidecer.

—¿Cómo?

—Lo hemos visto desde fuera.

Amelia se levantó de golpe.

—¿Qué pasa? —Jim no entendía nada.

Carlota miró a ambos hombres y a su sobrina.

—Eso... eso no es posible. Alan no ha venido hoy a casa.

Durante unos instantes todos se quedaron en silencio sin hacer el más mínimo ruido o gesto. Cuando Carlota se giró como una muñeca articulada con la intención de subir por la escalera, Robert la frenó en seco y la sujetó fuertemente por un brazo.

—Subiré yo primero con Jim. Amelia, tú quédate con la niña en el salón y no os mováis de aquí.

—¿Qué pasa? —sollozó Elisabeth.

—Nada, cariño. —Jim se había levantado y ahora seguía a Robert y Carlota escaleras arriba sin saber muy bien hacia dónde se dirigían.

El pasillo era largo y estaba enmoquetado. Avanzaban en fila india con Carlota Morelli a la cola y Robert en cabeza. Ambos habrían jurado que Alan estaba arriba cuando llegaron a la casa, hubieran apostado la cabeza. De pronto Jim sintió un intenso calor impropio. La puerta de la habitación de Mary Anne estaba levemente abierta y parecía moverse de manera muy suave, como arrastrada por una corriente en ambas direcciones.

—¿Notas eso, Robert? —susurró Jim.

—Sí, ha subido la temperatura. Carlota, quédate aquí.

El reverendo apoyó la mano en el pomo de la puerta y la abrió muy despacio. Vio la espalda de Mary Anne, que estaba sentada sobre la cama mirando hacia la ventana. En una fracción de segundo la realidad dio paso a una total confusión. Había un hombre de pie frente a ella, inclinado levemente sobre su rostro. Sus ojos oscuros se elevaron por encima del hombro de Mary y se clavaron en ellos, que permanecían estáticos. La habitación no estaba caliente sino fría. Una

corriente de aire hizo volar las cortinas. Aquel individuo se puso recto y los miró fríamente. Fue una fracción de segundo, pero los detalles se fijaron en ambos como si hubieran pasado varias horas. La textura de su ropa era extraña, atemporal. Su pelo oscuro y sus pómulos elevados eran parte de una fisionomía suave, pero a la vez amenazadora. Mary Anne seguía inerte. Solo un leve giro de su rostro perfiló la curvatura de su nariz. El hombre sonrió de un modo desconcertante. La puerta se cerró violentamente y golpeó la cara de Robert, que cayó hacia atrás sobre Jim.

—¡Dios santo! —gritó Carlota desde el pasillo.

Corrió hacia ellos y aferró el pomo intentando abrir la puerta, pero esta no cedía. Robert sangraba por la nariz mientras se incorporaba y Jim se levantó del suelo, apartó a Carlota y se abalanzó sobre la puerta, hasta que, tras varios empujones, esta cedió. Cuando entró a trompicones, el hombre había desaparecido y Mary Anne estaba tumbada sobre la cama profundamente dormida. Aquello no tenía sentido. ¡No podía ser real! Se oyeron pasos en el piso de abajo, la voz de Amelia y unas pisadas que subían apresuradamente y se dirigían hacia ellos. Alan apareció como un caballo desbocado por el pasillo y enfiló hacia la habitación, mientras sus ojos se abrían en dirección a la imagen de Mary dormida y se inclinaba al tiempo sobre Robert.

—Coge este pañuelo y aprieta con fuerza. Ahora estoy contigo.

Entró como alma que lleva el diablo en la estancia. Jim se había aproximado a Mary Anne, que parecía ajena a todo.

—Te juro por mi santa madre que hace dos minutos estaba sentada hablando con un hombre —sentenció.

—¿Qué ha pasado?

—Se cerró la puerta de golpe. Robert estaba delante, pero te juro que había un hombre con ella. ¡Creíamos que eras tú cuando los vimos por la ventana al llegar!

—Mary, ¿me oyes?

—Llevaba puesto un traje oscuro y un abrigo con... Y un chaleco. ¡Por el

amor de Dios, había un hombre aquí!

—Mary Anne —repitió Alan pasando la mano por su rostro relajado.

—¡Mary Anne! —gritó Carlota.

Acababa de dejar sordo a Jim, que se apartó de ella y se dirigió dando zancadas hacia el armario con la intención de abrirlo.

—¿Dónde coño está?

—¿Mary? —Su preocupación aumentó notablemente hasta que los ojos de Mary Anne se abrieron lentamente—. Mary...

—Alan...

La mujer se incorporó aturdida. Por un momento la expresión de su rostro, más que de ensoñación, era de sorpresa. Su hermana Carlota estaba llorando desconsoladamente en un rincón. Alan la contemplaba con cierta curiosidad y preocupación. Había un hombre a quien no conocía revolviendo su armario como si fuera un chiflado.

—¿Qué pasa? ¿Quién es ese hombre? ¿Qué hace con mis cosas?

Volvió la cabeza hacia la puerta y vio al reverendo con la mano ensangrentada y un pañuelo en la nariz.

—No entiendo nada —se oyó decir a Jim Allen. Al instante este fue consciente de que la hermosa y delgada mujer que estaba postrada en la cama lo miraba con cierto recelo, asombro y perplejidad.

Era como una réplica exacta de Amelia Morelli, pero con varios kilos menos encima. Tenía el mismo cabello ondulado y negro, los mismos ojos oscuros y exuberantes, pero su extrema delgadez la hacían casi pintoresca, hermosa sin duda alguna, aunque delicada en extremo.

—Usted es el escritor famoso —murmuró. Miró hacia Alan y parpadeó—. ¿Qué pasa? Estaba durmiendo. ¿Qué hacéis todos aquí?

Alan fue a abrazarla y ella se apartó, consciente de que todo el mundo la miraba y de que algo había sucedido.

—Estaba aquí contigo, Mary. ¡Aquí, contigo! Ese ser, ese hombre...

—Carlota, por favor...

—¡No, Alan! Díselo. Todos lo visteis. Estaba contigo, Mary, y tú...

Alan sintió una profunda angustia al contemplar los ojos desorbitados de Mary ante aquella revelación. Su estado le atormentaba, Mary era una mujer fuerte, pero en esos momentos estaba aterrada.

—Yo soñé con él... Estaba sentada en mi cama y él me decía cosas al oído...

—¡No fue un sueño! —gritó Carlota—. ¡Y cerró la puerta de golpe! ¡Y le ha roto la nariz al reverendo!

Robert, que había permanecido en total silencio, se aproximó a la cama y se sentó en el otro extremo.

—Hemos visto a un hombre contigo, Mary. Esas visiones que tenías desde la muerte de Victor, lo que dijiste en el funeral de Penny, ¿tienen algo que ver con ese ser?

Pero ¿qué importancia podría tener que ella confirmara todo aquello? Alan era médico y ahora la analizaba como si fuera una simple paciente enferma. Nadie iba a entender su miedo o su desesperación. Nadie iba a comprender los años que había pasado aterrada junto a la cuna de su hija esperando que aquel fantasma o lo que demonios fuera se apareciera ante ella y se la llevara. Sollozó abrazándose a Alan y negó con la cabeza.

—Había un hombre en esta habitación, Alan —dijo entonces Jim de pie, con los brazos cruzados, frente a la cama—, y te puedo asegurar que la puerta se nos cerró en la cara nada más vernos. Esto no son desvaríos y lo sabes. No es una alucinación colectiva o como quieras llamarlo. Ese tipo estaba de pie delante de Mary Anne y nos sonrió.

—¿Y mi hija?

—Tranquila, Mary, está con Amelia en el salón —respondió Alan.

—Me encuentro bien —dijo incorporándose—. Quiero verla. Necesito darme una ducha y vestirme. Necesito saber que mi hija está bien.

—Yo te ayudaré —dijo Carlota.

Jim trató de despejar su mente, mientras las dos hermanas se ponían en movimiento con la ayuda de Alan, que todavía parecía muy afectado y azorado.

Mary Anne no dejaba de sollozar, de compadecerse de sí misma. Estaba claro que aquella mujer no había sido en ningún momento consciente de aquel encuentro y que se sentía desvalida, demasiado expuesta a algo que no entendía, que nadie comprendía.

Ya en el piso de abajo, mientras Alan estaba atendiendo a Mary Anne, la escena no podía ser más extraña: Carlota repiqueteaba el tablero de la mesa con las uñas, mientras Robert mantenía la cabeza inclinada hacia atrás y se sujetaba la nariz con una gasa que Amelia le había dado.

—Espero que no tenga que darle más pastillas —murmuró Amelia en un suspiro—. Ese hombre se tiene ganado el cielo con todas nosotras. Mi hermana se ha controlado, te lo aseguro, Jim. Cada vez que ve a ese ser acaba sufriendo un ataque de pánico. Esto acabará con ella.

—Tardan mucho, ¿no?

—Sus conversaciones a veces son la mejor terapia, Jim —contestó Robert con un tono gutural que le recordó a un teleñeco.

—Señor Allen —Elisabeth lo miraba fijamente—, querría enseñarle la biblioteca de mi padre. ¿Me acompaña?

Jim sonrió.

—Claro, señorita, será un placer.

Atravesaron la planta baja y entraron en una amplia habitación repleta de estanterías diáfanas llenas de libros. Jim observó a la joven. Estaba claro que su intención no era enseñarle todos aquellos volúmenes, que sin duda alguna tenían un valor incalculable. Era una de esas colecciones privadas que en cualquier otro momento le habrían tenido horas apartado del mundo. Pero no después de lo acontecido, y menos con ella delante.

—Siento haberte mentido —murmuró—, pero mis tías jamás me hubieran dejado salir a conocerte. Desde que mi hermana falleció me tratan como si fuera de cristal y a veces me resulta muy complicado ir a algún sitio sin que alguna de ellas me acompañe.

El rostro de la joven, iluminado por la tenue luz que emanaba de la lámpara de

araña, parecía realmente consternado, arrepentido por aquel estúpido detalle que no tenía ninguna importancia para él.

—No tienes que disculparte por nada, Elisabeth, yo también he tenido dieciséis años. Me pilló un poco por sorpresa, pero no es nada que uno no pueda sortear por los años de experiencia.

Elisabeth avanzó hacia él y, al hacerlo, Jim tuvo una extraña revelación: había atravesado el mundo y solo en aquel pequeño lugar remoto encontraba una réplica exacta de lo que para él significaba Catrina en todo su esplendor y belleza: Catrina con sus pantalones vaqueros y su camiseta rosa, Catrina con ese bonito pelo color castaño que a veces tenía reflejos rubios y aquellos ojos verdes esmeralda. Contuvo el aliento y pensó en la imagen terrible del hombre junto a su madre.

—Tengo algo para ti —susurró cogiéndole de la mano con afecto—. Encontramos esta carta en el desván la primavera pasada. Penny y yo solíamos jugar mucho allí. Mis tías no la han visto y no estoy segura de que quiera que lo sepan.

—¿Y por qué me la das a mí? —preguntó mirando aquel trozo de papel amarillento.

Ella bajó la vista al suelo y se encogió de hombros.

—No lo sé. ¿Nunca te ha pasado que crees que debes hacer algo y no sabes la razón? Eso es lo que me pasa. Creo que debes leerla tú. Creo que eres el único que puede sacar un significado a todas esas palabras.

Sintió ganas de abrazarla, de protegerla, pero se contuvo. Sin embargo, Elisabeth seguía inmóvil, sin percatarse de la atracción que sentía él por todo lo que ella representaba y que apenas se imaginaba.

«Inconsciente Catrina, no sabes el poder que tiene tu belleza y esa tristeza que te acompaña...», pensó.

—Es un honor que deposites esa confianza en mí —alcanzó a decir. Se sentía absorbido por su presencia juvenil. Guardó la hoja en el bolsillo del pantalón y

apoyó el dorso de la mano en su mejilla—. La leeré esta noche y te diré qué opino.

La austeridad de la sala y la luz amarillenta que caía sobre ella le daban el aspecto de una aparición.

—No tengo miedo a ese hombre, si es lo que te preocupa —confesó. Se apoyó ligeramente sobre el tablero de una mesa de madera maciza que hacía al tiempo de soporte para más libros y suspiró—. No quiere hacernos daño. Sin embargo, tengo miedo por lo que a veces siento.

—¿Qué quieres decir?

—Creo que está lleno de rencor. No quise contarte mucho anoche, no estaba segura de si me tomarías por una loca y no pretendía causarte una mala impresión, pero después de lo que ha pasado hoy en casa no creo que te asuste lo que pueda confesarte.

—Eso está claro —respondió—, aunque tengo la sensación, Elisabeth, de que me ocultas cierta información.

La chica se mordió el labio y sopesó unos instantes todo lo que le pasaba por la mente. Al instante alzó la cabeza con dignidad y un brillo rabioso e inusual en ella se encendió en sus dos bonitos ojos de niña.

—Mi madre tiene mucho miedo porque cree que está aquí para llevarse a sus hijas. Le culpa de la muerte de Penny porque lo vio sobre la cuna varias veces, observándola dormir. Yo siempre he ignorado todas esas cosas, he intentado no parecer asustada cuando mi madre me dijo en el funeral que me alejara de él. Creí que eran historias que con el tiempo se olvidarían y, entonces, lo vi. Pero no era la primera vez que ese hombre se me aparecía.

—Hablas con una madurez impropia de tu edad y me gustaría que te sincerases del todo conmigo, Elisabeth.

La coraza que hasta aquel momento había llevado sobre su propia tragedia se desvaneció paulatinamente y sus labios empezaron a temblar.

—Creo que algo malo va a suceder. Lo supe el día que falleció mi hermana y lo sentí cuando lo vi sobre los lirios del jardín. Está enfadado, no sé la razón ni

con quién, pero lleva mucho odio dentro de él, mucho rencor, aunque estoy totalmente convencida que no es a nosotras a quien quiere hacer daño, Jim. Mi hermana murió de leucemia y él lo sabía cuando la vio en su cunita. ¡Él lo sabía! Por eso estaba allí, por eso velaba por ella y por eso estoy segura de que, después de su muerte, después de enterrarla en el cementerio, aquel ser me esperaba en el jardín...

—¿Habló contigo?

Se hizo un silencio incómodo.

—Elisabeth, ¿logró comunicarse contigo? ¿Te dijo algo?

Intentó descifrar su rostro, pero no logró ver más allá de aquellas mejillas arreboladas por la pena y el desconsuelo. Se apoyó junto a ella, la tomó de la mano y se la apretó con firmeza con la intención, quizá, de sentirla más cerca de él.

—Penny siempre lo quiso... Ella me hablaba de ese hombre cuando nadie, ni siquiera mi madre, aún era consciente de lo que estaba por venir. Siempre cantaba una bonita canción cuando se columpiaba en el jardín. Me decía que el hombre triste le había enseñado aquella melodía y que cuando la cantaba él se ponía contento, parecía más feliz, y eso la alegraba. Mi hermana siempre me dijo que ese hombre era un enviado de papá para cuidar de nosotras, pero se equivocaba. Él ya estaba aquí antes que nosotras...

—No me has dicho si lograste hablar con él —insistió Jim.

Elisabeth inspiró una honda bocanada de aire y le apretó inconscientemente los dedos de la mano.

—Estaba llorando —dijo entonces—. Luego todo fue confuso. Creí que estaba soñando, pero él estaba ahí, junto a mi ventana, y no dejaba de sollozar, no dejaba de lamentarse casi en silencio. Pero su aflicción desapareció al instante y mudó el rostro con un gesto de crispación y odio. «Su dolor por mi dolor»: es lo único que me dijo. Luego desapareció.

Alan se dio cuenta de que algo iba mal nada más escuchar la voz trémula del sheriff Lark al otro lado de la línea del teléfono. Por supuesto, la idea que le rondaba por la cabeza no era muy alentadora, primero porque el viejo parecía afectado y carente de la seguridad que siempre solía mostrar, y por otro lado, porque no podía explicarse la razón por la que le necesitaba con tanta premura. Todo el mundo sabía que Lark no era un hombre fácil, nunca lo había sido desde que se quedó viudo. Solía estar siempre enfadado con el mundo, aunque en el fondo Alan comprendía que era una mera máscara de carnaval que se ponía para no parecer triste o desamparado. Era la costumbre que solía ver en la gente que en el fondo se sentía frágil, apartada o sin familia, y Lark había ocupado esa soledad con su trabajo. Primero con el joven ayudante Tommy Norton, un chico de la gran ciudad, decidido, enamorado de su trabajo y, por supuesto, amable. Luego con Elena Duncan Prim, una mujer enorme, con el genio de un sargento de caballería. No tenía familia en Point Spirit, por lo que pasaba muchas horas en la oficina, cosa que nunca le había preocupado. Tenía la destreza y el genio suficientes para sobrellevar el carácter del sheriff, hasta había vecinos que decían entre risas que a Elena se le empezaban a pegar ciertos gestos de Lark: la forma de mirar de soslayo, el «que me aspen» cuando no entendía algo o se sorprendía. Con todo esto, Lark seguía dando una gran seguridad al pueblo de Point Spirit por muchos años que tuviera. Todos conocían al viejo comisario y todos lo respetaban. Aceptar su carácter agrio y cáustico sin tomarlo como algo personal era sentir cierto cariño por él.

—Mire usted, doctor Foster —le dijo nada más pegar la oreja en el teléfono

móvil—, creo que tenemos un problema grave y me gustaría que se pasara lo antes posible por aquí. Debería venir ya, ¿me oye? Créame, es muy importante.

Alan se había acomodado en el asiento del coche. Durante unos segundos se quedó contemplando la casa de Mary Anne, su ventana blanca, las finas e inmaculadas cortinas con bonitas filigranas, la fachada de ladrillo rojo y las pequeñas ventanas superiores con sus arcos.

—¿Ocurre algo, Lark?

El comisario pareció reflexionar. Luego carraspeó y dijo:

—Los móviles no son mis amigos, preferiría que viniera ya. Esas enormes antenas que colocan en los campos de trigo son receptores de ondas y estamos vigilados, ¿no lo sabía? Estoy seguro de ello.

—Comprendo. Voy para allá.

¿Para qué discutir sobre antenas? Lark era uno de esos tipos que veía la conspiración allá donde fuera. Le resultó gracioso aquel comentario antes de colgar, solapó durante unos segundos la duda rabiosa y no tardó ni veinte minutos en llegar allí. Aparcó en los reservados que tenían para los vehículos de la policía y varias personas vestidas de traje, que no había visto en toda su vida, salieron por la puerta, subieron a un vehículo aparcado muy próximo al de él y se alejaron a una velocidad inusual. Se quedó de pie con la bufanda en la mano, observando el polvo que levantaban en la carretera.

—Vamos, doctor Foster —oyó decir a Lark en lo alto de las escaleras—, coja su maletín y acompáñeme.

Pero ¿qué demonios estaba pasando? ¿Quién era toda aquella gente? Analizó la figura encorvada de Lark entre las dos columnas griegas que soportaban el tejadillo de la oficina y se guardó la bufanda en el bolsillo del abrigo.

—¿Qué pasa?

—Mejor pregunte qué no pasa, doctor. Una desgracia. Una terrible desgracia.

Y lo cierto es que aquella «desgracia» debía de ser muy grande. Elena estaba sentada en su puesto de trabajo con la cara descompuesta y muy pálida. Tenía el rostro surcado de chorretones de rímel. Entre los dedos de las manos creyó ver

una especie de títere, o lo que quedaba de él, pues los hilos estaban enredados y tenía todas las articulaciones rotas y torcidas. La mujer sacó un pañuelo de una caja de cartón y se sonó los mocos. Ni siquiera se percató de que él había entrado. Dejó el revoltijo de hilos y maderas sobre la mesa y, apoyando la cabeza sobre los brazos, comenzó a gimotear desconsoladamente.

—Por el amor de Dios, ¿qué ha pasado?

—Hoy a las doce del mediodía hemos encontrado el Chevrolet de los Grant en el desfiladero. Una caravana de turistas que pasaba por allí lo descubrió cuando bajaban a hacer sus necesidades. Patrick y Brady Rose han fallecido en el accidente. Los chicos debían de venir de Dios sabe dónde, el coche estaba lleno de latas de cerveza y porros. Supongo que perdieron el control del vehículo y acabaron allí. Esa maldita carretera que rodea el aserradero es un peligro. Demasiadas curvas.

—¿Muertos? —exclamó—. ¿Patrick y Brady han muerto?

Lark abrió sus diminutos ojuelos grises y asintió muy despacio.

—Así es. Parte de la familia se ha trasladado a Portland hace unas horas. Los dos muchachos estaban dentro del coche cuando los encontraron. No quiero entrar en detalles escabrosos, pero el resultado del análisis preliminar es que fallecieron en el acto. Estaban llenos de laceraciones por todo el cuerpo. El chico de los Grant tenía una fractura importante en la cabeza y a Brady..., en fin, costó identificarlo del golpe en la cara. No llevaba cinturón. Ha sido horrible, doctor. No tardaremos en tener sus autopsias, pero no creo que cambie nada de lo que le estoy diciendo.

—Pero esto es terrible. Espantoso —murmuró Alan sin salir de su asombro.

—Que me aspen si entiendo a esta juventud, doctor. Beben, fuman y luego se lanzan a la carretera de madrugada creyéndose los amos del mundo. Hace nada tenía a dos familias destrozadas aquí mismo y le aseguro que no es agradable. Nada agradable.

—Santo Dios... No, no acabo de creérmelo. Ayer sin ir más lejos coincidí con Patrick en la cafetería de la gasolinera. —Se frotó la frente con los dedos y un

jadeo ahogado de Elena le hizo mirar hacia donde estaba—. ¿Qué necesita de mí? Me ha dicho que el forense del condado ya se ha ocupado del asunto y supongo que esa gente que ha salido de aquí eran de la policía de Portland.

El sheriff lo miró de un modo extraño y apretó los dientes tensando las mandíbulas. Estaba nervioso, había cambiado el peso de una pierna a otra en varias ocasiones, y se tocaba una y otra vez el sombrero mientras hablaba con él.

—Hay algo más. No tiene que ver con esto, pero es la razón por la que le he llamado. Ayer mi ayudante subió de noche al aserradero. Nada fuera de lo normal, vimos luces y pensamos que los chicos estarían allí liándola, ya me entiende. Lo cierto es que hoy no ha venido a trabajar y Elena lo ha llamado a casa. No contestaba a la radio tampoco y empezamos a preocuparnos un poco. Jones, el viejo maderero, encontró su coche delante de la rampa que sube al aserradero a las once de la mañana, pero no había ni rastro de Tommy por ningún lado. Ya sabe que ese viejo suele cazar por el bosque y conoce muy bien toda la zona de Bridal Veil. Mandé al agente Perkins para que echara un vistazo. ¡Maldita sea! Esto es un jodido pueblo de dos mil habitantes y nunca pasa nada. Perkins tenía unos días libres, así que tampoco tardó mucho en plantarse allí arriba. Jones ya había encontrado rastros de sangre en la bajada al río. Creemos que debió resbalar en la rampa y se cayó. Lo que no entendimos, y digo entendimos, es por qué razón había dos casquillos entre las ramas. Se supone que cuando uno se cae por una maldita rampa no dispara su arma.

—Pero ¿qué me está diciendo?

—Espere, doctor. Dos horas más tarde encontraron a Tommy Norton caminando sin rumbo fijo por la carretera de Bridal Veil. A tres kilómetros más o menos de donde hallaron a los chicos. Llevaba la pistola reglamentaria en la mano con el cargador totalmente vacío. No le voy a contar cómo lo encontramos y el aspecto que tenía, porque usted mismo lo va a ver ahora. Tiene una pierna destrozada por el golpe que debió de darse y se ha vuelto totalmente loco.

—¿Cómo? ¿Está aquí? ¿No debería estar en el hospital?

—Está encerrado en una de las celdas.

Aquella confesión dejó a Alan totalmente desorientado.

—¿Encerrado? ¿Por qué? ¿Qué ha hecho?

Lark se quitó el sombrero y gruñó entre dientes.

—Maldita sea, doctor, nadie lo ha encerrado. Perkins lo subió a su coche y lo trajo aquí. No dijo ni una sola palabra hasta que bajó del vehículo y me arrancó las llaves de las celdas como un maldito desequilibrado. Se encerró él solito allí abajo.

—¡Y destrozó mi títere! —jadeó ahogadamente Elena con todo el pelo por la cara—. ¡Estaba fuera de sí! ¿Ha visto lo que ha hecho? ¡Me lo regaló mi sobrino!

—No quiere salir —continuó Lark—. No deja de decir tonterías, no sé qué demonios habrá tomado o qué coño le ha pasado, pero no deja de gritar que le persigue una marioneta gigante. ¿Lo oye? ¡Una marioneta gigante! ¡Por todos los santos! Entró aquí ido, ausente, como cuando uno se toma varias pastillas para dormir y no sabe ni por dónde va, ¿entiende? Pero fue ver la marioneta de Elena colgando del biombo y se puso como loco. Todo lo demás ya lo sabe. Está abajo y no quiere salir de la celda.

Naturalmente Alan estaba conmocionado no solo por lo que le estaban contando, que no tenía ningún sentido, sino por la noticia de la trágica muerte de aquellos dos muchachos. ¡Por el amor de Dios! ¿Y qué tenía sentido ya? Acababa de salir de una casa donde un fantasma acosaba a la mujer de su vida, una vecina se había colgado dos noches antes y ahora aquello. ¿Qué estaba sucediendo? Todos aquellos pensamientos fueron agolpándose en su cabeza mientras descendía detrás de Lark las escaleras que daban a las celdas. Nunca había visto aquel laberinto de estrechos pasillos. A su derecha había una puerta metálica con una diminuta ventana de cristal en el centro que, por el sonido y el esfuerzo del sheriff al abrirla, debía de pesar una tonelada. Dentro de la habitación, a ambos lados de la amplia estancia, se situaban dos filas de celdas con gruesos barrotes. Seis en total. Vio a Tommy sentado en el camastro de la última celda, la más alejada de la puerta. Aún llevaba el uniforme. Mantenía la

cabeza colgando entre las piernas y miraba al suelo. La pernera derecha de su pantalón estaba hecha trizas y tenía la pierna llena de arañazos, alguna herida con muy mala pinta y restos de hojas y de ramitas. Todo su uniforme estaba lleno de barro y parecía empapado. Cuando alzó la cabeza y los miró, Alan detectó unas terribles ojeras, bolsas en los ojos y una brecha en el labio que le llegaba casi hasta la mejilla. Tenía un aspecto terrible, sin contar con la expresión de pánico que se dibujó en su rostro cuando dejó rodar sus ojos hacia Lark.

—¡No saldré de aquí! ¿Me oyes? ¡No hasta que esa cosa esté muerta o se vaya al mismísimo infierno! —gritó.

—Tommy, soy Alan. ¿Me recuerdas?

El policía tardó en desviar la atención de su jefe y miró a Alan.

—No soy idiota, doctor Foster, ni he perdido la jodida memoria. Ese es el problema... Creo que no perderé jamás la puta y maldita memoria... —sollozó ahogadamente.

—Tommy, tengo que entrar en la celda para ver tus heridas —prosiguió Alan—. Necesito que abras la puerta y me dejes pasar.

Ahí estaba de nuevo la mirada lánguida y cerúlea de Tommy dirigida hacia Lark. Alan se dio cuenta de que aquel hombre estaba demasiado asustado y fuera de control. Le pidió con educación a Lark que lo dejara a solas con él. Este, después de soltar varios improperios entre dientes, atravesó la habitación y desapareció tras la puerta.

—Tommy —insistió—, deja que vea esa pierna y la herida de la boca. Te prometo que luego me iré y que no intentaré que salgas, si es lo que deseas.

—¡No quiero que me atrape, doctor! —jadeó—. Esa cosa... esa cosa está ahí fuera. Llevo toda la noche huyendo de ella. Aquí no me atrapará, ¿verdad? No, no me cogerá aquí.

Palpó el camastro con las dos manos y luego miró al techo y las paredes de la celda.

—Tommy, abre la puerta, por favor. —La desagradable impotencia empezaba

a aflorar en él. Cada vez lo veía más alterado, más nervioso—. Mira, tengo aquí el maletín, puedo curarte esa herida de la pierna si me dejas. Te daré algo para que te sientas mejor y podremos hablar, si es lo que quieres.

—¿Hablar? —gritó y al momento soltó una estrepitosa carcajada—. ¿Para qué? Nadie me cree. ¡Todos piensan que he perdido el juicio! ¿Sabe una cosa? Sus pastillas no me harán sentir mejor, a menos que tenga algo en ese maletín que me haga perder la memoria, doctor. No tiene ni idea de lo terrible de la situación. Lo vi con mis propios ojos —dijo balanceándose—. Era una marioneta. ¡Una marioneta! ¿Y sabe algo más? Disparé a ese bicho. Sí, lo hice. ¡No dejé de hacerlo! Se lanzó sobre mí como una hiena y sabe Dios que creí que me mataría. No tiene ni idea de lo que es rodar jodida montaña abajo con eso encima.

Se quedó en silencio. Las manos le temblaban y sus ojos no dejaban de moverse de un lado a otro. Alan no podía dar crédito a lo que estaba escuchando. ¿Cómo era posible que un hombre con el temple y la serenidad de Tommy Norton se encontrara en esa situación, de aquel modo y con aquel aspecto tan desolador? De repente se dio cuenta de que lo estaba mirando. Los ojos del chico se empañaron de lágrimas.

—Le juro por Dios que no miento, doctor Foster —gimoteó—. Esa cosa estaba en el aserradero y me atacó. ¡Y ya sé que yo soy un hombre que aborrece las marionetas! Fue justo lo mismo que le dije a Elena antes de irme a ese maldito sitio. Creí que me estaban gastando una broma. ¡Creí que Patrick y los suyos me estaban gastando una jodida broma!

—¿Odias las marionetas?

—¡No las soporto! —gritó desesperado—. Desde que era un niño. Desde que tengo uso de razón me ponen enfermo. Y solo pretendía hacer mi trabajo, irme a casa... Pero aquello apareció de la nada, caminando con esas... ¡Dios mío!

Alan estaba desolado, pero por alguna razón creía aquella locura.

—Tommy, escúchame atentamente, quiero que abras la puerta y me dejes hacer mi trabajo.

—¿Y por qué iba a hacerlo, doctor? ¿Para que me saquen de aquí, me lleven a casa y ese demonio vuelva a por mí?

—No, Tommy, porque tengo que curarte y porque yo te creo.

El chico abrió la boca sorprendido.

—Lo dice por decir —sentenció.

—No, aunque tampoco te voy a responder si me preguntas las razones de por qué te creo, pero tengo algunas. Han pasado ciertas cosas y me siento en la obligación de creerte. Es lo único que puedo decirte.

Alan volvió a pensar en el hombre de la habitación de Mary y en aquellos susurros sibilantes. Observó que el joven se llevaba la mano a la espalda con un gesto de dolor y la frotaba. Estaba desorientado, porque sin duda no se esperaba que un doctor de pueblo creyera aquella historia, y sopesaba sus posibilidades. Al instante se levantó muy despacio y se aproximó a los barrotes. Su aspecto de cerca era aún más lamentable de lo que imaginaba Alan. Los labios le temblaban, la mejilla derecha estaba hinchada y empezaba a amoratarse.

—No juegue conmigo, doctor. Le suplico que no me trate como a uno de esos locos. Sé que si salgo de aquí ese bicho acabará conmigo.

—No quiero que eso pase y no estoy jugando contigo. Mis circunstancias personales hacen que te crea y eso es lo único que por ahora puedo decirte. No voy a obligarte a salir de aquí, Tommy, pero no creo que esa sea la solución. No puedes quedarte el resto de tu vida metido aquí dentro y lo sabes. Han pasado cosas en Point Spirit estos últimos días y no todas tienen una explicación coherente. Si te sirve de algo, no eres el único que está pasando por una situación extraña. Tommy... —murmuró—, déjame ayudarte.

—¿Ayudarme? ¿Cómo va a hacerlo?

—Para empezar, curando esas heridas antes de que se infecten más. Te sacaré muestras de sangre y me darás una de orina. Si quieres demostrar que algo te sucedió de verdad, lo primero que tienes que hacer es borrar las dudas de la gente que puede ayudarte.

Aquello pareció relajar el rostro de Tommy. Volvió a frotarse la espalda a la

altura de los riñones. Metió la mano en el bolso del pantalón, sacó el manajo de llaves y se las entregó a Alan.

—No me falle, doctor —sollozó en un lamento—. No podría soportarlo.

A dos kilómetros de la comisaría, y mientras el doctor Foster levantaba la camisa de Tommy y encontraba la palabra HOLA garabateada con arañazos en su espalda, Lorna Coleman salía de su casa despavorida y enfilaba calle abajo pidiendo ayuda a voz en grito. Ella y su marido vivían muy cerca del centro del pueblo. Desde la peluquería de Patsy, Loretta Lee —la dueña de El Ukelele— y Rose Baker —profesora del colegio elemental— la vieron atravesar la plaza y correr hacia la clínica. Bobby Hall, el dueño del Coconut, salió del establecimiento asustado por los gritos de la mujer. Cuando esta se perdió en la puerta giratoria, se quedó plantado delante de la cafetería, rodillo en mano y con cara de no saber muy bien qué estaba sucediendo. Oliver Perkins, el segundo ayudante del sheriff, que en aquel momento había parado a tomar un café, salió tras Bobby y entró en la clínica. Loretta tenía la nariz pegada al cristal del escaparate de la peluquería y su compañera de arreglos, inmovilizada por las mechas que se estaba poniendo, no dejaba de preguntarle qué estaba pasando allí fuera.

—¿Qué pasa, Loretta?

—Es Lorna. Ha entrado en la clínica fuera de sí.

Rose arqueó las cejas en señal de sorpresa. Tenía el pelo lleno de papel de plata y las cejas blancas por el tinte que Patsy le había aplicado para aclarárselas.

—¿Les habrá pasado algo a Paul o a Danny? —preguntó Patsy—. ¡Virgen santa!

—Paul Coleman nunca está en casa a esta hora, Patsy —contestó Rose—. Trabaja en Albany, es agente inmobiliario y no suele estar quieto en la oficina.

Quizá no ha logrado ponerse en contacto con su marido o sabe Dios qué. Espero que no le haya pasado nada a Danny.

—Alan Foster no está en la clínica —dijo Loretta encendiendo uno de sus largos cigarros mientras abría la puerta—. Lo vi dirigirse a ver al sheriff hace una hora. Supongo que ya se ha enterado del accidente de los críos.

—Pero está la doctora López y Terry, el enfermero. Además, no creo que sea tan grave. Aunque, si te digo la verdad, no había visto nunca a Lorna tan nerviosa. Quizá el niño se ha cortado o se ha caído. Puede que se haya roto una pierna o incluso un brazo.

—Calla, Loretta —replicó Rose—. Ya era lo que nos faltaba, más sustos. Esperemos que solo sea una falsa alarma. Mira —señaló hacia la cristalera—, ya salen.

Las tres mujeres miraron hacia la puerta giratoria de la consulta. Lorna Coleman tenía la cara demudada y llevaba una manta por los hombros. Una de las doctoras estaba hablando con ella, pero ella tenía la mirada perdida como una borrachina recién levantada de su siesta. Perkins, que era un hombre relativamente en baja forma, sudaba como un cerdo. No debía de tener ni siquiera cuarenta años, pero parecía mucho mayor, y no por la barriga importante que se le empezaba a formar o las canas del cabello, sino más bien era su aspecto desaliñado y algo añejo. Estaba junto a ellas y se veían cercos del sudor debajo de sus brazos y la espalda.

—Tiene que ser algo grave. —Patsy se aproximó a Loretta y arrugó la nariz para ver mejor la escena—. Lorna no deja de gritar y ahora se va con Perkins. Supongo que la doctora está llamando a Alan.

—Ese hombre va a acabar mal de la cabeza como el ayuntamiento no contrate a alguien más. Es una barbaridad que todas las pequeñas enfermedades dependan de tres personas.

Rose chasqueó la lengua y se volvió hacia el espejo girando la silla.

—Sabes que, si es grave, todos acabamos en el hospital de Portland. Además, no tiene mucho más que hacer. Aunque yo estaría encantada de entretenerle si...

—¡Rose! —gritó Patsy—. Controla esa boca, mujer.

Loretta soltó una risa seca y volvió la vista hacia la calle.

—Lorna siempre ha sido una mujer preciosa. No entiendo cómo es posible que se casase con Paul. Ese hombre, y que Dios me perdone, puede ser una bellísima persona, pero qué pocas gracias tiene.

Patsy, que llevaba un vestido de flores y una bata negra, y poseía una melena rubia y larga que llevaba recogida siempre en una cola alta, la miró fijamente sin decir nada.

—¿Qué? —preguntó Loretta.

—¿En serio, Loretta?

—¿En serio qué? Cuando me miras así te pareces a Lady Gaga. ¿Qué pasa?

—Entre otras cosas, Lorna se casó embarazada, Loretta. Creía que estabas al tanto de todos los chismes de este pueblo.

Loretta se estremeció. Lanzó el cigarrillo fuera de la peluquería y, tras cerrar la puerta, puso los brazos en jarra. Vivir en un pueblo de ese tamaño era como estar condenado a ceder los derechos de autor de tu vida privada. Nadie hacía nada sin que alguien lo supiera y, si por alguna razón —desagradable—, habías cometido un pequeño error en el pasado, uno llevaba una bolsa de supermercado anclada al culo el resto de su vida con todos los desastres personales en su interior. La gente no olvidaba, o más bien, la gente no quería olvidar la mierda de los demás.

—¿Y desde cuándo es un problema para una mujer en este siglo tener un hijo sin la bendición de una boda innecesaria?

Rose volvió a chasquear la lengua. Allí sentada parecía uno de los ocupantes del *Apolo 13*. Tenía las manos extendidas con las uñas recién pintadas y parecía congelada, si no fuera por unos pequeños movimientos con los pies para girar su silla de un lado a otro.

—Desde que vives en un pueblo como este, Loretta —respondió.

Cuando Loretta vio a las dos mujeres mirándola con los ojos muy abiertos, sintió un escalofrío por todo el cuerpo.

—Empieza a preocuparme que en tan poco tiempo hayan sucedido tantas cosas desagradables —dijo al fin.

Lorna Coleman ya había subido al coche de Perkins y habían desaparecido calle arriba. Vio a Bobby hablando con la doctora López y por un momento aplacó las ganas de salir corriendo hacia ellos.

Fue solo un segundo, pero habría jurado que bajo las arcadas del pórtico que precedía la entrada a correos había visto a un hombre alto con un sombrero negro.

Jim Allen acababa de llegar a casa cuando recibió la llamada del doctor Alan Foster. En realidad, casi todo lo que duró la conversación, Jim se quedó sin habla, y no era para menos. No comprendía lo que estaba pasando, no podía dar crédito a tanta desgracia en un espacio de tiempo tan corto, pero lo que sí tenía claro es que Alan era un tipo solitario con muy pocos amigos en aquel lugar. Hasta entonces había tenido el apoyo del reverendo —que sin duda era importante—, pero aquella llamada, aquella confesión nada más tratar a Tommy, le indicaba que Alan confiaba y se apoyaba en él. Eso le asustaba al mismo tiempo que lo llenaba de una especie de nerviosismo por no saber qué hacer o cómo ayudar.

—Esto desestabiliza a todo el pueblo —le había dicho Alan con aquel tono sosegado que siempre usaba ante cualquier catástrofe—. Y no es que no tenga una explicación, Tommy es un chico equilibrado, Jim, pero ¿cómo se hizo esa herida en la espalda, un HOLA? Es lo mismo que Robert dijo que había visto Catherine Woods en el espejo de Owens, la misma palabra. Ese muchacho no sería capaz de escribir en su propia espalda, es algo imposible. ¡No tiene lógica!

Jim dudó por un momento si todos aquellos acontecimientos tenían algo que ver con el espectro, fantasma o lo que demonios fuera. La lógica había pasado a un segundo plano y las palabras de Elisabeth volvieron a su mente como un eco lanzado desde algún lugar remoto e inexplorable: «Su dolor por mi dolor».

—He llamado a Robert. Ya sabía lo de los chicos, pero no tenía ni idea de la situación de Tommy. Ha sido impactante, sobre todo cuando se ha enterado de lo de su espalda. Le ha faltado tiempo para salir pitando en dirección a casa de

Catherine. Supongo que busca respuestas, como cualquier ser vivo que esté ante una situación como esta, Jim.

—¿Qué harán con los muchachos? ¿Celebrarán los funerales en Point Spirit?

—Supongo que sí. Ambas familias son de aquí. Aunque no puedo asegurarte nada, no sé mucho más. ¿Qué quieres que te diga? No podemos hablar de todo este asunto con cualquiera; además, tampoco nos creerían. ¿Qué voy a decirles, que creo en ese chico porque he sido testigo de que hay un fantasma en casa de Mary Anne Morelli?

Jim le había preguntado por el sheriff y su opinión al respecto, y ante aquello, Alan había chasqueado la lengua y durante unos segundos se había mantenido en silencio.

—He sacado sangre al chico y me ha dado una muestra de orina —dijo al fin—. El viejo Lark está convencido de que ha tenido que tomar algo y que está alucinando. De verdad que lo comprendo, yo pensaría lo mismo en otras circunstancias. Pero me ha prometido que dejará que duerma esta noche allí, al menos hasta que tengamos el resultado de los análisis. Yo mismo llevaré las muestras ahora mismo a la clínica. ¿Qué va a pensar, Jim? Se lanzó sobre la secretaria del sheriff. La pobre mujer tenía una marioneta de su sobrino colgando de uno de esos biombos separadores de melamina y nada más ver el títere se volvió loco.

—¿Y si los análisis salen negativos?

—Volverá a casa de igual modo —alegó Alan—, y Dios quiera que ese chico no cometa una locura.

Después de colgar se había sumergido en una especie de confusión, de desasosiego. Dos chicos habían muerto de madrugada, una mujer se había colgado de la viga de su salón unas noches antes y ahora el ayudante del sheriff juraba y perjuraba que una marioneta gigante le perseguía por el bosque para matarlo. Qué infiel podía ser la cordura cuando la irrealidad le golpeaba a uno.

Todo lo que le habían enseñado desde niño comenzaba a ser un esbozo de su propia objetividad. Ni siquiera le había dado tiempo a quitarse la chaqueta o a sentarse en uno de los sofás. Salió al porche con las manos metidas en los bolsillos del pantalón y observó el zarandeo de las ramas flexibles de los sauces. Muchas de las casas de aquel pueblo tenían uno en el jardín o quizá un robusto roble. No lo recordaba con exactitud, aunque siempre que paseaba por las calles solía fijarse en todos los jardines. Fue en ese preciso instante, mientras su mente volaba por encima de las pequeñas casas de Point Spirit, cuando sintió el tacto de la carta en los dedos. La sacó cuidadosamente para no arrugarla más y se sentó en el balancín.

10 de agosto de 1923, Point Spirit

Fue lo primero que alcanzó a leer mientras la desplegaba meticulosamente.

Estimada Giorgina:

Quizá esta sea la última carta que te envíe antes de mi partida. Las cosas se han complicado desde que mi querido suegro falleciera. Sabe Dios, apreciada prima, que su partida ha dejado a mi esposo sumido en una profunda melancolía y, aunque poco a poco se va recuperando, sufro por él.

Nada nos ata a este lugar. Lucien no desea continuar con los negocios de su padre, nunca lo deseó. Bien sabes como yo que renunció a sus sueños y a su pasión por la música por el amor que le profesaba a su padre, y ahora, sin él, nada ata a mi esposo para no seguir adelante, volver a París, retomar su trabajo allí... Pero la gente no lo comprende, siento la conspiración cada vez que paseamos por las calles de Point Spirit y no puedo negarte que tengo miedo por mí, por Lucien y por la criatura que llevo en mi vientre. Quizá todo esto sea un mero temor infundado por la situación que estamos pasando, pero el pueblo se levanta contra los comerciantes de madera y todo aquel que viene en busca de la explotación. No desean que el aserradero se venda y que sus puestos de trabajo peligren.

Volveré a escribirte cuando partamos hacia París. Todas mis misivas se entregan en mano a una de mis sirvientas de plena confianza. Te parecerá una locura, Giorgina, pero ni siquiera me fío del correo en este lugar. A veces pienso que estamos en una pequeña jaula de oro de la cual no nos van a permitir salir.

Tristes augurios que mi mente teje. No me hagas mucho caso.

Te quiero, amada prima, y espero con todo mi corazón que la espera sea breve y que podamos reunirnos contigo lo antes posible.

Con todo mi amor y mi gratitud,

Se quedó contemplando el papel amarillento, y luego lo dobló y lo guardó en el bolsillo interior de su cazadora. Aquella carta daba a entender casi con toda seguridad que la casa de las hermanas Morelli había sido el hogar de la familia Mori muchos años atrás. Sea como fuere, había algo anclado a aquella casa, algo que no quería irse y que llevaba muchos años con esas mujeres. No sabía la razón, ni tampoco su identidad, pero quizá tenía que ver con aquella familia, y eso le hacía darse cuenta de que no iba mal encaminado en su investigación con respecto al aserradero. La casa posiblemente había pertenecido a Tobías Mori hacía casi cien años, una familia que no dejaba rastro después de la muerte del patriarca. Otra vez volvió a tener aquella sensación de que no poseía toda la información que deseaba. La gente no se esfumaba con tanta facilidad, y menos en aquella época. Bien podría ser que el matrimonio de Lucien Mori y su esposa hubiese acabado en París, pero ¿por qué Larry o alguno de sus contactos en San Francisco no habían encontrado nada? ¿Quizá se cambiaron de nombre? ¿Huían de algo?

En aquel momento recordó una cosa que su abuelo le había contado cuando era niño: «Los sauces son el símbolo de la amargura y del desamor».

«Y cada una de estas casas tiene uno de esos árboles. Una amargura que callar, un desamor que llorar... ¿O es que quizá solo los han heredado...?», se dijo.

Robert se percató de que Catherine hacía vibrar la taza de té cada vez que la sujetaba para dar un sorbo. Aquella diminuta anciana estaba nerviosa, aunque mantenía un cierto halo de misterio o tal vez de miedo cada vez que lo miraba. No podía descifrar aquel rostro ajado y deslucido. Era como intentar adentrarse en todas aquellas arrugas diseminadas por su rostro, asomarse a una mirada sellada por la duda.

Catherine llevaba el pelo recogido en un moño. Estaba algo desordenado y, cada vez que se levantaba para coger algo de la cocina, arrastraba los pies haciendo sonar sus zapatillas con un soniquete rasposo. También tenía una diminuta mancha en su vestido de flores, se había puesto un pequeño delantal atado a la cintura y no llevaba las bonitas sortijas que solían decorar sus dedos los domingos o aquel collar de perlas que, según la misma Catherine, le había regalado su marido y nunca se quitaba.

Perder a su amiga y ser testigo de aquel terrible episodio habían hecho que la mujer se abandonase hasta cierto punto; al menos esa era la sensación que había tenido Robert justo después de que ella le recibiera aquella tarde. Aquella mujer que solía ser alegre y que sonreía ante cualquier situación parecía ahora tener el mismo gesto enloquecido de la señorita Havisham de Dickens, con aquel traje de novia delante de un banquete que nunca probaría, profundamente desdichada y abandonada.

—Sabía que algo iba a suceder la noche antes de la muerte de Lorraine, reverendo —dijo al fin tras escuchar a Robert con una voz rota y melancólica—. Sentí su presencia aquella noche, en la habitación, mientras intentaba conciliar el sueño. A veces este tipo de cosas me pasan desde que soy muy jovencita, pero

como comprenderá no son temas que una pueda hablar con cualquiera. Pueden tomarte por loca, y me iba bien aquí, sin necesidad de exaltar ciertas cosas que soy capaz de hacer.

—¿Habla del fantasma? ¿El mismo que yo vi en casa de Mary Anne?

—Puede ser, aunque no estoy muy segura —respondió—. Ahora no creo que le parezca una tontería lo que le voy a contar, pero ciertas almas se sienten atraídas por los vivos cuando estos poseen un don, como en mi caso... Son curiosos, no tienen por qué tener ninguna razón para observarte. Unos se aproximan, luego se van; algunos, en ocasiones, se quedan un tiempo, a veces con la intención de comunicarse o sencillamente para saber hasta dónde puedes llegar. Esa noche, lo que fuera que me visitó solo me observaba y en ningún momento se manifestó o habló conmigo, pero yo lo sentí. De un modo velado me transmitió que algo estaba a punto de suceder.

—¿Trasmitir? Entonces se comunicó con usted.

—No, reverendo. A veces la información que se recibe de esas almas no es algo voluntario que venga de ellas, solo está anclada a ellas y yo puedo detectarlo sin que ni siquiera se den cuenta. Aquella noche sentí aquel sonido sibilante y la necesidad imperiosa de llamar a Lorraine. Y luego sucedió todo... ¡Fue terrible!

La anciana rompió a llorar. Robert se levantó y se sentó junto a ella.

—Y ahora usted me cuenta todo eso y lo que está sucediendo —jadeó—. Esos chicos... y ese HOLA que juro que vi en el espejo de su cómoda.

Cuando vio que la anciana se enjugaba las lágrimas con un pequeño pañuelo de hilo blanco que se había sacado del bolsillo del delantal, se le encogió el corazón y la tomó de la mano.

—Tranquila, señora Wood, todos estamos pasando por un momento muy duro. No puedo decirle que sepa cómo solucionar esta situación, pero debemos mantenernos fuertes.

—Siempre hay una razón —dijo con voz queda antes de llevarse el pañuelo a la nariz—. Este tipo de sucesos no pasan porque sí, reverendo. Tiene que buscar

la conexión de todos esos acontecimientos, lo que une a toda esa gente. Siempre es así. Usted lleva toda la vida aquí, su abuelo y su padre nacieron y crecieron en Point Spirit. Usted mejor que nadie puede dar sentido a todo esto y averiguar quién es ese ser y qué pretende.

—Nadie investigará esas muertes, porque son casuales o, como en el caso de su amiga, un suicidio —alegó Robert palpándose la nariz malherida. Aunque al final no había sido nada grave, todavía le dolía el golpe y temía ponerse a sangrar delante de la mujer.

—¡Y eso es lo que pretende! Y se hará cada vez más fuerte. Sea lo que sea, nos está avisando, se ríe de nosotros. ¡Santo cielo, nos saluda! ¿Se da cuenta?

Robert se reclinó contra el respaldo de la silla al tiempo que observaba los innumerables retratos colocados sobre las repisas y las mesitas auxiliares. La anciana tomó temblorosa la taza y volvió a beber un poco de té. Al otro lado de la ventana, sintió el viento golpeando las ramas de los árboles y creyó ver con el rabillo del ojo a alguien en el exterior corriendo calle abajo. Se levantó muy despacio y se aproximó a ella. Las hortensias decoraban el porche y se movían ligeramente. Examinó la calle y sintió su teléfono móvil vibrar en el bolsillo del pantalón, pero ni siquiera lo miró.

—Las cartas no mienten, reverendo —oyó decir a Catherine con un tono más convincente—. Y llevo muchos días aquí encerrada, incapaz de enfrentarme a mis vecinos. No soportaría que me avasallaran a preguntas o el simple detalle de ver sus rostros tristes compadeciéndose de mí. Usted es pastor, sé que todo esto no es algo de lo que pueda fiarse; sin embargo, llegados a este punto puedo confesar, sin temor a que me tome por una estúpida, que mis cartas no mienten jamás y que me han desvelado muchas cosas.

Se volvió poco a poco hacia ella y la miró. La anciana tenía los ojos muy abiertos y el cuerpo en tensión, recto, con las manos apoyadas sobre la mesa. Ahí estaba otra vez la misma expresión de espanto de Helen Bonham Carter en su personaje de Miss Havisham.

—Antes le he dicho que no estoy muy segura de si ese ser que usted vio con el

escritor en la habitación de Mary Anne Morelli es el mismo que está haciendo estas cosas, más que nada porque me niego a creer que haya más como él; pero, si tengo que serle franca, le diré que creo que es el mismo. Me ha dicho que hace años que las hermanas lo ven, incluso puede asegurar que todo empezó después de la muerte del padre de las niñas, ¿verdad?

—Sí, así es.

—No es bueno, reverendo —continuó—. Aunque no haga nada a esa familia, no busca hacer el bien. Tiene mucho dolor dentro de él, un dolor que lo acompaña desde el principio. A veces esos seres dormitan o se mantienen inactivos hasta que algo les atrae. En todas mis tiradas con las cartas solo he visto dolor y desgracias, algo muy fuerte que amenaza y que no se irá fácilmente.

—Señora Woods, tiene que decirme qué debemos hacer, qué es lo que usted considera que debemos hacer —la interrumpió mientras volvía a sentarse—. Sé que preguntarle esto es casi ilógico tratándose de mí, pero en estos momentos no creo que rezar a Dios sirva de mucho, y no me malinterprete. Tengo fe en él, pero no me atrevo a pedirle una explicación...

Catherine sonrió con melancolía.

—No se atreve porque sabe que no se la dará... No deje de rezar cuando lo tenga delante, reverendo.

Robert sintió, no sin cierto temor, que aquello empezaba a superarle.

—Reverendo, esa presencia solo quiere tratar con Mary Anne, por lo que me ha contado. Cuando ustedes llegaron se desvaneció. Por la sonrisa mezquina que dice que vio en su rostro, disfrutó con ese encuentro, fue algo deseado. Busque la conexión entre todas las personas que han sufrido algo anormal y póngale un nombre, será la única manera de enfrentarse a él. Algo le une a Mary Anne, esas cosas suelen pasar. Busque la causa. Le repito que siempre hay una razón.

Cuando salió de casa de Catherine Woods, le dolía la cabeza. El pueblo parecía

desierto y estaba rodeado de un silencio impropio. Mientras caminaba en dirección a la iglesia, su mente no dejaba de enumerar y de ver los rostros de todos los que habían sufrido algún accidente desde la muerte de Penny. «Alguna conexión», repetía para sí una y otra vez. Por un momento, mientras atravesaba la verja de madera y se encaminaba hacia la puerta principal de la iglesia, tuvo la impresión de que alguien le observaba desde el otro lado de la calle. Dirigió la vista hacia la derecha, pero no veía con claridad: estaba mareado y no se sentía bien. A duras penas logró meter la llave en la cerradura, atravesar el umbral y cerrar tras de sí. Tuvo que aferrarse a uno de los últimos bancos. Caminó tambaleándose hacia el presbiterio. La puerta del pequeño despacho estaba entornada y casi perdió el equilibrio cuando logró abrirla. ¿Y la mesa? Cerró los ojos, aún sujeto al picaporte para no caerse, y trató de no hacer caso a la sucesión de imágenes que se agolparon en su cabeza: «Amelia», se dijo.

—¡Santo cielo! ¿Qué me está pasando? —musitó con apenas un hilo de voz.

Todo comenzó a darle vueltas. La habitación era como uno de aquellos tiovivos de la feria y él estaba sentado en uno de los caballitos de colores que giraban.

«Dios no es amor, Robert. Es un ser ruin e injusto. Castiga a sus hijos abandonándoles a su destino. Como a ti...»

Por un momento perdió el hilo de la realidad. Cayó sobre la alfombra y se agarró como pudo a la pata de la mesa, hasta que logró incorporarse y quedarse inclinado sobre el tablero de esta. ¿Qué era lo que tenía que hacer? Quizá era algo importante, pero en aquel momento no lo recordaba. El teléfono no dejaba de vibrar.

—¿Quiere un poco más de té, reverendo? —oyó decir a la señora Woods.

«Eres un buen hombre.» La voz de Amelia retumbó en su cabeza. Se giró hacia el pequeño sofá al otro lado de la habitación, junto al armario. «Un buen hombre, un buen hombre, un buen hombre.»

Se desplomó boca arriba y sintió el balanceo del ventilador sobre su cabeza como si se moviera a cámara lenta. No recordaba haberlo encendido, no

recordaba ni siquiera la conversación que había tenido con la señora Woods hacía tan solo unos minutos. ¿Qué le estaba pasando? Vio la imagen distorsionada del rostro de Amelia inclinándose sobre él con una sonrisa ladina llena de intenciones. Sus largos dedos le acariciaban la mejilla.

—¿Sabes una cosa, Robert? —preguntó con cierto cinismo—. Creo que deberíamos ser algo más que amigos. Sí. Tú y yo. La mojitata y el pastor mentiroso.

—Amelia..., algo me está pasando. Algo... algo va mal...

La figura de Amelia vibró como si fuera un holograma y volvió a sonreírle. Sintió su mano deslizándose mezquinamente por su pecho, el chasquido de los pequeños botones de su camisa y el calor de unos dedos sobre su piel caliente. Súbitamente algo le abrasó.

—¡Ah, aquí está! —exclamó ella—. Este bonito tatuaje que está tan de moda no es propio de un pastor de una iglesia. Quizá deberías contarles a todos qué significado tiene, pastor mentiroso. ¿Sabes una cosa? —susurró inclinándose más sobre él mientras palpaba su sexo con la mano libre y lo miraba—. Sé cuál es tu secreto... Conozco todas tus debilidades y sé cómo hacer que te rindas a lo evidente.

—Esto no puede ser real... —jadeó. Luego apretó la mandíbula y se tensionó al sentir aquel dolor punzante con más intensidad—. No...

—Oh, claro que sí... Ni siquiera el dolor te impide desearla. Noto tu deseo debajo de mis dedos, pastor...

Amelia volvió a vacilar y pasó la lengua por su mejilla. Robert se arqueó cuando otra nueva descarga le atravesó el pecho. Por un momento creyó que iba a morir.

—Tú... no eres Amelia...

En ese mismo instante, la presión de la mano de la mujer cesó entre sus piernas y otra vez la imagen vibró y modificó su aspecto. Robert advirtió una suave risa masculina sobre su cara. Abrió con dificultad los ojos y observó que

lo que estaba allí de rodillas junto a él era el hombre que había visto en la habitación de Mary Anne.

—Y Dios..., en su infinita misericordia, abandonó a los hombres que tanto amaba... —recitó con voz eléctrica—. Dime, pastor, ¿dónde está ahora tu Dios?

Robert intentó hablar, pero apenas podía respirar por aquel dolor que parecía quemarle. La figura borrosa del hombre se hacía cada vez más nítida y su mano enguantada seguía sobre su pecho desnudo. Un hombre joven. Un hombre joven con el rostro pálido y los ojos tan oscuros como su propia alma.

—¿Por qué...? ¿Por qué haces esto? ¿Quién eres?

Otro calambre intenso le atravesó, allí donde su mano se apoyaba y tenía el tatuaje. Sentía los latidos de su corazón palpitando con fuerza bajo el cuero de su guante y quemaba. ¡Ardía!

—Pero tú no eres el último... —susurró el ser mientras se apartaba de él y se erguía—. No..., tú no...

El dolor cesó en el mismo instante que aquella presencia se incorporó. Contempló el balanceo del abrigo cuando aquel tipo se giró y la forma de inclinarse mientras sujetaba la parte delantera de su sombrero, como si hiciera una reverencia.

—¿Quién eres? —logró preguntar antes de desmayarse.

Aquella noche Mary Anne había tenido un sueño sobre un antiguo bosque. Caminaba por un sendero entre la frondosidad de unos inmensos árboles, su largo vestido se había enredado con unas ramas y se había roto. Pero en aquel momento no le importó, porque sabía que tenía que huir de allí, debía correr. La mujer de la cofia en la cabeza y la trenza negra sobre los hombros le había suplicado que se alejara de la casa, que solo en el bosque estaría segura, pero ella tenía miedo, mucho miedo. Entonces vio el arroyo y se inclinó para beber. El rostro que proyectaba las aguas cristalinas era el de una mujer que se parecía a ella, pero sin serlo. Se tocó las mejillas con ambas manos y se humedeció la nuca antes de volver a incorporarse. Oía unas voces aproximarse. Las antorchas se movían a lo lejos como diminutas cerillas encendidas, se iban diseminando entre los grandes troncos y se aproximaban a ella.

Percibió la noche y todos los sonidos camuflados, mientras intentaba buscar una salida a su desesperación. Más allá del bosquecillo y la enmarañada vegetación se alzaba en lo alto el primer bloque del aserradero. Prosiguió hacia él tratando de ocultarse. Las voces cada vez estaban más cerca y ella no parecía avanzar hacia un lugar seguro que la resguardara de todo aquel horror. Pero ¿de quién huía? ¿Por qué tenía tanto miedo?

Despertó sobresaltada y envuelta en un sudor pegajoso. Después no había podido dormir el resto de la noche. Por la mañana se levantó antes de las siete y extrañamente se encontraba mejor. No sintió miedo cuando recorrió la casa en busca de la más mínima señal del hombre. No percibió nada. Quizá eso era lo que le hacía sentirse bien. Estaba casi convencida de que aquel ser absorbía todas sus energías cada vez que se hacía presente y la visitaba. Perdía todas sus

fuerzas y, con ello, el dolor por la pérdida de su hija era mucho mayor, más doloroso. Sin embargo, aquella mañana se sentía fuerte y con renovadas energías. Pasó gran parte de su tiempo haciendo diversas tareas en la casa bajo las atentas miradas de Carlota y de Amelia, que no dejaban de preguntarle si de verdad se sentía bien y si su cuerpo ya estaba preparado para tanto trajín. Pero lo cierto es que esa actividad era lo que realmente necesitaba su mente, tenía que estar ocupada.

Elisabeth no pudo ocultar su alegría al ver a su madre con tan buen aspecto.

—Mamá, me alegro mucho de que estés mejor.

Mary Anne sonrió a su hija y luego se aproximó a ella para darle varios besos en las mejillas.

—No tengo mucha fe en que dure, pero al menos hoy me siento mejor, cariño mío.

Cuando Elisabeth le explicó su plan para ese día y su intención de pasar gran parte de la tarde en la biblioteca, a ella le pareció una buena idea.

—Tomaré algo con Sara en el Coconut, mamá. Sabes que tengo pocas amigas y me gustaría pasar un poco de tiempo fuera, si te encuentras mejor.

Carlota, que había entrado como un huracán con un montón de sábanas entre los brazos, se giró hacia Elisabeth y arqueó las cejas.

—¿Toda la tarde? —le preguntó con cierto recelo.

En aquel momento, observando la candidez del rostro de su madre, Elisabeth sintió lástima y no quiso mentir.

—Quizá... quizá me pase por casa de Jim Allen antes de volver, mamá. Si te parece bien...

Carlota lanzó las sábanas sobre la encimera de granito y, poniendo los brazos en jarra, la miró como un perro de presa.

—¿A casa del escritor? ¿A hacer qué, si se puede saber?

—Carlota... —imploró con un tono aplacado Mary Anne—, deja que se explique.

Elisabeth le habló a su madre de los cuentos que guardaba de su padre. Había

creído que tenía dos pero, tras rebuscar en las cajas del desván, había dado con tres más, y le hacía mucha ilusión que él se los firmara. Le contó que Jim Allen vivía relativamente cerca, en la cabaña de Loretta Porto, la dueña de El Ukelele, y que solo estaría un ratito allí porque le gustaba hablar con él. Pese a todas esas explicaciones, Carlota seguía con aquella expresión huraña en la cara y movía los ojos de un lado a otro de la mesa observando a su hermana y a su sobrina, al tiempo que Mary Anne no dejaba de mirar a su hija con cierta nostalgia y cariño.

—Está bien, Eli, pero sé prudente. Te dejaré ir a ver a ese hombre si yo misma paso a recogerte antes de la cena.

—¡Mary Anne! ¿Estamos locos? —dijo Carlota sin cambiar la postura de jarrón—. ¿Te imaginas qué dirán los vecinos si ven a una niña de dieciséis años entrando en casa de un hombre mayor como él?

A Elisabeth se le iluminó la cara y se lanzó a los brazos de su madre para llenarla de besos.

—No creo que a los vecinos les importe mucho lo que mi hija haga o deje de hacer; además, yo misma la recogeré. Prefiero que Eli pase una tarde hablando de libros a que esté con un grupo de adolescentes con las hormonas revolucionadas, Carlota.

—Pero, Mary Anne...

—Es mi decisión —sentenció. Pasó los dedos entre los mechones castaños de Elisabeth y luego la besó en la frente.

Cuando Elisabeth salió disparada de la cocina y se perdió escaleras arriba para prepararse, Carlota seguía con la misma postura, apenas se había movido, ni siquiera para parpadear.

—No deberíamos protegerla tanto del mundo, Carlota.

—Hace varios días no pensabas lo mismo —respondió con desdén.

Mary Anne se acercó a su hermana y la miró con una profunda aflicción.

—No..., no es así. Yo temo por mi hija cuando está en esta casa, Carlota. Cuando se encuentra bajo este techo con ese... ese lo que sea.

Carlota la miró consternada pero no dijo nada. Observó a su hermana

ofuscada mientras se ataba el cabello hacia atrás en una cola y comenzaba a doblar las sábanas. Mary Anne sonrió de aquella manera tan suya llena de picardía, que casi había olvidado, y dijo:

—Además, no entiendo desde cuándo te importa lo que opinen los demás, Carlota. Cógela por esa esquina, no quiero arrastrar la sábana por toda la cocina.

—Me importa desde que mi otra hermana coquetea con el reverendo de este pueblo, Mary —respondió Carlota con descaro. Cogió la sábana y se quedó frente a ella con aire díscolo.

Mary Anne miró hacia la puerta, pero no oyó a Amelia. Temía habérsela encontrado detrás con los ojos en blanco y las mejillas arreboladas por la vergüenza.

—Además —continuó Carlota—, Eli tiene dieciséis años y ese hombre representa todo lo que una muchacha de su edad desea: es guapo, tiene una buena posición económica y sabe demasiado de la vida. ¡Por Dios! Podría... — Bajó la voz como si fuera a decirle un secreto y se inclinó hacia delante—. Podría aprovecharse de ella.

—Victor tenía casi veinte años más que yo y eso jamás me importó —alegó—. Y si no recuerdo mal, lo conocí con la misma edad que tiene ahora Elisabeth. No creo que tengamos que preocuparnos por lo que mi hija sienta o deje de sentir. Cuanto más dificultades pongamos a una jovencita de su edad, más ganas le pondrá a contrariarnos, y Elisabeth ha perdido a su hermana y a su padre, Carlota. No quiero discutir con ella ni hacerla más infeliz.

—¡Vive en San Francisco, Mary! ¡Podría enamorar a tu hija y romperle el corazón!

De repente Mary dejó la sábana doblada sobre la mesa y la cogió por los hombros en un gesto afectuoso.

—Deja de preocuparte por tonterías, Carlota. Si pudiera sacar a mi hija de este lugar no dudaría ni un minuto en hacerlo, y si disfruta charlando con ese hombre no voy a ser yo quien se lo impida. Es la primera vez desde hace muchos días que me siento bien dentro de mi tragedia, no quiero discutir.

Carlota la besó justo en el mismo instante en que la puerta principal sonaba con un golpe seco y Amelia corría hacia ellas con el teléfono móvil en la mano.

—Acaba de llamar Alan. Ha pasado algo con el niño de Lorna Coleman — anunció sin aliento mientras se apartaba el pelo de la cara.

Carlota y Mary Anne se miraron.

—¿Danny? ¿El amigo de Penny? —Mary Anne se desplomó en la silla—. ¿Qué ha pasado?

—Por la mañana, cuando se despertó, ya estaba raro. Lorna les ha contado a los médicos que lo vio indispuerto y creyó que podría ser un catarro, así que lo metió en la cama y dejó que durmiera el resto de la mañana. Cuando le llevó la comida, Danny seguía dormido. Les ha dicho que no habló en ningún momento y que cuando había bajado esta mañana a desayunar era como un alma en pena. Estaba como ido. Dos horas después estaba catatónico, con los ojos muy abiertos, y no se movía. Lo peor de todo es que el niño estaba de pie mirando hacia la pared. ¿No es terrible? ¡Y no se movía!

—¿Cómo puede ser eso?

—No lo sé, Carlota. Alan me ha contado más cosas, pero no he entendido algunas. Es lo único que puedo decir. Parece que últimamente están pasando muchas desgracias en el pueblo.

—¡Santo Dios!

—Llamó para saber si habíamos visto a Robert. Lleva toda la tarde intentando hablar con él, pero no contesta al teléfono móvil y tampoco está en casa.

—Quizá esté en la iglesia —apuntó Mary Anne.

—Iba para allí.

Mary Anne se inclinó hacia atrás, respiró profundamente y pareció temblar cuando apoyó la mano sobre el tablero.

—Es él... —susurró.

—¿Qué dices? —Amelia no entendía lo que su hermana balbuceaba.

—Es él, Amelia, el que susurra.... Todo lo que está pasando es culpa suya, lo sé.

Carlota cogió su mano con firmeza.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Por eso no lo siento como antes. Está demasiado ocupado. Quiere vengarse.

—¡Cristo bendito! —bramó Carlota—. No entiendo nada, Mary Anne.

Esta movía los ojos de un lado a otro en un intento por recordar.

—Algo pasó en el bosque. Algo terrible pasó allí y está furioso. Él me lo ha dicho.

—¿Cuándo?

—No lo sé. A veces tengo sueños extraños, muchas veces no recuerdo nada cuando me despierto, pero otras son como imágenes que vienen y van... Creía que eran pesadillas, que eran simples pesadillas, pero desde que mi hija falleció son constantes.

—Mary Anne —imploró Amelia a punto de romper a llorar. Se sentó en una de las sillas y respiró hondo—. ¿Qué quiere de nosotras? ¿Por qué está pasando todo esto?

—No lo sé —sollozó su hermana. Alzó la cabeza apelando a su serenidad y sus labios temblaron—. No sé qué quiere de mí, ni siquiera sé si quiere algo de mi hija, porque todo se ha vuelto más violento desde que Penny murió. Con cada desgracia vuelve, Amelia, pero ahora es diferente. Ahora todo es distinto. Penny hablaba con él, ¿lo sabíais? Hablaba con él y yo creía que eran delirios porque estaba al borde de la muerte. ¡Oh, Dios mío, y ahora todo esto, todos esos accidentes, todas esas desgracias! ¡Es él!

—Mary, por favor, cálmate.

—Se alimenta del dolor y de las desgracias, Carlota. Se alimenta de cada lágrima, de cada agonía y de cada grito de desesperación, y cada vez es más fuerte.

—¡Pero Danny es un niño! ¿Qué te hace pensar que pueda ser él el culpable? ¿Por qué querría lastimar a un niño?

Mary Anne miró a sus hermanas y negó taxativamente con la cabeza.

—No lo sé...

Paul Jones se plantó con su vieja camioneta Bronco del año setenta y ocho delante de la intersección que unía el centro del pueblo con la calle Columbia. La pequeña bailarina hawaiana que llevaba pegada en el salpicadero se balanceó sinuosamente moviendo las diminutas caderas de un lado a otro, mientras él meditaba seriamente qué camino tomar. Tenía dos opciones, ambas de considerable importancia. Aquella noche alguien había roto su preciada cadena, que cerraba y delimitaba su finca y de la cual pendía un cartel que decía:

OJO CON EL MADERERO
MUERDE

Pero eso no había sido todo. El cartel estaba lleno de mierda de perro. No podía imaginarse quién había sido capaz de cometer tal sacrilegio. Cualquiera que viviera en ese pueblo sabía de buena mano que Jones no tenía muy buen carácter y, encima, estaba armado. Su padre le había enseñado a proteger sus cosas de los desconocidos a golpe de escopeta. Era el orgulloso propietario de un Winchester y un rifle Ruger M77, sin contar con los dos revólveres que escondía en el armario de la habitación y alguna que otra escopeta de balines «para asustar». Pero ahora estaba allí en lo alto de la carretera, desde donde veía casi la totalidad del pueblo, y barajaba si pasar primero por la gasolinera de Molosqui y comprar dos botellas de Jack Daniel's o acercarse hasta la ferretería y agenciarse la cadena de hierro más gruesa que pudieran venderle. Al final le resultó estúpida aquella pérdida de tiempo, pues en realidad no estaba allí parado porque no supiera escoger hacia dónde dirigirse, sino porque estaba cabreado, muy cabreado, y necesitaba calmarse. Alargó el brazo, sacó de la guantera un paquete

de tabaco Pall Mall y encendió un cigarrillo haciendo un círculo de humo con la primera calada. Mientras descendía lentamente la calle, la bailarina comenzó a mover los brazos, primero a la derecha y luego a la izquierda.

—Decide tú, Lula Pop —dijo con voz rasposa—. ¿Derecha o izquierda?

Lula Pop, la bailarina, se quedó inmóvil, con sus largos bracitos de goma apuntando a la derecha, así que la decisión estaba tomada: primero a la ferretería y luego a la licorería. Cuando se disponía a girar, el monovolumen del doctor Foster se cruzó con él. Este sacó la mano por la ventanilla, le saludó con semblante serio y siguió su camino hacia sabe Dios dónde. Jones lo vio desaparecer calle abajo y prosiguió su camino. Se preguntó entre largas caladas para qué coño quería Alan Foster un monovolumen si vivía solo y no tenía hijos.

Después de comprar una cadena lo suficientemente gruesa para que ni el diablo pudiera romperla y pasar por Molosqui, volvió calle arriba en dirección a su casa con dos bolsas de plástico en el asiento de atrás y una caja de cervezas «por si las moscas». Jones vivía a las afueras de Point Spirit en una casa bastante desastrosa de madera astillada con las ventanas a punto de caerse, pero le daba igual. Tenía ochenta años y posiblemente la casa duraría más que él. Aparcó la Bronco delante de la entrada y creyó que iba a sufrir un infarto cuando se apeó del vehículo y vio el cartel. Alguien había arrancado las letras (llenas de mierda de perro) y había escrito encima con una pintura roja:

CUIDADO CON EL MADERERO
ES UN MARICÓN TRAIADOR

La cara de Jones comenzó a hervir como si fuera una olla a presión. Se ajustó la hebilla del cinturón de su pantalón de pana y sacó las bolsas y la caja de cerveza. Cuando pasó al lado del cartel le asestó una patada. Este voló por los aires y cayó sobre la vegetación, mientras Jones se dirigía al porche soltando improperios y dando largas zancadas. Logró abrir la puerta de casa sin que se le cayeran las cervezas y entró muy despacio. Olía a rancio. Un cigarro le colgaba

aún de los labios. Depositó las bolsas sobre la mesa del salón y se quedó inmóvil con una sensación extraña. Algo iba mal. Muy mal. Cuando se encaminó hacia la cocina con la intención de guardar las cervezas en la nevera, se quedó paralizado frente a la escena que tenía delante: todas las paredes y gran parte de los electrodomésticos estaban embadurnados de mierda de perro. Sintió que una arcada le subía desde el estómago a la garganta. Tuvo que llevarse la mano a la boca y escupir el cigarro para no vomitar. Aquello era terrible. ¿Quién había sido capaz de semejante gamberrada? Recogió la colilla y la tiró al fregadero. No daba crédito a lo que veían sus ojos. Se giró con la intención de salir de allí. El olor era nauseabundo y no podía soportarlo ni un minuto más.

El cuarto de baño estaba a mano derecha. Salió disparado hacia allí mientras otra sacudida de su estómago le avisaba de que, si no se daba prisa, iba a vomitar encima de la alfombra del salón. Entró a trompicones en el aseo. La tapa del inodoro estaba levantada y no tardó ni dos segundos en abalanzarse sobre él y caer de rodillas. Vomitó hasta la primera papilla y se quedó encorvado viendo cómo el agua de la cisterna se llevaba los restos de su vómito. Dirigió la vista hacia las cortinas corroídas de la ducha y buscó a tientas la toalla de manos para secarse el sudor de la frente, pero no la encontró. Vio algo con el rabillo del ojo y ladeó la cabeza hacia el lavabo. Otra vez una sensación de furia y repugnancia se apoderó de él. En el espejo habían escrito en rojo y en mayúsculas: HOLA, MADERERO TRAIADOR.

A las siete de la tarde, Alan Foster encontraba al reverendo Robert Marcuso tirado en el suelo del despacho de la iglesia con un ataque de ansiedad. O eso era lo que parecía a simple vista, pues Robert tenía dificultad para respirar y, que él supiera, nunca había tenido asma y le dolía el pecho. A la misma hora o quizá minutos más tarde, Jim Allen recibía un correo electrónico desde San Francisco con una imagen en blanco y negro que lo dejaba totalmente desconcertado. Casi no le dio tiempo a asimilar lo que acababa de descubrir, pues la joven Elisabeth llamó a la puerta de su casa y tuvo que cerrar el portátil para que esta, por el momento, no viera de qué se trataba.

A las siete y tres minutos, el sheriff Lark estaba perdiendo la paciencia con los sollozos desesperados de Tommy Norton en la celda del piso inferior. A través de la ventana vio pasar la ambulancia que llevaba al pequeño Danny Coleman directo al hospital de Portland. Su madre, con toda probabilidad, iba sentada dentro junto a la camilla supletoria. Paul Coleman, detrás de ellos, conducía su coche alemán de importación. Ignoró los lamentos continuados de Elena al otro lado de su mesa al tiempo que intentaba recomponer inútilmente aquella marioneta de su sobrino sorbiéndose los mocos como una adolescente abandonada por su primer amor, mientras maldecía una y otra vez a Tommy y juraba que lo mataría si volvía a tocar su títere. Tampoco le sorprendió ver pasar como una exhalación la camioneta roja de Jones saltándose el paso de cebra frente a la biblioteca. Ese hombre estaba cada vez más viejo y debía empezar a pensar en la posibilidad de quitarle el carné de conducir, eso sin contar con la idea de pedirle la licencia de armas. No quería que un día sufriera un accidente o incluso que algún vecino recibiera un perdigonazo. Y eso siendo optimistas.

A las siete y treinta y dos minutos, Amelia Morelli preparaba la cena en la cocina mientras Carlota, su hermana mayor, bordaba en el salón. En el piso superior, Mary Anne estaba sentada sobre la cama peinándose el cabello. Si todo salía como ella esperaba, recogería a su hija antes de la cena y luego pasaría a ver a Alan por su casa. Gracias a él se encontraba mejor y estaba convencida de que tenían mucho de lo que hablar.

A esa misma hora el bar de Loretta Porto estaba abarrotado de gente. Era un buen momento para tomarse una cerveza, justo antes de la cena de un viernes que amenazaba con mantener el cielo cubierto de nubes plateadas, pero sin posibilidad clara de que lloviera. En una de las mesas, Rose Baker y Patsy, la peluquera, elucubraban sobre las posibles causas del mutismo del pequeño Danny Coleman. Rose había dado clase al niño y aseguraba entre susurros y lamentos que ese tipo de cosas solo podían suceder si el muchacho había sufrido algún tipo de trauma. Patsy respondía que quizá la muerte de su amiga Penny le había pasado factura a la larga, pero Rose no estaba tan segura de eso, porque sabía que Danny era un chico fuerte y muy maduro para su edad, aunque no descartaba la posibilidad de que no hubiera asimilado del todo lo que había pasado.

Dos mesas más allá, Paul Jones, que acababa de entrar, llamó a Loretta con un gesto de la mano y pidió una botella de whisky para él solito. Todavía tenía metido en la cabeza el olor a mierda de perro. No podía soportar la idea de volver a casa y limpiar aquel estropicio. A lo mejor si estaba lo suficientemente borracho cuando regresara a ese infierno, no se acordaría del olor a mierda, aunque tuviera que meter la cabeza entera en ella. Había pasado por el supermercado para comprar varias botellas de lejía, cuatro pares de guantes de plástico y ambientadores para matar a todo un ejército. Pero, ¡qué demonios!, cuando pillara a ese maldito hijo de puta le metería una bala por el culo y luego lo enterraría en el bosque para que se lo comieran las alimañas.

Posiblemente eran las siete y cuarenta y tres minutos cuando la puerta de El Ukelele se abrió. Un hombre con un sombrero en la cabeza y un abrigo negro

entró en el bar y se sentó en una de las mesas vacías. Loretta no lo vio porque estaba peleándose con el mando de la televisión, intentando sin mucho éxito sintonizar algún canal musical. Rose Baker, en cambio, sí que se giró para mirarlo. El hombre era muy alto y parecía bastante atractivo bajo aquel aspecto de vaquero misterioso. Y lo más importante: no era del pueblo. Patsy le dijo a su amiga que parecía uno de esos buhoneros de los cómics de adolescentes que abrían sus abrigos y murmuraban: «Eh, forastero, tengo algo para usted». En cambio, a Rose le parecía un tipo encantador y enigmático. Quizá, había supuesto, venía de lejos y había hecho una parada para recobrar fuerzas. Su indumentaria era de lo más peculiar, aunque tampoco es que un sombrero le sentara a todo el mundo tan bien como a aquel desconocido.

A las siete y cuarenta y seis minutos, uno de los hombres que jugaba con los dardos le gritó a su acompañante que qué era lo que acababa de decirle. Su amigo, que no tenía ni la menor idea de a qué se refería, alzó las manos y sonrió, como si aquello no fuera con él, y no tardó en recibir un puñetazo en toda la boca. Molosqui, el dueño de la gasolinera de Point Spirit, estaba sentado frente a la barra cuando empezó la trifulca entre sus dos vecinos. Era un tipo delgado y algo jorobado que siempre llevaba un palillo en la boca que ponía de lado cuando bebía. En aquel instante estaba contemplando la pelea, mientras Loretta amenazaba con el mando a los dos hombres y un tercero intentaba separarlos. Entonces oyó que Rubens, el cartero, preguntaba, dos taburetes más allá, si su madre la chupaba bien. No podía creer lo que acababa de oír. Rubens era un tipo enclenque, de mirada perdida, medio calvo y que casi nunca hablaba, pero hubiera apostado la cabeza a que aquello había salido de su boca, sobre todo cuando lo miró sorprendido y Rubens le sonrió de aquella manera tan extraña. No tardó ni dos segundos en lanzarle el vaso de ginebra a la cabeza; entonces ya no había una pelea, sino dos. Las sillas empezaron a volar por todo el local, porque cuantos más vecinos se metían para intentar separar a los que se peleaban, más golpes recibían los que pretendían ayudar. Loretta tuvo que esconderse detrás de la barra. Patsy y Rose Baker intentaron llegar a la puerta y

salir pitando del local, pero esta parecía bloqueada. Aquello se había convertido en una batalla campal. Lo único que lograban ver con claridad era al viejo maderero Jones bebiendo al fondo, como si todo aquello no tuviera nada que ver con él, y al hombre del sombrero contemplando con absoluta tranquilidad todo lo que estaba aconteciendo. Entonces Rose oyó decir a Patsy que, si no tuviera el culo tan gordo, posiblemente ya hubiera abierto la puerta. Rose la miró con odio y, tras dar varios empujones más, está cedió y ambas cayeron en mitad de la acera. El hombre del sombrero salió del local casi al mismo tiempo que una silla atravesaba la cristalera de una de las ventanas. La silla cayó a pocos centímetros de las dos mujeres y se partió en dos. El hombre ni siquiera se giró para comprobar que estaban bien. Rose lo vio avanzar por el camino empedrado, hasta que llegó a la esquina y desapareció tras ella. Posiblemente se estaba volviendo loca, pero habría jurado que aquel tipo estaba cantando algo.

SEGUNDA PARTE
«DANZAD, MALDITOS»

¡Oh, Brillante, brillante cabello!
¡Oh, Boca, labios trémulos como la fruta que cae del árbol!
¿Puede el hambre permanecer cerca de esa cosecha?
El Amor, que fue sinfonía, con su laúd quebrado
susurrará melodías sobre la hierba de los camposantos.

ERNEST CHRISTOPHER DOWSON

Cuando Jim vio a Elisabeth en la verja de la entrada, cerró el portátil y se levantó para abrirle la puerta. Ni siquiera se percató del bonito vestido de algodón que llevaba puesto bajo el abrigo. Su mente estaba retenida por la fotografía que Larry le había enviado y aquellos hombres que miraban a la cámara.

—Me miras como si hubieras visto un fantasma —dijo Elisabeth quitándose el abrigo y una pequeña mochila. Jim se había quedado aferrado al pomo de la puerta, perdido en sus pensamientos sobre la fotografía.

—Perdona —logró decir—, estaba trabajando y cuando me concentro suelo tardar en «volver».

Ella le sonrió. Sus ojos brillaron de un modo diferente y un pequeño mechón de pelo le cayó sobre la frente.

—Entonces quizá prefieras que me vaya. No querría molestarte.

—No, tranquila, me vendrá bien un descanso. —Cerró la puerta tras de sí y avanzó hacia el centro del salón, donde ella aguardaba de pie con las manos entrelazadas. Fue en ese mismo momento cuando se dio cuenta de lo hermosa que estaba. Era como una mujercita con un vestido de algodón: *Catrina y su vestido de algodón, Catrina y el perverso de Point Spirit*—. ¿Tendremos que volver a mentir a tus tías y a tu madre?

Ella rompió a reír.

—No, Jim, mi madre pasará a buscarme antes de la cena. Yo misma le pedí permiso para pasar por aquí un rato.

—¿Ah, sí? —dijo sentándose—. Me encantaría saber con qué excusa. No creo que a ninguna madre le haga mucha gracia que su hija adolescente visite a un hombre mayor que ella.

Elisabeth se ruborizó, pero al instante alzó la cabeza con dignidad, tomó asiento junto a él y replicó:

—Mi tía Carlota se llevó las manos a la cabeza y dijo algo muy similar a lo que acabas de decir, pero mi madre entiende que disfrute hablando contigo. Mi padre... mi padre también era mayor que mi madre. Me gusta hablar con gente mayor que yo, mis amigos del instituto suelen aburrirme mucho.

Jim soltó una suave carcajada y se quitó las gafas.

—Está bien, Elisabeth, supongo que no rechazarás uno de mis chocolates.

—Es otra de las razones por las que estoy aquí —respondió con picardía.

Jim se quedó mirándola algo descolocado y se incorporó con un gesto de humor.

—Lo que diga la señorita —respondió—. Entonces me pondré manos a la obra. Dos de azúcar, ¿verdad?

Elisabeth asintió mientras Jim se dirigía hacia la cocina. Fue en ese mismo instante en que la joven estaba a punto de decir algo cuando se frenó en seco y evocó un recuerdo al que no le había dado importancia hasta entonces:

—Ayer soñé con el hombre, Jim, y me habló de ti, ¿sabes? —dijo ella en un tono desenfadado—. Me dijo que tú cuidarías de mí. ¿No es gracioso?

—¿Cuidar de ti? ¿Eso fue lo que te dijo? —Apoyó la mano en el cajón de los cubiertos y buscó con torpeza un par de cucharas y seguidamente las tazas.

—Sí, supongo que le gustas. Me dijo que tú estabas aquí por algo. En el sueño yo estaba en el columpio y él me empujaba. No pude verle, estaba detrás de mí, pero oí sus palabras.

Había sido en San Francisco, la pasada Navidad, ahora lo recordaba perfectamente, aunque en aquel momento no tenía ningún sentido para él. Después de una presentación de un libro de Catrina se había ido a pasear por la ciudad. Ese había sido el día en que la idea de escribir una novela empezó a tomar más forma en su cabeza, el momento en que su cuerpo le pedía algo diferente, un nuevo proyecto que comenzar. Sintió un escalofrío y se detuvo unos instantes para contemplar los rascacielos y condominios de South Beach.

Aquel antiguo barrio decadente había crecido brutalmente esas últimas décadas y ya no era ni la sombra de lo que él recordaba. Retomó su camino y se dirigió hacia uno de los pasos para cruzar al otro lado de la calle. Las luces de Navidad inundaban cada rincón de aquel barrio y se extendían desde el campus de Mission Bay hasta donde su vista podía abarcar. Varios corredores enfundados en sus mallas pasaron muy cerca de él y se apartó para dejarles paso. Por las ventanas de las diminutas viviendas se divisaban los adornos navideños, los muñecos colgantes vestidos de rojo con gorros blancos y los arbolitos decorados. Se situó al borde del pavimento y esperó que el semáforo cambiara de color para cruzar. Observó la acera de enfrente. Había cinco o seis personas que aguardaban como él. Nada fuera de lo normal hasta que vio a aquel hombre. Sintió un extraño cosquilleo en el estómago. El individuo parecía observarlo apoyado en una de las farolas que distaban pocos metros de la acera. No le dio importancia y cruzó sin más contemplaciones. Lo cierto es que aquel episodio se hubiera quedado en nada si no hubiese sido porque dos calles más allá volvió a verlo y entró en pánico. ¿Lo estaba siguiendo? Era prácticamente imposible que a aquel hombre le hubiera dado tiempo a desplazarse a tanta velocidad, a menos que él se diera cuenta o se cruzara en su camino. En aquel momento estaba plantado delante de un escaparate de una pastelería y daba la espalda a las pequeñas mesas, que se distribuían sin orden alguno. Examinó su abrigo negro, que casi le llegaba hasta los pies, y los brazos colgando, con las manos enguantadas que permanecían inertes. Pasó muy cerca de él. Quizá era una mera casualidad, puede que aquel tipo se pareciese al otro y él se estuviera volviendo loco, había pensado. Miró hacia atrás acelerando el paso. No le daba vergüenza reconocer que aquel individuo no le transmitía nada bueno, aunque su aspecto era el de un hombre elegante. ¿Por qué ese miedo entonces? Tuvo una extraña palpitación y giró por la avenida más cercana para tomar un taxi y finalizar su caminata nocturna. El hombre volvía a estar al final de la calle. Vaciló un instante, se quedó quieto y el ruido de la avenida y los coches desapareció de su cabeza. ¡Qué pálido estaba! Levantó el brazo y pareció caminar hacia él con

contundencia. Sintió un zumbido desagradable y un pitido le precipitó hacia delante, al tiempo que se tapaba los oídos y el hombre llegaba a su altura. Se dobló sobre sí mismo. Dejó de verle.

«*Pum, pum, pum...*», sonaba en su cabeza.

—¡Señor! —había gritado alguien a lo lejos.

El hombre estaba a su lado, pero miraba hacia la carretera. Ladeó la cara y observó al extraño que se inclinaba hacia él y sonreía, mientras señalaba algo que no llegaba a ver. Le dolía la cabeza, el zumbido empezaba a remitir y el pitido chirriante cesaba despacio.

—¡Señor! ¿Va a subir? —oyó a poca distancia de él.

«*Sube a tu taxi, Jim...*»

Miró hacia su izquierda. Un hombre de color lo miraba desde un taxi y parecía impacientarse al no recibir respuesta.

«*Yo no llamé al taxi. Fue el hombre.*»

Recobró la compostura y se aferró a la puerta del vehículo. Necesitaba irse de allí. El extraño había desaparecido, se había evaporado.

—¿Se encuentra bien, amigo? —le preguntó el taxista.

—Sí. Ha sido un leve mareo. Gracias.

El coche se puso en marcha. Necesitaba volver a casa. Observó los edificios y los pequeños establecimientos de la calle, pero ni rastro de aquel extraño individuo. Estaba temblando y se sentía estúpido por aquel pavor ilógico y tan impropio de él.

«*Sube a tu taxi, Jim.*»

Estaba seguro de que le había llamado por su nombre, que incluso lo había cogido del brazo cuando estaba a punto de caerse por aquel sonido tan desagradable y doloroso. ¿Qué había pasado? No lo sabía.

«Es un recuerdo, una estúpida coincidencia.»

Le había llamado por su nombre.

Llevaba un abrigo.

—¿Jim? —Elisabeth estaba en el umbral de la puerta y lo miraba fijamente—. ¿Te encuentras bien?

Él se giró. Se dio cuenta de que tenía las dos tazas de chocolate en las manos y no recordaba ni siquiera haber calentado la leche en el microondas.

—Dime, bonita. Sí..., estaba pensando en una cosa. —Carraspeó—. Perdona. A veces me abstraigo demasiado. Me estabas diciendo que soñaste con ese hombre y que te dijo que yo cuidaría de ti.

La acompañó hacia el salón y le ofreció una de las tazas de chocolate. Elisabeth se recostó con las piernas de lado y se quitó los zapatos. Jim volvió a ver la belleza de Catrina en aquellas formas puras y femeninas que empezaban a surgir de su joven cuerpo.

—Solo me dijo eso, nada más. Luego me empujó un poco más y, cuando el columpio volvió hacia atrás, él ya no estaba. Un estúpido sueño, nada más.

Pero Jim ya no estaba tan seguro de que aquello fuera solo un estúpido sueño. Observó de reojo las medias verdes que Elisabeth llevaba puestas. El vestido era del mismo tono. Parecía una alumna de un colegio católico con su uniforme de tablas. No, aquella no era una buena comparación. Su cabeza hizo un punto y aparte, desvió la mirada hacia la mesa de madera y volvió a recapacitar sobre lo que le había hecho decidirse por aquel pueblo y no otro. Simple casualidad. Nada más. Pero incluso la casualidad tenía algo de mágico. Se preguntó entonces qué era lo que hacía que la gente escogiera un día ir a la derecha en vez de hacia la izquierda, o subirse en un avión y no en otro que acabaría estrellándose en mitad de las montañas de los Andes, o cualquier tipo de «causalidad», como él solía decir, ante ciertas situaciones de la vida.

—¿Y si fuera cierto? —preguntó entonces. Pero no era algo que fuera dirigido a ella, más bien se trataba de una pregunta al aire—. No recuerdo la razón por la que acabé aquí. Busqué en el mapa. Un sitio alejado, aunque no demasiado, sin mucho turismo, pero cerca de una gran ciudad. Tengo que confesarte que soy algo hipocondriaco.

Elisabeth volvió a reír mientras enterraba la nariz dentro de la taza.

—Mi tía Amelia también lo es, aunque no recuerdo haberla visto jamás enferma de verdad. Ya me entiendes. En la cama, con fiebre y esas cosas...

—¿A tu tía Amelia le gusta el reverendo?

Elisabeth soltó una ruidosa carcajada al escuchar aquella pregunta tan directa y sincera.

—Yo creo que sí —contestó—. ¿Verdad que se nota? No me he atrevido nunca a preguntárselo, porque se pone muy nerviosa y es tímida. Lo cierto es que cuando viene el reverendo a casa no se está quieta y a veces le tiemblan las manos.

—Bueno, tampoco me parece una idea muy descabellada. Robert tiene treinta y ocho o treinta y nueve años, ¿no es así?

—Y mi tía cuarenta, aunque parece más joven. Es muy guapa.

Jim reflexionó durante unos segundos y luego la miró. Ella se mantenía muy cerca de él. Sus pies rozaban la pernera de su pantalón, pero miraba al frente con la taza entre las dos manos y los ojos fijos en un punto del salón.

«El camino al infierno tiene forma de mujer adolescente, de heroína de cuentos infantiles, de juventud, de labios rosas y ojos verdes», pensó Jim.

—¿Y qué me dices de Alan? Es un gran tipo, ¿verdad?

—Quiero mucho a Alan. Es como un padre para mí. Siempre ha cuidado de mi madre y de mis tías, y yo sé que está profundamente enamorado de mamá.

—¿Y tu madre de él?

—También. La enfermedad de mi hermana siempre le ha impedido tener un poco de vida propia. Supongo que ahora que Penny ya no está...

Se le atascaron las palabras en la garganta y comenzó a llorar. Jim sintió que se le encogía el corazón. Depositó la taza sobre la mesa, le quitó la suya de las manos y la abrazó con la intención de consolarla.

—Oh, vamos, Elisabeth. No tenía que haberte preguntado nada, todo está aún muy reciente.

—No importa —sollozó.

—No llores, bonita.

Elisabeth metió la cabeza entre sus brazos. Al besarle el pelo, el olor de su perfume le subyugó. ¿Qué demonios estaba haciendo? ¿Se había vuelto loco de repente? Ella levantó la cara y repentinamente le besó en los labios con intensidad. Fue como si el tiempo se parara. Una descarga de electricidad le atravesó desde la cabeza hasta los pies y se quedó completamente inmóvil, con su boca de niña pegada a él y aquel perfume a flores invadiéndolo todo de su fragancia. Por un instante creyó oír el sonido de un violín. La voz de Larry le atravesó el cerebro y la palabra «pervertido», que retumbó como un eco en su cabeza, hizo que se apartara de ella bruscamente.

—Oh, no, Elisabeth, creo que esto no es una buena idea. Más bien es una locura. Una estupidez.

Elisabeth todavía tenía los ojos empañados en lágrimas.

—No soy una niña —dijo con un leve puchero—. Tengo casi diecisiete años.

—Vaya, me quitas un gran peso de encima. —Se levantó del sofá y cogió ambas tazas con la intención de volver a llenarlas. La suya de ginebra—. Esto no está bien.

—Te burlas de mí.

—¡No! —exclamó—. ¿Cómo piensas eso? Pero no es muy alentador que me digas que tienes casi diecisiete años. Por el amor de Dios, Elisabeth, tengo treinta y siete años, cariño. No puedes... ¿Y si hubiera llamado tu madre a la puerta? ¿Y si llega a ver por los cristales que su hija...?

La observó azorado y se encogió de hombros. Negar lo evidente sería mentirse a sí mismo. La deseaba con locura y se notaba. Elisabeth descendió con la mirada muy despacio hacia su entrepierna y apretó los labios con la intención de no reír. Jim se ofuscó.

—Maldita sea —bramó dándose la vuelta—. Voy a por más chocolate y cuando vuelva nos habremos olvidado de este lamentable suceso. Voy a enseñarte una cosa. No iba a hacerlo, pero creo que es un buen momento. Toda esta mierda que está pasando en el pueblo me está volviendo loco, nos está volviendo locos a todos.

Había llegado a la cocina, había depositado las tazas en la encimera y buscaba el maldito chocolate en la estantería. Cuando se dio la vuelta Elisabeth estaba delante de él, descalza, con el pelo revuelto y los ojos llenos de lágrimas y de rímel. Se puso de puntillas y volvió a besarle con avidez.

—No me hagas esto —imploró, pero ella no parecía escucharlo.

Sus labios estaban calientes y húmedos. Sabían a sal por las lágrimas que empapaban sus mejillas. Intentó apartarse, pero la encimera entorpecía cualquier movimiento. Sus largos brazos se enrollaron en él como enjutas serpientes y se sintió indefenso.

«¿A qué esperas, amigo? Es joven y te desea.»

—Elisabeth.

—Solo es un beso, Jim —murmuró—. Un beso...

—Que Dios me perdone.

Después de que Alan llegara a la iglesia y lograra hacer volver en sí a Robert, le había preguntado insistentemente qué era lo que había sucedido, pero este apenas lo recordaba. Había visto al hombre y él le había hablado, era lo único que alcanzó a decir. Pero de pronto había desaparecido, el ventilador ya no giraba y la densidad del aire había cambiado. No podía respirar y el pecho le ardía. Entonces vio a Alan, oyó su voz, sintió sus manos sobre la piel y cómo lo incorporaba del suelo y le acercaba un vaso de agua fría para que se hidratara.

Luego estaba la otra parte, la historia que Alan le contaba mientras le tomaba el pulso. Todo se había precipitado hacia un profundo abismo para él.

—¿Danny Coleman?

El color de su piel había cambiado y creyó que iba a volver a desmayarse. Alan se había asustado terriblemente.

—Sí, acaban de llevarlo al hospital de Portland y...

No escuchó nada más. Alan lo llevó a casa y le pidió que se acostara, al día siguiente pasaría a verlo, pero nada más lejos de la realidad. Ahora conducía en dirección a Portland. Solo cuarenta millas le separaban de una posible catástrofe, pero apenas le importaba ya.

«Busque la conexión entre todas las personas que han sufrido algo anormal.» Ahora recordaba la conversación con la señora Woods y, lo más importante, sabía cuál era la respuesta.

Cuando llegó al aparcamiento ni siquiera se paró a buscar un sitio lo más cercano a la entrada principal; dejó el coche en el primer lugar libre que encontró y entró por una de las puertas laterales. A mano derecha había un directorio mural con todas las plantas identificadas con diferentes colores. Buscó la de

pediatría. El corazón le latía a doscientos por hora, pero a medida que el ascensor ascendía parecía calmarse y lo absurdo de la situación comenzaba a hacer mella en él de un modo contradictorio.

La planta quinta tenía el pasillo pintado en tonos azules y rosas, y de las paredes pendían dibujos hechos por niños: soles, casitas con bonitos jardines, una familia cogida de la mano... Vio el mostrador al fondo y a una enfermera joven bajo la luz amarillenta de un foco. Estaba a punto de preguntarle por la habitación de Danny cuando alguien lo aferró con fuerza del brazo y tiró de él.

—Robert, no puedes..., no puedes. —Lorna Coleman le clavó sus dedos con tanta fuerza que creyó que atravesaría con las uñas su jersey de lana.

Apenas podía hablar. Los nervios ahogaban sus palabras. Sujetaba con la otra mano un pañuelo de papel y tenía toda la cara llena de maquillaje, de rímel y de lágrimas. Llevaba su pelo rubio atado en una cola alta y parecía aún más joven de lo que la recordaba. Porque a veces la recordaba, sí. Solo a veces.

—¿Qué ha pasado?

—¡No lo sé! —exclamó. Miró a ambos lados del pasillo y lo empujó suavemente hacia una de las habitaciones, que, por suerte, parecía vacía—. Robert, no puedes estar aquí. Paul ha ido a buscar a sus padres y no tardarán en llegar. No puedes hacerme esto. Ahora no. Te lo suplico.

—Lorna, dime qué ha pasado, porque no me voy a ir de aquí hasta que vea a Danny, y te aseguro que me importa una mierda que tu marido esté aquí.

Lorna comenzó a llorar con más intensidad. Se sentó sobre una de las camas vacías y se llevó las manos a la cara con desesperación.

—¡No lo sé, Robert! Danny... Danny estaba bien ayer, pero cuando hoy fui a despertarlo no hablaba. ¡Está ausente!

Se pasó la mano por la frente y durante unos angustiosos instantes meditó sobre cómo enfrentarse a aquella situación. Aquella mujer estaba a punto de perder la poca cordura que aún le quedaba. Se balanceaba inclinada sobre sus propias rodillas y sus ojos se movían enloquecidos, como si buscara una respuesta, una salida a toda aquella exasperación.

—Le han hecho varios análisis —prosiguió ella—, pero no encuentran nada. El médico me preguntó lo mismo que el doctor Foster, si había sufrido algún tipo de trauma, algo que le hubiera hecho meterse en sí mismo de ese modo, y yo les hablé de la muerte de su amiga Penny. El médico ha dicho que esto puede ser una razón, que cuando sucede un hecho traumático en un niño, sobre todo con su edad, pueden pasar seis meses hasta que exterioriza ese dolor, esa pérdida. Pero no tiene sentido, Robert, no tiene sentido... Danny estaba bien. ¡Te juro que estaba bien!

—Esto no tiene nada que ver con el duelo prolongado ni con ningún tipo de trauma por la pérdida de esa niña, por el amor de Dios. Lorna, están pasando cosas en Point Spirit.

Lo miró boquiabierta. Por un instante Robert pensó que se levantaría presa del pánico y que saldría corriendo por el pasillo gritando como una desequilibrada. Porque Lorna era así, impulsiva y extremadamente entregada a sus propios sentimientos, una mujer con una vida cómoda que había renunciado a sus sueños para formar la familia perfecta.

—Lorna —prosiguió y se acuclilló entre sus piernas—, quiero que me escuches atentamente. Necesito que me prestes mucha atención y, lo más importante, que no dudes de mí.

—Me estás asustando, Robert. ¿Qué pasa?

—Patrick y Brian tuvieron un accidente la noche pasada, ya sabes. Como también sabes lo que pasó con la señora Owens hace unos días. —Lorna asintió. Presentaba un aspecto lamentable y no estaba muy convencido de que entendiera todo lo que iba a decirle. Apoyó las manos sobre sus rodillas y la miró con paciencia antes de continuar—: También encontraron a Tommy Norton, el ayudante del sheriff, bajando por la carretera que rodea el aserradero. Él mismo se encerró en una de las celdas. Sigue allí y está aterrado porque está convencido de que algo maligno le persigue.

—Robert —sollozó—, ¿por qué me cuentas todo esto? ¿Qué tiene que ver mi hijo con todas esas cosas?

—Escúchame un momento, por favor. Llevo tiempo dándole vueltas a la situación. Cada una de las personas que han sufrido un accidente son vecinos cuyos antepasados eran de Point Spirit. Lorraine se fue de niña, pero su padre y su abuelo eran de aquí. Lo mismo sucede con el resto. Pero aún hay algo más, son los descendientes de padres o abuelos que trabajaron en el aserradero de Bridal Veil.

—Por el amor de Dios, Robert —suplicó—. ¡No sé qué tiene que ver Danny con todo este asunto ni a dónde quieres llegar! Mi hijo... Yo no soy de aquí y su padre...

Robert lanzó una mirada inquisitoria, apretó las mandíbulas con fuerza y aspiró el poco aire que podía entrarle en los pulmones. Estrangularla era una opción poco recomendable, y zarandearla como si fuera un pelele, una posible luz al final del túnel. Era como hablar con un muro de hormigón, como si se hubiera olvidado de todo su pasado nada más traspasar las puertas de aquel maldito hospital.

—Su padre soy yo, Lorna, y mi familia es de Point Spirit.

—No..., no... —Empezaba a perder los nervios—. No me hagas esto ahora. No me hagas esto ahora...

—¿Que no te haga qué ahora?

—¡No puedes hacerme esto ahora! —gritó.

Existía un abismo entre él y Lorna. Durante unos segundos recordó una de las pocas noches que había pasado con ella hacía más de doce años. Por aquel entonces Lorna era una belleza risueña con aspiraciones, con deseos de comerse el mundo. Después de un par de encuentros furtivos, él se había ido durante varios meses y, cuando regresó, Lorna se había comprometido con Paul. Lo más llamativo de todo era que estaba embarazada.

—Me ocultaste la verdad, Lorna —dijo entonces—. Me mentiste. Rehiciste tu vida con Paul, te casaste embarazada y ni siquiera sabías de quién era ese niño. ¿Y me dices que no te haga esto ahora? ¡Esto es de locos!

—¡No lo sabía!

—Pero lo intuías. Sin contar con el parecido físico que tu hijo tiene conmigo. Por eso jamás le permites ir a la iglesia y por eso detestas que lo vean cerca de mí. He tenido que soportar durante años ver crecer a ese niño sin abrir la boca, por la única razón de darle una familia estructurada que le quiera, ¡y puedo comprenderlo! Pero ahora están pasando cosas, algo ahí fuera está vengándose de la gente de este pueblo y mi hijo es uno de ellos. ¿Eso lo entiendes? ¿Puedes comprenderlo?

—Te fuiste y no sabía si volverías. ¡No quería mentir, pero estaba aterrada! Robert, si entras en esa habitación, si llega Paul y su familia, se darán cuenta. ¡Me arruinarás la vida!

El reverendo comenzó a desesperarse. Lorna estaba tan trastornada que apenas escuchaba sus palabras ni comprendía la gravedad del asunto.

—Santo Dios... —murmuró él—, ese niño está pasando por un infierno que no tiene nada que ver con ningún maldito estrés postraumático y tú solo piensas en que yo no te arruine la vida.

Cerró los ojos con las manos aún sobre las rodillas de Lorna y trató de pensar con claridad, de buscar una solución para todos, pero no la encontró. Debía entrar en esa habitación y tenía que tratar de hablar con Danny. Se levantó. Se sentía mareado, exhausto. En ese momento, mientras barajaba todas las posibilidades y recordaba la infinidad de veces que Danny le había contemplado con curiosidad, apoyó la mano sobre el pecho, rozando la tinta de aquel dibujo que se había hecho hacía doce años, y pensó en el niño. «Llevo tu nombre escrito en mi piel desde que supe de tu existencia», se dijo.

Lorna, por su parte, seguía gimoteando, con el pañuelo de papel apoyado en los labios y los ojos entornados. Pero su llanto cesó en el mismo momento que la puerta de la habitación se abrió y Paul Coleman apareció en escena con unas enormes ojeras grises y la camisa arrugada.

—Deja que haga lo que tenga que hacer, Lori —susurró este agotado.

Robert se quedó paralizado. Estaba de pie frente a la puerta, con Lorna detrás sollozando sobre la cama como si fuera un alma en pena, y no era capaz de

articular una sola palabra. La mujer levantó la cabeza con un gesto de pavor y miró a su marido sin comprender nada.

—Paul...

—Siempre me has considerado un idiota, Lori. Creo que piensas que todos los hombres que te han querido lo son, pero te equivocas. Ese niño es mi hijo, lo he criado y lo he amado desde antes de conocerlo, pero sabe Dios que no soy idiota.

Paul Coleman apenas tenía pelo en la cabeza, y sudaba copiosamente. Miró a Robert desde la más profunda melancolía y luego apartó sus ojos de él para volver hacia su esposa.

—Paul..., yo...

—Cállate, Lori. Y usted acompañeme —dijo dirigiéndose hacia la puerta—. El vuelo de mis padres se ha retrasado y no tengo claro cuándo aterrizarán. Aunque, llegados a este punto, me importa todo una mierda. Solo quiero salvar a mi... a mi hijo.

Al decir esto se giró hacia Robert y lo miró por primera vez directamente a los ojos.

—¡Paul! —gritó Lorna.

Pero Paul Coleman dejó pasar a Robert y cerró la puerta tras de sí. Ni siquiera le importó oír los lamentos desesperados de su esposa al otro lado de la puerta. El pasillo seguía igual de iluminado y silencioso que minutos antes. Eran más de las ocho de la tarde y las visitas comenzarían a abandonar el edificio en pocos minutos. Cuando entraron en la habitación, Robert vio a Danny sobre la cama articulada, con el respaldo algo más elevado, los brazos inertes a ambos lados de su cuerpo y los ojos fijos en un punto del techo. El niño ni siquiera se movió para ver quién había entrado.

—Le han hecho un encefalograma y varias pruebas por si había recibido un golpe en la cabeza —contó Paul acercándose a la cama para arrojar al niño—. Mi mujer dijo que lo encontró de pie mirando hacia la pared. Arrancó el cuadro cuando le dijimos que íbamos a venir al hospital. Está ahí —dijo señalando al

suelo—. No sé por qué demonios tuvo que traerlo, pero no fuimos capaces de sacarlo de casa sin ese maldito cuadro.

—Paul...

—No —le interrumpió—, en esta situación ambos somos las víctimas. No le guardo ningún rencor, reverendo, y podría mentirle y decirle que llevo todos estos años engañado como un imbécil, pero no es así. Aunque quiero a Lori, siempre lo he hecho y creo que la perdoné el mismo día que nació Danny, no puedo dar la espalda a esta situación, sería injusto para él.

Tras decir esto, hizo un gesto con la cabeza y se apartó discretamente hacia la ventana, mientras Robert se aproximaba a Danny. El muchacho llevaba puesto un pijama azul y estaba ligeramente tapado con una bonita manta de hilo, posiblemente bordada por su madre. El reverendo rozó la mano del niño. Estaba fría. Al inclinarse hacia él y besarle la frente, detectó un leve movimiento de los ojos, casi imperceptible.

—Hola, Danny. Soy Robert —dijo sentándose en una pequeña silla tapizada con escay que había junto al lecho. Danny ladeó muy despacio la cabeza y lo miró, pero no hubo ningún cambio en su rostro, ninguna señal de alegría o de tristeza. Ni siquiera de miedo, si era eso lo que anidaba dentro de él—. ¿Podría quedarme a solas con él?

Paul no dijo nada. Avanzó en silencio por la habitación y salió de ella con la misma agilidad y discreción que había demostrado minutos antes. Robert se compadeció de aquel hombre. Durante todos aquellos años había cuidado de Danny sabiendo toda la verdad, manteniendo un silencio absoluto, enterrando todo aquel dolor que producía aquella situación sobre su dignidad, y no había dicho nunca nada. ¿Lo hubiera soportado él? No lo sabía. Como también desconocía cuál de las dos penitencias era más dolorosa, si la suya o la de Paul Coleman.

Se levantó de la silla, se acercó al otro extremo de la habitación, tomó con ambas manos el cuadro que descansaba sobre la pared y volvió a sentarse junto a Danny. Aquella pintura no le decía nada: una casa en las montañas, un tendal

con ropa y una charca llena de ovejas. ¿Por qué entonces era tan importante para él? ¿Qué significado guardaba aquel cuadro para que el niño no quisiera marcharse sin él?

—Danny, sé lo que está pasando —dijo—. Ha sido ese hombre, ¿verdad?

El niño no se movió. Seguía mirándole fijamente, pero sus ojos estaban vacíos.

—Yo también lo he visto, Danny, y hay más gente en el pueblo que está pasando por algo parecido. Por favor, necesito que me hables, necesito que me digas qué pasó para ayudarte.

El niño movió la mano izquierda y golpeó el cuadro ligeramente. Su brazo estaba lleno de pequeñas marcas de pinchazos y le habían puesto una vía para darle de comer.

—Danny —insistió Robert—, necesito que me hables. ¿Viste al hombre del sombrero? ¿Ha sido él?

Un rosario de cuentas de madera tintineó sobre el cabecero de la cama. Alguien lo había colocado pulcramente sobre el chico y la pequeña cruz pendía sobre su cabeza. Robert volvió a mirar aquel dibujo y algo le llamó la atención: en una de las ventanas de la casita había una silueta. Aguzó la vista y pasó la yema del dedo por encima.

—Es él —murmuró con apenas un hilo de voz.

—¿Danny! ¿Es ese hombre? ¿Él te ha hecho esto?

Pero Danny seguía mudo, como si aquellas pocas palabras nunca hubiesen brotado de su garganta. El niño pestañeó, un insignificante gesto que hizo que sus labios adquirieran al tiempo una tensión que no estaba allí.

—¿Es ese hombre? —le repitió.

Entonces se dio cuenta de un detalle, algo que hubiera pasado desapercibido en otras circunstancias y que posiblemente nadie había visto. Levantó el cuadro hacia la luz y articuló la lámpara de mordaza anclada en el cabecero hacia la imagen.

—¿Qué coño...?

Danny jadeó.

En la otra ventana había otra pequeña silueta, la imagen diminuta de lo que parecía un niño con las manos apoyadas en los cristales.

—Y yo... —sollozó Danny y comenzó a gritar.

—No lo vuelvas a hacer —imploró Jim, mientras se apartaba de ella y reprimía el impulso de volver a besarla—. Sabes que esto no está bien, Elisabeth.

Ella lo observó, cercana, cálida y ansiosa. Era como si sus palabras tuvieran una resonancia distinta, como si lo poco que la conocía hubiese cambiado en milésimas de segundo y fuera otra muchacha diferente, con una mirada más traslúcida y toda su tragedia disfrazada de cierta madurez.

—No te gusto. —Su voz era un murmullo. Se apartó y bajó la mirada.

—Eso no es cierto, pero tengo unos principios. Puedo comprender hasta cierto punto que has pasado por una situación terrible, que te sientas confundida y que incluso pueda gustarte, pero el simple hecho de tocarte me hace sentir mal, como si me aprovechara de todo ese dolor... Eres muy joven, Elisabeth. Demasiado joven... No sé si puedes llegar a entenderlo.

Las pequeñas cortinas de tela que cubrían las ventanas de la cocina estaban descorridas. La luz de los farolillos del porche se filtraba entre las ramas de los sauces y estas parecían formar unas sombras afiladas sobre la encimera. Jim acarició las tazas, dándole la espalda, y se quedó absorto unos segundos. No podía imaginarse la terrible situación que se habría producido si en aquel momento la madre de Elisabeth hubiera llegado a la cabaña. El simple hecho de pensar en aquella mujer contemplando a su hija adolescente mientras besaba a un forastero veinte años mayor que ella le helaba la sangre al mismo tiempo que le revolvía las tripas. Y eso sin contar con la reacción de Alan y de todo el pueblo. Estaba convencido de que tendría que salir corriendo de allí sin hacer siquiera la maleta. Ya veía los titulares en la prensa:

Era como si se comparara con aquellos degenerados de más de cuarenta años que viajaban a Filipinas con la única intención de mantener relaciones con una adolescente menor de edad.

CONOCIDO AUTOR DE CUENTOS INFANTILES
QUEMADO VIVO EN UN RECÓNDITO PUEBLO

Se volvió hacia Elisabeth, que permanecía en silencio. Sus bonitos brazos colgaban inertes en sus costados y parecía la viva imagen de la inocencia. ¡Si pudiera imaginar la fascinación que sentía por ella! «Cuidar de ella», había dicho el hombre en su sueño. ¿Cómo podía hacer eso si en esos momentos ni siquiera podía cuidar de sí mismo?

—Apiádate de mí, Elisabeth —suplicó—. Solo soy un hombre con demasiados pecados posibles que cometer. Mis debilidades pueden llevarme al infierno... No me arrastres tú hacia él.

Elisabeth se pasó la manga del vestido por la nariz.

—Lo siento, Jim, de verdad que lo siento. No sé lo que me ha pasado. —Miró hacia la ventana y suspiró—. Creo que mejor me voy a casa. Llamaré a mi madre y le diré que no es necesario que pase a buscarme. Ha sido un error y me siento avergonzada.

—No es necesario que lo hagas. Vamos a dejarlo como una simple anécdota que olvidar. Ven, quiero enseñarte una cosa. —Quitarle importancia a aquella situación era lo mejor que podía hacer. Elisabeth estaba totalmente derrumbada y hacer lo contrario sería provocarle una herida aún más profunda de la que ya tenía. Atravesó el salón seguido de la joven y cogió el ordenador portátil que tenía sobre la mesa de centro—. Arriba hay un despacho donde tengo una impresora. Me gustaría imprimir lo que quiero enseñarte, lo verás con más claridad.

Subieron al piso superior. La cabaña tenía un elegante corredor que bordeaba

todo el perímetro y, al fondo, un amplio pasillo con varias habitaciones distribuidas a ambos lados. Jim abrió la última puerta, dejó paso a Elisabeth y encendió la luz. El lugar no tenía nada especial: un escritorio de madera de caoba, una silla tapizada en piel marrón y un pequeño sofá de dos plazas sobre una alfombra persa algo ajada en tonos burdeos y dorados. Dejó el ordenador portátil encima de la mesa y comenzó a conectar los cables. Elisabeth seguía cada uno de sus movimientos con cierta curiosidad. Jim era consciente de la batalla moral que se cernía sobre aquella mujercita que acababa de besarlo y, si bien era cierto que hubiera dado la vida por pasar dos minutos más pegado a sus labios, sentía la obligación de apartarse de ella, de no sucumbir a ese pequeño capricho. Respiró hondo mientras detectaba el suave balanceo de su vestido por debajo de la mesa y enchufó el último cable para luego incorporarse. Tomó asiento y encendió el ordenador. Elisabeth avanzó muy despacio hacia el escritorio y, para su sorpresa, se sentó sobre sus rodillas. No era la forma más decorosa de enseñarle la fotografía que Larry le había enviado, pero al menos desde las ventanas de esa habitación nadie podía ver el interior de la casa.

—Está bien, dulce Catrina —dijo con humor. Ella ladeó la cara y sonrió. Aquellas palabras volvieron a encender en su joven rostro un atisbo de alegría y eso le gustó—. Atenta a la imagen que voy a enseñarte. Dime si reconoces a alguien. Quiero que te fijes muy bien, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

En la pantalla apareció una fotografía en blanco y negro. Había varios hombres vestidos con ternos oscuros, cuellos almidonados y corbatas de seda posando frente a la puerta del edificio principal de lo que parecía el antiguo aserradero de Point Spirit. Uno de los hombres llevaba un fino bigote perfilado hacia arriba y sujetaba un bastón mientras apoyaba la pierna izquierda sobre un escalón. A su lado había un joven de unos treinta años. Llevaba las manos metidas en los bolsillos del pantalón y un elegante chaleco del que pendía la cadena de un reloj oculto en un diminuto bolsillo, y miraba a la cámara fijamente. Todos tenían el pelo peinado hacia atrás y sonreían, a excepción de

aquel muchacho. Elisabeth se llevó las manos a la boca y se inclinó hacia atrás con brusquedad.

—¡Es él! —exclamó señalando al chico que estaba junto al hombre mayor—. Jim, es él. Es ese hombre. Se parece muchísimo a él.

—¿Ves al tipo del bigote, el que sujeta el bastón? —preguntó—. Es Tobías Mori, el propietario del aserradero, y el que está a su lado es su hijo, Lucien Mori. Cuando vi la fotografía poco antes de que tú llegaras, estaba convencido de que era el mismo individuo que vimos con tu madre en la habitación, pero necesitaba que tú lo identificaras.

—Lucien Mori... —susurró ella arrastrando las sílabas lentamente—. Pero no lo entiendo, ¿por qué él?

—Es lo que tenemos que averiguar.

Súbitamente Elisabeth alzó las cejas, sacudió la cabeza y volvió a mirar a Jim, como si hubiera recordado algo importante.

—¡La carta! —exclamó—. La carta de Beatrice, la que encontramos mi hermana y yo en el desván de casa. Es su esposo, ¿verdad?

—Eso parece. Sin embargo, no he sido capaz de encontrar nada sobre él y su esposa desde que Tobías falleció. Es como si se los hubiera tragado la tierra desde 1923. Ninguna referencia, hijos, lugar de residencia o dónde fallecieron y la razón de su muerte. Nada.

—Vivieron en mi casa, ¿verdad? —continuó ella.

—Así es, pero no creo que el hecho de que se aparezca en tu casa tenga que ver con todo lo que está sucediendo. Y tampoco tengo clara la razón de que esté ahora aquí, justo cuando tu padre y tu hermana... —Se arrepintió de aquellas palabras nada más decirlas; sin embargo, Elisabeth lo miró y sonrió con cierta conmiseración—. Ya me entiendes.

—Quizá le atrajo el sufrimiento y el dolor —dijo y volvió a mirar la imagen del hombre—. A lo mejor su vida fue triste y cuando mi hermana murió se enfadó.

—No lo sé. Hay muchos hilos sueltos en esta historia. Ahora, al menos,

sabemos quién es él.

Jim estudió el rostro del hombre con más tranquilidad, mientras notaba el tacto sedoso del cabello de Elisabeth contra sus brazos. Un rostro joven de mejillas elevadas, rasgos marcados y ojos rasgados. Su boca era grande, sin ser desproporcionada, y tenía el cabello rizado, aunque el efecto de lo que parecía un fijador disimulaba aquellos mechones de pelo que se perdían por el contorno de la cabeza, como si alguien los hubiera cepillado insistentemente hacia atrás. Eran ocho hombres, contando a Tobías Mori, pero él era el único que no sonreía. Entonces recordó la carta y las palabras apesadumbradas de Beatrice.

—Le gustaba la música —susurró Elisabeth sin apartar la vista de la imagen—. En la carta su esposa decía que partían a París. Quizá volvió a Point Spirit porque sus padres estaban enterrados aquí.

Pero Jim no se atrevía a hacer conjeturas sobre aquella situación tan peculiar. No le cabía la menor duda de que el extraño ser, que parecía ser el mismo hombre de la imagen, era el responsable de todas aquellas catástrofes. Pero ¿cuál era la razón? ¿Qué era lo que había sucedido para que aquel espíritu albergara tanto rencor hacia toda esa gente? Observó el perfil de Elisabeth, que parecía cautivada por aquella figura tan enigmática de Lucien Mori. Era como si el simple hecho de observarlo causara sobre ella una especie de influjo mágico, atrayente. Pero en cierto modo lo entendía, Elisabeth había convivido con aquel tipo durante muchos años y ahora era consciente por primera vez de quién se trataba. Y lo más importante: tenía un nombre y un pasado. Sea como fuere, había muchas incógnitas en toda aquella historia rocambolesca. El corazón se le aceleraba solo con pensar en la situación tan peculiar en la que se encontraba.

—Jim, ¿has visto eso? —Elisabeth apoyó la mano sobre el panel táctil del portátil y manipuló la imagen hacia abajo para luego darle con gran celeridad al zoom.

—¿El qué?

—Eso. Hay algo escrito en el borde de la imagen.

Tan pronto como hubo dicho aquellas palabras, Jim se apuró a imprimir la

fotografía y alargó el brazo, mientras el sonido de los rodillos de la impresora rompía aquel silencio que les rodeaba. Sus mejillas casi podían tocarse. Volvió a oler aquella mezcla de perfume a flores y deseó casi hasta la desesperación volver a besarla, pero se contuvo. Tomó la hoja de papel entre los dedos y la levantó hacia la luz que emanaba de la lámpara. Sí, Elisabeth tenía razón. Había algo escrito en letra cursiva, antigua y bastante desgastada, sobre lo que podría ser la fotografía original.

—¡Oh, Dios mío! —gritó con un jadeo ahogado Elisabeth.

Point Spirit, 1923: Tobías Mori, Lucien Mori, John Rose, Lucas Grant, Albert Owens, Bob Jones, Oscar Marcuso, Robert. J. Norton.

—Llama a tu madre, Elisabeth —se apresuró a decir Jim, que estuvo casi a punto de tirar al suelo a la joven al incorporarse repentinamente del sillón de cuero—. Dile que avise a Alan, que vamos para allá. Dile que tenemos algo importante que contarle y que no se muevan de la casa.

Estaba borracho como una cuba, aunque eso no le impidió encontrar la furgoneta aparcada a dos calles de El Ukelele y luego atravesar el pueblo hasta aquel maldito semáforo. Paul Jones se sintió algo ridículo allí parado en aquel momento. Las calles estaban totalmente desiertas, la oscuridad se cernía como un manto opaco sobre los tejados irregulares de las casas circundantes, pero ahí estaba él, plantado en mitad de la avenida principal, con el intermitente puesto a la derecha, aquel soniquete metálico traqueteando una y otra vez, y la suave melodía de Bobby Mackey interpretando la canción *Johanna*, que tantas veces había escuchado. ¿Y por qué le gustaba? No tenía ni la más remota idea. Julius Morrison, el alcalde del pueblo, le había contado un día que aquella canción se basaba en una historia real. Bobby había comprado un antiguo edificio que había sido un matadero en Kentucky y lo había transformado en un bar. Ya por aquel entonces corrían rumores de la aparición de la cabeza de un pobre desgraciado en el edificio, pero lo que más llamaba la atención era la cantidad de personas que juraban y perjuraban haber sido empujadas en aquel local por una presencia. ¡Qué historia más espeluznante! El espíritu de una bailarina de cabaré que se había suicidado por la muerte de su amante en manos de su padre era el responsable de tantos sustos. Y Bobby le escribió esa canción. Johanna era el nombre de la muchacha y también de la canción, y Jones había buscado insistentemente aquella melodía hasta dar con ella.

En ese momento le resultaba algo patético que un hombre de su edad, casi con un pie en la tumba, reprodujera una y otra vez la misma cancioncita melancólica, imaginándose cómo una pobre damisela se envenenaba a sí misma por el dolor de un amor incomprendido y destrozado.

—En el fondo soy un romántico —gruñó Jones. Repiqueteó con sus viejos dedos el volante y observó la luz roja parpadeando en lo alto del semáforo—. No sé por qué coño estoy aquí parado si no hay un alma en todo...

De repente vio con el rabillo del ojo una figura balanceándose por la acera y volvió la cabeza lentamente. Por un momento pensó que era uno de los borrachos que acababan de pelearse en el local de Loretta, pero aquella extraña silueta no era muy equilibrada y armónica, si se fijaba bien, algo que era complicado en su estado. Pegó la nariz al cristal de la ventanilla y se dio cuenta de que el extraño individuo se había quedado inmóvil frente al paso de cebra, encorvado hacia delante, con los brazos oscilando como si estuvieran muertos. Aquello no tenía ningún sentido. Jones era consciente de que, dado el grado de alcohol en sangre que llevaba, le resultaba difícil distinguir un elefante de un mandril; ahora bien, aquello era otra cosa. Eso o se había vuelto definitivamente loco.

—Pero ¿qué diablos...?

Repentinamente aquella cosa comenzó a cruzar frente a su furgoneta. Elevaba las piernas como aquellas *majorettes* que desfilan por las calles seguidas de una orquesta con sus faldas de colores y una varita ridícula en la mano haciendo cabriolas. La escena era desconcertante, si no fuera porque llevaba las rodillas adelantadas cuando caminaba, con unas piernas largas y demasiado delgadas, y unos brazos desgarrados y chocantes que se bamboleaban de adelante hacia atrás sin ningún tipo de control. Jones sintió un terrible escalofrío por todo el cuerpo y siguió con gran atención la extraña marcha de aquel ser larguirucho y desproporcionado, que en aquel momento se volvía a parar como si meditara durante unos segundos qué dirección tomar. Olfateó el aire levantando la cabeza —o eso fue lo que Jones creyó ver—, se volvió a balancear y siguió caminando hasta que se detuvo delante de la oficina del sheriff.

Ver a aquel ser subir las escaleras como si hubiera sido víctima de una invasión zombi fue demasiado para Jones. Pegó un rápido acelerón y se alejó de allí como si le persiguiera el mismo diablo. No tenía ni la más remota idea de lo

que acababa de ver, pero no quería comprobarlo, y mucho menos volvérselo a encontrar. Tampoco quería imaginarse qué tipo de enfermedad mental o sobredosis de droga llevaba encima, pero estaba claro que iba directo al lugar idóneo para que lo metieran en vereda. Pensó en la cara del sheriff Lark cuando viera entrar a aquel individuo y no pudo contener una leve sonrisita maliciosa. En el fondo seguramente era un simple muchacho colocado. Uno de aquellos críos que un viernes por la noche se metían por la nariz todo tipo de porquería y ahora estaba desorientado o cagado de miedo, quién sabe.

A medida que se alejaba del centro del pueblo, volvió a golpearle la realidad: llevaba varias botellas de lejía en el asiento de atrás y tenía que limpiar la tremenda mierda que algún gracioso le había rebozado por toda la cocina, y eso sí que no era divertido. ¡Ah, qué dura podía ser la vida cuando no se poseía la fuerza y la lozanía de los treinta años! Si por aquel entonces alguien hubiese osado cometer tal sacrilegio en su propio hogar, lo habría perseguido por todo Point Spirit hasta dar con él, y no habría tenido la más mínima compasión, so pena de acabar en uno de los calabozos de Lark o, lo que es peor, condenado por un delito de intento de asesinato. Pero todos estos pensamientos eran meros delirios de borracho. Cuando llegó a la entrada de su desvencijada casa, las luciérnagas bailoteaban bajo los focos de los farolillos y el sonido de las ranas de una charca próxima le devolvió nuevamente a una relativa objetividad. Estaba frente a la cadena que delimitaba su finca y lo extraño de todo aquel asunto es que el cartel con su frase, OJO CON EL MADERERO, MUERDE, seguía en el mismo lugar y no tenía rastro alguno de mierda de perro. Descendió de la Bronco con un estilo de borracho «con clase», tropezando con el peldaño del vehículo y trastabillando hacia un lado para no caer. Cogió las bolsas del asiento de atrás y se encaminó a la puerta principal. Habría jurado por el honor de su madre que aquella misma tarde le había dado una patada a aquel letrero; sin embargo, aquella noche no tenía ningún sentido. Ni la pelea repentina y multitudinaria en el bar de Loretta, ni el extraño ser informe que caminaba como un títere hacia la comisaría, ni la broma de su casa... Nada.

Cuando estaba frente a las escaleras de la entrada volvió a sentir el desasosiego propio de aquel que no sabe qué le espera detrás de su propia puerta. Estaba convencido de que antes de irse había apagado todas las luces, pero desde su posición veía con toda claridad, a través de las cortinas azules, que una lamparita de su salón estaba encendida e irradiaba una luz ambarina que se extendía por toda la estancia. Jones comenzó a temblar, y no es que fuera un hombre que se acobardara con ciertas situaciones. Era más la sensación de desamparo, lo extraño de los acontecimientos y su clara dificultad para centrar la vista en un punto sin perder la vertical. Apoyó la mano en el pomo de la puerta e introdujo, no sin torpeza, la llave en la cerradura. Abrió muy despacio la puerta. Aún sujetaba con los dedos las bolsas de la compra y el simple hecho de sentir un leve sonido del plástico barato le llenaba de temor. Quizá, pensó, habían entrado en su casa y le estaba robando; pero aquello no encajaba con la imagen que tenía de su hogar, un lugar abandonado y desaliñado, carente de cualquier detalle que le confiriera un poco de candor o familiaridad. Su casa no estaba ni siquiera decorada con algún cuadro bonito, ni disponía de cojines lustrosos ni de nada similar. Sin embargo...

Avanzó varios pasos y se detuvo delante de la puerta del salón, como si fuera un extraño en su propia casa y no acabara de creerse lo que estaban viendo sus ojos de borracho. Su frívolo y caótico salón ahora estaba bañado por aquella luz amarillenta. Las mesas estaban limpias y sobre ellas descansaban pequeños jarrones de cristal tallado con flores. Había margaritas en las mesillas supletorias y rosas amarillas sobre la mesa principal. Un olor a guiso y patatas horneadas se elevó por encima de él. Se volvió para comprobar que la cocina estaba encendida y limpia, llena de pequeños utensilios para elaborar tartas y distintos platos, y sobre la encimera blanca descansaba un enorme bol de puré de patatas y zanahorias. ¿Qué demonios era todo aquello? ¿Tan borracho estaba? Pero entonces una voz femenina le hizo pegar un brinco y recular hacia atrás. La figura descendía las escaleras con un bonito delantal de hilo floreado y su pelo rubio estaba repleto de rulos y pequeñas horquillas.

—¡Jonsy! —exclamó la mujer—. ¿Cuántas veces te he dicho que no llegues tarde a cenar, hijo?

Si su cuerpo albergaba todavía algún rastro de alcohol, se evaporó nada más ver a su madre. La mujer avanzó con paso firme hacia él contoneando las caderas como una de aquellas mujeres mulatas que bailaban en los salones de la gran ciudad. Cogió las bolsas de la mano medio muerta del viejo Jones y se dirigió a la cocina canturreando.

—¿Mamá? —balbuceó. La siguió con la mirada, sin dar crédito a lo que estaba viendo.

—Jonsy, por el amor de Dios, hijo, tu padre está a punto de llegar del aserradero y ya sabes que no suele venir de muy buen humor. Sube a asearte y pon la mesa. Parece que hayas visto un fantasma. ¡Ve, Jonsy!

¿Un fantasma? Entonces ¿qué demonios era todo aquello?

Ella le lanzó una mirada de cariño. Sus largas pestañas y el color rosado de sus labios eran un detalle del que Jones jamás había sido capaz de desprenderse, como sus afectuosos abrazos y sus besos. A veces, de anciano, tenía aquellos pensamientos recordando el sufrimiento de su madre por las continuas palizas que su padre le daba. Sentía el impulso de arroparla entre sus brazos de adolescente, creyendo que de algún modo podría cambiar los acontecimientos y que lograría protegerla de todo aquel dolor. Pero nada más lejos de la triste e injusta realidad, porque su padre era un hombre de proporciones desorbitadas, con un fuerte temperamento y unas manos grandes de maderero. Tenía una mandíbula pronunciada, una belleza salvaje, y su madre se había enamorado perdidamente de él y de todos aquellos defectos, que con los años la habían acabado llevando a la tumba.

Cada vez que Jones salía al patio de atrás, la veía allí, tendiendo la ropa mientras cantaba, un día con un ojo amoratado, otro con un brazo inmovilizado con un pequeño cabestrillo que ella misma se había hecho, o con el labio hinchado y los ojos empañados en lágrimas. Pero siempre cantaba cuando él aparecía, siempre le sonreía con el mayor candor que una madre podía transmitir a

un hijo. «Todo está bien, Jonsy», le decía. Pero no, nada estaba bien, y él lo sabía.

—Pero no hiciste nada, ¿verdad, Jonsy?

Aquella voz masculina que acariciaba las palabras como si entonara un soneto le hizo girarse bruscamente. Lo vio de pie frente a la ventana. Un hombre alto con un sombrero que ocultaba parte de su rostro lo miraba desde el rincón más apartado del pequeño salón.

—Solo era un niño —susurró y volvió la vista hacia su madre.

—Pero podías haberla ayudado, podía haber impedido que tu padre la matara a golpes aquella noche que llegó borracho y oliendo a perfume caro.

Sin apenas percatarse, centró la atención en aquel individuo. Jones sintió una terrible punzada en la cabeza y se inclinó hacia delante. Ahora el hombre estaba a su lado y el ruido de un coche que se aproximaba a la casa hizo que Jones volviera a temblar.

—Claro que hubieras podido hacer algo... —prosiguió la suave voz del hombre—. Tenías dieciséis años y ya eras todo un jovencito preparado para cuidar de ella, pero preferías pasarte las tardes ignorando su desgracia, bebiendo como un estúpido con tus amigos hasta altas horas de la noche para luego regresar a casa y compadecerte de ti mismo y no de ella, ¿verdad, Jonsy?

—¡Eso no es justo!

—¿Y lo fue para ella?

Se oyó el golpe seco de la puerta y los pasos enérgicos de unas botas con remaches sobre la tarima de madera. Jones percibió el sonido de los cristales, sintió los gritos de su madre y deseó correr hacia ella, pero no podía moverse.

—¡Él me hubiera matado a mí también! —gritó enloquecido.

El hombre elevó con arrogancia la cabeza. Jones vio entonces su rostro anguloso y fino mientras parecía abrir ligeramente los labios como si fuera a decir algo. Se dio cuenta de que no lo reconocía, de que en realidad no entendía nada de lo que estaba sucediendo allí. ¡Era su pasado, su maldito y horrible pasado! Y él era solo un muchacho aterrado por un padre cruel y despiadado.

—Entonces quizá debiste ser tú quien muriera por sus golpes —dijo susurrando las palabras en su oído. Aún se oían los gritos en el fondo de la cocina, los jadeos ahogados de su madre y los murmullos de su padre—. Al menos te hubiera quedado un atisbo de honor y ella seguiría viva, envejecería... O quizá debiste matarlo a él cuando tuviste la oportunidad. Pero no lo hiciste, Jonsy..., no lo hiciste..., y viviste el resto de tu vida con su verdugo. Aprendiste de él el manejo de las armas y el amor por el alcohol y la soledad. Esta es tu condena. —Señaló a su madre inerte sobre el suelo del pasillo—. Su recuerdo, así y no de otro modo.

Varios meses después de la muerte de Victor Berry, Mary Anne seguía manteniéndose inmersa en un profundo silencio, propio de una tristeza que la iba consumiendo día tras día. Sus hermanas no habían dudado en mudarse junto a ella. Lo habían dejado todo por correr al auxilio de la menor de la familia Morelli, pero ni siquiera su compañía y el amor que profesaba a sus dos hijas le habían hecho esbozar una simple sonrisa o un pequeño gesto sin amargura en mucho tiempo. Era la cotidianidad lo que la devoraba por dentro, las pequeñas tareas y los llantos de Penny implorando un poco de atención lo que la llenaban de estupor. No se sentía con fuerzas para nada que no fuera compadecerse de sí misma.

Mary Anne se había casado con Victor Berry con tan solo diecisiete años. Ya por aquel entonces había abandonado los estudios, embriagada por un tipo casi veinte años mayor que ella al que todo el mundo respetaba y llenaba de palabras halagadoras. Victor era un hombre que se había hecho a sí mismo, de mirada sagaz y fuerte aplomo. Él era todo lo que una muchacha de su edad podía desear. Indudablemente era guapo y muy alto, tenía una buena posición y el respeto absoluto de todo aquel que lo conocía. A veces ella se echaba a reír cuando hacía tonterías. Nunca le faltaba el humor y siempre estaba feliz y desbordaba optimismo. Pero luego estaba la parte negativa de aquella relación: los largos viajes que a veces se hacían interminables porque ella se quedaba sola, el miedo a que él sufriera un accidente sobrevolando el Atlántico o cuando hacía aquellos espectáculos que volvían loco a todo el mundo a excepción de Mary Anne. Victor siempre la tranquilizaba con suaves palabras y gestos de afecto, y cuando volvía a casa lo hacía cargado de decenas de regalos para ella y las niñas. Y qué

alegría desbordaba Elisabeth cuando abría sus regalos y abrazaba a su padre. Eso solapaba las largas esperas y las noches en vela, puesto que sus hijas irradiaban una felicidad incomparable.

Nunca supo con total seguridad si su marido la había engañado alguna vez, aunque, en lo más profundo de su corazón, estaba convencida de ello. Era algo sabido que Victor y sus compañeros de aventuras solían salir cuando el trabajo terminaba y la noche caía sobre ellos en una ciudad distinta y lejana. Mary Anne, por aquel entonces, era muy joven, no concebía ni por un momento que su esposo pudiera solapar el amor que sentía por ella, aunque fuera durante unas pocas horas. Pero con el tiempo aprendió a ver aquellos pequeños detalles, a leer entre líneas, a detectar ciertos detalles que en otro momento no le habrían dicho nada, y aunque sufría en silencio, sabía callar. Así lo hizo, hasta el último día de su vida. Victor era un hombre respetable, un padre afectuoso y un esposo atento y condescendiente. Jamás le había alzado la voz y nunca habían tenido la más mínima discusión, pero se había sentido tan sola...

Su luto duró mucho tiempo, tanto que ni siquiera se había fijado en el hombre que atendía con devoción a sus hijas y que casualmente vivía pegado a su casa. En ocasiones observaba a Alan haciendo las tareas más cotidianas a través de los amplios cristales de su bonita casa colonial y le hacía gracia. Ella sabía que la mujer de Molosqui pasaba tres veces por semana para ayudarlo con el trajín que significaba poseer una vivienda de tres plantas, aunque a veces lo veía asomar la cabeza por la ventana y sacudir alguna alfombra con torpeza. Le resultaban encantadoras aquellas particularidades en la vida de un médico de familia, un hombre que había pasado por una tragedia similar a la suya y que ahora vivía solo en un pueblo tan remoto como aquel, con la única compañía de sus propios pacientes y alguna cerveza a las ocho de la tarde con el reverendo del pueblo. De hecho, estaba convencida de que Alan se había alejado de su propia desgracia mudándose allí, algo que ella no había tenido la posibilidad de hacer. ¿A dónde habría ido? Por eso las paredes de su propia casa a veces le pesaban y las enredaderas que subían por la fachada más que decorarla parecían sostenerla.

Pero Alan siempre estaba allí, detrás de la ventana, en la calle, con su propia tristeza, con una sonrisa amable, su bufanda de colores estridentes en invierno o la camisa de seda abierta en el último botón cuando el calor golpeaba y era insoportable mantenerse alejado de la sombra. Alan y sus ojos color avellana, su boca siempre curvada en una sonrisa y su pelo negro como el azabache. Alan persiguiendo a Elisabeth cuando esta saltaba la verja que separaba sus casas y le pisaba las petunias o los rododendros. Siempre Alan. Allá donde mirara, Alan.

En ciertos momentos, cuando se metía en la soledad de su cama y el sueño la invadía, se imaginaba un encuentro íntimo con él. Aquello la llenaba de rubor y de vergüenza. No estaba acostumbrada a aquellas sensaciones y se sentía mal. Pero poco a poco ese pavor fue desapareciendo y cada vez era más frecuente que aquellas fantasías tomaran forma incluso cuando estaba despierta. Se imaginaba a Alan entrando en la oscuridad de su habitación, llenándola de besos y susurrándole palabras obscenas al oído que jamás había escuchado. Ella sentía y deseaba sus largos dedos acariciando cada curva de su frágil cuerpo, su bonita boca apoyada en sus labios y su respiración acelerada por el deseo.

—Alan... —murmuró dormida una tarde en el salón.

Si bien aquello había sido terrible, luego se olvidó. Carlota y Amelia estaban sentadas en el sofá de enfrente y la miraron con los ojos muy abiertos hasta que estallaron sus risas. Mary Anne no entendía nada, dado que estaba profundamente dormida, aunque luego le explicaron la razón y quería morir.

—Quizá deberías ir a verlo un día —había dicho Carlota con un tono socarrón—. Ese hombre se ha desvivido por ti y por las niñas, sin olvidar que es de todos sabido que bebe los vientos por ti.

Pero ella no lo tenía todo tan claro y temía profundamente un mínimo rechazo por su parte. Más tarde llegaron aquellos extraños sueños. El hombre que había visto inclinado sobre la cuna de su pequeña hija tiempo atrás la visitaba cada madrugada y le susurraba con suaves palabras lo hermosa que era. Despertaba en mitad de la noche, empapada en sudor y con la respiración acelerada. A veces su camisón estaba levantado y abierto hasta casi su cintura y tenía la sensación de

haber experimentado un placer que, en otro momento, habría tachado de vergonzoso, pero apenas lo recordaba. Estaba aterrada y aquello no cesaba. Era como si aquel hombre la poseyera en sus sueños de un modo violento e innegable. Cuando se despertaba por las mañanas, le dolía todo el cuerpo y en alguna ocasión había llegado a detectar pequeños cardenales entre las piernas. ¿Era eso posible o se estaba volviendo loca? Por supuesto jamás compartió esos acontecimientos con ninguna de sus hermanas. ¡Era impensable! Incluso había llegado a pensar que sus propios deseos reprimidos le hacían soñar hasta llegar a tocarse de aquel modo. Pero ni siquiera aquella explicación la convencía. Con el paso del tiempo fue recordando un poco más todo lo que le sucedía en esos sueños. Cada noche, durante mucho tiempo, tras el empeoramiento de Penny, le ocurría lo mismo: el hombre aparecía en sus sueños bruscamente, Mary Anne sentía sus felinos ojos en la oscuridad de la habitación, los suaves pasos en la alfombra ribeteada y el peso de su cuerpo sobre el lecho. En ocasiones se abandonaba inconscientemente, pero otras intentaba gritar, y era entonces cuando aquel ser le tapaba la boca y susurraba con suavidad que debía ser una buena chica, que era hermosa y deliciosamente joven y que, si no era capaz de encontrar un hombre que la complaciera, él se ocuparía de ello. Luego llegaron las pastillas, los sueños a medias y el temor implícito y real de que aquel ser le hiciera lo mismo a Elisabeth. Y, tras todo aquello, la muerte de su pequeña niña. Aquella misma noche, bajo el letargo provocado por las pastillas, lo vio llorar junto a su cama. Estaba sentado en un extremo del colchón, dándole la espalda en dirección a la ventana, y tenía la cara cubierta por sus manos espectrales, mientras se inclinaba hacia delante y sollozaba.

—*Ma petite, c'est terrible* —repetía una y otra vez.

—No te llevarás a mi hija... —intentó decir con una voz casi incomprensible y pastosa.

Él la había mirado con indignación, se había levantado con gesto de estupor y dolor ante aquellas palabras y la había contemplado con el rostro surcado de lágrimas y aflicción, para luego desaparecer hasta aquella misma noche.

¿Y si había sido ella la causante de todas aquellas desgracias? ¿Y si había provocado con aquel insignificante momento que ese espíritu o lo que fuese cometiera tantas atrocidades? Todas sus reflexiones y todas aquellas vivencias secretamente guardadas la acompañaron durante muchos días y, en aquel mismo momento, mientras cruzaba la verja, seguían atormentándola. Alan acababa de salir a la puerta y la examinaba como si fuera la misma aparición de una santa en mitad de una noche mortecina teñida de niebla.

—Llevas mucho tiempo en el jardín. Deberías entrar y calentarte un poco, Mary —le aconsejó Alan.

Mary se dio cuenta de que llevaba fuera de la casa desde que se había puesto a pensar en todo lo que había sucedido y que era la primera vez que lo hacía con toda la serenidad que eso implicaba y de la que hasta ahora carecía.

—Iba... —miró el reloj— iba a ir a buscar a Elisabeth, pero aún es muy pronto. Venía a preguntarte si querías acompañarme.

Alan frunció el ceño.

—¿A Elisabeth? ¿Dónde está?

—En casa de Jim Allen. Quería pasar a verlo, hablar de libros y que le firmara... Ya sabes.

Alan sacudió la cabeza y luego la invitó a pasar.

—Vaya... ¿No te asusta que esté sola con ese hombre? No sabemos mucho de él, si tengo que serte sincero. Aunque parece una buena persona, pero es un hombre y...

—¡Alan! —exclamó con cierto humor y cansancio—. Mi hija no es tonta. Siento que su compañía la beneficia positivamente. No sé cómo explicarlo. Es la única cosa que le hace feliz en estos momentos. Tendrías que ver la emoción que desborda cuando habla de él y...

—Pero es un hombre, Mary —insistió—. Y ella una pequeña mujercita que puede resultar muy apetecible si uno es débil.

Mary Anne sonrió. Ni siquiera había pensado en esa posibilidad.

—Hay algo en Jim Allen que me da confianza, Alan.

—A mí también, pero no sé...

La ayudó a quitarse el abrigo y, tras colgarlo de un perchero de pie junto a la entrada, ambos pasaron al salón, donde acababa de encender la chimenea. Tenía un montón de papel de periódico apilado en un extremo y el atizador apoyado junto a un sillón. Mary Anne recordó entonces las últimas palabras que él le había dirigido en su dormitorio: «Si te abrazo ahora mismo estoy perdido, Mary».

—Llevas un vestido muy bonito —le oyó decir—. Espero que no te lo hayas puesto para impresionar a Jim Allen.

Se giró y sonrió con sagacidad. Mary Anne experimentó en ese momento una sensación que no había notado en todo el tiempo que había estado junto a él: un amor incondicional y cierta compasión por toda la bondad que irradiaba.

—No digas tonterías —respondió. Apenas podía mantener la vista fija en él. Llevaba demasiados días medicada y el dolor, aún palpable, comenzaba a dejar ver un atisbo de luz entre los dos. Ella no se sentía merecedora de su amor, por todo lo que había pasado entre sueños y medias verdades. ¿Cómo podía explicarle a ese hombre que aquel ser la perseguía, que sacaba de ella lo más oscuro hasta hacerla llorar en la más absoluta soledad, que se sentía sucia y desprovista de todo?—. Ya sabes cómo soy.

Se sentó junto a ella y la observó sin decir nada. Eso la incomodó.

—Lo voy a hacer, Mary —dijo entonces—, y no habrá nada que me lo impida, ni ese ser, ni todo ese dolor, ni cualquier catástrofe que pudiera acontecer en este preciso momento. Solo quiero que lo sepas y que me comprendas.

Mary Anne se quedó algo desorientada.

—¿Hacer el qué?

Pero ya lo sabía. Alan se inclinó sobre ella, cogió con ambas manos sus mejillas y la besó apasionadamente sin apenas darle tiempo a reaccionar, a decir algo o tan siquiera moverse. Y qué dulces eran sus labios, qué suave y delicada la forma de rodearle la cintura, de llenarla de besos, como tantas veces se había

imaginado. Cerró los ojos y se abandonó. Por primera vez en muchos años no sintió miedo ni dolor.

Cuando despertó había pasado una hora y se encontraba envuelta entre las cálidas sábanas de la cama de Alan. Él estaba sentado en una butaca en mitad de la oscuridad frente a la ventana, tenía el puño apoyado en los labios y contemplaba el pueblo sin hacer el más mínimo movimiento. Una pequeña lamparita, en una de las mesitas, iluminaba tenuemente su propio cuerpo.

Cuando se giró para mirarla, Mary Anne sintió miedo. Las sombras se proyectaban en su rostro y la profundidad de su mirada le resultó indescifrable y fría.

—¿Desde cuándo está pasando? —le preguntó sin mostrar la más mínima expresión.

Mary Anne no se atrevió a seguir mirándole. Ladeó el rostro hacia uno de sus hombros y sintió deseos de salir huyendo de allí.

—Mary.

—¿Qué importancia tiene? —jadeó. Luego enterró la cabeza entre los almohadones. Sintió sus pisadas sobre la alfombra y sus brazos tirando de ella para que lo mirara.

—Mary... Mary... —susurró balanceándola—. Tienes que hablar conmigo, Mary. Tienes que decirme lo que está pasando, porque si no, no podré ayudarte.

Ella se dio cuenta de que Alan estaba preocupado. Siempre había tenido la certeza de que, si alguna vez llegaba el día en que se entregara a él, detectaría aquellas pequeñas marcas que tardaban tanto tiempo en abandonarla. Le apartó la sábana que sujetaba con firmeza entre sus manos y luego le separó las piernas, haciéndola temblar de vergüenza y pudor.

—¿Desde cuándo te hace esto? —volvió a preguntar con tristeza mientras deslizaba la yema de los dedos por unos cardenales casi imperceptibles, que habían adquirido un tono amarillento y casi transparente.

—Desde que Penny... desde que Penny empeoró.

Alan apretó con fuerza la mandíbula. La curvatura de su rostro se tensó con

firmeza y chasqueó la lengua mientras se apartaba de ella. Mary Anne fue consciente en ese mismo momento de que Alan estaba sobrepasado, de que su mente clínica y científica no lograba asimilar todos aquellos acontecimientos, de que se sentía perdido y de que quizá... ahora la odiaba.

—¡Nunca me he podido defender de él! —sollozó—. Ni siquiera soy consciente. En mis sueños aparece... ¡Aparece y me fuerza! ¡Me dice cosas terribles, Alan! ¡Cosas de ti, de mí, de lo que pensamos, de lo que deseamos! ¡Yo temo que a Elisabeth le pase lo mismo!

Alan contuvo el aliento y la miró profundamente trastornado. Estaba medio desnudo junto a ella y los músculos de su cuerpo se contraían como si cada palabra que salía de su boca le asestara una puñalada más profunda y dolorosa.

—¡Yo nunca he dejado que me hiciera esto! —gritó.

—¡Santo Dios! —clamó él—. ¿Crees que te culpo de lo que te ha pasado? ¿Crees que te desprecio por ser víctima de algo de lo que ni yo mismo puedo defenderte, Mary Anne? ¿De verdad has llegado a pensar eso? ¿De ahí viene tu frialdad?

Mary Anne lo miró atónita. Alan no estaba enfadado con ella, sino ofendido.

—Creí que me acusarías de...

—¡Por el amor de Dios! —exclamó—. Lo único que puedo reprocharte es que no hayas venido antes a decirme lo que te estaba pasando, que todo ese terror que reflejaban tus ojos en el funeral de tu hija era producto de noches de calvario que has pasado sola, que has vivido en silencio. ¡Mary! ¿En qué momento has podido suponer que te culparía de todo? ¿Cómo podría?

—No sabía, Alan... No te das cuenta de que, aunque tenga treinta y siete años, llevo casi la mitad de mi edad adulta sola. Sola con mis hijas, sola frente a todo desde que murió Victor. Él fue el único hombre en mi vida. ¡No te das cuenta de lo poco que sé!

Analizó el rostro de Alan a la luz de la lamparita y resolló con un suspiro. Sus facciones comenzaban a relajarse, aunque estaba aturdido, enfurecido ante aquella historia, pese a que parecía comprenderla. Antes de que pudiera decirle

nada, él pasó los dedos por sus hombros desnudos, la tapó de nuevo, como si pretendiera protegerla del mundo, y la besó.

—Estoy enamorado de ti, Mary, no sé si eres consciente de hasta qué punto — le dijo consternado.

—¡Y yo de ti!

Sonrió levemente.

—Entonces no vuelvas a ocultarme nada por vergüenza. No permitiré que te toque otra vez, ¿lo entiendes?

Mary Anne asintió muy despacio. Alan la abrazó con tanta fuerza que llegó a hacerle daño.

—Por eso has dejado a la niña ir a casa de Jim... —susurró sin esperar una respuesta. Ella cerró los ojos aferrándose más contra él—. Crees que de ese modo estará protegida. Fuera de esa casa... Santo Dios...

Elena Duncan no se percató de que la puerta se abría. Lark y Oliver Perkins se habían marchado hacía una hora en dirección al bar de Loretta y, por la cara del sheriff —una mezcla de rottweiler y presa canario—, no iban a volver muy pronto de allí. Eran más de las ocho de la tarde y le dolían los pies. Cada vez le resultaba más difícil mantenerse sentada más de dos horas seguidas y estaba considerando seriamente ponerse a régimen, a menos que quisiera que sus varices reventaran antes de cumplir los cuarenta. Una de las cosas prioritarias que había tenido que hacer era ir al Coconut a comprar algo de comer para Tommy. Pasó por su casa a por ropa limpia y luego se quedó sentada frente a la celda intentando comprender, sin mucho éxito, qué estaba sucediendo. Sin embargo, Tommy no quería hablar, seguía perturbado. Era como si el simple recuerdo de lo que había pasado le enloqueciera un poco más. Tommy tenía la mirada vidriosa y las mejillas enrojecidas de tanto llorar. Ella sentía al observarlo un pánico irrefrenable, porque si Tommy, un chico acostumbrado a una vida dura y con mucha experiencia, estaba pasando por ese trance, ¿qué era lo que le podía haber pasado allí arriba?

Lo dejó solo cuando se quedó dormido sobre el envejecido colchón de la litera. Entró en el aseo y se pasó un buen rato observando su propio reflejo sin la más mínima inflexión por su parte. De pronto se dio cuenta de que no podía sacarse de la cabeza a aquellos dos críos y el accidente de tráfico. Solo eran dos niños de diecisiete años, había pensado. Dos niños que había visto crecer y que tenían por delante una vida llena de nuevas experiencias. Por esa razón no escuchó aquel sonido sobre el suelo de linóleo, ni tampoco percibió el crujido de la puerta que daba acceso a la planta inferior, ni el golpe seco cuando se cerró.

Tommy dormía profundamente, arropado por una manta de lana. Él tampoco se percató de la figura grotesca que se alzaba con aire esperpéntico frente al calabozo. Cuando abrió los ojos, envuelto en aquella oscuridad, que solo se desdibujaba por una pequeña ventana oscilobatiente que había en lo alto de una de las paredes, toda la sangre que tenía repartida por el cuerpo se concentró en su frente. La sien comenzó a latirle. Un zumbido insoportable se instaló en su cabeza, el aire dejó de entrar en sus pulmones y, cuando quiso gritar, lo único que logró expulsar de su garganta fue un graznido, tan insignificante que apenas se oyó. Cayó de la litera y gateó hacia el extremo más alejado de la puerta de la celda. La figura balanceaba los brazos sin decir una sola palabra, y lo observaba a través de sus ojos de muñeco bajo aquel bombín negro y espantoso. Entonces, Tommy empezó a balbucear palabras ininteligibles, súplicas y oraciones que ni siquiera recordaba. No quería mirar la marioneta, no quería sentir aquel terror insoportable que le atenazaba todos los músculos del cuerpo y le impedía moverse o articular una frase.

—Hola, Tommy. —La voz de aquel ser era como un gorgoteo agudo—. ¿Me has echado de menos?

Avanzó a trompicones y metió uno de los brazos entre los barrotes de metal. Su articulación se alargó anormalmente varios metros como si fuera de goma, hasta que uno de sus delgaduchos dedos rozó la cara de Tommy. A continuación, le dio una suave palmadita en la mejilla con aquella especie de mano abierta.

—No existes —jadeó—. No es posible. No existes. No estás aquí. Es solo un sueño. Un maldito sueño... Eso es. Un sueño.

La marioneta torció la cabeza sonriendo de un modo mordaz y una hilera de diminutos dientes afilados asomó entre sus delgados labios negros, que parecían pintados con un rotulador.

—Ah, claro que sí. ¡Estoy aquí! —Hizo una especie de reverencia y se puso a canturrear—. *El reo en su celda espera la muerte, tris-tras, y nadie lo verá. ¿Has sido un chico bueno? Tris-tras.*

—¡No existes!

—Dime, estúpido, ¿has sido un chico bueno o cuando te destripe será el diablo el que venga a cogerte de la mano?

Su brazo volvió muy despacio a menguar hasta su posición natural y se balanceó un poco mientras caminaba junto a los barrotes, haciendo traquetear con los dedos el metal de la celda.

—Contesta, Tommy, o entraré ahora mismo ahí dentro y te arrancaré la lengua sin contemplaciones. *Tris-tras..., y nadie lo verá.*

—¡Sí, por Dios! —Iba a perder la razón si aquella cosa se acercaba más a él.

—Mentirosillo...

—¿Qué eres? ¿Qué quieres de mí? ¿Por qué yo?

La marioneta encajó la cara entre el metal y la base de su cabeza cedió y se acható. Ya dentro volvió a su posición original.

—¡Mentiroso, Tommy! —repitió con aquella voz gutural—. Te queda una oportunidad y yo vengo a expiar tus pecados. Quizá me apiade un poco de ti y te mate rápidamente o... ¡no!

Su cuello comenzó a alargarse. Tommy reculó hasta la pared del calabozo. Aquello era más de lo que podía soportar, más de lo que jamás habría imaginado.

—¿Qué quieres de mí, maldita sea? ¿Qué? ¿Qué he hecho para merecer esto? ¿Por qué yo? —repitió.

—Vivir, Tommy. Tu sangre huele a podredumbre. No eres tan bueno como todos creen, ¿verdad, estúpido?

—¡Sal de aquí!

Pero la marioneta seguía alargando su cuello. Comenzaba a comprimir el cuerpo contra las barras y cada vez tenía más partes dentro. Tommy sintió que todo le daba vueltas y se convenció de que iba a morir. Un brazo, el tronco, su cabeza, una pierna... Estaba dentro. ¡Estaba dentro!

—¡No me hagas daño! ¡No he hecho nada! ¡Te lo juro por Dios!

—Ahh... No me hagas daño. No me hagas daño —repitió el títere a pocos centímetros de él. Su voz ya no tenía la dicción gutural de hacía unos segundos;

ahora era una voz femenina, una voz que Tommy reconocía, una voz que le había atormentado durante años desde que había vuelto de Afganistán y que creía enterrada para siempre—. No dejes que me toquen. No dejes que me lleven...

Tommy levantó la cabeza fuera de sí. La marioneta estaba inclinada sobre su cabeza, mientras él permanecía con las rodillas encajadas contra el pecho y rodeaba sus piernas con las manos.

—No... no fue mi intención, solo... solo era un crío. Ella... ¿Qué broma es esta? ¿Qué jodida broma es esta?

—¡No me toques! ¡No me toques! ¡No me dejes con ellos, Tommy!

La voz femenina retumbó en sus oídos como un mazo que le golpeará la cabeza. Las imágenes y los recuerdos se apelotonaron en su mente: aquel bar, el campamento de Kabul, la joven muchacha que sonreía entre los soldados. Y luego el alcohol, las risas de los hombres, los llantos de la chica y todo ese dolor.

«No me hagas daño.»

«No me dejes con ellos.»

«No permitas que me toquen.»

—Él era un buen chico. *Tris-tras* —cantó la criatura enseñándole sus puntiagudos dientes—, *con un secretito. Tris-tras. El buen soldadito. Tris-tras.*

—¡Apiádate de mí, Señor! —rezó—. Apiádate de mi alma y perdóname. Solo era un crío, un crío borracho que no sabía lo que hacía. Perdona mis pecados. Perdona mi insensatez. Ten piedad de mi alma. Ten...

—Oh, cállate ya, estúpido. ¡Yo soy tu solución! El sicario de Dios. —Rompió en una estrepitosa carcajada.

Tommy lo miró. La marioneta extendió los brazos hacia él, lo levantó por los hombros y lo sujetó con fuerza. Sus finos y huesudos dedos se clavaron en él.

—¿Listo para bailar, soldadito de ojos verdes? —bramó.

—Perdóname, Señor —logró decir.

Quizá debería haberse quedado en el hospital; sin embargo, ahora conducía de vuelta a casa y le temblaban las manos. Nunca llevaba la radio apagada y solía subir las ventanillas por el frío; sin embargo, en aquel momento, el calor se hacía insoportable y la única compañía que deseaba su mente era la propia oscuridad de la noche, las sombras afiladas de los árboles que dejaba atrás como espectros inertes sobre campos interminables y el aire que se filtraba por la pequeña abertura de su ventanilla.

Robert no podía apartar de su cabeza el rostro indolente de Danny postrado en aquella cama, el temblor de su cuerpo, la amargura de sus gritos y aquella forma de decirle: «No dejes que me lleve. No dejes que salga del cuadro». Si por un momento hubiese sido capaz de borrar todo aquel terror de los ojos de su propio hijo...

La enfermera le administró un calmante. Danny se había dormido con su pequeña mano sujeta a su brazo. El niño ni siquiera había mirado a su madre, que lloraba desesperada cuando lo oyó gritar y casi había tirado la puerta abajo para entrar. Tampoco se fijó en Paul Coleman. Era solo su rostro el que buscaba, la necesidad de que sus brazos le arroparan y le dijeran que no iba a pasar nada, que él estaba allí y que nadie iría a buscarle ni lo asustaría más.

Qué difícil le resultó salir de aquella habitación sin venirse abajo. Jamás en toda su vida había sentido tanto pavor, tanto miedo concentrado en un mismo lugar de su mente y tanta impotencia. ¿Le importaba acaso el sufrimiento de Paul cuando Danny le había suplicado a él que no lo abandonara? Lorna había mudado el rostro en una mueca de espanto y confusión. No asimilaba el gesto de su hijo y tampoco lo entendía. Luego, cuando él había salido al pasillo y se

dirigía tambaleante y con el semblante lánguido hacia algún lugar donde le diera el aire, Paul se había acercado sollozando, con su camisa de rayas impregnada de lágrimas y maquillaje de su esposa, y le había suplicado que les ayudara. Pero ¿qué podía hacer él?

Contarle a Paul lo que creía que estaba sucediendo fue como confesar un crimen que él no había cometido. Aquel hombre no comprendía nada. Se había quedado observando el cuadro como si el mismo infierno ardiera sobre aquel papel grumoso y cuarteado. Lo había estrellado contra la pared y los cristales habían quedado diseminados por el suelo. Después había roto en pedazos la fina lámina. Como si todo pudiera terminarse así. Qué estupidez.

Paul. El insulso Paul. Un hombre que se había limitado a trabajar para que su esposa llevara la vida que deseaba. Un tipo cuyo corazón era más grande que su propio cerebro, pero con una capacidad de comprensión que le había dejado desconcertado y tal vez herido. Porque se esperaba la chispa de la humillación o la rabia de enfrentarse a la verdad, pero no la encontró. Qué ilógico, ¿verdad? Pero así era Paul.

Cuando lo abrazó y le dijo entre susurros desesperados que comprendía todo el daño que había soportado, ¿qué esperaba que dijera? «Tú no me quitaste a mi hijo, Paul, fue tu propia esposa y yo mismo. Yo con mi estúpida manía de hacer el bien allá donde voy. Yo con mi talante y mi profesión, con mi cobardía y con todo ese dolor. Solo yo, Paul.»

—Solo yo... —murmuró.

—Me llevaré a Danny unos días. Le protegeré y le explicaré todo lo que no he podido contarle todos estos años, Paul.

Y este había asentido como un idiota.

—¿Y si son terrores nocturnos?

—Lori, cierra la boca.

Lorna había mirado a Paul como si en toda su vida no hubiera dicho nada

cabal hasta aquel preciso momento y Robert deseó en aquel momento no haberla conocido en toda su vida. Paul asentía, porque creía en Dios y, por lo tanto, también en el diablo, y todo era posible en su cabeza.

—Unos días, Robert. Es justo... Tienes todo el derecho.

—Cuando le den el alta.

—¿Llevarse al niño?

Lorna lo miró con ojos de pájaro y gesto melodramático. Debió de pensar en abogados y todo un pueblo apuntándoles con el dedo. Pero se calló.

«Qué bueno era Paul», se dijo el reverendo. Se rio, aunque lo único que deseaba era salir del coche para seguir bebiendo. Un par de copas habían sido suficientes para empezar a pensar. Ni siquiera recordaba el nombre del local. Lucecitas amarillas y rojas, Portland, su soledad. Pero no estaba borracho. Solo era capaz de pensar con más libertad, y eso significaba dejar entrar el miedo en todo su esplendor. ¿Acaso no era humano? ¡Cuánta soledad! Pero vio su casa, su tejado perfilado, su verja, sus bonitos árboles y las enredaderas. La vio a ella, a Amelia.

Se sintió impresionado. Aguardaba de pie delante de la puerta como una presencia etérea con un chal por debajo de su fino cuello de cisne. Tenía el cabello negro desparramado sobre los hombros y su belleza siempre oculta, discreta, quizá cauta. Ella siempre recatada, sí, pero hermosa.

¿Y qué iba a decirle? Suspiró.

—¡Robert! ¿Dónde te habías metido? Estaba preocupada.

«¡Ah, mi amor, en el mismo infierno de mi propia desesperación!», se dijo él.

—Amelia...

—Robert, ¿qué te pasa?

Creó que le fallaban las piernas. Solo fue capaz de sacar las llaves del bolsillo de su pantalón. Amelia le miraba con preocupación. Sentía su mano apoyada en la mejilla, el calor de sus dedos traspasándole cada poro de su piel y todo aquel dolor.

—¿Robert?

—Hazme un favor. Abre la puerta y ayúdame.

Porque se iba a desmayar.

—¡Robert!

Casi la empujó al llegar al umbral y ni siquiera encendió la luz cuando se dejó caer sobre el sofá. Ella lo ayudó a quitarse el abrigo, prendió una pequeña lamparita de mesa y apoyó la mano en su frente.

—Robert, estás helado. Es una bajada de tensión. Pero ¿qué ha pasado?

«¿Por dónde empezar? Érase una vez un chico de veintiséis años...», pensó él.

Pero poco a poco se recuperó. Amelia le preparó un baño y dejó que él aspirara los vapores y las sales. Nunca le había ayudado a desnudarse de ese modo una mujer, pero ahí estaba Amelia, con un gesto grácil, la destreza de sus manos quitándole la ropa. ¿Y él? Medio muerto, dejándose hacer por primera vez en su vida. Alguien se preocupaba por que no se rompiera la cabeza mientras se metía en la bañera, una persona cálida colocaba un paño sobre su frente, Amelia de rodillas restregándole la esponja por un brazo, luego el otro. «Verá su nombre.» Volvía a ser él y no estaba solo. ¡Qué terrible bajón había experimentado y qué ingrata era la vida! Todos los nervios, toda la tensión acumulada lo arrastraban hacia un vacío insondable. Y al final de la luz, Amelia...

—Robert... —le susurró mientras él dejaba caer un brazo bajo la espuma que cubría todo su cuerpo—, es Danny, ¿verdad?

—Danny...

¿Cómo explicarle a aquel ángel de ojos dulces que no era el hombre perfecto?

Otra vez el miedo. «No te tengo, nunca te he tenido, pero no puedo soportar la idea de perderte», se dijo.

—Robert, no me mires de ese modo. ¿Crees que no lo sabía, que soy idiota?

Él se incorporó y estuvo casi a punto de vaciar media bañera. Ella seguía de rodillas y su gesto le asustó. Lo miró consternada, como si se apiadara de su alma.

—Lo siento tanto..., Amelia...

—¿Sentirlo? Por el amor de Dios, Robert, ¿qué tienes que sentir? Voy a la iglesia y he visto a ese niño desde que es un bebé. ¿Crees que no me he dado cuenta, que no lo he visto en la última fila de bancos mirándote como si fueras un ídolo de masas?

Robert no comprendía.

—¿En la última fila de bancos?

—Sí, Robert, ese chiquillo se sienta allí. Siempre se ha sentido atraído por ti. Solo hay que ver cómo te mira. ¡Si es igual que tú!

—Pero si nunca me he dado cuenta de nada. ¿En la última fila de bancos? — Nunca lo había visto allí.

Amelia suspiró.

—Es una réplica exacta de ti. No hay que tener dos dedos de frente para darse cuenta y, aunque el chico no sepa nada, siempre le has ayudado. ¿Crees que tampoco lo he visto, que necesito ver un nombre tatuado para darme cuenta de las cosas?

—¿Lo sabías? —preguntó.

—¿Y quién no, Robert? Pero la gente te respeta. Siempre lo ha hecho, por el amor de Dios. Esto es un pueblo. Ese niño es idéntico a ti, pero también tiene doce años. Ni siquiera eras reverendo hace doce años, por todos los santos.

Volvía a sentirse mareado. «¿Y quién no?» Se quería morir.

—La gente... siempre es la gente —murmuró—. Eso me da igual. Era por él.

—¡Y eso todo el mundo lo sabe!

—Me quiero morir. Dame esa toalla. Necesito salir del agua antes de que me dé otra bajada de tensión.

Amelia se incorporó. Tenía todo el pelo por la cara y las mangas mojadas, pero apenas se daba cuenta.

—Siento hacerte pasar por todo esto —dijo—. Es terrible, Amelia. No te haces una idea de lo que está pasando el niño. Ese ser que está en tu casa lo persigue ¡y no sé por qué! O sí lo sé: porque es mi hijo y porque mi familia es de aquí. Está haciendo esto por alguna razón, pero no se me ocurre cómo pararlo.

—Tu familia, Robert. Jim Allen ha llamado hace un rato a casa. Estaba con Elisabeth cuando recibió una información desde San Francisco. Cuando Mary Anne estaba a punto de ir a recogerla, él llamó. Ha venido a casa con una fotografía. Tu bisabuelo trabajó en el antiguo aserradero y aparece en la imagen con varios hombres más. Uno de ellos es ese ser; otro su padre, Tobías Mori, y el resto son los antepasados de todos los que están siendo perseguidos por ese espíritu. ¡Él vivió aquí! —Robert estaba petrificado. Ella siguió hablando—: Lucien Mori. ¿Te dice algo ese nombre? Era el hijo de Tobías.

Negó taxativamente y salió de la bañera. Estaba tan afectado que ni siquiera había cubierto su desnudez. Estaba mirando a Amelia y ella se ruborizó.

—No. —Cogió la toalla que le ofrecía y se tapó.

—Alan te ha llamado varias veces y estábamos preocupados por ti. Me dijo que te había dejado en casa, que habías tenido un encuentro con ese espíritu y quise venir a buscarte...

—Esto es demasiado para un solo día —dijo—. No puedo más... Me voy a volver loco.

Amelia le cogió la mano. Él deseaba abrazarla con todas sus fuerzas, pero apenas se sentía con fuerzas para hacer frente a su rechazo. Salió del baño, consciente de que ella iba detrás de él.

—Enciende la estufa del salón —le pidió—. Estás empapada, no puedes salir así. Voy a ponerme algo. Creo que todavía no soy consciente de que me has desnudado como a un niño y me has metido en la bañera. Cuando lo asimile quizá no pueda volver a mirarte a la cara.

—¡Oh, Robert! No digas tonterías.

Cuando bajó de la habitación, ella estaba arrodillada frente a la estufa. Se había quitado la parte de arriba del vestido y lo acercaba con torpeza hacia el calor. Observó el contorno de sus hombros desnudos, la goma elástica del sostén y la curvatura de sus pechos. Amelia no se percató de que él estaba observándola

desde la puerta. Solo se apuró a taparse cuando sintió sus pisadas en la alfombra, pero ya era tarde: Robert se había arrodillado junto a ella y frenaba su pudor mientras le apartaba el pelo de los hombros.

—Me quedan muy pocos principios esta noche. No creo que vaya a volverme loco viéndote en ropa interior.

Amelia lo miró con las mejillas inyectadas en rubor y él le acarició uno de los pómulos con cariño.

—Robert... —susurró en un jadeo.

Pero súbitamente se levantó, se sentó muy despacio en el sofá detrás de ella y la contempló.

—Deja que te seque, si no cogerás una pulmonía. No creo que pase nada porque tardemos unos minutos más.

Cerró los ojos. Estaba agotado. El calor comenzaba a penetrar por todo su cuerpo y le reconfortaba. Quizá fueron diez minutos o posiblemente menos, pero se durmió y soñó.

Estaba sobre Amelia, frente a aquella estufa, y deslizaba los dedos con destreza por debajo del vestido. Por un momento deseó arrancárselo, hacerle el amor con brusquedad, olvidarse de todo, pero se contuvo. Amelia era dulzura, inocencia, ingenuidad. Sintió una suave brisa golpeándole la cara. Sus ojos de mujer rodaron por su cintura cuando él tomó sus manos e hizo que lo desnudara (otra vez). Percibió la duda en su mirada, la turbación y la extraña sensación que se apoderó de ella cuando él sonrió. ¿Cuántos años llevaba sin tocar a una mujer? Ni siquiera lo recordaba, pero no parecía que hubiera pasado tanto tiempo. Aunque en ese momento le importaba muy poco lo que pensara, solo deseaba saciarse de ella, beber de ella, sentirla solo a ella. Y aquella extraña sensación de que su cuerpo no le pertenecía, de que no era él quien se metía entre sus piernas...

Ahí estaba el hombre. Recordaba su nombre: Lucien. Se mantenía inerte

frente a la ventana y observaba atentamente con un gesto taimado en su pálido rostro y una mirada que rozaba la perversidad. Su presencia no le afectaba. No le importaba sentir sus ojos sobre ellos o esa forma casi vehemente de pasarse la lengua por los labios.

—*Mon Dieu, mon ami* —susurró—, buen trabajo. Ha sido todo un espectáculo. Le felicito...

—¡Robert!

Abrió los ojos sobresaltado. ¿Se había quedado dormido? Amelia estaba a su lado y se colocaba la parte superior del vestido con urgencia.

—No te duermas. Tenemos que ir a mi casa. ¡Son las diez!

No sabía dónde estaba ni qué había pasado. Recordaba a Danny, sus gritos, a Lorna histérica, a Paul pidiéndole que les ayudara, luces de colores y dos copas... Un baño, el hombre, ella jadeando, ella y sus labios de fresa... ¿Ella?

«*Mon Dieu...*», pensó el reverendo.

La casa ofrecía el mismo aspecto que la primera vez que Jim había entrado, solo que ahora ya no era un simple invitado frente a una formalidad velada y casi sombría. Carlota había servido la cena en la amplia mesa de nogal del salón, un mueble antiguo de recias patas retranqueadas, con curvas floreadas y aquellas formas que a Jim le recordaban su infancia, a su abuela y la esencia vetusta. Elisabeth estaba allí sentada, sin apenas moverse, junto a su madre y a Alan. La fotografía que había conseguido y todos aquellos individuos que miraban con fervor hacia la cámara habían puesto nombre a una sucesión de acontecimientos. Mary Anne había apartado el rostro de la fotografía; por supuesto, reconocía a Lucien Mori, qué duda cabía. A Carlota le temblaron los dedos cuando tomó el papel y lo miró. Aquella mujer, con toda la fuerza que su apariencia irradiaba, se había quedado casi blanca, para luego desaparecer tras la puerta con la intención de alejarse de «él».

—Lucien... —susurró Mary Anne.

Carlota la había mirado desde la cocina como si acabara de invocar al mismo diablo. Dejó una fuente de arroz sobre la mesa y luego dijo:

—No digas ese nombre. Quizá crea que le estás llamando.

Ante aquello, Mary Anne dejó escapar una risa amarga. Alan la había tomado de la mano, un gesto que hizo que Elisabeth sonriera. Luego miró a Jim de reojo. Y ahí estaban otra vez aquellos ojos de niña llenos de picardía, una sonrisa plagada de significados ocultos y todo aquel deseo que desprendía. Jim había levantado las cejas como si acabara de confesar un pecado mortal y le había guiñado un ojo con complicidad. Dos años más. ¿Podría soportarlo? No estaba

seguro de nada porque en el fondo Larry, su agente, tenía razón: era un maldito perverso.

—Ya llegan. Veo el coche de Robert subiendo por la calle —dijo Carlota mientras apartaba los visillos—. Espero que se encuentre bien. Pobre hombre.

Otra situación complicada. Lo que Amelia había dicho con respecto a lo que sentía el reverendo. Lo que confesaba entre lágrimas para explicar su marcha hacia la casa sin que Alan ni su propia hermana la acompañaran. Un pueblo pequeño alejado del mundo y lleno de secretos inconfesables, pensó Jim. ¿Qué más le quedaba por saber? Algo le decía que aquel fino hilo de secuencias ordenadas se extendía casi al infinito y que aún estaban al principio de él. Y él era el que no sabía nada, el forastero, el escritor de cuentos infantiles que estaba a punto de perder su alma ante un vestido de colegiala; no obstante, se sentía necesario en todo aquel asunto y, lo más importante, se sentía en la obligación de ayudar.

—Robert, ¿cómo estás? ¿Cómo está Danny?

Alan se levantó del sofá y le estrechó afectuosamente entre los brazos como si hiciera años que no lo hubiese visto. El reverendo sonrió.

—Muy alterado —respondió—. Mañana será otro día, Alan. Supongo que las cosas mejorarán, al menos eso espero. Hoy no tengo muchas esperanzas. Estoy consternado.

—Debes de estar agotado, Robert —alegó Carlota—. Tienes que comer y descansar.

Mary Anne también se levantó con su hija. Robert le pasó la mano por el cabello a Elisabeth y esta también lo abrazó.

—Cenemos de una vez —gruñó Carlota—. Todo el mundo aquí necesita comer algo. Llevo cocinando dos horas y creo que voy a desmayarme.

—Robert...

—Hola, Jim. Supongo que tu idea de un pueblo tranquilo ha pasado a la historia.

Jim se rio con afecto.

—Digamos que podría sacar de todo esto varios volúmenes y que me moriría sin poder escribirlo todo —bromeó—. Me alegro de verte y de que Amelia haya logrado convencerte para que vengas.

Esta, que estaba de pie, inmóvil como una vela, esbozó una mueca similar a una sonrisa y al instante se sentó frente a la mesa. ¿Se había puesto colorada?

—Nunca le niego nada a Amelia —confesó Robert mirándola—. Aunque más bien me ha sacado a rastras. Un poco de compañía no me venía mal.

—Sentaos, por el amor de Dios —imploró Carlota.

—Yo estoy muerta de hambre —dijo Mary Anne—. Llevo varios días sin apenas probar bocado.

—Está muy bueno, Carlota.

—Gracias, Jim. Eres muy amable.

Los formalismos habían pasado a la historia a partir de esa misma noche. Jim se sentía cómodo mientras no mirara durante mucho tiempo la tierna carita de Elisabeth, sentada frente a él.

—Creo que lo que voy a proponeros no es muy descabellado —dijo entonces Alan—. Lo he hablado con Mary hace un rato en mi casa y consideramos que es lo más inteligente que podemos hacer, al menos por un tiempo. Estamos de acuerdo en que no es una buena idea que os quedéis solas en esta casa. Hay habitaciones suficientes para todos. Y cuando digo para todos me refiero también a ti, Robert, y por supuesto a Jim. Aunque sé que para ti, Jim, es un trastorno y no tienes ninguna obligación de hacerlo, por supuesto. Es una invitación por parte, claro está, de Mary.

En aquel momento Jim creyó que le hervía la cara como a un adolescente. Elisabeth había abierto la boca ligeramente y los ojos le brillaban.

—Serían solo unos días, más bien unas noches —continuó Mary Anne—, hasta que sepamos bien qué está pasando... Me siento un poco avergonzada por pedir esto, pero vuestra presencia quizá...

Carlota se quedó como un témpano. Amelia estaba roja como la grana.

—¿Y qué dirán los vecinos si...?

—Carlota —la interrumpió Mary—, creo que en estos momentos lo que menos nos debería importar es qué opinan los vecinos. No quiero pasar ni un minuto sola en esa habitación después de lo que ha ocurrido. Sé que es un trastorno para Jim y Robert que...

—No es ningún trastorno —respondió Robert interrumpiéndola—. No tienes muchos vecinos alrededor de la finca para que se enteren de quién duerme en tu casa. Yo no tengo ningún problema en venir de noche.

Mary Anne dirigió la vista hacia Jim, pero Carlota volvió a la carga.

—¿Alan dormirá en tu habitación? —preguntó y miró de reojo a su sobrina.

—Tía Carlota —Elisabeth parecía enfadada—, mi madre tiene casi cuarenta años. No creo que me vaya a dar un infarto si Alan duerme en su habitación, ya son mayorcitos.

—Treinta y siete, hija. No le pongas más —se oyó murmurar a Amelia.

Por primera vez, Mary Anne sonrió. Carlota se quedó sin habla frente a su sobrina. A Jim le entraron unas ganas terribles de soltar una carcajada, pero se contuvo. Alan ponía cara de circunstancias y lo miraba. Se puso la mano delante de la boca y ahogó la risa.

—Jim...

—Tranquila, Mary Anne, podéis contar conmigo. Me tomaré unos días libres con el libro. Tampoco creo que pueda concentrarme mucho con todo lo que está pasando y quizá pueda ser útil.

—Lo que pretendía decir —prosiguió Alan con solemnidad— es que será solo cosa de unas noches. Es una medida de mera precaución.

—Robert —murmuró Amelia con apenas un hilo de voz—, ¿te encuentras bien? Estás muy pálido.

—Solo es cansancio. Mañana me sentiré mejor.

Cuando terminaron de cenar, Jim salió al jardín con Robert y Alan. El doctor Foster quería hablar con ellos a solas sin la presencia de Elisabeth ni de las dos

hermanas de Mary Anne, les había dicho en un susurro. Y lo cierto es que casi se enfureció contando aquella historia. Alan les confesó la situación de Mary Anne, todo lo que había estado pasando esos días, y lo que el hombre había estado haciendo con ella. Ante aquello Robert había demudado el rostro y Jim se había quedado sin habla.

—Mary Anne no quiere que sus hermanas lo sepan. Sería humillante y no quiero pensar ni por un momento en qué pensaría la niña —dijo—, pero es la única cosa que se me ocurre.

—¿Y está convencida de que podría ir a por Elisabeth? —preguntó Jim, desolado.

—Desde mi punto de vista, no creo. Todos los detalles que me contó dan a entender que ese ser siente cierto amor fraternal por las niñas. Acordaos que siempre estaba junto a la cuna de Penny. Y luego hay otro detalle muy singular... Mary me dijo antes de venir que cuando la niña murió él estaba llorando, se lamentaba de su muerte, sufría. Se ofendió con ella cuando le dijo que no se llevaría a sus hijas. Es turbador. No sé qué pensar.

—A ver si lo he entendido bien —dijo Robert—. Santo Dios, esto es más de lo que mi cabeza puede soportar. ¿Mary está siendo forzada por ese ser?

Alan asintió. Tenía la boca contraída formando una línea recta.

—Por Dios bendito... —Robert se llevó la mano a la cabeza.

—Está claro que tenemos que averiguar la vida de ese tipo de inmediato y por qué coño no soy capaz de obtener ninguna información desde San Francisco sobre él desde 1923. Por supuesto, no creo que se atreva a manifestarse si Mary está acompañada, aunque la cara que mostró cuando lo vimos en la habitación no era de miedo, sino más bien se reía de nosotros.

—¡Es un espíritu, Jim! —exclamó Robert—. No puede tener tanto poder. No... no entiendo nada.

—Pero se fue nada más vernos —continuó Alan—, y eso me hace pensar que, de algún modo, no le gusta la compañía y se aprovecha de la debilidad de estas mujeres.

—Catherine Woods sabe mucho de estas cosas. Quizá deberíamos hablar con ella. No me reconozco ni a mí mismo proponiendo esto. ¡Santo Dios! Soy reverendo de una iglesia, pero es que...

—No te atormentes, Robert —dijo Alan—. Bastante tienes con proteger a tu hijo de todo este desastre. Supongo que por lo menos en Portland estará seguro. Mientras siga allí con Lorna y Paul, no correrá ningún peligro.

—En eso estamos de acuerdo —le respaldó Jim.

Amelia se asomó a la ventana e interrumpió la conversación de los tres hombres. Tenía un móvil en la mano que no dejaba de sonar.

—Alan, debe de ser importante. Ya ha llamado dos veces. Es el sheriff.

Alan se llevó la mano a la sien.

—¿Y ahora qué puede haber pasado?

Jim tenía los ojos fijos en la carretera cuando Alan giró a la derecha y tomó la primera desviación hasta el centro del pueblo. El sheriff Lark había llamado, la cosa pintaba mal. Algo había sucedido con Tommy Norton. Alan no había entendido gran parte de la conversación, se oían los gritos de Elena de fondo y Lark parecía muy nervioso.

—¿Qué crees que le ha podido suceder?

—No tengo ni idea, Jim. No he sido capaz de entender nada de lo que me ha dicho —señaló—. Estaba muy alterado y te aseguro que eso no es normal en Lark.

—Al menos Robert se ha quedado con ellas en casa —dijo Jim, no sin cierto temor—. Supongo que no llegaremos muy tarde. Lo que has dicho de ese espíritu y lo que hace con Mary es...

Alan lo miró de refilón.

—¿Es qué? —preguntó azorado—. Ni siquiera yo mismo puedo clasificarlo.

—Antinatural, aberrante...

—Nunca existe una palabra adecuada cuando se trata de Mary y sus circunstancias. Yo perdí hace años a mi esposa de un cáncer, ¿sabes? Soy viudo. Así lo llamamos. Mi madre no tenía padres, era huérfana. Pero dime algo, Jim, ¿cómo llamas a perder a un hijo? No existe una palabra para ello porque no es normal. Deberíamos sobrevivirlos. La vida sigue ese orden, aunque a veces se lo salte con esa sublime crueldad. Y ahora esto... ¿Qué podemos hacer? No tengo ni la más jodida idea.

Jim quiso responder, decirle algo, pero estaba demasiado preocupado por todo lo que estaba sucediendo. Intentaba asimilar las palabras que salían de su boca y

la rabia que sentía aquel hombre ante una situación que se le escapaba de las manos.

—Lark lleva toda su vida aquí y su familia también —continuó Alan—. Ha de tener una maldita respuesta, alguna información. Si no, hablaré con Paul Jones, un maderero que tiene más de ochenta años, pero alguien en este condenado pueblo tiene que saber de qué va todo esto.

—Calma. No sirve de nada perder los nervios y menos ahora.

Alan no respondió. Jim estaba convencido de que se le quebraría la voz debido a la rabia acumulada. Guardar las formas y mantenerse sereno había sido una tarea difícil para él hasta aquel preciso momento. Se preguntó qué pensaría Alan si le contaba lo que había sucedido con Elisabeth en la cabaña, lo que ella había soñado sobre que él tenía que cuidarla y aquel beso. Descartó toda probabilidad de decírselo cuando aparcaron frente a la oficina del sheriff y Alan lo miró. Estaba a punto de perder el juicio y aquella situación hubiera tenido dos posibles consecuencias: enloquecerlo del todo o que directamente lo matase. Toda elucubración quedó solapada por la presencia de Lark, que, mucho antes de que se bajaran del vehículo, ya corría hacia ellos.

—¡No lo he tocado! —exclamó—. ¡Sigue vivo!

Salieron del coche apresuradamente. Lark tenía la cara desfigurada, sus canas parecían brillar con más intensidad y los pliegues de su papada le conferían un aire desolador y marchito.

—¿Vivo? ¿A qué te refieres con que sigue vivo?

—Doctor, le juro que en todos los años que llevo de servicio en mi vida jamás había visto algo así. —Empujó la puerta de la oficina y entró a toda prisa seguido de ambos hombres—. Creí que estaba muerto cuando bajé a llevarle un café. No me he atrevido ni a tocarle. ¡Santo Dios! ¡Está vivo! Vengan, por favor. No podemos perder un minuto.

Aquello era peor de lo que se hubieran podido imaginar. Tommy estaba de pie en mitad de la celda, pero sus pies permanecían suspendidos en el aire apenas unos imperceptibles centímetros, casi imposibles de detectar a primera vista.

Tenía los brazos extendidos en cruz y colgaba de unos finos hilos transparentes que le atravesaban las manos y los pies desnudos hasta llegar a los barrotes. Eso era lo realmente espeluznante, la sensación de que aquel chico estaba de pie, sin más. Mantenía los ojos cerrados, cosidos con la misma fibra. La cabeza estaba ladeada hacia uno de sus hombros y de ellos salían más hilos y también de los muslos y las pantorrillas. Paralizado allí delante mientras sentía precipitarse a Alan detrás del sheriff, Jim oyó su nombre y un golpe seco. Entonces reaccionó y corrió a ayudarlos.

—Vamos, hay que cortar esos hilos. ¡Con cuidado! —gritó Alan.

No sabía ni lo que hacía. Sintió el peso del cuerpo inerte de Tommy sobre sus hombros. Tras una pausa en la que no se enteró de nada de lo que sucedía a su alrededor, Tommy cayó sobre él y aterrizaron los dos sobre las frías losetas de cemento. Con un movimiento rápido, Alan fue cortando con un escarpelo los hilos que cosían los ojos del chico.

—Tiene pulso. ¡Jim, acércame mi maletín!

—Tiene más hilos en la espalda, doctor —oyó decir a Lark.

«El maletín», pensó Jim.

—¡Jim, por Dios, dame el maletín!

Este se giró bruscamente y se lanzó hacia delante empujando el maletín hacia Alan. Fue entonces cuando miró a Tommy por primera vez a la cara. Aquello era espantoso: iba a desmayarse.

—¡Tommy!

El policía se movió ligeramente. Estaba macilento, muy demacrado y con los brazos y las piernas amoratados. Los filamentos habían dejado diminutas marcas por todo su cuerpo, pero no había sangre. Era como si un cirujano experimentado hubiese dedicado horas a colgar una marioneta humana sobre un escenario irreal. Entonces Jim detectó la figura laxa y febril de Elena en la puerta. La mujer no se atrevía ni siquiera a entrar y tenía el rostro congestionado.

—Tommy, ¿me oyes?

—¿Tiene pulso?

—¡Tommy! —Alan le dio varios golpecitos en la cara y el chico abrió los ojos —. Vamos, chico. ¿Puedes oírme? Si entiendes lo que te digo, pestañea.

Tommy pestañeó. Separó los labios con la intención de hablar, pero se arqueó presa de un repentino dolor.

—Vamos, amigo. Tienes que reaccionar. No te ha pasado nada. ¡Es todo superficial! Mírame, Tommy. Soy Alan Foster.

—Doctor Foster...

—Eso es. Estoy contigo. Solo ha sido un susto. No tienes nada. Puedes levantarte. ¿Lo intentamos?

El chico estaba ido. Se inclinó hacia delante y, con la ayuda de Jim y Lark, consiguieron ponerlo de pie. Temblaba como una hoja de papel cuando Elena les acercó una manta y Alan se la puso por los hombros. Había perdido casi todas las pestañas y sangraba por uno de los párpados.

—Vamos a llevarlo a la clínica —conminó Alan—. Se quedará allí esta noche. Avisaré a Terry para que haga el turno de noche y no le deje ni un minuto solo.

—Yo me quedaré también con él —farfulló Elena.

Alan y el sheriff la miraron. Jim sostenía uno de los hilos y lo examinaba con atención. El que había hecho aquella atrocidad había dejado los zapatos del muchacho pulcramente colocados en un rincón con los calcetines doblados a un lado.

—Eso sería estupendo, Elena, realmente estupendo. Le haré una analítica y un chequeo completo.

—¿Qué está pasando en mi pueblo, doctor Foster? —preguntó con desesperación el sheriff. La palidez empezaba a asomar a su rostro.

—Doctor..., necesito un sacerdote. Quiero confesarme.

—Ya habrá tiempo para eso, Tommy. Todavía te queda mucha vida por delante.

—¿Qué diablos está pasando? ¿Quién ha podido hacer esto?

Alan caminó hacia la puerta con el chico apoyado en su hombro. Jim sacó del

bolsillo del pantalón la hoja con la fotografía y se la dio al sheriff, señalando con el dedo la imagen de Lucien Mori.

—Esto está pasando. ¿Reconoce a alguien?

—Una marioneta —masculló Tommy—. Os dije que me mataría. Os dije que vendría a por mí.

Lark clavó sus viejos ojos en la imagen y miró contrariado a Jim.

—Los reconozco, por supuesto, pero ¿qué tienen que ver con todo esto?

—Entonces ya tenemos por dónde comenzar —respondió Alan sarcásticamente.

—¡Una marioneta diabólica! *Tris-tras*.

—¡Por Dios, Tommy! —voceó Elena.

Alan se giró. Llevaba a Tommy como si fuera un pobre borracho desorientado.

—Hágame un favor, sheriff —dijo con autoridad—, saque a su ayudante de la cama y que se quede aquí. Si no quiere que haya más víctimas de las que ya hemos tenido en este pueblo, va a tener que contarnos quién es ese tipo y qué tiene que ver con todos los que salen en la fotografía, porque, si se fija en la imagen, hay unos nombres y casualmente son los de los antepasados de todos los que están sufriendo accidentes estos últimos días.

Lark miró a Alan y luego a Jim. Volvió la vista a la fotografía y se llevó la mano a la boca.

—Esto es de 1923. ¿Qué coño tiene que ver esta gente con lo que está pasando? ¿Me toman el pelo?

—¿Tengo cara de broma, sheriff? —El doctor empezaba a perder la paciencia—. ¿Lo que acaba de ver es una broma?

—Volverá a por mí... Sabe todos nuestros secretos...

—Tommy, nadie va a volver a por ti —terció Jim—. Vamos a parar esto.

El policía se rio.

El sheriff adoptó una expresión de absoluta desorientación. Se frotó los ojos y dijo:

—Doctor Foster, esta gente pertenece al pasado del aserradero, es una imagen de 1923. Hace más de noventa años de esta fotografía.

Tras dejar a Tommy en manos de Elena, Alan se dirigió hacia el sheriff. Por un momento Jim creyó que lo iba a abofetear, pero cogió la hoja y se la colocó delante de la cara.

—Ese individuo es Lucien Mori. ¿Sabe quién es? El causante de que tengamos dentro de dos días dos funerales a los que asistir y de que una mujer se haya suicidado, sin contar con lo que acaba de ver y alguna otra cosa más que podría contarle. Y créame que por mi profesión es difícil que yo le esté diciendo esto, pero, si usted hubiera visto lo mismo que yo, seguramente pensaría igual.

Jim se aproximó a los dos hombres. Ya no estaba tan seguro de que Alan no fuera a perder los nervios del todo.

—Elena —dijo el sheriff—, sube con Tommy a la oficina y que se calce. Ahora vamos.

La mujer obedeció. Lark caminó con paso torpe y se volvió hacia ellos. Se mordía el labio inferior.

—Lo que pasó con ese chico fue una desgracia. Yo no sé mucho del tema, pero puedo llevarles a ver a alguien que sí conoce la historia de Bridal Veil a la perfección.

—Eso sería estupendo —contestó Jim casi implorante—. He intentado buscar información desde San Francisco, pero no he obtenido muy buenos resultados. Solo la historia oficial del aserradero y algún detalle más sin importancia.

Lark lo miró de reojo.

—Eso es normal, señor Allen.

—¿Qué quiere decir?

—Cuando sucede una desgracia de ese calibre, y más en una época convulsa y llena de crispación como fueron los años veinte en un lugar como este, se tiende a enterrar los trapos sucios sin hacer demasiado ruido. Eso es lo que se hace en los pueblos, señor Allen. Siempre ha sido así.

Alan cerró los ojos y respiró profundamente. Se llevó las manos a la cabeza y

chasqueó la lengua.

—Sheriff..., tiene que decirnos qué pasó.

Lark asintió.

—Está bien, doctor. Deje al chico con el enfermero y con Elena, si es posible. La persona que vamos a ver vive a las afueras del pueblo. Tendré que llamarle, por supuesto. No es muy hospitalario con los desconocidos, y más si pretenden que se remueva la mierda.

Paul Jones apoyó la cabeza sobre la mesa y extendió los brazos como si estuviera muerto. No era consciente del tiempo que llevaba así, pero sabía que no había sido capaz de salir del salón, que su madre deambulaba por la casa como un espectro cada vez más horripilante y que el hombre se había ido.

—Jonsy, me duele la cabeza.

Ella arrastraba los pies sobre la alfombra. Tenía un golpe contundente sobre la parte superior del lado derecho del cráneo y sangraba copiosamente. Apenas podía abrir un ojo, pero sonreía cuando le miraba.

—¿Ves algo, Jonsy?

—Veo que estás muerta, pero sigues aquí —murmuró.

—Tengo que tender la ropa, hijo. Creo que va a llover.

La luz de fuera parpadeaba sobre los tablones de madera del pórtico exterior, lanzaba haces de luces y sombras contra la ventana. Las paredes tenían pequeñas motas negras proyectadas por la suciedad de los cristales. Los jarrones con sus flores habían desaparecido, también los cojines de colores y el ganchillo. El salón era así, vacío y frío, sin un atisbo de vida. Como ella.

Jones levantó la cabeza, pero no quiso mirarla. Oía el sonido de sus zapatillas, era lento y gradual. A veces su madre se quedaba quieta mirando hacia la puerta; luego caminaba en círculos o salía al pasillo y se aproximaba a las escaleras. Un rostro desidioso e indiferente, porque quizá ni siquiera sabía dónde estaba o no tenía ni la menor idea de cómo irse de allí. Esa era su pesadilla: cuánto tiempo duraría esa alucinación. Mientras tanto seguía allí sentado, con la expresión iracunda de un hombre que no sabe cómo enfrentarse a un desvarío. A lo mejor Dios le estaba castigando por todos sus pecados, aunque aquella forma no era la

más elegante, si lo pensaba bien: un espectro deformado que derramaba pequeñas gotitas de sangre y que le hablaba con voz pastosa. Una aparición con forma de una madre que repetía «Jonsy» una y otra vez, que ya no tenía los grandes rulos pulcramente colocados en la cabeza, sino desparramados por los lados, colgando de los mechones, con el delantal de flores lleno de tierra y sangre.

—Jonsy, creo que me he dado un golpe.

—Ya lo sé, mamá. Ha sido papá.

Parecía no escuchar lo que Jones le respondía. Se cansó de hacerlo cuando llevaba más de dos horas con aquel espectáculo de locura y horror. Luego, todo aquel aspecto encantador del que siempre hacía gala se había evaporado lentamente y comenzaba a vacilar y a pudrirse. Y Jones se preguntó si habría alguna forma más terrible de castigar a un hijo que con la propia imagen que una madre irradiaba cuando se consumía.

Él podría haberla salvado, pero no lo hizo. Esa era la cuestión, aunque había intentado negarlo durante muchos años. Oyó el crujido de los pocos muebles que tenía y ladeó la cabeza intentando esquivar la figura de su madre. Sobre la estantería descascarillada que tenía a su derecha, había dos libros y alguna revista antigua. Vio su escopeta y pensó que lo mejor que podía hacer para acabar con toda esa atrocidad era cargársela y levantarse la tapa de los sesos allí mismo. Además, ¿cuántos años le quedarían por vivir? ¿Cinco o seis? Tampoco se perdería nada. Era un viejo andrajoso, solitario y sin familia. ¿Quién le iba a echar de menos?

Se rio y salió al pasillo. Su madre caminaba en círculos en ese momento. Se tocaba con dedos temblorosos la cabeza y sacudía su delantal con la otra mano. En el pasillo tenía un pequeño armarito donde guardaba las botellas de licor. Sacó el jerez y bebió directamente de la botella. Oyó el sonido del motor de un camión a lo lejos, el suave golpeteo de las ramas en la parte de atrás y las ranas. Su madre jadeó en el salón. Vio que se golpeaba lentamente la cabeza contra la

pared cuando se volvió hacia ella y las náuseas le hicieron arquear el cuerpo hacia delante.

—Jonsy, creo que se me está cayendo la cabeza. Debería ir al pueblo a comprar más carne. Tu padre come mucha carne y si no hay en casa se enfadará.

De pronto se dio cuenta de que había cogido la escopeta y la sujetaba con ambas manos, mientras miraba hacia ninguna parte. Se volvió a sentar en una de las sillas y la dejó sobre el tablero junto a la botella.

—Joonsyyy.

El maderero le daba la espalda a su madre. Ni siquiera sentía un atisbo de miedo.

—Te quiero, mamá —dijo en voz alta—. Siempre te he querido y toda mi vida he vivido con el dolor de saber que podía haberte ayudado y no lo hice. Podría decirte que lo intenté, mamá, que intenté buscar una solución a tu desesperación, pero mentiría. Sin embargo, te quise con toda mi alma y siempre te he querido. Lo siento tanto...

Sintió otra vez un crujido, pero no se dio la vuelta. Temía enfrentarse a aquella irrealidad. Era el momento de poner punto final a todo. Se giró muy despacio con el arma en la mano y se percató de que su madre ya no estaba allí. La habitación estaba en total silencio. La luz del porche había dejado de parpadear y ahora disparaba un destello amarillento sobre una infinidad de mosquitos apelotonados bajo ella. Todas las pequeñas manchas de sangre que su madre había dejado sobre el suelo del salón se habían evaporado. Cuando alzó la vista hacia la puerta y miró la cocina, estaba igual de muerta y vacía que cuando había salido aquella mañana, antes de la broma, que, por cierto, ya no tenía ninguna importancia, no había rastro de ella. Con dedos temblorosos depositó el arma otra vez sobre la mesa y se incorporó, cogió la botella de jerez con la intención de dar un largo trago, pero frenó en seco y la arrojó contra la pared, haciendo que estallara en mil pedazos.

Fue solo una sensación, pero tan intensa que pensó que iba a perder el

conocimiento. ¿Era alivio lo que sentía? Por primera vez en toda su vida sabía que no se había mentido a sí mismo.

«Podría haber hecho algo y no lo hice... Pero tú jamás me culpaste por ello y nunca dejaste de amarme», se dijo.

Había dejado a su hija y sus hermanas en compañía de Robert y se disponía a darse un baño en el piso de arriba. Cuando el cálido vapor del agua la invadió, sintió que todo su cuerpo se estremecía. Aún notaba los suaves y sedosos dedos de Alan por la piel, su forma de besarla, de abrazarla, de decirle que no debía tener miedo, que él estaba con ella y que cuidaría de todas. Aquella noche había sido la mejor desde la muerte de su hija. Por primera vez en mucho tiempo se sentía acompañada, respaldada, y eso para Mary Anne no tenía precio. ¿Tranquilidad? No era la palabra adecuada; amparo y comprensión, tal vez. La presencia de todos en casa la colmaba de una serenidad de la que había carecido. Jim Allen se había convertido en pocos días en un pilar para esa familia, sin mencionar al reverendo, que, aun rodeado de su propia desolación, no había dudado en quedarse allí. «Quizá todos se necesitaran de algún modo», pensó. Eso hacía que ella sintiera una nueva entereza, un soplo de aire fresco que le abría una pequeña puerta tras su pérdida.

Salió del baño envuelta en una fina bata de seda y caminó descalza hacia la habitación. Durante un instante llegó a pensar que la casa estaba vacía, pues no escuchó a nadie en el piso de abajo. Se adelantó hacia la barandilla de madera y asomó la cabeza, pero no vio nada. Solo el ligero resplandor que emanaba del televisor arañaba la oscuridad. Supuso que se habrían quedado dormidos viendo una película. Esa era la clase de ambientación que había añorado desde que su marido falleciera. Por fin la casa rezumaba vitalidad y, lo más importante, por fin Elisabeth era feliz.

Sabía la razón, por mucho que se hiciera la tonta frente a Alan. Confesarle que conocía perfectamente a su hija y que sabía de su inclinación por Jim Allen

habría sido un motivo de discusión entre los dos. Alan veía a Elisabeth como si fuera su propia hija y a Mary Anne no le apetecía activar una alarma en él que no era necesaria en ese momento. No es que confiara plenamente en el talante pausado de aquel escritor frente a su hija, pero quizá su compañía lapidaba todos sus miedos. Veía a Elisabeth con un brillo especial por primera vez en mucho tiempo y jamás habría roto esa magia. No se sentía capaz de ello por mucho que pensara en un posible acercamiento entre los dos, aunque esta no era una idea que le rondara mucho por la cabeza, quizá por la forma de ser de su hija o por el carácter taimado y prudente de Jim. No lo sabía, pero apenas le importaba, porque su hija era feliz.

Cavilaba sobre todas esas cosas cuando entró en la habitación para buscar algo que ponerse en el armario. Amelia había conectado la calefacción, pero sentía frío y temía resfriarse. Se miró en el espejo: aunque había perdido bastante peso, a juzgar por sus mejillas y la forma de su rostro todavía no tenía de qué preocuparse. Se sentía bien y se veía joven. Se soltó el cabello y observó su reflejo durante unos segundos. Detrás de ella la habitación parecía más grande de lo que realmente era. La cama ocupaba un espacio inmenso, con aquel cabecero de madera alto y la bonita mosquitera. Por nada del mundo se hubiera deshecho de todos aquellos muebles, le resultaban muy hermosos, solemnes. Estaban pulidos y sobre todo cuidados, por muchos años que pasaran. A Mary Anne no le gustaban los detalles modernos y las líneas rectas. Adoraba el ambiente colonial de aquella casa, las alfombras persas y los marcos curvados en tonos plateados. Ella misma había comprado todas las lámparas Tiffany de las mesitas supletorias. Los mercadillos de segunda mano le apasionaban y, aunque últimamente no había ido ni hasta la esquina de la calle, no tardaría en volver a la tienda de antigüedades del pueblo. Le encantaba pasar horas allí contemplando algún detalle nuevo para la casa, agenciarse un candelabro de plata, un nuevo espejo o quizá un cuadro. De repente se giró al detectar unas pisadas al otro lado de la puerta y se acercó rápidamente para asomarse, creyendo encontrar a su hija, pero allí no había nadie. Cuando cerró la puerta

para cambiarse se dio cuenta de que había un silencio chocante a su alrededor. Sintió un golpe seco detrás de ella y, al darse la vuelta, la luz se fue y quedó totalmente a oscuras. Se aproximó a la ventana pensando que quizá habían saltado los plomos o que era cosa de toda la calle, pero, fuera, las luces del porche brillaban intactas bajo el frío casi glacial de aquella noche. Lo vio de repente, delante de la puerta, solo que esta vez era plenamente consciente, no estaba dormida y, lo más importante de todo, ni siquiera había tomado una estúpida pastilla. Quedó paralizada. El hombre no se movía. Examinó los pliegues de su pantalón, la forma de sus hombros y la manera de apoyarse sutilmente contra la pared, como si llevara mucho tiempo allí observándola.

—Lucien —logró decir.

Él se incorporó y Mary Anne dio un paso atrás.

Avanzó poco a poco hacia ella. Su cabello estaba sutilmente peinado hacia atrás, aunque tenía varios mechones desparramados por la frente y llevaba una especie de camisa blanca. Mary Anne no era capaz de distinguir la textura fantasmal de su ropa, era como si toda aquella tela flotara ingrávida sobre su cuerpo. No veía con claridad. La penumbra comenzaba a absorber todo el entorno y solo fue realmente consciente de que él estaba allí cuando lo tuvo a dos palmos y clavó una mirada cargada de malicia en ella.

—No te acerques a mí, Lucien Mori —le instó—. Sé quién eres.

Un aire gélido le golpeó la cara. Algo invisible la precipitó hacia el otro extremo de la habitación y la hizo caer bruscamente sobre la cama. Mary Anne se dio la vuelta y gateó hacia el cabecero de madera, pero, cuando iba a agarrarse a él, la misma fuerza la giró bruscamente y un súbito peso sobre el pecho la inmovilizó. Estaba aterrada. Quiso gritar, pero su garganta tampoco le respondía.

—*Madame...* —oyó—, sedada es más maleable. Desconocía su carácter.

—No te acerques a mí —repitió con un jadeo. Respiraba atropelladamente y era incapaz de mover un músculo del cuerpo—. No...

—*Mon amour...*, es usted imprevisible, pero me subestima.

—Aléjate de mí...

Lucien caminó hacia la cama y se inclinó sobre ella al tiempo que se sentaba a su lado. Acarició los pliegues de la manta, sonrió de forma discreta con el rostro ligeramente ladeado hacia Mary Anne, suspiró y habló con suavidad:

—Hubo un tiempo en el que creía que el amor era el único motor que movía el mundo. Solo el amor. Era un estúpido. El amor se consume como el cuerpo, se apaga o simplemente desaparece.

—No te atrevas a tocarme.

La miró con recelo. Deslizó la mano sobre la bata de seda y, con uno de sus dedos, la abrió sin que Mary Anne pudiera hacer nada más que respirar. Su vientre subía y bajaba rápidamente, su pecho se contraía por la ansiedad, mientras él apoyaba la palma de la mano sobre su estómago y se inclinaba para besar su mejilla.

—Me ofende... —le susurró en el oído.

—Vete al infierno.

Lucien enarcó las cejas y puso una expresión de espanto fingido.

—¡Qué vocabulario!

—Te odio...

Aquel ser se burlaba de ella y deseó golpearlo. De repente su rostro se alzó sobre Mary Anne, a quien le impresionó su belleza. La lenta forma de mover los ojos, como si se entretuviese contemplando cada uno de sus rasgos, cada detalle, defecto e imperfección, era casi hipnótica. Una parte de ella pugnó por moverse, por salir corriendo de allí, pero por otro lado su cuerpo no respondía. Cuando trató de decir algo, el hombre la besó ferozmente.

Todo estalló a su alrededor, la habitación se transformó en algo diferente. Había luz de candelabros, las llamas crepitaban desde una pequeña chimenea situada en un extremo. Los ojos chispeantes de aquel hombre se tornaron desafiantes y mezquinos. Ella pudo levantar uno de sus brazos y, cuando se disponía a abofetearlo, Lucien le agarró con fuerza la muñeca y se la apartó.

—Oh, no..., eso no estaría bien...

—Deja que me vaya, por favor. Esta no es mi casa, no sé dónde estoy.

Nada tenía sentido. Sintió un pánico tan profundo como el temor que notaba cuando miraba a su hija enferma. Todos aquellos sentimientos desoladores le apelmazaron el alma. Lucien estaba sobre ella, sentía el contacto de su piel, su lengua recorriéndole los labios, sus manos acariciándola. ¡Y todo aquel dolor que percibía en él!

—Dolor... Qué sufrimiento... —Otra vez necesitaba gritar, pero al mismo tiempo el placer comenzaba a emerger a lo largo de su columna vertebral y le provocaba espasmos delirantes. Su presencia lo devoraba todo, la tenía subyugada y no podía apartarse de él. ¡No deseaba apartarse de él! ¿Aquello era posible? ¿Era real? ¡Era todo tan absurdo!

—No vuelva a negarme lo que es mío, *madame*... —le susurró al oído—. No lo haga, no me enfade, porque no tengo corazón.

—Ni siquiera para mí...

Volvió a besarla y asintió.

«*Ni siquiera*», oyó en lo más profundo de su mente.

—Por favor, caballeros —dijo el anciano—, siéntense. No tengo por costumbre recibir a nadie a las doce de la noche, así que cuando me llamaste, Lark, sabía que algo estaba pasando en mi estimado pueblo.

El sheriff sonrió con amargura. El hombre había preparado un poco de café con leche y las tazas reposaban sobre la mesa de centro.

—Rudolf —dijo Lark—, este es Jim Allen. Viene de San Francisco. Es escritor, pero no te asustes, su trabajo no tiene nada que ver con lo que está pasando, solo posee una buena amistad con la familia de Victor Berry. Al doctor Foster creo que ya lo conocías de vista.

El anciano asintió al tiempo que se arrellanaba en uno de los sillones. Hizo un gesto cortés con la mano. El resto se acomodó en torno a la mesa.

Jim depositó sobre la encimera la fotografía del grupo de Bridal Veil y Rudolf tomó la imagen con cierta lentitud. Llevaba puestas una bata de color burdeos y unas viejas zapatillas a juego. Era un hombre de complexión delgada, con unos dedos largos y huesudos. Observó la fotografía durante unos instantes por debajo de unas diminutas gafas sin montura apoyadas en su nariz ganchuda y luego suspiró.

—Hacía muchísimos años que no veía estas caras —anunció.

—Rudolf —insistió Lark—, necesitamos que nos cuentes lo que sabes de ellos. Como te conté por teléfono, estamos pasando por un verdadero infierno en Point Spirit. No tenemos mucho tiempo.

El anciano dejó la fotografía y paseó la mirada por los tres hombres. Su bata brillaba bajo la suave luz mortecina de una lámpara de araña.

—Lo que sé de ellos es lo que mi padre me transmitió —dijo—. Tengan en

cuenta que he cumplido noventa y dos años, ni siquiera había nacido cuando se tomó esa fotografía; aun así, las tragedias, y más en estos lugares tan pequeños y recónditos, suelen pasar de padres a hijos, de abuelos a nietos. Les contaré lo que mi padre me contó, es lo único que puedo hacer.

—Sería de gran ayuda —respondió Jim. Alan se mantenía meditabundo junto a él y todavía no había dicho ni una sola palabra. Él, en cambio, estaba ansioso.

—Está bien —murmuró. Luego lanzó un breve suspiro y comenzó a hablar—: Tobías Mori descendía de un largo linaje de propietarios de plantaciones de Baton Rouge. Su familia poseía una fortuna gracias a la caña de azúcar y sus territorios se extendían por todo el Mississippi. Eran solo dos hermanos, Tobías y Gratien, por lo que se podrán imaginar hasta dónde llegaba la herencia acumulada. Tobías se mudó a Point Spirit desde París. Era un hombre que no podía dejar pasar el tiempo sin meterse en algún negocio, por mucho dinero que ya tuviese, y lo cierto es que el aserradero fue todo un acierto. Invirtió grandes sumas de dinero en este pueblo y durante muchos años funcionó de maravilla. —Sonrió. Se quitó las gafas y señaló el café—. Sírvanse un poco, por favor. Está recién hecho.

—Gracias —respondió Alan.

El anciano lo miró por encima de las gafas y continuó:

—A la gente del pueblo le encantaban sus historias sobre la plantación. Era un tipo duro cuando se trataba de trabajo, pero al finalizar la jornada pasaba muchas horas en la taberna hablando de sus antepasados, las mansiones rodeadas de robles, sus estudios en París y la época de la *Belle Époque*. Todo un personaje, decía mi padre. Pero iré al grano.

»Tobías tuvo dos hijos: Jean-Claude, que era el mayor, y Lucien. Dos muchachos que, por cierto, eran totalmente diferentes. Con Jean-Claude, Tobías acabó muy mal. Era un joven rebelde al que no le gustaba trabajar y ya antes de venir a Point Spirit despilfarraba la fortuna por todo París. Tenía muy mala fama. Al final su padre lo mandó a Nueva Orleans, con unas primas que aún vivían allí. Poco se supo de ese chico, al menos aquí. No sabría decir con certeza

si fueron dos o tres veces las que pasó por Point Spirit, y una de ellas fue para enterrar a su madre, Juliette.

»Lucien era distinto, estaba hecho de otra pasta, ya me entienden. Creo que podría decirse que era todo lo contrario a su hermano mayor. Tenía un don para la música: tocaba el violín, el piano y sabe Dios cuántos instrumentos más. Aun así, y con un futuro prometedor en París, no dudó en venir con sus padres y su esposa Beatrice para ayudar a Tobías con el aserradero. Adoraba a su padre, aunque Lucien era como el día y la noche. Según mi padre, por su sangre corría la dureza y la disciplina de los antiguos propietarios de las plantaciones. Era recto con los trabajadores, a veces incluso duro, pero con un olfato para los negocios y el aserradero que ya hubiera querido Tobías para su otro hijo. Lo cierto es que Lucien prometió a su joven esposa que solo estarían allí un tiempo. Su padre era mayor y adoraba el negocio del aserradero; en cambio, Beatrice era una mujer de la gran ciudad, acostumbrada a las óperas de París, al lujo...

—Leí una carta que la hija de Mary Anne Morelli encontró en el desván, escrita por Beatrice —interrumpió Jim—. Hablaba de volver a París de inmediato y de su miedo hacia la gente del aserradero.

Rudolf asintió y Alan le lanzó una mirada llena de curiosidad.

—Y tenía sus razones para ello. En 1923, Tobías falleció de un infarto, dos años después de la muerte de su mujer Juliette. Lucien pretendía vender el aserradero y volver con Beatrice a París, nada le ataba a aquello sin su padre. El chico lo pasó mal, sufrió mucho cuando lo perdió. Además, su mujer estaba embarazada por aquel entonces y, por supuesto, quería dar a luz en su ciudad natal. Pero había un pequeño problema: los capataces de Tobías. —Apoyó el dedo sobre la fotografía y golpeó con suavidad la imagen—. Cuando se enteraron de los planes de Lucien, entraron en pánico. ¿Qué iba a ser del aserradero, de ellos? Fueron unos meses terribles. El pánico y el temor a quedarse en la mayor de las pobreza sin el trabajo y los beneficios de Bridal Veil empezaron a pasar factura a todos. Lucien solía viajar. Sabían que estaba en tratos con varios empresarios de Nueva York, pero tenían muy poca información

más, y eso, creo, fue peor. Así que se desató la locura porque Lucien era un hombre muy respetado y nadie, absolutamente nadie, era capaz de decirle nada o tan siquiera pedirle algún tipo de explicación. Mi padre siempre contaba que, cuando aquel hombre aparecía a lomos de su caballo, era como si vieran al mismo diablo. Y no porque el chico fuera malo, válgame Dios, solo que su presencia absorbía toda la atmósfera, era distante con sus empleados y con unos rasgos que, aun siendo suaves, reflejaban cierta severidad.

»Antes he mencionado que Lucien era como el día y la noche, y eso se debía a otro rasgo de su personalidad que tenía que ver con su esposa. Era un hombre cariñoso y atento, siempre estaba pendiente de ella y adoraba a Beatrice. También tenía mucho afecto por una de sus sirvientas, una mujer llamada Magalie, que lo había criado desde niño. Verlo con ellas era contemplar a otro hombre, entonces sus facciones se relajaban. Estaba muy enamorado de su esposa y lógicamente, cuando se enteró de su embarazo, el regreso a París se convirtió en algo ineludible sin contar con la tragedia que supuso para él perder a un padre al que veneraba. La cuestión fue que se desató el caos más absoluto en el pueblo y el miedo fue creciendo con cada viaje de Lucien.

»Y entonces ocurrió algo abominable... Uno de los muchos días en los que Beatrice se encontraba sola con el servicio todo se precipitó. Salió a pasear sin Magalie una noche, algo poco habitual dado su estado —aunque era poco avanzado— y se topó con John Rose y Lucas Grant, que acababan de empezar su noche y llevaban una borrachera considerable. Aquellos hombres estaban fuera de sí por todo lo que sucedía en torno a Lucien y perdieron los estribos. Aquellos pobres desgraciados ni siquiera se acordaban al día siguiente de lo que habían hecho. Fue su sentencia de muerte. Violaron a Beatrice después de perseguirla por el bosque y, como consecuencia de aquel terrible suceso, perdió al hijo que llevaba en su vientre. Fue terrible... Una de las cosas que mi padre nunca olvidó hasta su muerte fue el momento en el que Lucien Mori, tras llegar a su casa días después, subió encima de aquel bicho negro y cabalgó hasta el aserradero. Ni siquiera se bajó del caballo, sacó dos puñales que llevaba en el

cinturón y atravesó la garganta de aquellos dos infelices, matándoles delante de todos sin la más mínima contemplación o titubeo. Como dos conejos.

—Eran los bisabuelos de Patrick y Brady Rose, los chicos que se mataron en el coche —dijo Alan.

—Así es. Y cuando fueron conscientes de lo que habían hecho intentaron que el resto les ayudara. Todos lo sabían, pero estaban asustados. ¿Qué iban a hacer? Buscaron la forma de sacarlos del pueblo, meterlos en un barco y enviar a toda la familia lejos de Point Spirit, pero Lucien volvió a los dos días de aquel suceso y no se pudo hacer nada. No tuvieron tiempo y tampoco esperaban que regresara tan rápido.

Jim negó con la cabeza.

—Pero mató a dos hombres delante de todo un aserradero. ¿Nadie hizo nada?

En ese momento Rudolf soltó una sedosa carcajada.

—Muchacho, en 1923 este país estaba en mitad de la Ley Seca. Estaban prohibidos la importación, la exportación, la fabricación e incluso el transporte de bebidas alcohólicas, todo era clandestino. Lucien Mori tenía muy buenas relaciones con la gente que surgió de la mafia de esa venta clandestina y no porque se dedicara a ello, sino solo porque París era inmenso y él siempre había estado rodeado de gente con cierto estatus que acabó ganando mucho dinero en este país gracias a la importación de licor en el mercado negro. Le debían muchos favores y eso... eso sí lo sabían sus capataces. Nadie tocaría a ese chico por aquello, sin mencionar que, en el fondo del corazón de todo el pueblo, entendían lo que había sucedido: su esposa ultrajada por dos hombres de confianza, los cuales habían sobrevivido y se habían enriquecido gracias a él, una criatura muerta... Aquello era una terrible traición que solo podía pagarse con una cosa: sus vidas.

—¿Y qué fue de los demás? —preguntó Alan.

—El resto de los capataces realmente no habían hecho nada más que intentar ayudarles por una mínima compasión. Pero era una pesadilla trabajar con Lucien después de aquel suceso. Lo peor estaba por llegar, porque, una semana después

de lo sucedido, Beatrice se suicidó colgándose de una viga del desván. Esa pobre muchacha no soportó la vergüenza y la pérdida de su bebé, y la depresión fue aún mayor cuando los médicos le anunciaron que no podría tener más hijos. Imagínense en aquella época recibir una noticia de esa envergadura. Fue Magalie quien la encontró cuando iba a por unas sábanas. En el momento que Lucien se enteró..., enloqueció.

—Santo cielo —susurró Lark.

Rudolf se encogió de hombros.

—Ese muchacho tenía treinta años, Lark. No estaba preparado para ese último golpe y perdió la razón. Aquella misma noche todo el pueblo oyó aquel caballo galopando en mitad de la noche. Se cerraron ventanas y puertas. Point Spirit temblaba de pánico. La parte alta del pueblo, donde se diseminaban las casitas de los empleados que Tobías había construido junto a su hijo, se mantenía en total oscuridad. Lucien era impredecible y estaba fuera de sí. Pero nada más lejos de la realidad. Lucien subió con absoluta tranquilidad hacia el aserradero, como si estuviera dando un paseo, aunque mi padre siempre dijo que debía estar pensando cómo destruir todo el pueblo con la población entera dentro.

—Mató a los demás capataces —afirmó Jim.

—No, hizo algo peor: quemó el aserradero y las casas de madera de todos los trabajadores. Lo destruyó todo, absolutamente todo. Los habitantes de Point Spirit recordaron aquella noche durante el resto de sus vidas. Familias enteras gritando, gente que había vivido de Bridal Veil y que era lo único que les mantenía, fuera de sí, corriendo de aquí para allá, huyendo de las feroces llamas. Era el infierno en la tierra. Entre todo aquel espanto, Lucien en mitad del caos sobre su caballo, observándolo todo.

Se hizo un silencio absoluto en la habitación y Lark carraspeó mirando la fotografía y a todos los hombres.

—Lucien Mori... —dijo al fin el anciano—. Había renunciado a una carrera prometedora por aquel aserradero y ese mismo lugar se lo había quitado todo. Él hacía lo mismo... En fin, caballeros, después de aquella noche nada volvió a ser

igual en Point Spirit, sobre todo en el pueblo alto que dependía de Bridal Veil. Sin aserradero y sin sus casas, medio pueblo estaba condenado a la mayor de las pobreza y debía irse o morir. Albert Owens, el abuelo de Lorraine, no lo soportó muchos días. Se mató de un tiro en la cabeza tres semanas después. Ese tipo tenía demasiadas deudas por su afición al juego y sabía que antes o después tendría que pagarlas o sufriría las consecuencias. Tomó el camino rápido, como Robert J. Norton, pariente de uno de tus chicos —dijo mirando a Lark.

—¿Qué le sucedió a Norton? —preguntó Alan.

—Bebió hasta morir, ¡con Ley Seca o sin ella! —respondió riendo—. Estaba tan borracho que no sabía ni adónde iba, así que se despeñó por el desfiladero. No encontraron su cuerpo hasta pasados varios días.

—Esto es increíble —apostilló Jim—. ¿Y qué fue del resto y de Lucien?

Rudolf golpeó con uno de sus largos y huesudos dedos la imagen y dijo:

—Marcuso, bisabuelo del reverendo, y Bob Jones sobrevivieron a duras penas. Nada volvió a ser como antes. Aunque con el tiempo Bridal Veil volvió a levantarse, era como si una maldición hubiese caído sobre ese lugar, nunca funcionó igual. Nada duraba mucho tiempo. Lucien había vendido las tierras. Podían construir si querían un parque temático, eso le daba igual, pero cada vez que el aserradero cobraba vida, incluso mucho tiempo después de la desaparición de Lucien, duraba muy poco y los propietarios acababan arruinados. Después del incendio que devastó el monte y el aserradero, Lucien despidió a todo su servicio y se encerró en esa casa con su criada de confianza, la tal Magalie, que por cierto tenía fama de hechicera. Era negra como el ébano, delgada y alta como una escoba. Cuando empezaron a llegar amigos de París, preocupados por la salud de Lucien Mori, la mujer los echaba casi a golpe de escopeta de la finca. Cuando bajaba al pueblo lanzaba maldiciones como si fueran caramelos a todo aquel que se encontrara; luego se iba dando amplias zancadas mientras llevaba todo lo que necesitaba para no volver a aparecer durante otro mes más. Lo demás son conjeturas, leyendas y conversaciones de vecinos. Nadie supo dónde se enterró a

Beatrice, como tampoco qué fue de Magalie y Lucien. Lo que pasó en esa casa solo lo saben ellos dos.

—Aun así —dijo Alan—, él tenía un hermano. ¿Se quedó con la casa o volvió?

—¿Jean-Claude? Ese chico murió en Nueva Orleans varios años después. Eso sí, dejó todo un ejército de hijos bastardos repartidos por todo el Mississippi. Un elemento de cuidado dado al vicio y a la vida fácil. Unos dicen que murió en una trifulca en un cabaret en el barrio francés. A saber. Cuando su padre murió no recibió ni un dólar, supongo que debía dinero a mucha gente. Al final siguió el mismo destino, este involuntario, de Owens, el abuelo de Lorraine. Otros, en cambio, aseguran que lo mató el padre de una muchacha de la alta sociedad a la que arrancó su «virtud» —dijo con humor—. Era un pendenciero. Todo resultaba posible con Jean-Claude.

—Sigo sin comprender qué pudo haber desatado todos estos acontecimientos en la casa —alegó Jim pensativo—. No encuentro la conexión. Ya no hablo de la razón. Ha pasado casi un maldito siglo, pero...

Rudolf lo interrumpió con un movimiento de su mano.

—La casa se mantuvo cerrada hasta que llegó Victor Berry, señor Allen. Y este no compró la casa porque se enamorara de su arquitectura o la solemnidad y belleza de ese sitio. Ese hombre era nieto de una hermana de Juliette, la esposa de Tobías.

—¿Me está diciendo que el marido de Mary Anne era familia de Lucien Mori?

Alan se había quedado como una estatua de cera mirando al viejo.

—Nunca lo ocultó, señor Allen. Quizá no fuera algo que hablara con su joven esposa, pero en el pueblo jamás lo escondió. Tampoco era extraño ni raro. Lo que sí estaba claro es que compartían lazos de sangre.

Aquella conversación había dado un giro de ciento ochenta grados. Jim y Alan se miraron con perplejidad. No esperaban ni mucho menos aquel detalle y no acababan de asimilarlo.

—Hay una cosa más —continuó Rudolf—: los hijos de Tobías, aunque se criaron en París, provenían de Nueva Orleans, como el resto de la familia, que había vivido allí siempre. Cuando Tobías era un muchacho, era habitual mandar a los jóvenes con dinero a estudiar a París. Por eso él se casó allí y, aunque nacieron en Nueva Orleans, crio a sus hijos allí. Ahora bien, Magalie venía de una familia de color muy conocida por toda esa superchería de magia negra y vudú. El pueblo estuvo convencido durante muchos años de que ella había lanzado una maldición contra el aserradero; incluso algunos aseguraban que aquella mujer había maldecido abiertamente a Point Spirit y a todos sus descendientes. Ahora no tiene mucha relevancia, pero en aquella época las prácticas de una religión que no fuera el cristianismo eran muy temidas, y Magalie provenía de una familia de esclavos libertos de Haití, gente tan respetada como temida. Ella entró a trabajar por un buen sueldo con Tobías Mori cuando nació Lucien. Lo crio como a un hijo y sufrió por él como una madre.

—¿Y la familia del hermano de Tobías? ¿No hubo nadie que reclamara esa casa antes, que se preocupara por Lucien cuando desapareció?

—Gratien murió diez años antes que su hermano Tobías y la poca familia que quedó en Nueva Orleans fue falleciendo, doctor Foster. Al resto no le interesaba una casa en un pueblo perdido de Oregón. Pasaron un par de veces por aquí, revisaron su interior y la pusieron a la venta, pero nadie la compró. Quizá era parte de esa maldición —murmuró Rudolf—. Esa casa se abrió cuando un descendiente se interesó por ella. Respecto a la preocupación de Lucien, por supuesto que vino mucha gente intentando averiguar dónde estaba, pero fue al cabo de mucho tiempo. Un hombre con tanto dinero podía haberse ido al culo del mundo si hubiese querido. Además, nadie supo nunca qué fue lo que había hecho Lucien el tiempo que estuvo recluido en esa casa. Podría haber informado a sus parientes de sus planes. Repito que lo que allí sucedió solo lo saben Magalie y Lucien.

Jim alzó la vista hacia las paredes empapeladas y se quedó pensativo dando vueltas con la cucharita al café. Había algo en toda aquella historia que le

inspiraba cierto pavor, no sabía qué, aunque estaba convencido de que seguían faltando cosas en esa algarabía de acontecimientos. Por su parte, Alan se había inclinado hacia delante apoyando los codos sobre las rodillas y tenía la cabeza colgando sobre el suelo alfombrado. Negó varias veces mientras se pasaba la mano por la nuca, luego se estiró y miró a Rudolf. Jim sabía que lo único que le preocupaba en aquel momento era saber qué pensaría Mary Anne de todo aquello, dado el papel que había adquirido su difunto marido en la historia. Fue el propio Lark el que rompió la atmósfera de silencio cuando se movió bruscamente y murmuró:

—Han muerto los chicos de esos capataces y la nieta de Owens se colgó de una viga como la tal Beatrice...

—Hay algo más —interrumpió Jim. En ese momento, todos, hasta Alan, lo miraron fijamente—. No tenía mucho sentido cuando me enteré y era algo bastante ridículo desde mi punto de vista. Creí que eran fantasías o desvaríos, pero cuando encontraron a Lorraine alguien había pintado en el espejo del tocador con un lápiz de labios, que ella aún tenía en la mano, la palabra HOLA.

Alan sacudió la cabeza.

—Es cierto —respondió—. También lo hizo la marioneta, o lo que sea que persigue a Tommy Norton, en su espalda. Y tenemos al hijo de Marcuso asediado por ese espíritu.

Rudolf se abstrajo unos segundos mientras se acariciaba la afilada barbilla haciendo más visibles los nudillos de sus manos.

—Lucien Mori mató a dos de sus empleados de confianza por lo que hicieron con su esposa —dijo entonces—, otros murieron por sí mismos y los demás malvivieron con sus miserias hasta que se hicieron viejos y fallecieron. Quizá busque lo mismo para sus vástagos, los últimos descendientes vivos. ¿Lo han pensado? Con respecto al tema de ese títere y todo lo que me contó Lark por teléfono, sinceramente me parece algo espeluznante, propio de una película de terror. Lo que está claro, señores, es que, si pretende enloquecerlos, esa es la mejor forma de actuar. Yo lo haría, y les aseguro que soy un hombre que cree en

todas esas cosas. Mi abuela era mexicana y siempre me inculcó el respeto por los muertos. Allí es una celebración ancestral: si no respetas a los muertos, puede ocurrir cualquier cosa.

Nadie se movió. Seguían observando al anciano sin decir nada. Este los miró a los tres y prosiguió:

—De todas formas, nunca sabremos hasta dónde llegó toda esa brujería que Magalie manejaba. Y si ciertamente ese espíritu es el que está volviendo locos a todos los habitantes que tuvieron que ver con aquello de un modo indirecto, únicamente lo sabe él. A lo mejor la única solución es que él... se lo diga. Yo solo poseo la información de mi padre, y deben ser conscientes de que son datos de un hombre que vio poco y escuchó mucho.

—No veo muy factible sentarme a tomar un té con ese ser para que me hable de su pasado —murmuró Alan con recelo—. No soportaría enfrentarme a él sin querer matarlo... otra vez.

—Nadie encontró nada extraño en esa casa —continuó Rudolf—; eso sí que lo recuerdo porque mi padre me contó que medio pueblo estuvo atento a lo que pudieran hallar. Fue todo un espectáculo. Supongo que la gente esperaba restos de cadáveres, muñecos vudú llenos de alfileres y toda esa parafernalia de Magalie, pero no fue así.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Que puede que todo eso aún siga ahí, en la casa. Quizá tengan que buscar mejor. Magalie era una mujer inteligente, dudo mucho que dejara sus juguetes a la vista de ojos indiscretos. Era una bruja. No como las pintan en los cuentos, por supuesto, pero sin duda lo era.

Jim se detuvo delante de la cabaña, incapaz de pensar con claridad. Alan se había marchado a casa de Mary Anne y él necesitaba coger algo de ropa y, lo más importante, mandar un correo electrónico a San Francisco. Cuando por fin se sentó delante del ordenador portátil, lo primero que hizo fue apuntar todos los nombres que el viejo Rudolf había mencionado aquella noche. Hubiera sido un error imperdonable olvidarse de todos esos datos si lo que pretendía era averiguar algo más.

Deseó hablar con Larry, contarle todo lo que estaba pasando. No tardó en recordar una de las conversaciones más memorables que había tenido con él un mes después del gran éxito de Katrina. Por aquel entonces, Jim era algo más «espiritual», si podía llamarse de ese modo.

—El mundo te regala cosas sorprendentes —dijo Jim. Estaba delante de la ventana del despacho de Larry con una copa de vino en la mano—. Esta maravillosa vista, una puesta de sol, lugares increíbles en mitad de la selva... ¿Has visto alguna vez algo sorprendente, algo que te haya hecho replantearte tu propia existencia?

—Una vez vi en la India a un elefante cagarse encima de un turista. Fue sorprendente —intervino Larry.

Jim se había dado la vuelta. Esperaba la risa desencajada de su representante, pero Larry lo miraba meditativo.

—No me refería a ese tipo de «cosas sorprendentes».

—¿Estás de broma? Tenías que haberlo visto. Menos mal que no fue un niño el que estaba debajo del ojete del animal. Si hubiese sido así, nunca lo hubieran encontrado. ¡Una enorme mierda con ojos! Era lo único que se veía. Estoy

seguro de que el individuo que patentó la caca con ojos del WhatsApp estaba allí aquel día.

Indiscutiblemente estaba convencido de que toda aquella historia no tendría ni pies ni cabeza para un hombre como Larry. Se centró en la opción más acertada que llevaba días barajando en su cabeza: contratar a un detective. Además, conocía a uno con una buena reputación. Se trataba de Arthur Verdisco, un tipo corpulento y de tez cerúlea con el que había tomado un par de copas y al cual conoció por pura casualidad en una de sus presentaciones. Tenía una niña de doce años que adoraba los libros de Catrina y más de una vez los había encontrado en la larga cola para conseguir un autógrafo. Verdisco le había confesado cuál era su profesión —algo a lo que tampoco había dado mucha importancia por aquel entonces—. Aun así, el hombre, muy lejos de apartar a un lado por un momento su trabajo, le había dejado su tarjeta «por lo que pudiera surgir».

«Lo que pudiera surgir» estaba en su efervescencia, se dijo Jim. No estaba muy seguro de lo que lograría con todo aquello, pero lo que tenía claro es que en aquel momento disponía de unos nombres que probablemente le llevarían a algo. Nombres sin rostro, pero con un pasado y una ciudad de origen: Nueva Orleans.

Redactó el correo de un modo sutil y elocuente. Quería dar a entender a Verdisco que estaba metido en una investigación para una novela —algo que no era del todo incierto— y precisaba de ciertos datos que a él le llevarían demasiado tiempo conseguir. Los nombres de Jean-Claude y Magalie fueron los primeros en ser mencionados. Transmitirle la importancia de averiguar algo de ellos sin resultar excesivamente curioso era una tarea difícil. De Jean-Claude podía dar más pistas: conocía el origen de su familia y la importancia de esto en torno a las plantaciones Baton Rouge. Ahora bien, de la mujer de color que había criado a Lucien no disponía de datos: ningún apellido, ni tan siquiera la fecha de su nacimiento o algún familiar concreto. Solo lo que Rudolf le había transmitido, que era poco o nada. Las esperanzas de encontrar algo sobre ella no eran muy alentadoras, pero al menos lo intentaría.

Se inclinó sobre la mesa, repasó el correo y miró el reloj. Aquel hombre pensaría que no dormía, pero, tratándose de un escritor como él, mandar un correo a las dos de la mañana no era una idea tan descabellada. Sus musas le acompañaban esa noche, pensó con cierto humor. Luego indicó dónde mandar la factura con un breve comentario de «no repare en gastos» y, tras enviar el correo, apagó el ordenador y se dirigió a su habitación para coger algo de ropa y el neceser.

Cuando estaba a punto de salir por la puerta, el teléfono fijo sonó provocándole un susto de muerte. No había nada más espeluznante que el sonido estridente de un teléfono en mitad de la noche, y más en aquel momento. Se apresuró a descolgarlo y se sorprendió al oír la voz de Alan al otro lado de la línea.

—Ha vuelto a atacar a Mary —dijo con un tono aplacado. Supuso que Elisabeth no andaba lejos—. No te puedo decir mucho más, no recuerda casi nada. Tiene una marca en la muñeca de unos dedos.

—¿Ella está bien? ¿Qué pasó?

Alan se quedó en silencio y Jim oyó la voz de Carlota de fondo.

—Te lo cuento para no hablar de esto cuando llegues a casa. —Respiró hondo y luego pareció moverse—. Subió a darse un baño mientras los demás veían una película en el salón. No tiene muy claro el tiempo que estuvo inconsciente. Se desmayó, pero recuerda al hombre y que la empujó. Luego se despertó en el suelo de la habitación. Cree que debió pasar una hora, poco más.

—¿Nadie oyó nada raro? —inquirió Jim.

—No. Elisabeth estaba dormida en el sofá y los demás se encontraban con ella. Fue Carlota quien despertó a su hermana cuando llamó a su puerta al ver que no bajaba. Robert ha ido a casa a recoger unas cosas. Cuando salía, he aprovechado para llamarte, Jim. Me voy a volver loco.

—Estaré ahí dentro de quince minutos. Buscaremos por la casa cualquier cosa que resulte sospechosa. He mandado los nombres que Rudolf nos dio a uno de mis contactos. Lograremos respuestas. Tienes que calmarte.

Alan dijo que sí con un sonido casi imperceptible y colgó enseguida. Cuando Jim llegó por fin a la casa, estaba sentado en el último peldaño de la entrada fumando un cigarrillo y jugueteaba con una pequeña piedra. Alzó la vista y lo miró fijamente mientras expulsaba el humo. Jim se sentó a su lado y sonrió.

—Que no te supere, Alan —le dijo, pero él parecía perdido en sus pensamientos—. ¿Cómo está?

—Dormida. Elisabeth se ha acostado con ella un rato. Ya sabes, no recuerda nada y el resto cree que ha sufrido una bajada de tensión. Creo que solo nosotros nos hacemos una idea de lo que ha pasado en esa habitación. —Al decir esto, lanzó la piedra hacia unos matorrales y se llevó una mano a la cabeza. Intentó hablar, pero estaba demasiado conmocionado con aquella situación. Era como si cada vez que mencionaba el asunto su mente le recordara que no estaba allí, que no había hecho nada—. ¿Cómo voy a protegerla? —preguntó, aunque era más una frase lanzada al aire. Alan no buscaba una respuesta, se compadecía de ella—. Es como intentar luchar contra un huracán, Jim. Sabes que puede llegar en cualquier momento, pero nada más. Nada más...

Jim detectó sobre el espeso cabello de Alan —siempre peinado con gracia hacia atrás— unas finas hebras de pelo blanco. Se preguntó cuánto tardaría él en envejecer, en perder la rapidez para crear historias o, simplemente, cuándo se quedaría en blanco y no podría volver a escribir. Fue un pensamiento de lo más pueril, teniendo en cuenta que Alan estaba hundido. Siempre le había llamado la atención su elegancia. Jim era un desastre para elegir su ropa, siempre iba con vaqueros, o como mucho con un pantalón algo más elegante, y tenía el pelo revuelto como un adolescente despreocupado y rebelde; en cambio, Alan arrastraba ese aire romántico y cuidado de aquel a quien no le importa ponerse una bufanda verde pistacho o naranja sobre un traje de corte italiano, una excentricidad que le encantaba en la gente y que en él veía a menudo.

—No puedes culparte de algo así.

—No comprendo qué pretende conseguir haciéndole eso, Jim —prosiguió—. Este mundo tiene unas normas y, si tengo que dar por hecho que existe otro

plano, que nos vamos a otro lugar cuando nos morimos, no debería ser posible que ambos se mezclen de ese modo. No es justo para los que nos quedamos aquí. ¡No poseemos su mismo poder! —Ladeó la cabeza y sonrió con melancolía—. Perdona. Ni siquiera tienes nada que ver con todo esto. Vienes a trabajar a un sitio tranquilo y acabas envuelto en una historia para no dormir que...

—No digas tonterías —le interrumpió—. Nunca he hecho nada más en mi vida que escribir cuentos. Cuando vine aquí, quería hacer algo diferente, sentir que valgo para algo más que para entretener a adolescentes con mis historias de Catrina.

—Esto lo tenemos que hacer solos. Lo sabes, ¿verdad? Reunir a todo el pueblo y contar lo que pasa sería generar un caos que no podemos permitirnos, al menos hasta que no sepamos con total seguridad qué pretende ese ser.

—¿Qué te dijo Lark? Cuando volvimos estaba muy afectado y apenas habló.

Alan dejó escapar una risa ahogada y volvió a dar una larga calada al cigarrillo. Era la primera vez que Jim lo veía fumar.

—Lo dejé en la clínica con Tommy y Elena. ¿Qué va a decir? Ese hombre ha dado la vida por Point Spirit. Silenciará lo que está pasando hasta que sepamos algo o logremos averiguar cómo librarnos de ese espíritu. Me dijo que estaba preocupado por el viejo maderero, Paul Jones. Creo que iba a pasar por su casa a primera hora de la mañana. Le extraña, dado su árbol genealógico, que no haya tenido ya algún susto. —Escrutó el rostro de Jim y entornó los ojos. Parecía como si tratara de leer sus pensamientos, o quizá buscaba la forma de decirle algo—. Escucha. Hablaste de una carta en casa de Rudolf. Una que te había dado Elisabeth.

Jim ni siquiera lo miró en ese momento. Observaba la verja de hierro y las flores que decoraban el jardín en penumbra.

—Supongo que pensó que yo podría deducir algo de ella con mi mente creativa —le respondió con agudeza. Luego lo miró y vio que seguía con los ojos fijos en él—. Vamos, Alan, solo es una carta. ¿No pensarás que...?

—Ella confía en ti, Jim, y su madre también. Para serte sincero, todos lo

hacemos.

Aquello parecía una advertencia solapada con suaves halagos. Jim chasqueó la lengua y, tras detectar el paquete de tabaco sobre el peldaño, cogió un cigarrillo y lo encendió.

—No me hagas esto ahora, Alan, no es justo. Ambos sabemos que Elisabeth es una jovencita inteligente, y eso me lleva a pensar en una personalidad fuerte, difícil de aplacar. ¿Quieres que te sea sincero? —Se giró para verlo mejor. Enarcó las cejas y se encogió de hombros—. No voy a negarte que me resulta muy atractiva y que me costó horrores rechazar ciertas actitudes que tuvo conmigo, pero no la toqué.

—¿Actitudes? ¿De ella?

—Así es. Verás, yo creé un personaje perfecto para mis cuentos. Catrina no solo representaba el ideal de heroína, sino que poseía los rasgos que un autor como yo deseaba que tuviera: belleza, inteligencia, la inocencia de la adolescencia y la fuerza de una mujer adulta. Cuando vi a Elisabeth vi a Catrina. Sin embargo, esa vehemencia que me embargó era relativa a Catrina, aquello que Elisabeth representaba de ella. No sé si puedes llegar a comprender lo que te estoy diciendo. Me expreso como un artista. Veo un cuadro y me enamoro de lo que el autor ha plasmado en él, y eso mismo me pasó con Elisabeth.

Alan le lanzó una leve sonrisa a medias.

—Te agradezco esa sinceridad. Solo te pido que no le rompas el corazón.

—Por todos los santos, Alan..., es ella la que puede llegar a rompérmelo a mí, no yo a ella. Tengo treinta y siete años y mis únicos parientes vivos son un par de abuelas con aroma a alcanfor que me recuerdan de vez en cuando que tengo familia y que es longeva. No me he casado jamás, nunca he tenido tiempo para las relaciones personales. Viví y respiré para Catrina, para hacer de ella algo grande. ¿Crees que mi edad y mi experiencia me otorgan el poder de romper un corazón? No soy ese tipo de hombre. Ni siquiera fui un adolescente. Nací ya viejo.

—Pero te irás —afirmó Alan con rotundidad—. Quizá no ahora, ni mañana,

pero tu hogar no está aquí, Jim. Tu vida está en San Francisco y eso es algo que necesito que tengas muy presente.

En aquel momento estuvo a punto de decirle que su hogar podría estar en cualquier parte del mundo, que solo necesitaba un ordenador y un poco de afecto para seguir creando cosas hermosas, que la soledad le empezaba a hastiar. Lanzó el cigarrillo al otro lado de la verja, se incorporó y se situó frente a la puerta de entrada. La fachada y cada pequeño ladrillo que la conformaban parecían hablarle. Era como si toda aquella construcción irradiara una especie de energía, como si poseyera vida propia. Había algo poético en torno a aquella tragedia, algo bucólico en todo lo que estaba pasando y que solo él podía ver entre tanta oscuridad. No odiaba a aquel hombre, ni siquiera le temía; a fin de cuentas, Lucien había sido un pobre muchacho enamorado de su familia que sufrió la traición, una víctima convertida en verdugo. Recordó vagamente su rostro pálido, de espaldas a la ventana de la habitación de Mary Anne, la suave sonrisa de triunfo que le había dirigido y luego todo lo que estaba haciendo. Tenía que haber algo más, pensó, algo que aún no sabía, que estaba flotando en esa casa, entre sus paredes, algo que no percibían, pero que estaba allí dentro.

«Solo tenemos que encontrarlo», pensó.

—¿En qué piensas?

Alan le devolvió a la realidad. Sentía que la vibración de la casa le atraía de un modo inverosímil. Jim miró el reloj y sonrió.

—En que son las tres de la madrugada y tenemos mucho trabajo. Creo que deberíamos descansar algo y madrugar mañana. Esta casa es muy grande, hay mucho que inspeccionar. ¿Le contaste a Robert lo que hemos averiguado?

Alan asintió.

—Mañana tiene que officiar los funerales de los dos pobres chicos, y luego está el tema de Danny Coleman. Le he aconsejado que espere un par de días. No le darán el alta antes de ese tiempo y, si tiene que hablar con él, el muchacho tiene que estar recuperado. Mañana sabremos cómo evoluciona. Lo que tiene ese crío es un susto de muerte.

—¿Y está de acuerdo?

—Eso creo. Amelia lo acompañará al oficio y luego quiere pasar a ver a esa mujer, la echadora de cartas. En el fondo no me parece tan descabellada su idea. Si alguien sabe sobre vudú, brujería y toda esa parafernalia es ella. Nosotros podemos ocuparnos de la casa mientras tanto. Tengo que ir a la clínica, pero serán solo un par de horas para hablar con mi colega, la doctora López. Necesitaré que se ocupe de mis pacientes al menos un par de días y, por supuesto, que vigile a Tommy. Haré que se quede en la clínica para que no esté solo ni un minuto. Esa mujer es de mi confianza y, aunque no le puedo contar toda esta historia, le diré que Tommy sufre alucinaciones y paranoia. En cuanto le oiga decir que le persigue una marioneta, llegará a la misma conclusión. Según Lark, Elena nos ayudará.

—Pero Elena tiene que trabajar. La oficina del sheriff no puede quedar vacía.

—La comisaría está enfrente y Tommy permanecerá sedado gran parte del tiempo. Podremos arreglarnos. Elena sabe lo que pasa y está al tanto de que Lark no quiere que todo esto se sepa. Ella es leal a ese viejo y tiene mucho cariño por Tommy. Es la más adecuada. Sabrá lidiar con la doctora si le surgen dudas mientras yo no estoy.

—Entre todos lograremos respuestas, Alan. Mi contacto en San Francisco es un buen detective, no dudará en trasladarse a Nueva Orleans o mandar a alguien allí para conseguir la mayor información posible sobre la familia de Tobías y sobre esa Magalie. Mañana hablaré con él.

—Yo me haré cargo de eso.

Jim lo miró de reojo y sacudió la cabeza.

—No, Alan, me ocuparé yo. Es cosa mía. Ya sé que soy un forastero que acaba de llegar y que nada de todo esto tiene que ver conmigo, pero ahora estoy metido en ello como tú y me siento en la obligación de ayudar. ¿En qué quieres que me gaste mi dinero? Se supone que para esto debe valer el maldito dinero, para ayudar o para hacerle a uno sentirse útil cuando la gente le necesita.

Alan suspiró y se puso en pie.

—No sé cómo voy a agradecerte todo lo que estás haciendo, Jim —dijo abriendo la puerta, al tiempo que le daba una suave palmada en la espalda.

Él no contestó, simplemente movió la cabeza en un gesto de asentimiento y pasó al interior.

La luz de la cocina estaba encendida y Carlota estaba sentada frente a la mesa. Al verlos esbozó una leve sonrisa y se colocó el pequeño chal que llevaba sobre los hombros. Con un gesto de la mano les invitó a pasar. Había dispuesto varias tazas de porcelana fina en la mesa, también una tetera y varios vasitos diminutos de cristal. Jim se dio cuenta de que tenía uno de aquellos vasos a su lado y que este aún albergaba restos de lo que parecía licor. Puso un poco de té a Alan y luego señaló su vaso.

—A veces me tomo uno cuando no puedo dormir —dijo ladeando un poco la cabeza, pero sin moverse—. Es un licor de hierbas muy suave.

Se puso recta. Llevaba el pelo suelto, algo inaudito en ella, y la larga melena le caía sobre los hombros hasta la cintura, haciendo pequeños bucles en las puntas. Jim se percató del cambio que se gestaba en ella con el cabello de ese modo: las facciones de su rostro se relajaban y se hacían más dulces. Por norma general siempre tenía la cara despejada. Aquel moño de anciana, tenso y colocado con destreza, y los ojos perfilados la hacían parecer una mujer mucho mayor de lo que realmente era. Alan había pasado a su lado y, tras besarla en la mejilla, se sentó junto a ella. Carlota volvió la vista hacia un lado, se incorporó y sacó de uno de los armaritos suspendidos una botella diminuta.

—Amelia ya hace rato que duerme y Elisabeth sigue con su madre —dijo sirviendo un poco de licor en un vasito. Se lo entregó a Jim, que acababa de sentarse. Alan hizo un gesto de negación y ella volvió a tapar la botella—. En cuanto subas con mi hermana la despertaré, Alan.

—Mary tiene que saberlo —afirmó—. No puedo ocultarle la información que os conté antes, ni que Victor era familia de ese hombre. No sería justo, Carlota, lo sabes.

Ella se echó hacia delante y apoyó los codos en el tablero de la mesa. Miró a

Jim.

—¿Te gusta?

—Está muy bueno, Carlota. Es suave. ¿Lo haces tú?

—Menta, hierbaluisa, canela, manzanilla... No te diré mi secreto final. Mi abuelo era un gran maestro en este arte. Tiene que reposar quince días con el aguardiente, pero merece la pena esperar.

—Carlota...

—Lo sé, Alan, lo sé. Lo único que intento es que mi hermana no sufra más —murmuró ahogadamente. Alan la miraba con cierta preocupación—. Cuando dejé Detroit y volví aquí, lo hice convencida de lo que hacía y a qué renunciaba. Siempre cuidé de mis hermanas, qué diablos, era la mayor. Mis padres nos tuvieron muy tarde y cuando nos dejaron yo tenía diecinueve años. Lo único que intento es que Mary no vuelva a pasar por una pesadilla. Es mi hermana menor... Todo esto me supera.

—Debes descansar —manifestó Jim—. Todos estamos muy cansados. Mañana veremos las cosas de otro modo.

Ella asintió muy despacio, luego se levantó y dijo:

—Te acompañaré a tu habitación. Es la última puerta a la derecha. Esperaré a Robert, aún tengo cosas que recoger y no creo que tarde mucho en regresar.

Jim se bebió lo que quedaba de aquel licor y subieron juntos al piso superior. Estaba agotado y, en ese momento, su cuerpo experimentó un ligero bajón. Cuando alcanzó el último peldaño vio salir a Elisabeth de la habitación de su madre. Llevaba un pantaloncito corto de algodón y la fina camiseta no dejaba nada a la imaginación. Por suerte la figura de Carlota le impedía a Alan ver nada y dio gracias a Dios por aquel detalle. Debía de haber puesto cara de idiota cuando Elisabeth sonrió y les dio las buenas noches. Carlota le sacó de sus meditaciones abriendo una de las puertas. Le indicó dónde estaba el baño y entró tras él para cerrar los postigos.

—Te he dejado un par de toallas sobre la cómoda —dijo acercándose a un armario que había frente a la cama—. Aquí tienes más mantas si las necesitas.

No creo que precises usar la mosquitera, con este frío no hay bicho que aguante vivo, pero si te sientes más cómodo, estás en tu casa.

—Gracias, Carlota.

Lo miró y se detuvo junto a la cama. Encendió la lámpara de la mesita, le dio las buenas noches y salió dejándole solo. Cuando escuchó sus pasos alejándose por el pasillo, se quitó la ropa y observó la habitación. Era casi idéntica a la de Mary Anne, al menos así la recordaba: una cama clásica con un cabecero alto de madera, sobriedad en los aparadores y un par de butacas isabelinas en un rincón. Pensó mientras se tumbaba si aquellos muebles habrían pertenecido a Lucien, si aquellas paredes tenían el mismo papel que hacía cien años y se preguntó quién habría dormido en aquella cama. El techo estaba recién pintado, no había la menor duda, y la lámpara de araña que pendía sobre su cabeza parecía tener más de cien años. ¿Habría estado él aquí, tumbado sobre aquella cama? Apagó la luz y observó los pequeños destellos que se filtraban por los resquicios de los postigos de madera. Casi no le dio tiempo a pensar en nada. Estaba muy agotado y, aunque se sentía bien, se quedó profundamente dormido.

Su último pensamiento: ella.

Elisabeth no fue consciente de cómo había comenzado.

Estaba profundamente dormida cuando el sonido de un violín la despertó. Se bajó de la cama con cierto temor y se aproximó a la ventana. Sobre el suave césped del jardín, junto al columpio que se balanceaba, vio al hombre de pie, muy cerca de los sauces y los robles. En ese momento pensó que estaba dormida y que aquello solo era un sueño, pero el hombre alzó la vista con el violín colocado en el hombro y con un movimiento del arco hizo saltar una estridente nota, que alargó hasta que, inclinándose, ejecutó una leve y elegante reverencia. Se dio cuenta de que la ventana estaba cerrada y que, aun así, era capaz de escuchar con total claridad aquella melodía que parecía arrastrarla. Deseaba bailar. Fusas, semifusas, corcheas, blancas... Una sucesión de notas enloquecidas comenzó a sonar. Se alzaban sobre los altos y solemnes robles y se perdían en la oscuridad de una noche con luna. Un extraño y perturbador sonido —una nota tan alta que parecía el grito de un animal herido— la hizo estremecerse de placer. La música comenzaba a envolverla. Quería girar y girar, alzar los brazos por encima de la cabeza y dejarse llevar por aquella composición enloquecida que parecía que solo ella podía escuchar. El hombre sonrió. Ahí estaban sus ojos suspicaces medio ocultos por el sombrero. Era capaz de sentir la vibración de las cuerdas, como si cada vez que deslizara el dedo y cambiara de nota su cabeza recibiera una descarga de energía que la hiciera emocionarse más. Pero entonces el arco se arrastró suavemente sobre el violín y las notas comenzaron a resonar al mismo tiempo. Ahora no había un violín, sino dos o quizá tres. Pero él estaba solo. Tocaba solo.

En ese momento Elisabeth ya estaba balanceándose, mientras apoyaba el peso

de su cuerpo sobre la ventana. Se apartó ligeramente de los cristales y, cuando otra nota sol se elevó de forma brusca, comenzó a girar con los brazos extendidos mientras sonreía.

«*Escucha la música, deja que fluya, que entre en ti.*»

«¿Cómo es capaz de tocar así? ¿Cómo puede mover los dedos con esa destreza y rapidez? —pensó Elisabeth—. Es un fantasma. Él puede hacer lo que desee.»

«*Baila para mí, Elisabeth...*»

La música la envolvía como si fuera un pequeño torbellino de notas que giraran a su alrededor. Balanceaba la cabeza hacia atrás y hacia delante, sonriendo, embelesada por lo que sentía. De pronto aquel jolgorio descontrolado cesó. El arco se apoyó con suavidad sobre las cuerdas y entonó un suave destello de melancolía.

«¡Cuánto dolor!»

«*Sigue bailando, ma petite, no dejes de hacerlo.*»

¿Acaso la música de aquel violín la embrujaba?

Elisabeth se giró hacia la cama en un estado de éxtasis y felicidad absoluta, y fue consciente por primera vez de que su tía Carlota no estaba allí. Ni siquiera había encendido la luz para, de ese modo, contemplar con mayor claridad al hombre y su violín.

—No dejes de tocar, no dejes de tocar —susurró sonriéndole mientras volvía hacia atrás y su cuerpo danzaba hipnotizado por los acordes desenfrenados y nostálgicos de Lucien.

¡Ah, qué maravillosa era aquella melodía! Las notas se transformaban, subían y bajaban locas, incontrolables, para luego volverse apasionadas y delirantes. Se volvió haciendo una pirueta y detectó repentinamente una silueta inerte ante la puerta. Ella rio. Jim estaba observándola con cierta curiosidad, aunque sus ojos estaban vidriosos y parecía totalmente dormido.

—¿Eres sonámbulo? —Caminó hacia él mientras movía los brazos—. ¿Lo oyes? ¿Oyes el violín?

Jim asintió. Parecía drogado cuando curvó la boca en una media sonrisa.

—Deberías estar durmiendo, bonita —farfulló casi con esfuerzo—. Iba al baño... Tenías la puerta abierta y creí...

—¡Es él, Jim! —Estaba enloquecida—. Es ese hombre. Mira, está en el jardín con su violín. ¿Oyes la música? Es preciosa.

Jim asintió mientras se aproximaba hacia la ventana. Otra nota alta distorsionó la melancólica sonata, para volver a cambiar con agudeza.

—Lo veo...

—Pero solo podemos oírlo tú y yo, ¿no es maravilloso?

Lucien elevó la cabeza sin dejar de tocar y sonrió una vez más mientras trazaba un movimiento con el arco. Jim parecía mareado. Se sentó en una esquina de la cama y contempló a Elisabeth bailar en círculos. Finalmente se paró, se aproximó a él y lo besó apasionadamente.

—Ah, no... —gruñó.

—No me importa lo que digas, voy a besarte.

Saltó hacia la puerta como si fuera una contorsionista de circo y la cerró por dentro. Jim seguía sus movimientos con cierta lentitud. La penumbra de la habitación lo ocultaba y solo podía oír aquel violín y la voz de Elisabeth.

—¿Dónde está tu tía? Debería estar durmiendo contigo.

—Debe de haber salido. Estamos tú y yo solos con el hombre y su violín.

Lo empujó con suavidad y volvió a besarlo con avidez y torpeza. Jim llevaba puesto solo un pantalón de pijama y su pecho estaba caliente y sedoso. Su boca sabía a miel. Tenía los labios calientes como si estuviera febril y su mirada seguía siendo la de un borracho encantador que no sabía qué hacía allí. Ella no pudo contener una suave carcajada. La música no cesaba y se hacía cada vez más violenta. Pero entonces él la miró con deseo. Aunque estaba sentada a su lado, Jim no se había fijado en ella de aquel modo hasta aquel preciso instante. La contempló muy despacio, como si se familiarizara con un objeto que le acabaran de entregar. Clavó la vista en sus pantalones de algodón, ascendió hacia su camiseta blanca y analizó sus transparencias. Dijo algo entre dientes

que ella no entendió y Elisabeth volvió a reír. Tenía el pelo revuelto y sus mechones brillantes y negros descendían por la frente y se le metían entre los ojos, aunque no parecían molestarle. Elisabeth se los apartó de la cara y le acarició la mejilla. Era tan hombre y a la vez tan niño...

—Debería...

Le besó para impedirle que siguiera su perorata. Sintió su excitación bajo la tela del pantalón y, cuando otra nota descargó su ira, Jim cayó hacia atrás sobre la cama.

—Es... Paganini... Toca su música, Catrina.

—Lo hace para nosotros, para ti y para mí.

Jim ladeó la cabeza y la observó como si no entendiera ni una sola palabra de lo que decía. En ese momento Elisabeth fue consciente de que Jim posiblemente estaba dormido y que no sabía siquiera ni dónde estaba.

—Jim... —le susurró—, quédate conmigo. Duerme aquí...

Él se rio lenta y gradualmente. Alzó el brazo como si fuera a dejarlo caer en cualquier momento y acarició un mechón de su pelo.

—Y que me maten...

—Acuéstate a mi lado. Nadie se enterará.

Se tumbó junto a él y enroscó una de sus piernas sobre su cintura. Jim respiraba más rápido. Tenía los ojos cerrados y parecía escuchar la música mientras ella le acariciaba el estómago haciendo pequeñas filigranas con los dedos sobre su piel caliente. ¡Lo deseaba tanto! Sin embargo, se entretuvo en los detalles. En otras circunstancias, Jim no hubiese permitido bajo ningún concepto ese íntimo contacto, pero parecía embelesado por los suaves acordes, incluso sedado. No le importó. Cogió su mano. Era grande y fuerte. Le separó los dedos y entrelazó los suyos. Su propia mano era como la de una muñeca comparada con la suya cuando la cerró. Luego jugueteó con su brazo. Tenía un vello suave apenas perceptible a menos que pasaras la mano a contrapelo y era más claro, más rubio. Su pecho le llamó la atención. Lo veía con toda claridad gracias a la luz que entraba por la ventana: subía y bajaba enloquecidamente casi al mismo

ritmo que las notas del violín, y era suave, sin vello y tan liso como el de un adolescente. Le besó en la mejilla, luego en el cuello. Jim pareció asustarse, aunque luego la miró desde su letargo y suspiró adormilado.

—Compórtate, Catrina.

Elisabeth se tapó la boca para no reír. Sentía un calor impropio en ella, un deseo devastador que iba aumentando a medida que jugueteaba con él y sentía su cuerpo arder cada vez que lo tocaba.

Pero entonces algo sucedió. El violín descargó una serie de notas agudas, tan altas que dolían. Varias cuerdas sonaron al mismo tiempo, como el trino de unos pájaros, y la velocidad de la música se volvió anormal, excesivamente rápida y discordante. Jim se giró como si acabara de despertar, Elisabeth se asustó al ver sus ojos negros, tan fijos en ella que creyó que se había despertado y que no se creía dónde estaba. Sin embargo, para su sorpresa la besó. Lo hizo de un modo adulto, casi sucio, metiéndole la lengua en la boca y jugueteando con la suya como jamás lo había hecho nadie. Ella se sintió aprisionada por él.

—Jim...

Él deslizó los dedos por su pantalón de algodón y se lo quitó casi como por arte de magia. Su habilidad y pericia la sorprendieron. Había pasado de la calma más absoluta a la actitud más feroz que jamás hubiera imaginado en él. Elisabeth estaba enloquecida cuando la dejó totalmente desnuda y la examinó.

—Eres una obra de arte... —susurró lanzándose a su boca con la misma pasión—. Y yo, un artista maldito...

—Hazlo, Jim... —le suplicó.

Él simplemente se dejó llevar.

Despertó de madrugada repentinamente, como si alguien le hubiese estado dando golpecitos en el hombro. Loretta había soñado con Ralf. Otra vez. Siempre aquel maldito sueño. Ella de pie, delante del espejo del baño, con la botella de ginebra en una mano y la cuchilla de afeitar de su marido en la otra. Aquella maldita noche ni siquiera se había puesto los rulos para dormir. Ya nunca se los ponía. Primero, porque no quería estar guapa para él —si lo hacía, daría pie a una catástrofe de considerables dimensiones—, y segundo, porque cada vez le resultaba más difícil arreglarse hasta para sí misma.

El sueño realmente no tenía nada de paradójico o chocante. Eran sus recuerdos, retazos de su pasado más terrible, y quizá por esa razón solo lo recordaba cuando soñaba, de un modo involuntario. En su día a día, no hubiese sido capaz de evocar a Ralf y todo lo que había pasado con él. Nunca se había sentido con fuerzas. Tampoco lo deseaba. Pero no todo había sido malo siempre, ¿verdad? Ella tenía quince años cuando se enamoró de él, y cuando una jovencita de esa edad se dejaba llevar por su primer amor, todo solía terminar en una espantosa tragedia. Como en su caso.

Una caravana como vivienda ya podía considerarse un hotel de cinco estrellas para una chiquilla como ella. Ralf, por su parte, había conseguido un buen trabajo en una fábrica de cristal a doce millas de casa. Ralf era un chico con un fuerte temperamento, alto, corpulento y con un pelo tan rubio que, cuando el sol reposaba sobre aquella cabellera, parecía albino. Todas las mañanas a las cinco en punto se levantaba para ir a trabajar y nunca regresaba antes de las cuatro de la tarde. Primero porque no quería y, segundo, porque le gustaba aparcar su vieja camioneta delante de Sugar Beach y pasarse un par de horas bebiendo hasta caer

muerto. Por aquel entonces ya era difícil soportar a Ralf bebido y de mal humor. Aunque los golpes llegaron seis meses después de la boda.

Se mudaron a un sitio mejor. Dejaron Albany y acabaron en Point Spirit. El padre de Ralf había muerto de un infarto cerebral y, como único hijo, la casa y el poco dinero que había en su cuenta le correspondían legalmente. Después de aquello Ralf había dejado de beber un tiempo. Duró poco. En un chequeo médico que tenía que pasar para la empresa, los médicos le diagnosticaron un cáncer de colon, que ya se había extendido hasta los vasos linfáticos. Entonces se sumergió en una especie de depresión a dos: por un lado, Ralf se iba consumiendo y, a medida que esto sucedía, arrastraba a Loretta con él.

Y ahí estaba ella en su sueño, con veinticinco años y un bonito cuerpo de bailarina sujetando una botella de ginebra y la cuchilla. Miraba su reflejo, daba varios tragos directamente de la botella y luego contemplaba los cardenales de los brazos y el último golpe que le había deformado el labio hasta resultar grotesco. Cuando bebía, le ardía la herida de la boca; pero, más que molestarle, hasta le agradaba. Era como una especie de catarsis. El dolor que sentía la purificaba, liberaba su temor o como mínimo la hacía sentirse viva, que ya era bastante en sus circunstancias. Porque después del dolor todo volvía a la calma durante un tiempo, Ralf la dejaba relativamente tranquila y a veces se compadecía de ella, incluso parecía que aún la quería. ¿Tenía sentido aferrarse a eso? ¿Y qué importaba ya?

Jamás hubiese sido capaz de explicar por qué todavía seguía con él después de tantos años. Nadie lo hubiese comprendido. La tomarían por loca. El mundo no contemplaba que una mujer como ella pudiera quejarse de un buen marido como Ralf. Él era amable y zalamero con la gente, trabajaba con ahínco hasta la extenuación y siempre recibía a las visitas con una educación propia de un niño rico y bien criado. Aunque estas siempre eran viejos amigos de su padre. Ralf no soportaba la idea de que ningún hombre pudiera fijarse lo más mínimo en ella. Si eso ocurría, estaba sentenciada, porque la culpa sería de ella, por llevar la camisa un poco abierta o el último botón sin abrochar, tal vez por la forma de llevar las

tazas o simplemente por un gesto. Eso daba igual. Lo más curioso es que, en Albany, Ralf llegaba a casa casi reptando como un gusano; pero en Point Spirit era bien distinto: tenía que aparentar.

Y ese era el gran problema que se cernía sobre ella, porque no existían allí ninguna asociación de mujeres maltratadas o un lugar seguro para huir de él, contar su particular infierno y no volver jamás a sentirse una mierda, una zorra o todos aquellos apelativos que él solía lanzarle cuando la golpeaba —siempre con razón, por supuesto—: un día por no servirle la cena a tiempo, otro por no planchar su pantalón preferido o por insinuar que necesitaba comprar algo de comida y si fuera posible una falda para ella. Cuando Ralf la miraba «de aquella manera», ya sabía lo que venía después. Primero le recordaba que no tenía ya cuerpo para ponerse faldas, luego le recriminaba que si no tenían comida era porque ella se la comía toda y, por ende, el culo le crecía y aquella falda era superflua. A los veinticuatro años recién cumplidos a Loretta se le empezó a caer el pelo de los nervios. Desgraciadamente, uno de esos cabellos aterrizó —para su desgracia— en la sopa de Ralf. Aquella noche la golpeó hasta dejarla casi inconsciente. Siempre en lugares poco visibles, por supuesto. Unas veces en el estómago, otras en la cadera o la espalda. De ese modo nadie podía ver lo que realmente hacía el bueno de Ralf. «El hijoputa de Ralf», había dicho antes de volver a llevarse la botella a la boca.

Aquella noche, la medicación le había dejado atontado. Llevaba tres meses luchando contra el cáncer y cada vez era más difícil soportar sus arranques. Sin embargo, había tenido la suficiente fuerza para abrirle el labio (mira por dónde), perdiendo su habitual cuidado para que no se notara, antes de quedarse profundamente dormido.

Pero siempre era así. Un sueño real, repleto de recuerdos. Ella y la botella. Morir borracha o cortarse las venas, ese era su gran dilema.

Se levantó de la cama. No deseaba pensar más en toda aquella mierda que no hacía más que angustiarse. Habían pasado más de veinte años desde que había enterrado a su marido y, después de eso, la libertad. Montar El Ukelele con el

dinero que le había dejado Ralf fue su mayor venganza. Veía a su marido retorciéndose en su tumba mientras ella progresaba, no como una mujer de su casa o una buena esposa, sino como una persona libre e independiente con su propio negocio y su vida. ¡Y qué placer sentía cuando se acercaba a su tumba y se lo contaba todo!

—Hoy he sacado todo tu dinero de la cuenta, Ralf. Ya sabes, el que tenías escondido y del que no tenía ni idea. Hay mucho dinero, ¿sabes? Pero no te preocupes, porque he encontrado un bonito local a poca distancia de casa y voy a montar mi negocio. También he hecho cambios en nuestro hogar. He donado tu ropa a los indigentes, había mucha casi sin usar. Lo cierto es que el sacerdote que lleva la asociación se ha puesto muy contento. Ahora tengo dos armarios más para mí y me he comprado mucha ropa nueva, sobre todo faldas...

El día que había soltado aquel discurso, sentada sobre el mármol de su tumba, se había imaginado a Ralf y sus enormes ojos azules casi a punto de salirse de las órbitas y mirando «de aquella manera», solo que en aquel momento estaba bajo tierra encerrado en un ataúd de pino y ya no podía hacerle daño.

Fue con ese último recuerdo cuando creyó escuchar la música de un violín a lo lejos y se asomó a la ventana. Observó los diminutos mosquitos que revoloteaban junto a uno de los focos más próximos a la fachada y se quedó unos instantes intentando detectar aquella melodía lejana. Por un momento creyó que solo eran animales. La noche era proclive a traer sonidos extraños, algunos indescifrables. Al cabo de unos segundos volvió a sentirla, suave, lejana, más rápida después. Alguien tocaba un violín y, quien demonios fuera, lo hacía realmente bien. Entonces miró la hora y se dio cuenta de que eran las cinco de la mañana. ¿Quién estaba tocando a esa hora? O, en todo caso, ¿quién escuchaba esa música de madrugada?

Se puso las zapatillas y una bata verde y descendió en completa oscuridad hacia el piso inferior. El sueño había desaparecido totalmente. El problema en aquel momento iba a ser volver a dormirse hasta las ocho. Abrió la nevera y se sirvió un buen vaso de leche fría. Cuando se giró, con la intención de subir a su

cuarto, el vaso se le resbaló de las manos y se estrelló contra el suelo. Había alguien sentado frente a la mesa de la cocina: era un hombre encorvado bajo una mortaja raída y llena de tierra. Una sucesión de olores se alzó sobre ella como los aromas de un puchero recién cocinado: tierra removida, humedad, queso fermentado. Loretta sintió que el corazón le latía de un modo violento. No podía creer que viera lo que tenía delante, no podía entender que estuviera despierta. ¿O quizá estaba dormida y aquello era una pesadilla, una terrible pesadilla? Reaccionó de un modo lento, avanzó dos pasos hacia un lado y contempló la silueta arqueada. Uno de sus brazos reposaba sobre la encimera. La tela que lo cubría estaba deshilachada y llena de jirones. La mano aún mantenía algún resto de carne pútrida y las falanges se veían negras, casi carbonizadas. Cuando aquella cosa se movió y ladeó la cabeza hacia ella, Loretta soltó un grito de estupor. Su cara apenas tenía carne y le faltaba un ojo en una de las cuencas. Abrió la boca como un payaso de feria y sonrió. Cuando lo hizo sus labios se extendieron de tal manera que resultaba chocante y repugnante ver que su sonrisa, anormalmente grande, ocupaba todo el rostro hasta llegar al contorno de lo que habían sido, tiempo atrás, sus mejillas.

—Hola, Loretta —dijo—. ¿Dónde está mi cena, zorra estúpida?

La cosa la miró «de aquella manera» y Loretta sintió que una arcada le subía por el estómago hasta la garganta y que de paso se iba a desmayar; pero imaginarse caer en mitad de la cocina con aquella criatura informe sentada en su silla le provocó un pavor insoportable. Se llevó la mano a la boca y clavó los ojos en lo que parecía su esposo muerto.

—Tú... estás muerto —murmuró al tiempo que volvía a ponerse la mano en la boca para ahogar otra arcada.

Ralf —o lo que quedaba de él— volvió a sonreír, enseñando unas encías ennegrecidas y putrefactas. Uno de sus dientes se desprendió en ese instante y golpeó la mesa con un sonsonete espeluznante.

—Loca estúpida, deja de decir tonterías y ponme la maldita cena si no quieres que te parta la cara.

—Dios mío...

Ralf intentó levantarse, pero al hacerlo su mortaja se enredó con la pata de la silla y una de sus manos quedó colgando de un trozo de tela, mientras señalaba a Loretta con una de las falanges de la otra mano.

—Te he dicho que me pongas la puta cena, zorra —graznó.

Loretta caminó hacia atrás. Tenía que alejarse de aquel ser, huir de allí. ¡Despertar! Estaba convencida de que aquella visión era producto de su mente, no existía. Aferrarse a esa idea era sobrevivir a una locura que se le antojaba demasiado cruel para seguir viviendo. Se dio cuenta de que las arcadas habían cesado. Lo miró con odio desde un extremo de la cocina y sacó fuerzas de la nada.

—¡Sírrete tú la cena, hijo de la gran puta! —chilló.

El ser abrió el único ojo que tenía y ladeó la cabeza como si le hubiesen ofendido gravemente. Loretta no se quedó a mirar qué hacía, salió corriendo despavorida haciendo que sus zapatillas volaran por los aires hasta alcanzar la puerta de la entrada. Cuando la cruzó y se encontró en el jardín, frenó en seco y miró hacia la casa, en dirección a la ventana de la cocina.

—¿Por qué siempre es lo mismo? —susurró—. Tú te quedas y yo huyo aterrada. ¡No lo voy a permitir!

Se giró como si alguien le hubiese puesto la mano en la cabeza y la manejara como una ficha de un juego de mesa. Dio varias zancadas y entró en la caseta de las herramientas. Rebuscó entre el polvo y las cajas algo que pudiera servirle. Vislumbró un hacha y, con ella entre las manos, se encaminó directa a la casa.

—Yo misma te devolveré al sitio de donde vienes, maldito cabrón maltratador.

Cuando atravesó el umbral de la puerta, con las manos y las piernas temblándole de puro terror, se dio cuenta de que estaba vacía y de que no había rastro de Ralf. Durante un largo rato se quedó inmóvil escuchando su propia respiración y los latidos de su corazón. Al cabo del tiempo, cayó de rodillas. La

bata le pesaba, estaba llena de leche y todavía sentía el hedor de la carne, la tierra y el queso. Se inclinó hacia delante, dejó caer el hacha a un lado y vomitó.

Otra vez aquel violín, a lo lejos. Fantasmal y remoto. La suave melodía parecía envolverla como si la abrazara entre sus notas y susurrara en su oído: «*No temas. Deja que la música entre en ti. Olvídate de todo tu dolor*». Fue lo último que logró percibir. Se levantó con torpeza y arrastró los pies hasta el salón. Miró el sofá y se tumbó allí exhausta. No supo si se había dormido o si directamente había perdido el conocimiento.

Loretta no fue la única que esa noche escuchó la melodía del violín. Patsy Logan —también conocida como Patsy la peluquera— estaba profundamente dormida cuando la despertó una terrible pesadilla. Ni siquiera se incorporó, estaba demasiado afectada por aquel sueño. Mientras intentaba que los latidos de su corazón se regularizaran, se quedó contemplando el techo de su habitación. Fue en ese momento cuando oyó el violín.

Había tenido un sueño terrible. Caminaba por una angosta calle del pueblo que no identificaba. Las casas, a ambos lados de la calle, no le resultaban familiares, pero ella tenía que seguir andando hasta llegar a la suya y estaba asustada. Entonces vio el sauce en uno de los jardines anexos. Sus esbeltas y flexibles ramas se movían como empujadas por unas ráfagas de aire. Eran como enjutos brazos de largos dedos señalándola, apuntándola sinuosamente mientras ella no dejaba de caminar, porque sentía que no debía estar allí, que aquel no era su lugar y que tenía que alejarse lo antes posible. En su sueño también oyó el violín; por eso, cuando despertó, se quedó percibiendo aquella melodía lejana que no dejaba de interpretar notas tristes. Volvió a centrarse en su sueño y en la figura encorvada que parecía sentada en una de las ramas del sauce. ¿Qué era aquello? Patsy había pensado que era un ave de grandes dimensiones, pero aquello no tenía sentido, así que avanzó un poco más hasta llegar casi a la altura del árbol y se quedó observándolo con el rabillo del ojo, mientras aminoraba su marcha para tener tiempo, de algún modo, de visualizar lo que demonios fuera aquello. Sintió pánico. La silueta osciló y la rama se combó hacia el suelo mientras saltaba, quedaba agazapada en mitad del jardín y al instante se alzaba y comenzaba a caminar hacia ella. Patsy no tuvo ninguna duda: era una mujer. Su

perfil era delgado. La oscuridad le impedía ver sus facciones, pero tenía una cintura muy estrecha. Era alta y espigada y, cuando se aproximó casi hasta la altura de la verja que delimitaba la finca, Patsy se dio cuenta de que era negra y de que llevaba sobre la cabeza un casquete de tela floreada que recogía y ocultaba su cabello. La mujer vestía una falda larga y una blusa holgada. Tenía una mirada penetrante, labios muy gruesos y los ojos tan rasgados que parecía un gato.

—Tiene un cabello muy hermoso —dijo con un claro acento francés.

Patsy trató de responder a la extraña, pero las palabras se le quedaron atascadas en la garganta y lo único que logró hacer fue sonreír. La mujer había alargado el brazo y tocaba uno de sus mechones rubios. Tenía la muñeca llena de pulseras de colores y, por el aspecto de su rostro, no debía de tener más de cuarenta años.

—He de irme —dijo Patsy. Aquella mujer le daba miedo.

—Tenga cuidado. Sería una pena perder ese bonito cabello.

—Gracias, pero tengo que volver a mi casa. Buenas noches.

La mujer levantó la mano despidiéndose de ella y Patsy continuó su camino hasta llegar a su casa. Cuando entró en el salón y subió al piso superior, se sentó delante del tocador y observó su reflejo durante unos segundos. Soltó la goma que sujetaba su larga melena, cogió unas tijeras y comenzó a cortarse el pelo de un modo irregular. Primero un mechón; luego, otro; a continuación, otro pedazo de pelo, pero con un corte en diagonal. No hacía más que repetir: «Tiene un cabello muy hermoso. Tiene un cabello muy hermoso. Tenga cuidado. Tenga cuidado. Pelo. Pelo. Pelo».

Patsy se llevó las manos a la cara y se quitó los restos de sudor de la frente. ¡Qué horrible pesadilla! De pronto percibió un brillo a la altura de su estómago. Pesaba. Era algo que no debería estar allí. Comprobó aterrada lo que tenía sobre su vientre: tapadas aún por la colcha de la cama, las tijeras de la peluquería. Se incorporó de un brinco. ¡Aquello no podía ser real! Se palpó la cabeza con las manos temblorosas y soltó un chillido de terror al comprobar que su bonita

melena rubia había desaparecido y que sobre el lecho, rodeada de mechones como si fueran flores decorando un cadáver, estaba todo su pelo. ¡Toda su bonita y larga melena! ¡Se la había cortado!

Saltó de la cama, se miró en el espejo y las manos comenzaron a temblarle. Aquello era terrible. ¡Era una fatalidad! Gritó mientras se tocaba la cabeza, mientras intentaba coger algo de lo que aún quedaba de su espléndido pelo diseminado por las sábanas y la colcha, e incluso por el suelo.

«¡Dios mío! ¡Me he cortado el pelo durmiendo! ¿Qué he hecho? ¿Qué he hecho?», se dijo.

Los gritos de Patsy se unieron de un modo indirecto al alarido que su amiga, Rose Baker —profesora y madre de dos niñas, siete casas más allá—, dio nada más bajar a la cocina. Ella no oyó ningún violín. Estaba dormida junto a su marido cuando detectó una serie de pisadas aceleradas por el pasillo y escaleras abajo. Pensó que sus hijas habían despertado en mitad de la noche y se habían puesto a jugar por la casa. Su esposo Dylan, por supuesto, no oyó nada. Estaba demasiado dormido y roncaba como un oso cavernario cuando ella detectó el golpe seco de una puerta, los pasos, las carreras y el crujido de los escalones de madera. Se calzó sus zapatillas, se puso la bata de seda, salió del dormitorio y se asomó a la puerta de la habitación de las niñas con la intención de decirles algo, pero estas dormían profundamente. Fue en ese mismo momento cuando volvió a oír el estruendo y comenzó a temblar. Se asomó a la balaustrada, descendió poco a poco los peldaños y juró por Dios que, si se habían dejado abierta la gatera y había entrado un mapache en la cocina, mataría a Dylan y castigaría a las niñas hasta que cumplieran la mayoría de edad. Al entrar en la cocina, Rose era como una maraca: no solo temblaba, sino que le castañeteaban los dientes. Odiaba a los mapaches con toda su alma y sabía que esos bichos eran bastante agresivos, así que cogió la escoba que estaba al lado de la puerta y avanzó en la penumbra, esquivando tarros de especias, vasos rotos y cubiertos diseminados por todo el

suelo. Otro golpe seco —el de una puerta detrás de ella— retumbó y se giró violentamente. No sabía lo que tenía delante, pero de lo que sí estaba segura es de que no era un mapache. Su cuerpo se convulsionó cuando la sombra del suelo comenzó a gatear hacia ella mientras Rose, escoba en mano, daba pasitos hacia atrás, tropezando con todo lo que se topaba en su marcha. Lo que gateaba tenía brazos y piernas. Lo que gateaba tenía garras y dientes. Reculó trastabillando, tropezó con un tarro de macarrones y cayó de culo sobre todo aquel desaguisado, al tiempo que se arrastraba hacia atrás y la cosa avanzaba más rápido hacia ella. Cuando la tuvo delante de la cara, con la espalda pegada a un armario bajo de puertas batientes, y la escoba aún en su mano haciendo de lanza, rompió a gritar de horror. Aquel ser de ojos negros, labios morados y nariz chata abrió la boca al mismo tiempo que ella y también lanzó un alarido formando un coro con Rose. Fue en ese mismo instante cuando el cuello de la criatura se alargó, pegó su cara a la de Rose y volvió a abrir la boca, de tal manera que parecía que se le iban a desencajar las mandíbulas. Pero eso Rose ya no lo vio. Se había desmayado sobre un kilo de arroz y dos enormes tarros de yogur que rodaban hacia ella.

Cuando Rose perdió el sentido ya eran las cinco y media de la mañana. A esa hora Molosqui llegaba a la gasolinera, como todas las mañanas, y Melisa ya estaba en la cafetería. En menos de una hora los camiones de los transportistas que se dirigían a Portland, Tacoma o Seattle por la interestatal cinco, desde San Diego, Sacramento y Los Ángeles, empezarían a llegar con ganas de desayunar después de unas cuantas horas de viaje.

Molosqui descendió del Buick y entró en la cafetería saludando a la mujer, que en ese momento se recogía el pelo bajo aquel gorrito rosa de heladera que siempre se ponía. Ella se ajustó el delantal y se colocó pulcramente la chapa de identificación.

—Buenos días, Morli —le dijo alzando la cafetera—. ¿Con leche o solo?

El viejo se quitó el palillo de la boca y se acomodó en uno de los taburetes

giratorios de la barra.

—Con leche, Melisa —respondió—. ¿Has oído la música?

—¿Qué música?

Molosqui señaló la cristalera.

—La que suena en el pueblo. Parece un violín. Se oye desde mi casa y ahora, cuando he bajado del coche, también se oía.

Melisa arrugó el ceño y negó con la cabeza.

—Yo no he oído ningún violín. Por cierto, Morli, ya me han contado que tuviste una pequeña trifulca en el bar de Loretta la otra noche.

Molosqui chasqueó la lengua y asintió mientras se llevaba la taza a los labios.

—Tonterías...

—Ya. ¿Quieres un donut?

—No.

Todavía era de noche y el frío había dejado una fina capa de escarcha sobre los pequeños charcos de agua que se acumulaban en los socavones que dejaban los camiones con su peso.

—Hoy entierran a Patrick y a Brady —murmuró, no sin cierta tristeza—. Pobres chicos, qué mala suerte tuvieron.

Melisa le lanzó una mirada de compasión desde la freidora y asintió muy despacio mientras pensaba en aquellos dos críos y en su desgracia.

—Es terrible.

—Hablé con las familias anoche —continuó—. Dado que no podré ir al entierro consideraré apropiado al menos darles mi pésame. Tanto a los Grant como a los Rose. Joder, Morli, no te puedes imaginar cómo lloraban esas madres.

—Parece que nos hayan echado un mal de ojo —alegó Molosqui—. Primero Lorraine, luego esos chicos y creo que ahora Tommy Norton está ingresado en la clínica del doctor Foster.

Melisa se giró y miró a Molosqui con curiosidad. Tenía la espumadera en la mano y más de veinte tortitas friéndose frente a ella.

—¿Tommy? ¿Cómo que está ingresado?

—Ayer me encontré con Bobby, el dueño del Coconut —prosiguió Molosqui—. Vio pasar hacia la clínica al doctor Foster, a Elena y al propio Lark, cargando con él como si fuera un borracho medio inconsciente. Iba delirando. Por lo que Bobby habló con Elena cuando esta salió hacia la oficina del sheriff, tiene un profundo estrés postraumático, cosa que no me extraña en absoluto. Tommy pasó varios años en Irak y hace muy poco que regresó. Cuando uno va allí no vuelve bien, Melisa. Todo acaba saliendo, tarde o temprano. Servir a este país te hace ser un héroe, pero ya sabes que los cementerios y los psiquiátricos están llenos de ellos. Uno va a ese infierno intentando ayudar y acaba loco de remate. Se traen el infierno con ellos y los va consumiendo poco a poco.

—¡Santo Dios!

—Se te queman las tortitas, Melisa.

—¡Mierda!

La mujer se giró velozmente y comenzó a dar vueltas a las masas a una velocidad vertiginosa. Molosqui se terminó el café y se aproximó a la cristalera. Desde allí se veía casi todo el pueblo. Pequeñas carreteritas decoradas con farolas encendidas formando senderos luminosos. Vio a lo lejos la luz de una de las casas encenderse. Un poco más allá otra casa también hizo lo mismo. Como si todas estuvieran conectadas por un hilo eléctrico invisible fueron iluminándose ventanas y jardines. Primero una calle, luego la otra y así sucesivamente hasta que gran parte del pueblo volvía de manera anormal a la vida.

—No son ni las seis de la mañana... —murmuró Molosqui con el ceño fruncido.

—¿Qué dices?

El hombre le hizo una señal con la mano y esta, tras bajar el fuego de la plancha, se aproximó de mala gana y se limpió las manos con el pequeño delantal.

—¿Qué pasa?

—Fíjate —dijo señalando hacia el pueblo—, la gente está despertando al

mismo tiempo. No son ni la seis de la mañana. ¿Cuándo has visto algo así?

Melisa acercó su nariz respingona a la cristalera del bar y aguzó la vista.

—Yo qué sé. Habrán tenido una pesadilla.

Molosqui la miró enfadado y tras chasquear otra vez la lengua volvió a observar el pueblo.

—Claro, Melisa, todos a la vez... ¿Me tomas el pelo? Parece que hayan tocado una corneta en medio de un campamento infantil.

—Pues yo qué sé, Morli. Será que todos han madrugado para el entierro o van a quedar para hacer una procesión. ¿A mí qué me dices?

Melisa volvió hacia la barra y continuó preparando los desayunos sin prestar la más mínima atención al viejo. Este seguía observando la sucesión de tejados y todo el enjambre de luces que parecían conectadas entre sí.

—Esto es muy raro —murmuró—. Demasiado raro...

Molosqui sabía que cuando ocurría algo muy raro siempre pasaban cosas.

Danny Coleman seguía soñando o, dicho de otro modo, seguía atrapado en la campiña del cuadro. Sabía que estaba en un hospital, que sus padres estaban allí y que el reverendo Robert había pasado a verle. Había escuchado sus conversaciones. Su madre estaba desesperada y su padre parecía tan cansado como desdichado. Pero él no podía hacer mucho más. Cada vez que se aproximaba a la ventana de la casita, el suelo se inclinaba y caía como si estuviera en un tobogán al otro lado, contra la pared. Más de una vez había logrado agarrarse a las ventanas, lo justo para ver a su madre durmiendo sobre uno de esos sillones reclinables con reposapiés escamoteables y a su padre dando vueltas en círculos. La segunda vez que logró llegar a otra de las ventanas, el reverendo estaba sentado a su lado y le preguntaba por el hombre del sombrero. En ese momento pudo gritar muy fuerte, aunque el reverendo debía haberlo escuchado en un tono normal, pues no se había asustado. Entonces comprendió que las ventanas eran como sus propios ojos y que al hombre no le gustaba que pudiera comunicarse con otras personas. Usaba el truco del tobogán: cuando Danny estaba muy cerca de las ventanas, hacía que el suelo se volviera a inclinar. El chico tenía que correr con todas sus fuerzas para alcanzar la ventana y, si tenía suerte, se agarraba un momento, lo justo para ver a su alrededor, gritar o incluso decir algo, pero poco más. Cuanto más aguantaba, más se inclinaba la superficie. La vez que más tiempo aguantó quedó suspendido en el aire hasta que sus manos resbalaron; finalmente volvió a aterrizar en el otro extremo de la casa. Cuando esto sucedía, la casa volvía a su posición original y así se mantenía hasta que él intentaba de nuevo llegar a las ventanas. Estaba agotado.

Oyó una voz en el exterior. Una voz familiar, femenina y llena de amor. Lo

único que podía hacer era subirse a la mesa y desde allí otear las ventanas para ver el exterior sin aproximarse. La mesa estaba anclada al suelo, por eso ni ella ni nada de lo que había en la casita se movía cuando el suelo se balanceaba. Era como una especie de maqueta de una casa de muñecas con los muebles pegados al suelo.

—¡Danny! ¡Danny! ¿Me oyes?

Saltó sobre el tablero y se puso de pie intentando divisar algo más allá del campo, de los árboles y las ovejas que iban de aquí para allá y que parecían flanquear la casa. Divisó a lo lejos una pequeña figura con un vestido que ondeaba por la brisa. Tenía un brazo levantado y un bonito sombrero de paja con un lazo que flotaba hacia un lado.

—¡Danny! ¡Soy yo! ¿Puedes verme? ¡Soy Penny!

Oír su nombre le dejó paralizado unos segundos. Las piernas le flaquearon.

—¿Penny? —sollozó casi para sí.

—¡Danny, sé que me oyes y quiero que me escuches! —gritó—. ¡La casita es tu cerebro, Danny! ¡Solo tú puedes luchar contra ella! ¡Por eso tienes que salir y correr! ¡Tienes que luchar contra ella!

Danny comenzó a temblar de miedo. La figura de Penny se mantenía estática y cada vez parecía más pequeña y lejana.

—¿Cómo voy a salir? Él nunca me lo permitirá... —murmuró moviendo los ojos de un lado a otro.

—¡Danny! ¡Tu cuerpo está a salvo, pero tu mente está atrapada en la campiña! ¡Tienes que salir de la casa y correr hacia mí! ¡Y debes hacerlo ahora! ¡Yo te ayudaré!

Repentinamente Penny soltó un silbido muy agudo con los dedos en la boca. Las ovejas se giraron al mismo tiempo y comenzaron a correr hacia ella.

—¡Danny, ahora! ¡Salta contra ella! ¡No es lo que parece! ¡Date prisa, Danny!

Iba a volverse loco. Bajó de la mesa y empezó a correr hacia la ventana, al tiempo que el suelo se escoraba y volvía a trazar un desnivel. Danny tenía la sensación de que subía una montaña llena de nieve. Iba vestido con el pijama del

hospital y estaba descalzo. Resbaló hacia atrás y dio gracias a Dios por no llevar calcetines y no patinar más, pues la inclinación hizo que volviera atrás varios metros y que tuviera que comenzar otra vez de cero su marcha desesperada hacia las ventanas.

—¡Danny, date prisa! ¡No tenemos mucho tiempo!

El chico sudaba copiosamente. La casa se inclinaba más a medida que trepaba. Logró con un gran esfuerzo agarrarse a la ventana y sintió pavor cuando sus pies se despegaron del suelo y quedaron otra vez en el aire. ¿Y ahora qué iba a hacer? Estaba a punto de soltarse. El sudor de sus manos hacía muy difícil agarrarse y le resultaba imposible mantenerse así por más tiempo. Iba a fracasar. En un último esfuerzo se soltó de una mano, levantó las piernas como si fuera un trapecista, las apoyó en el canto de la ventana y golpeó con los pies el cristal.

—No puedo... No tengo fuerzas...

Oyó a su madre llorando muy cerca de él. Escuchó al reverendo Robert diciéndole que le quería, que debía ser fuerte y que todo saldría bien. Sus ojos se llenaron de lágrimas por la rabia y la impotencia. Penny seguía silbando. Hacía gestos con los brazos a las ovejas, cuyos rostros ya no eran los de unos animales agradables y mansos. Tenían los ojos inyectados en sangre y unos dientes afilados que chasqueaban unos contra otros cuando abrían y cerraban la boca. Golpeó con rabia una y otra vez el cristal flexible de la ventana. Lo hizo con desesperación a punto de soltarse y resbalar.

—¡Quiero salir de aquí! ¡No puedes retenerme! —jadeó ahogadamente.

Y entonces el cristal cedió. Se estiró como una especie de caricatura de dibujos animados y se combó hacia el exterior. De otra patada se rompió en pedazos y Danny quedó con una pierna fuera. Apenas le dio tiempo a reaccionar. Las ovejas se giraron al oír el estruendo y corrieron hacia él, mientras se colgaba de la ventana y sacaba medio cuerpo, extenuado ya por el esfuerzo.

—Saldré de la casa y me comerán estas bestias —sollozó saltando sobre la hierba.

—¡Corre, Danny! ¡Ven hacia mí!

En su vida había corrido con tantas ganas. La hierba le hacía cosquillas en los dedos de los pies. Corría haciendo una parábola, esquivando aquellos bichos diabólicos que trotaban en todas las direcciones intentando darle caza; pero él no iba a parar, no iba a ceder. Cuando estaba a punto de llegar a su amiga, algo le clavó los dientes en un tobillo y él profirió un alarido de dolor.

—¡Dame la mano! —gritó Penny.

Él se lanzó sobre ella y Penny le cogió con fuerza por los brazos.

—¡Me está arrastrando! —gritó Danny, al sentir cómo la oveja tiraba de él hacia atrás.

—¡No puede hacerlo! Mírame, Danny, mírame. No existe, no puede hacerte daño. Tienes que decirlo, tienes que creértelo. Estoy aquí y no te soltaré.

Lo abrazó con fuerza mientras sentía la oveja casi colgando de la pierna. Sus ojos verdes y su bonito pelo castaño bajo aquel gorrito de paja le resultaban dolorosos. Era ella, era su amiga, tan hermosa como cuando vivía, tan buena como cuando lo defendía en el colegio. Sus brazos le rodearon con más fuerza y ella lo miró con cariño.

—No existen —repitió Danny—. ¡No existen!

En ese momento, el peso de la oveja y la presión que ejercía sobre su carne desaparecieron. Penny lo sujetó, y la campiña y la casa comenzaron a diluirse hasta desvanecerse. Estaban solos en mitad de un campo lleno de margaritas. Penny le sonreía con la mayor bondad que había visto nunca en los ojos de una persona.

—Escucha, Danny, tengo muy poco tiempo.

—Oh, Penny...

—Danny, en el momento que me suelte de ti volverás a tu habitación y a la realidad. Por favor, escúchame, tengo que darte un mensaje muy importante que debes transmitirle a mi hermana.

—Pero yo no quiero que te vayas, Penny. No quiero volver a perderte.

Ella sonrió.

—No me has perdido, tonto. Nunca me he ido.

—Penny —masculló y se abrazó a ella con desesperación.

—Escucha, Danny. Por favor, es importante. Hay dos cosas que tengo que decirte. Una es imprescindible que se la comuniques a mi hermana lo antes posible: tienes que decirle que todo está donde baila la reina. Sé que no tiene sentido para ti, pero sí lo tendrá para ella. ¿Entiendes lo que digo? —Danny asintió con la cabeza mientras se sorbía los mocos—. Lo otro es sobre tu padre. Escúchame bien, porque luego te soltaré y podrás volver a casa. —Danny volvió a asentir.

Ella le estrechó con más fuerza entre sus brazos y apoyó los labios en su oreja. Mientras hablaba muy bajito, Danny abría los ojos y sonreía. Luego sintió un viento suave en el rostro y un beso cálido y dulce en la mejilla.

—Recuerda, Danny —oyó decir a Penny mientras se apartaba de él—, no queda tiempo. Busca a mi hermana. Y no olvides que te quiero.

Al decir esto sus manos se separaron y Danny comenzó a caer hacia un precipicio oscuro. A medida que descendía, una sucesión de colores pasó a su lado como si viajara en el tiempo metido en una especie de montaña rusa subterránea. No tenía miedo; seguía llorando, pero de emoción. Cuando cerró los ojos y volvió a abrirlos, sus manos golpearon la colcha de la cama. Se incorporó como impulsado por un muelle. Lorna Coleman parecía una lechuza y lo miraba sin decir nada, como si acabara de ver un fantasma.

—Mamá... —dijo saltando de la cama.

—¿Danny? Danny...

Él la besó en la mejilla y salió disparado al aseo para quitarse aquel maldito pijama y vestirse. Tenía prisa. Mucha prisa. Cuando salió, parecía que su madre hubiera visto una aparición. Estaba junto a una enfermera, también impactada por la repentina recuperación del niño, que tenía la misma cara de susto que Lorna. Ambas lo miraban con los ojos muy abiertos.

—Mamá, tienes que llevarme al funeral. Debo ver al reverendo Robert y a Elisabeth. ¿Dónde está mi neceser? ¿Y mis zapatos?

—Hijo...

—¡Mamá! —exclamó, aunque al instante se tornó más amable y respiró profundamente—. Te lo contaré todo por el camino, pero te suplico que me lleves al funeral. Confía en mí, mamá.

—Señora Coleman —protestó la enfermera—, creo que deberíamos hacer una analítica completa al niño antes de...

—Cállese —le espetó Lorna—. Yo misma le traeré cuando regresemos del entierro. Mi hijo necesita ir allí y yo soy su madre.

—Pero, señora Coleman...

Lorna le dirigió una mirada glacial. La enfermera puso los ojos en blanco y salió de la habitación refunfuñando. Danny miraba a su madre, deseaba besarla. La quería más que nunca.

—Gracias, mamá.

—De nada, cariñito.

Cuando subieron al coche, a Lorna le temblaban las manos y sus mejillas estaban encendidas como si tuviera fiebre. Danny estaba en el asiento del copiloto y miraba a su madre con ternura.

—No estés triste, mamá. No tienes por qué estarlo.

Su madre sacó un pañuelo del bolsillo del pantalón y se sonó los mocos. Arrancó el coche y salió del aparcamiento en dirección a la carretera general.

—Hijo, quiero que sepas que te quiero —dijo sollozando—, y que papá también te quiere mucho. Desde que naciste has sido lo más importante para nosotros. Aunque nos hemos equivocado muchas veces, todo... todo lo que hemos hecho ha sido pensando en tu bienestar y en tu felicidad...

—Lo sé, mamá, no tienes que preocuparte por eso ahora. Comprendo lo que pasó, Penny me lo ha explicado todo.

Lorna lo miró con una expresión de espanto y rompió a llorar desconsoladamente sobre el volante, justo antes de incorporarse al carril.

—Eres buena, mamá. Hiciste lo que habría hecho cualquier madre. Solo tenías

miedo...

Lorna lo abrazó con tanta fuerza que Danny creyó que lo iba a estrangular con aquellos brazos largos y delgados.

—Hijo mío... Mi Danny... Eres un pequeño hombrecito. No te merezco como hijo.

—Mamá, por favor, necesito llegar a ese funeral, después podremos hablar de todo lo que quieras; aunque no necesito ninguna explicación más, porque te perdono.

Lorna se secó las lágrimas, se recompuso con elegancia, asintió con la cabeza y aceleró bruscamente en dirección a Point Spirit.

—Ponte el cinturón, Danny, mamá va a saltarse alguna que otra norma de circulación.

Hacía muchos años que Jim no asistía a un entierro. Ese tipo de cosas le provocaban una desazón difícil de controlar. Cuando un amigo fallecía solía pasar por el velatorio como mucho cinco o diez minutos: daba el pésame a quien correspondiese y luego abandonaba la sala con discreción y se perdía entre el gentío aprovechando la confusión. Pero aquel funeral era diferente. La razón, básicamente, estaba en el hecho de que Point Spirit era un pueblo muy pequeño. La iglesia se había transformado en una especie de multitudinaria reunión familiar. Estaba plagada de personas que entraban y salían, se saludaban en la puerta, fumaban un cigarrillo mientras hablaban entre susurros o escuchaban al reverendo Robert. Otros consolaban a un vecino, a uno de sus amigos del instituto o a algún familiar. Después vino la procesión de coches hacia el cementerio, los llantos descontrolados de una madre o el grito ahogado y furioso de uno de los padres. Dos enormes fotografías coronaban el lugar, dispuestas sobre unos atriles de madera. Jim había observado aquellos rostros jóvenes y llenos de lozanía. Desde donde se encontraba apenas veía el perfil afilado de sus rostros laxos maquillados, dormidos, pero inconfundiblemente muertos. El ambiente olía a muerte, a rosas rojas, a gladiolos y a lirios, y él tenía una terrible migraña desde primera hora de la mañana y no sabía por qué.

Durante el sepelio se mantuvo en un segundo plano, apoyado en el tronco de un árbol. Elisabeth, su madre y sus dos tías habían llevado flores a la tumba de Penny y Victor, y habían limpiado los jarroncitos de cristal tallado sobre las sepulturas. Alan había salido muy temprano hacia la consulta y Jim le había pedido que se vieran en el funeral. No habría tenido mucho sentido que regresara a casa para indagar en el desván —él mismo lo haría—, así que subió a primera

hora de la mañana con Mary Anne y Elisabeth a aquella habitación llena de polvo y se pasaron dos horas rebuscando entre los baúles de madera. Había armarios viejos, sillas rotas, espejos antiguos con marcos gruesos plagados de diminutas telarañas y cajas llenas de recuerdos, pero nada que les pudiera ayudar. Elisabeth descubrió en una de las cajas unos bonitos vestidos de tafetán, un collar de perlas, algún camafeo dentro de un diminuto joyero de madreperla y fotografías antiguas, pero ninguna de Lucien o de Magalie. Polvo, más polvo y alguna que otra araña de proporciones considerables. Y aquel dolor de cabeza...

Carlota le dio un ibuprofeno, pero el malestar parecía no remitir. Luego estaba el extraño detalle de aquella mañana: se había despertado en el baño. Sin más. No tenía una explicación, a menos que después de treinta y siete años se hubiese vuelto sonámbulo y le diera por pasear por las casas ajenas. Un detalle peculiar, teniendo en cuenta que vivía solo y que quizá no fuera la primera vez que aquello le pasaba.

La expresión que puso Carlota al encontrárselo medio desnudo saliendo del aseo a las siete de la mañana fue indefinible. Recordaba haberle dicho algo, pero el calambre que sintió en la sien le provocó un dolor terrible y Carlota mudó el rostro. Luego esta desapareció escaleras abajo y, al cabo de un rato, llamó a su puerta con un vaso de agua y aquel diminuto ibuprofeno entre los dedos. El dolor remitió un poco, aunque no del todo; sin embargo, al menos le permitió investigar durante unas horas por el desván y la enorme biblioteca de Victor Berry. La calma no dio para mucho más y el dolor volvió con más intensidad. Alan le dio en la entrada de la iglesia otra pastilla y, al poco de tomarla, pareció mejorar considerablemente.

—¿Habéis encontrado algo? —le preguntó con discreción, a lo que Jim negó taxativamente.

En ese momento, mientras observaba a Robert y la sucesión de rostros compungidos frente a los dos féretros, se preguntó si lograrían sacar algo en limpio de todo aquel asunto. El detective le había llamado una hora antes de salir de casa. Arthur Verdisco estaba exultante y parecía decidido a llevar él mismo el

asunto. Viajaría en persona a Nueva Orleans y le mantendría al tanto de todos sus avances. Jim le recordó nuevamente que no reparara en gastos y que le enviara todas las facturas por correo electrónico, así como toda la información que pudiera recabar. La conversación fue breve. Arthur se había percatado de que Jim no se sentía muy cómodo hablando por teléfono de aquel asunto. Luego el desván, la biblioteca, la mirada pícaro de Elisabeth y la sonrisa de Mary Anne, el dolor de cabeza, dos arañas del tamaño de un pastor alemán y aquel funeral.

—Mary se encuentra muy bien esta mañana —dijo Alan en la entrada de la iglesia—. Ha dormido toda la noche de un tirón y no ha tenido ni una sola pesadilla. Quizá ese espíritu la deje en paz.

Quizá, quizá... Siempre era un quizá.

Volvía a tener ese extraño presentimiento de que la tela de araña se extendía más allá de la casa colonial de Victor Berry y los ocho capataces de la fotografía. Mientras pensaba todo aquello, Alan le sorprendió. Miraba con recelo y curiosidad a unos cuantos vecinos dispersos por la zona.

—¿Te has dado cuenta de eso?

Jim movió la cabeza muy despacio y desvió su atención hacia Loretta, la dueña de El Ukelele. Estaba sorprendentemente elegante, embutida en un traje de dos piezas muy a la moda. La falda de tubo le llegaba hasta la rodilla y llevaba puestas unas gafas de sol que ocultaban la mitad de su cara. Parecía nerviosa, pensó Jim, y no dejaba de mirar hacia una de las tumbas, como si tuviera miedo de que algo surgiera de ella y estuviera preparada para salir corriendo.

—Sí —respondió. Miró a Alan y luego volvió la vista hacia el gentío—. Hay varios vecinos bastante nerviosos. Fíjate en la chica del gorro de lana, la que está junto a las dos niñas y la mujer rubia.

Alan dirigió la mirada hacia la misma dirección y frunció el ceño.

—Esa es Patsy. Tiene una peluquería muy cerca de mi clínica. La otra que está con ella es Rose Baker. Era tutora de Penny el año pasado.

—Parecen muy afectadas. Eso o están cagadas de miedo.

—Me inclino más por la segunda opción —afirmó Alan—. Su marido me llamó a la clínica por la mañana. Me dijo que había encontrado a Rose durmiendo en la cocina cuando se levantó a desayunar. No recuerda cómo llegó allí, solo que tuvo una pesadilla terrible y poco más. Debió de batirse en duelo con una escoba. Tiró media cocina al suelo con ella.

—¿Se sabe algo de Jones?

Alan asintió.

—Está muerto, Jim, aunque no tiene nada de sorprendente si tenemos en cuenta la casualidad. Sufrió un infarto mientras dormía. Lark lo encontró en la cama, con el pijama puesto y arropado. No hay nada extraño en este asunto, era muy mayor y se bebía hasta el agua de los floreros. Ya se veía venir.

—Y ha tenido que ser justo ahora...

—Si ese hombre vivió algo fuera de lo normal, solo él lo sabe. Lo único que te puedo decir es que murió mientras dormía y que tenía el rostro relajado. Casi podría decirte que sonreía. Lark ha contactado con una prima suya que vive en California. Es el único familiar vivo de ese pobre viejo.

Jim se incorporó y buscó con la mirada a Elisabeth. Estaba en un extremo del cementerio junto a Mary Anne y parecía absorta en sus pensamientos.

—Antes me has dicho que esa profesora despertó en la cocina. Algo parecido me ha pasado a mí hoy —confesó.

Alan lo miró con expresión ceñuda.

—¿Qué quieres decir?

—Me he despertado en el baño. No me preguntes cómo llegué allí ni qué hacía sentado en un taburete frente al inodoro. Cuando he salido casi mato de un infarto a Carlota. Ya te podrás imaginar la cara que ha puesto al verme. Estaba medio desnudo, y eso gracias a que me dio por ponerme los pantalones. No llevaba nada...

—¿Me estás diciendo que te has despertado desnudo y sentado en el taburete del aseo? —Alan tensó los labios.

—A mí no me hace ninguna gracia —respondió, aunque en el fondo la cosa

tenía su lado divertido—. Así fue.

—Tienes que reconocer que es para reírse. ¿Eres sonámbulo?

—¿Y tú, Alan?

Alan dejó escapar una risa contenida. Luego asintió.

—Comprendo a dónde quieres llegar.

—Exacto. Tampoco lo sabrías porque vives solo. Yo qué sé. Lo que tengo claro es que, si llega a entrar cualquiera de esas mujeres, o incluso Elisabeth, en el baño, las hubiera matado de un susto. Sin contar lo que pensarían de mí. Ya me dirás cómo explico qué hago en pelotas sentado en un taburete del tamaño de un enano de jardín a las siete de la mañana y con el pantalón del pijama en la mano.

Alan volvió a reír entre dientes. Incluyó levemente la cabeza mientras examinaba el rostro de Jim intentando ahogar una carcajada y suspiró. Luego miró hacia Mary Anne, que estaba radiante con un traje sastre de dos piezas, y se cruzó de brazos.

—Tengo la sensación de que esto se extiende hacia cada vez más personas — dijo—. No solo está jugando con los descendientes de esos capataces. Fíjate en la gente: caras demacradas, gafas ocultando rostros, gestos nerviosos... Aquí pasa algo.

Un grupo de hombres estaba concentrado a varios metros de ellos y parecían elucubrar sobre algo con cierto nerviosismo. Otra mujer joven de cabello pelirrojo y tez muy pálida con unas enormes ojeras se apartaba continuamente el pelo de la cara en un acto reflejo, casi como si fuera un tic.

—Parece que no han dormido desde hace días y que están asustados. Si los observas durante un rato, su comportamiento tiene su lógica.

—Eso mismo estaba pensando yo en este momento.

El sepelio estaba terminando y la gente más alejada de la tumba iba diseminándose por el cementerio, mientras los dos féretros comenzaban a descender con la ayuda de dos hombres que manipulaban un elevador. Robert les dirigió una mirada de complicidad y al instante algo desvió su atención. Un

coche circuló por la pequeña carretera que discurría por un lateral del camposanto y se detuvo a escasos metros de la multitud. Del vehículo se apeó una mujer alta y rubia con un niño de unos once o doce años. Ella le cogió de la mano y se quedó inmóvil, mientras todo el pueblo empezaba a desperdigarse o formaba corrillos, ya alejados del tumulto central. Alan se puso rígido y miró a Robert.

—¿Qué pasa? —preguntó Jim.

—Es Danny Coleman. No entiendo nada. No me esperaba que se recuperara tan rápidamente y aún menos que apareciera aquí. Lorna, su madre, tiene un carácter bastante agrio y, por lo que me ha dicho Robert, no tenía pinta de querer facilitarle las cosas.

—¿Ese es el hijo de Robert?

Alan asintió. El reverendo ya se había puesto tenso como una estaca y despedía a la gente que se aproximaba a él sin prestarles mucha atención. Entonces el niño se encaminó directo a Robert. Se alzó de puntillas y le dijo algo al oído. El reverendo se puso blanco y luego rojo, miró hacia Elisabeth y el resto de las mujeres que aguardaban formando un pequeño corro y habló un poco con el niño justo antes de que este le besara en la mejilla efusivamente y corriera en dirección a ellas.

—Vamos, vamos —dijo Alan casi arrastrando a Jim por un brazo.

—Pero ¿qué pasa?

Cuando llegaron a su altura, Mary Anne tenía los ojos anegados en lágrimas y besaba al niño. Jim se dio cuenta del parecido físico que guardaba con Robert: tenía el pelo rubio encrespado y los ojos del mismo azul brillante. El chiquillo estaba nervioso, casi parecía ansioso, pero dejó que Amelia lo abrazara. Luego Carlota lo besó con ternura y le dijo que tenía muy buen aspecto y que parecía haberse recuperado muy rápido.

—Tengo que decirle algo a Elisabeth —murmuró con una voz muy dulce—. Es un mensaje muy urgente de Penny.

Al decir esto, las hermanas se miraron y Mary Anne se llevó la mano a la

boca.

—Sé que parece una locura, señora Mori, pero le juro que si estoy aquí es gracias a ella. Mientras estaba enfermo vi a Penny. Ella me ayudó a salir del cuadro. Me salvó del hombre del sombrero.

Elisabeth rompió a llorar. Robert ya había llegado a la altura de ellos.

—Me ha dicho que te diga que todo está donde baila la reina. Yo no lo entendí, pero Penny me dijo que tú comprenderías su mensaje. Lo que buscas está donde baila la reina. Creo que eso es lo que me intentó decir. Y que os quiere. ¡Estaba preciosa!

—Dios mío, Danny... —murmuró Amelia sollozando.

—Ahora he de irme. Tengo que regresar al hospital para que me miren la sangre, aunque estoy bien. —Se giró hacia Robert—. Te escuché desde la casita. Oí tus palabras cuando viniste a verme al hospital y Penny me ha contado lo que pasó.

Robert arrugó la frente en un gesto de confusión. Parecía desbordado. El niño tiró de su manga y sonrió.

—Mi madre también me ha dicho que pasaré unos días contigo.

—Solo si tú quieres, Danny —respondió Robert con cierta dificultad—. No tienes ninguna obligación.

El chico sacudió la cabeza haciendo un gesto que a Jim le recordó muchísimo a Robert.

—Entonces me llevaré una mochila.

La voz del niño era tierna y agradable, casi parecía un pequeño ángel con aquel cabello tan rubio y las mejillas arrojadas por la emoción. Se volvió hacia Mary Anne y sus hermanas, que no dejaban de sollozar, y luego hizo rodar sus ojos hasta Elisabeth, que se había agarrado con firmeza al brazo de Alan y se sorbía la nariz como si fuera una niña.

—Elisabeth, donde baila la reina —le repitió.

Ella se encogió de hombros y asintió.

—Gracias, Danny. No sabes lo mucho que significa para mí lo que me has

dicho. ¿Estaba bonita?

—Más que nunca, Elisabeth.

Tras decir esto volvió a besar la mejilla de Robert y se alejó por el camino hasta la verja. Su madre le esperaba de pie, apoyada contra el coche con un cigarrillo entre los dedos. Cuando Robert la miró, ella sonrió. Pero fue solo un destello. Luego abrió la puerta del coche y dejó que su hijo entrara antes de cerrar con firmeza. Tras esto, lanzó el cigarrillo al suelo, se subió al vehículo y dejó una nube de polvo en forma de remolino tras de sí al arrancar.

—Elisabeth, ¿qué significa lo que te ha dicho? —le preguntó Alan.

Mary Anne se había puesto muy pálida y Amelia la consolaba dándole suaves golpecitos en un brazo de un modo afectuoso, aunque ella también estaba muy nerviosa y afectada.

—*Por el camino de piedras, baila la reina. Ella y su traje de fiesta, baila la reina. Tiene un precioso cepillo, de finas perlas. Por el camino de piedras, baila la reina* —canturreó mecánicamente, al tiempo que parecía meditar sobre aquellas palabras. Al cabo de un momento alzó la vista con los ojos muy abiertos y se limpió las lágrimas de la mejilla—. Las cosas de esa mujer... Cantábamos esa canción en el columpio. No están en casa... No es ahí donde tenemos que buscar. Están en el jardín. ¡Están enterradas allí!

TERCERA PARTE

CRUCE DE CAMINOS

*Es la llama de mi alma cual lumbrera que brilla en el recinto sepulcral:
casi extinta, invisible, pero eterna...
Ni la muerte la puede aniquilar.*

LORD BYRON

Había pasado más de un año y medio desde aquella noche en que, borracho y hastiado por toda aquella guerra sin sentido, cometió un error que le acompañaría el resto de su vida. Tommy aún tenía pesadillas. Soñaba con el campamento de Kabul, con el despliegue del ejército en aquel territorio hostil lleno de polvo y arena del desierto que habían adaptado a la vida americana. Construyeron varios tenderetes para vender hamburguesas y perritos calientes. Ningún soldado comió durante mucho tiempo los alimentos que los aliados les ofrecían o les llevaban en pequeños camiones. Parecía una tontería, pero la comida era su nexo con su hogar. Saborear lo mismo que tiempo atrás habían comido con sus familias o el simple detalle de tomarse una buena cerveza, un chuletón o un refresco proveniente de allí. El honor primero, el café después.

Tommy a veces, solo a veces, se olvidaba de que estaba en Afganistán. Hasta que sonaban las bombas en el campo de pruebas, los helicópteros se elevaban con las tropas y, desde el cielo, uno era consciente de la devastación, las escombreras y todas las ciudades y pueblos destruidos.

—Cometí un terrible error, Elena —murmuró mirando al techo.

Tenía la mirada vidriosa por la medicación. Apenas se notaban las marcas provocadas por la marioneta. Sus grandes ojos verdes se movían inquietos de un lado a otro de la habitación, a veces por miedo, otras por dolor. Estaba aterrado, más que en toda su vida, y tenía que hablar con alguien.

Lark estaba apoyado contra la pared. Había pasado tan solo un momento por el entierro y luego se había escabullido. No le gustaban los funerales. Tampoco era bueno consolando a la gente y la mañana había sido extrañamente activa: primero el tema de Paul Jones, luego esos chicos y ahora «su muchacho».

Se quitó el sombrero y lo dejó sobre la mesita con ruedas que albergaba una comida que Tommy no había tocado. Miró a Elena. En esos últimos días había bajado de peso considerablemente y tenía la cara más afilada, sin contar con las dos vueltas que le daba la falda. La mujer estaba sentada junto a Tommy, con las manos reposando sobre su regazo y la cabeza gacha. Lark era viejo y a veces parecía estúpido; sin embargo, conocía los sentimientos que Elena albergaba por su chico. Alguna que otra vez se había burlado injustamente de ella. Consideraba a Elena una gran profesional, pero poco agraciada para Tommy. Ahora se arrepentía de sus bromitas pesadas, porque ella no se había movido de su lado, lo cuidaba de un modo casi obsesivo, y Tommy respondía bien a sus atenciones.

—Pero yo no le hice nada. Os lo juro por mi vida, no hice nada —prosiguió en mitad de su delirio—. Ella era joven y se fijó en mí. Era muy bonita, ¿sabéis? Vivía allí. A veces... a veces dejaba su precioso rostro al descubierto y nosotros cuidábamos de ella. Le dábamos todo lo que necesitaba para sus hermanos. Tenía muchos y pasaban hambre... Pero aquella noche fue una locura. Ni siquiera recuerdo exactamente cómo pasó o lo que desencadenó tal catástrofe. Estábamos borrachos de dolor. Uno no sabe lo que es eso. Te quema por dentro y no puedes hacer nada para pararlo. No hay medicamentos para ese tipo de dolor. ¡Habíamos perdido tantos hombres! En una operación... en el desierto... Confiaba tanto en mí...

Elena movió la cabeza hacia un lado. Lark carraspeó.

—Tommy, tú no fuiste el culpable.

—Eso no es cierto. Yo la llevé allí y dejé que se relacionara con todos los soldados. Creía que se olvidaría de la maldita guerra, que disfrutaría un poco de ese país que no conocía, de nuestras costumbres, de nuestra humanidad. —Soltó una risa lenta y luego se llevó la mano a la cara—. Las hijas de la guerra. ¡Ni siquiera sé por qué sucedió aquello! Estaba a mi lado y en una fracción de segundo la había perdido de vista. Luego oí sus gritos, sus lamentos y aquellas risas... Cuando intenté llegar al barracón, apenas me tenía en pie. ¿Cómo iba a ayudarla? ¿Cómo iba a salvarla de ellos? ¡Oh, Dios mío! —exclamó ahogando

su lamento con la mano—. ¡Fue terrible! ¡La violaron! ¡Todo por mi culpa! Y aquellos ojos..., aquella forma de suplicarme ayuda... ¡Y no hice nada! Me... me sujetaron... Me...

—¡Basta, por favor! —gritó Elena—. ¿No te das cuenta de que no pudiste hacer nada, de que estás pagando una penitencia que no te corresponde?

—¡Era mi responsabilidad!

—¡Eras solo un niño vestido de soldado jugando a matar! —bramó Elena.

Tommy la miró confundido y al mismo tiempo asustado. Lark había bajado la cabeza y se dejó caer en el sillón más próximo.

—Esa marioneta lo sabía... Me hizo revivirlo todo. Me devolvió al desierto, al campamento, y me sentó delante de aquel espectáculo aberrante para recordarme entre susurros que yo no había hecho nada por ayudarla, ¡que era un maldito cobarde! La guerra eterna..., esa que premia a los fuertes destruyéndolo todo... He visto el lamento pasar junto a mí, el llanto reflejado en los caminos, los cementerios improvisados en Jalalabad.

—Basta, Tommy... —suplicó Elena.

—Esa marioneta no es real —dijo Lark—. Es un mero instrumento de un espíritu rabioso y vengativo. Tu bisabuelo fue capataz de él en vida. Supongo que tu abuelo te contó la historia de Bridal Veil. Algo tienes que saber de ella. Por eso te persigue. Por eso te atormenta, Tommy. Solo usa tus miedos, tus fallos, tus debilidades... Si te quisiera muerto no estarías aquí ahora mismo. Lo que busca es verte loco y amargado.

Tommy abrió los ojos y la boca como si fuera a gritar.

—Pero no eres el único, chico. Hay más personas que están como tú en estos momentos. Demasiadas...

—Bridal Veil... —susurró amodorrado. Los calmantes comenzaban a hacer efecto y cada vez le resultaba más difícil hablar—. Allí empezó todo...

Mary Anne se mantuvo durante un buen rato frente a la ventana, mientras Jim y Alan comenzaban los trabajos en el jardín. Durante todo el camino de regreso a casa se había sumergido en un silencio necesario.

Las palabras de Danny habían mellado sus fuerzas, aunque en el fondo de su corazón se sentía muy feliz. Era como si velara a un muerto por segunda vez. Su pequeña hija, el amor de su vida, su esposo. Todas sus creencias religiosas, que eran muy profundas, habían pasado a un segundo plano desde hacía meses. No solo era la presencia de aquel espíritu o el hecho de saber que su hija se había aparecido a su mejor amigo, sino que también estaba todo lo que acontecía a su alrededor. ¿Quién sería capaz de soportar todo aquello? Sin duda, ella.

Sí, era cierto, había pasado muchos días custodiada por un dolor lacerante que le encogía el corazón y le había arrancado de cuajo las ganas de vivir durante un tiempo; sin embargo, en aquel momento se sentía fuerte. Quizá había sido esa misma fortaleza lo que le había hecho no reaccionar ante la declaración de Alan sobre Victor y su parentesco con Lucien. En aquel tiempo, ¿qué importancia habría tenido aquello si él se lo hubiese dicho? No estaba segura de ello, como tampoco estaba convencida de que su esposo ocultase esa parte de su vida o sus razones, pero ahora le traía sin cuidado todo aquel asunto. Victor la engañó alguna que otra vez. ¿Qué le importaba una más? Eso fue lo que le había dicho a Alan, y él la había mirado con cierta compasión y amor, para luego besarla secretamente tras la puerta de su habitación. Mary Anne había deseado en ese momento no tener que confesarle a Alan que conocía los escauceos de su esposo cuando viajaba, pero en el fondo necesitaba quitarse ese peso de encima y el doctor representaba la antítesis de Victor. Eso era lo que realmente tenía

importancia para ella, lo que hacía que Mary Anne olvidara el pasado y todas aquellas noches de soledad en vela.

Mientras pensaba en todo aquello, ni siquiera se había dado cuenta de que su hija se había aproximado a ella y observaba el jardín con la misma atención. Pero, antes de que Mary Anne pudiera decir una sola palabra, la voz timbrada de su hermana Amelia la sorprendió y se volvió hacia ella.

—Me gustaría contarte algo, Mary —dijo aproximándose—. Todavía no se lo he propuesto, pero quería hablarlo antes contigo.

—¿Qué sucede?

—Nada, no te asustes, solo estaba pensando en ayudar un poco a Robert. Dentro de unos días su hijo irá a su casa y creo que podría quedarme con él para que la situación no fuera tan violenta, para echarle una mano con la casa y el niño, y que tenga más tiempo para hablar o incluso algo de compañía.

Mary Anne sonrió y desvió la vista hacia Elisabeth. Esta se retiró en dirección a la cocina con un gesto de asentimiento y complicidad.

—Estás enamorada de él, ¿verdad? No hace falta ser muy avisado para verte ese brillo en los ojos cuando lo tienes delante, Amelia.

Esta se ruborizó. Luego asintió muy despacio y suspiró.

—Me da mucha pena, Mary, no solo por todo lo que ha tenido que callar ese hombre y soportar durante años. Sé que para él es muy difícil esta situación. Tiene muchas cosas de las que hablar con ese niño, pero el día es muy largo y quizá yo pueda ayudarle a pasar este trance.

Mary Anne le cogió ambas manos y se las besó con ternura.

—Estaremos bien, no te preocupes. Habla con él lo antes posible. Piensa un poco en ti, Amelia, ya va siendo hora. Sabes que Alan y Jim estarán aquí con nosotras.

Durante unos segundos, ambas hermanas se mantuvieron en silencio y luego se abrazaron. Después Amelia salió del salón y al poco la oyó bajar de nuevo las escaleras y salir de la casa.

Se dirigió hacia la cocina. Elisabeth estaba bebiendo un vaso de leche junto a

la encimera y seguía los movimientos de los dos hombres en el jardín. Mary Anne torció el gesto en una suave sonrisa al comprobar que ambos estaban con el torso desnudo. Parecían discutir en qué dirección cavar y si la tierra debía irse amontonando en un lado o en el otro, por la forma de mover los brazos de Alan y el gesto ceñudo de Jim mirando hacia uno de los extremos más próximos a la verja.

—Si piensas que tu madre no se ha dado cuenta de cómo miras a ese escritor, estás muy equivocada, jovencita —dijo de pronto. Elisabeth se encogió de hombros—. No voy a soltarte un sermón, cariño, solo quiero que tengas cuidado y que seas consciente de que Jim no va a quedarse siempre aquí, hija. —La chica miró a su madre con cierta impaciencia y suspiró. Mary Anne prosiguió—: Lo que trato de decirte es que midas tus pasos, Eli. No quiero que sufras ni que te apresures y, sobre todo, que hagas algo de lo que puedas arrepentirte.

—¿Algo como qué?

—Como enamorarte de él, para empezar.

La amabilidad con la que su madre hablaba siempre con ella había suscitado entre ellas una relación de mucha ternura. Incluso en aquel momento, en el que cualquier otra madre hubiese puesto el grito en el cielo ante la idea de un posible romance entre su hija adolescente y un hombre mucho mayor que ella, Mary Anne mantenía ese carácter sosegado y comprensivo.

—¿Y si ya lo estuviera, o creyera estarlo, dada mi edad? —inquirió sin dejar de observar a Jim—. Sé que a las chicas como yo les pasan estas cosas, o al menos creo que es lo más lógico y normal.

—Tú nunca has sido como las demás chicas, mi amor. —Mary Anne miraba al frente, hacia la ventana—. Siempre he sabido que te sentías atraída por las personas más experimentadas que tú, por sus conocimientos o por todas las buenas conversaciones que podrías conseguir con ellas. De muy pequeña, te encantaba sentarte en el regazo de tu padre cuando venía a casa con sus amistades y te quedabas en silencio escuchando todo lo que decían. No tenías ni cinco años y ya te hechizaba ese ambiente. No te movías. Te acurrucabas en su

pecho con aquel chupete rosa y tu mantita y pasabas horas allí, en silencio, observándoles a todos. Luego, cuando fuiste un poco más mayor, heredaste de tu padre la pasión por la lectura. Me pedías que te pusiera un cuento en el tocadiscos y luego te quedabas horas leyendo todo tipo de libros o tebeos, mientras oías música infantil o la historia de la Bella Durmiente. Eras una niña tan especial...

Elisabeth parecía azorada.

—Mamá...

—Dentro de unos días cumples diecisiete años, Eli —prosiguió—. Desde que eres una niña deseas ir a la universidad, formarte y salir de aquí. No renuncies a todo eso por un amor no correspondido, hija. Si lo haces, no te lo perdonarás jamás.

—Das por hecho que él no siente o no sentiría algo por mí.

—Elisabeth, no conozco a Jim como a ti. Sé que es un hombre bueno, que nos está ayudando de un modo desinteresado y que tiene unos principios dignos de halagar, no me cabe la menor duda; sin embargo, es un hombre, un joven con sus necesidades, con su pasado y con una vida que no está aquí.

—A lo mejor su vida sí que está aquí, mamá —replicó ella con voz entrecortada.

Su madre la miró sin acabar de comprender lo que había dicho. Con un gesto lento y elegante se apartó la melena hacia atrás y observó el brillo de la encimera.

—Mamá, te he mentado —confesó Elisabeth. En ese preciso instante sus mejillas se sonrojaron—. Cuando me dijiste en el funeral que me alejara del que susurra, no te comprendí, no entendía a quién te referías; pero yo también le he visto y Penny también, mamá. Ella siempre decía que era bueno, un ángel enviado por papá para cuidar de ella porque estaba enferma. Aunque yo siempre supe que eso no era cierto porque él ya estaba aquí antes que nosotras, antes incluso que papá.

Mary Anne tenía el gesto crispado por la duda. Se volvió hacia su hija y

ambas quedaron una frente a la otra.

—Ese hombre no es bueno, Elisabeth. No puedes dejar que...

—Déjame terminar, mamá —imploró—. Por favor. Cuando Penny cayó enferma y luego todo se volvió más agresivo y perdió el pelo, me decía que él la consolaba. Le enseñó canciones y, cuando todos nos íbamos a la cama, él se sentaba a su lado y le contaba muchas historias. Penny nunca le temió. Jamás se sintió amenazada por él, sino todo lo contrario.

—Ese ser ha matado, hija. Ha hecho muchas cosas que no podría explicarte en estos momentos, pero que no tienen nada que ver con la bondad...

—Ya lo sé y eso es lo que no entiendo, pero también sé que él no quiere hacerme daño.

—¿Qué te ha dicho? —Mary Anne comenzaba a ponerse nerviosa—. Por favor, Elisabeth, dime la verdad.

La joven se apartó de la ventana y se sentó en una de las sillas de madera que había frente a la mesa. Deslizó las manos por la superficie grumosa de la teca y suspiró.

—Me dijo que Jim cuidaría de mí, llegado el momento, y que tenía que ser fuerte cuando las cosas comenzaran a cambiar. Anoche escuché en sueños un violín. No recuerdo muy bien lo que pasó después. A veces me vienen fogonazos de imágenes y logro recordar algo, pero poco más. La cuestión es que lo escuché, estaba bajo mi ventana. Luego el sueño se nubló y, cuando he conseguido recordar algo de él, Lucien estaba junto a mi cama. No podía verlo, mamá, pero sabía que estaba allí. Lo percibía.

—Santo Dios... Ese hombre se llevó a Danny, hija. ¡Fue tu hermana quien lo ayudó a liberarse!

—¡Hay cosas que no comprendo! —exclamó sobresaltada—. No entiendo su dolor cuando murió Penny, ni por qué se preocupa por mí. Y luego todo ese daño a nuestros vecinos, lo que les pasó a los chicos, a la señora Owens. Tampoco comprendo por qué le hicieron tanto daño. ¡Se lo arrebataron todo, mamá!

Elisabeth bajó la cabeza. Al instante pareció sorprendida por algo y se sonrojó.

—Oh... —murmuró y se tapó la boca.

—¿Qué pasa?

—Nada —respondió—. Solo... solo hago conjeturas, mamá.

—¿Ese hombre te ha dicho que habrá cambios?

—Algo así —dijo entornando los ojos—. Fue ayer y no recuerdo bien sus palabras.

—No nos queda mucho más por lo que sufrir... —Mary Anne miró a su hija y luego sonrió. Tenía claro lo que iba a hacer—. Por favor, hija, recuerda lo que hemos hablado. Sé cauta. Y ahora, vete fuera, te mueres de ganas por salir al jardín.

Mary Anne miró a su hija. Su boca estaba curvada en una suave sonrisa, aunque sus ojos traslucían tristeza. No encontró palabras para expresar lo que sentía en ese momento. No era capaz de verbalizar el aliento.

—No es malo...

—Sal con ellos, hija. Ayúdales un poco —repitió su madre—. Hace una buena tarde y no les queda mucho tiempo antes de que empiece a oscurecer.

Dicho eso, Elisabeth echó a andar por la cocina y salió por la puerta lateral. Cuando Mary Anne se aseguró de que todos estaban fuera y de que Carlota no volvería del pueblo hasta bien entrada la tarde, se irguió con solemnidad y subió al piso de arriba. Entró en su habitación y cerró la puerta con llave. Se aproximó a la ventana y corrió las cortinas hasta dejar un fino espacio entre ellas, lo suficiente para que siguiera habiendo luz en la estancia. Necesitaba respuestas y las iba a conseguir. Al menos lo intentaría. Aun a sabiendas de que tendría que pagar un precio por ello.

—Lucien Mori —dijo con firmeza—, sé que puedes escucharme, sé que puedes oír mi llamada. Manifiéstate.

Nada. Creyó percibir un suave burbujeo como el de un grifo y se asustó. Se movió algo incómoda. Estaba de pie delante de la cama, en el centro de la

habitación. Por un momento se sintió muy sola y espantosamente vulnerable. Se frotaba las manos sobre el vestido de algodón, le sudaban.

—Lucien Mori —repitió—, te pido que te manifiestes. ¡Escucha mis palabras!

Antes de que pudiera terminar la frase, las cortinas, detrás de ella, comenzaron a balancearse suavemente y una ráfaga de viento le golpeó la cara. Cerró los ojos. Advirtió un suave perfume dulzón y algo la meció como si estuviera de pie sobre una pequeña barca y se balanceara mar adentro. Al abrir los ojos, el espíritu estaba frente a ella a un par de metros, junto al rincón. Su aspecto no era muy diferente al de la última vez, aunque en ese momento no parecía tan pálido. Varios pensamientos algo obscenos se le pasaron por la cabeza cuando le miró. Tenían que ver con un encuentro en esa misma habitación, él sobre ella, susurros y placer. Sacudió la cabeza como si pretendiera apartar una bandada de pájaros y lo miró fijamente. Lucien se mantenía inclinado con un hombro reposando sobre la pared. Una de sus piernas se doblaba sobre la otra y tenía los brazos cruzados ocultos por su abrigo largo. Bajó los párpados muy despacio y la miró. Mary Anne sintió un escalofrío por todo el cuerpo. Sus provocativos ojos oscuros y la curvatura perfecta de su nariz le conferían un aspecto aniñado, pero a la vez hostil y feroz. Aunque tenía la boca grande, no resultaba desagradable, todo lo contrario, al tener unos labios gruesos y bien perfilados. En milésimas de segundo Mary Anne se dio cuenta de que su rostro era inocente y propio de un joven dulce; sin embargo, era su mirada, descarada y sibilina, el elemento que alteraba esa armonía.

—*Madame...*, tiene una forma un tanto tosca de solicitar mis servicios —susurró muy despacio, con una suave y sedosa voz.

Mary Anne sentía el pulso disparado y todo el cuerpo en alerta. Tenía claro que si ese ser volvía a ponerle un dedo encima quedaría expuesta a aquel extraño influjo que poseía y perdería cualquier recuerdo de lo que pudiera pasar.

—Quiero hablar contigo —dijo con un leve titubeo de su voz.

Lucien se puso recto y su cabello volvió a revolotear sobre su frente. Fue en ese preciso instante cuando Mary Anne se dio cuenta por primera vez de que lo

tenía castaño, del mismo color que Elisabeth. El espíritu avanzó varios pasos, pero ella alzó la mano con cautela.

—No sigas, por favor... Necesito hablar contigo. No quiero odiarte.

Aquella frase provocó una extraña reacción en el hombre. Abrió los ojos y ladeó la cabeza como si fuera un perturbado. Luego pareció sonreír de un modo frío y superficial.

—No puede odiarme, *madame...*, por mucho que se esfuerce. ¿Aún no se ha dado cuenta? No obstante, haré un esfuerzo por complacerla. Esperaré.

—¿Qué quieres de nosotras?

—Todo.

Mary Anne respiró profundamente. Le temblaban las piernas y sentía una extraña presión en la cabeza, como un zumbido de avispas revoloteando en su cerebro.

—Lucien..., quiero comprender, quiero poder entender por qué mis hijas te han querido y por qué estás haciendo todo esto. ¿Cuál es el fin?

El espíritu se desplazó hacia un lado. Observó su ropa, las suaves curvaturas de la tela de raso de su camisa, su abrigo, su pantalón oscuro y aquella fina piel sin vello. Pero había algo anormal en todas aquellas texturas, algo etéreo y volátil. Sus manos eran fuertes, pero con largos dedos. Era como si en torno a él se acumulara una especie de aura efervescente, que luego desaparecía. Entonces el hombre se hacía más sólido, más compacto y real. Se preguntó si dentro de él podría estar latiendo un corazón, si era capaz de recrear cada músculo y cada órgano humano, si podía sufrir o amar.

—El fin... —susurró Lucien de un modo arrullador—. No veo fin. No soy un adivino. Soy lo que no soy. Sus hijas llevan mi sangre, la sangre de mis ancestros. Son mi progenie. Y me humilló, *madame...*, cuando lloré por ella, por Penny. Yo intenté salvar su cuerpo cuando no hacía más que compadecerse de sí misma, y su forma de pagarme mis años de devoción y protección fue despreciándome.

—Creí que querías llevártelas. Pensé que ibas a hacerles daño.

—Se equivocaba.

—¿Por eso me castigas? ¿Por eso me usas y te aprovechas de mí...?

Lucien contrajo el rostro en una mueca de desaprobación y ofensa. Mary Anne se quedó callada y volvió a dar un paso atrás.

—Usar, aprovechar... Conceptos demasiado humanos que no guardan ningún tipo de relación con lo que soy. Su mente interpreta mi energía como un ser humano, Mary Anne... Toma la información de lo que siente y lo clasifica con un nombre, pero, si cree que cuando abran esa puerta van a ver a dos amantes, se equivoca. No abuso de su hospitalidad, me nutro de su energía. Usted siente placer. Lo llama por un nombre y vuelve a equivocarse. Posee un cerebro unido a una envoltura y por eso es limitado. Su cuerpo no le permite ver lo que yo veo, sentir lo que yo siento. Lo de este lado... está vetado para los vivos. Soy energía, *madame*, solo juego con sus sensaciones y las transformo en placer lo más humanamente posible... —Al decir esto sonrió con picardía y caminó hacia ella haciendo sonar la madera bajo sus zapatos—. ¿Qué ve...?

—Veo un hombre de carne y hueso. Por favor, no te acerques más.

—Un hombre que puede tocarla y hacer que sienta. —Deslizó la mano por su mejilla y al instante tiró de su brazo y la estrechó contra su pecho—. ¿Qué oye...?

—Un corazón. —Estaba mareada y aquel ser irradiaba un calor ominoso y seductor que provocaba en ella debilidad.

—Evolución... —continuó pausadamente en su oído—. Yo también aprendo de mi condición. Cuando desperté en este nuevo plano era un niño indefenso y aterrado. No comprendía nada. Pero poco a poco mi mente fue adquiriendo los recuerdos y todo mi sufrimiento me sobrevino. Toda mi desgracia... Y ahora..., puedo juntar mis partículas, cada átomo, puedo formar un cuerpo o al menos lo que más se asemeja a lo que fui. Una envoltura tan falsa como lo fue mi vida.

Nada más decir esto deslizó sus labios por su mejilla. Al instante se apartó y Mary Anne quedó en un estado de ensoñación, con los ojos vidriosos y fijos en él.

—¿Por qué provocas tanto dolor?

Lucien arrugó la nariz con un gesto de asco y tensó las mandíbulas.

—¿Dolor? Dolor es la traición de aquellos a los que alimentas. Dolor es perder todo lo que amas en vida. Eso es dolor, *madame*. No se compadezca de ellos. No tiene la menor idea de lo que albergan en sus tristes corazones.

—Mataste a unos niños. ¡A unos niños! —exclamó y al instante se tapó la boca, pero el espíritu ya la había asido por el cuello y la miraba con ferocidad y rencor.

—No... —susurró con rabia—. No..., ellos fueron los únicos responsables de su final, ellos y la juventud inconsciente del que nada valora, porque no aman la vida ni aprovechan nada de lo que les ofrece. Yo solo les doy la visión de sus miedos, les susurro sus defectos tan profundamente que se temen a sí mismos. Yo... les confieso sus pecados y les permito ver el horror que alberga su cerebro... Yo... Solo yo...

—Me estás ahogando, Lucien. Por favor...

—Y lo haré si no deja de decir estupideces. Quizá de ese modo pueda comprender toda la verdad. Muerta...

La empujó contra la cama y Mary Anne se desplomó sobre la colcha. Lucien se aproximó hacia la ventana, ojeó el exterior por el pequeño espacio abierto entre las cortinas de Damasco y suspiró lentamente.

—Sea buena, *madame*. Ahora sabe que no pretendo dañar a su hija. Ella es parte de mí como lo fue su marido. Todo lo demás no le concierne. Sus dudas se disiparán. Manténgase fuerte para lo que viene y no rece, no sirve de nada.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué va a pasar?

Lucien sonrió de un modo perturbador. Se aproximó a la cama y se situó sobre ella. Mary Anne tenía la sensación de que flotaba, no sentía su peso, solo su presencia y aquellos dos terribles ojos observándola. Se inclinó y sus labios rozaron su oreja una vez más.

—La amo, *madame*, por el simple hecho de haber sido el vientre que albergó mi descendencia durante nueve meses. Pero no sea cara de mantener... Tiene

muchas cosas que agradecerme, diría que demasiadas... No traicione mi confianza, porque le arrebataré lo que más ama y conocerá un dolor tan enloquecedor que deseará estar muerta en vida. No me subestime y no deje que lo hagan. Su doctor, sus hermanas... Todo lo que ama. Con el tiempo comprenderá muchas cosas.

—¿Me amenazas? —le recriminó con odio.

Él entornó los ojos y sonrió.

—Es una advertencia velada.

Pasaron tres días con sus noches hasta que la pala de Alan chocó con algo duro bajo toda aquella tierra que parecía no llevar a ningún sitio. Tres días en los cuales Alan y Jim se turnaron casi hasta la extenuación. Primero fue un hoyo lo suficientemente profundo para enterrar un cadáver —o dos—, luego aquello se convirtió en una catacumba subterránea en toda regla. Cavaron tan profundamente que llegó un momento en el que tuvieron que utilizar una escalera de metal para bajar y subir. Y a veces se desesperaban porque no lograban dar con nada, aunque en lo más profundo de su fuero interno ambos sabían que tenía que estar allí.

Durante el tiempo que se prolongaron los trabajos, nada parecía ir mal, al menos en casa de las hermanas Morelli. El pueblo era otra historia. Amelia se había ido con Robert para acompañarlo y al final resultó que los quebraderos de cabeza no venían de su nueva y estrenada relación con Danny. Cada día, cuando entraba en su iglesia, había seis o siete vecinos —a veces incluso más—, exasperados por hablar con él de sus extraños sueños, sus pesadillas y todas aquellas visiones que les perseguían. Point Spirit estaba sufriendo una epidemia de locura nocturna. Muchos caían enfermos o directamente se encerraban en sus casas y se negaban a salir a trabajar o a comer. A los que no les sucedía nada anormal les tocaba soportar, sin comprender apenas nada, los llantos y las paranoias de sus familiares más cercanos. En las reuniones parroquiales había personas que aseguraban que se habían encontrado vagando como sonámbulos a algún que otro conocido. Otros directamente salían despavoridos gritando de sus casas, corriendo como si el mismo diablo les persiguiera y aparecían, horas después, agazapados en algún recóndito lugar del pueblo, jurando y perjurando

que algo les hostigaba. La clínica del doctor Foster se llenó de personas fuera de sí, incapaces de dormir por temor a sus delirios. Las habitaciones del pequeño edificio se transformaron en un avispero de familiares y enfermos. Tuvieron que comprar camas, contratar más personal y reorganizar la clínica para poder albergar un número mayor al esperado habitualmente. En una ocasión, al salir del trabajo, Alan se encontró con la figura desgarbada y huesuda de Tom Coler, el carpintero, plantado como un poste de la luz en mitad de la carretera. Llevaba puesto un bóxer y su bata. Cuando Tom vio a Alan, recorrió al trote la distancia que los separaba y lo abrazó.

—Puedo volar —dijo. Levantó los brazos y los agitó de arriba abajo—. Escaparé de la cosa con dientes. Esa cosa no tiene alas. ¡No tiene alas!

En un primer momento, Alan pensó que estaba como una cuba, pero simplemente estaba sonámbulo. Lo acompañó a su casa mientras Tom Coler seguía en su intento de salir volando y se aseguró de que se acostara.

El caso de Tabby Loo, por ejemplo, fue de los más comentados. Una jovencita de veinte años cuyo mayor deseo en la vida era convertirse en modelo y mudarse a Nueva York. Tabby engordó en una semana la friolera de seis kilos y casi se volvió loca. Nadie sabía qué le estaba pasando, ni la razón de su repentino aumento de peso, cuando la muchacha se cuidaba hasta límites insospechados. Su madre la encontró una noche sentada delante de la nevera. Estaba dormida como un tronco, comiéndose todo lo que pillaba con ambas manos.

El alcalde Julius Morrison no daba crédito a la situación por la que estaban pasando tantos vecinos, aunque el sheriff Lark sabía lidiar con aquel viejo estúpido carente de inteligencia y lo mantenía engañado y alejado de las quejas vecinales lo máximo posible. Pasada una semana, se celebraría la tradicional fiesta del inicio del año y el tipo estaba más preocupado por cómo iban a lograr beneficios otro año más que en la veintena de vecinos medio enloquecidos que vagaban por las noches por los pasillos de la clínica, mirando por encima del hombro cada vez que el más mínimo sonidito llegaba a sus oídos.

Pero no eran solo veinte vecinos, sino muchos más. Y esos eran los que

preocupaban a Alan, dado que se negaban a ingresar o tan siquiera hablar de lo que les sucedía. A veces, cuando paseaba por el pueblo para coger su coche y regresar junto a Mary, o pasaba por alguna tienda para comprar algo, detectaba esas pequeñas señales en ellos: tics nerviosos por la falta de sueño, ojeras pronunciadas, nerviosismo, agorafobia y una marcada irritabilidad.

Después estaba Jim. Su sonambulismo había llegado a la cúspide. Una noche se había despertado en el aseo. Hasta ahí todo iba bien. Pero, en otra ocasión, Alan lo había encontrado columpiándose sobre el tremendo socavón que ambos habían abierto bajo el columpio. Casi se había caído por las escaleras al intentar llegar hasta él, creyendo que bajaría de aquel trozo de madera y se rompería las piernas, si no la cabeza, en el fondo del hoyo.

Alan había pensado que el estrés empezaba a hacer mella en él, que todo aquello había supuesto un exceso para un tipo que no tenía lazo alguno con los acontecimientos y que le afectaba en mayor medida, porque luego estaba Elisabeth y esa forma de provocarlo sutil pero detectable, al menos para Alan. La no tan niña comenzaba a exteriorizar una personalidad adulta y muy femenina. La timidez de la adolescencia había dado paso a la astucia de una mujer en toda regla, aunque apenas le quedaban unos días para cumplir los diecisiete años. Alan solía observarla de un modo discreto cuando todos se reunían en el salón o durante las cenas y comidas. Una situación necesaria para Carlota, que ahogaba sus temores entre pucheros y cacerolas. Servía verdaderos festines mientras se entretenía guisando para todos y luego sonreía por los innumerables halagos que recibía. Una sonrisa fría, como siempre, o un asentimiento con dignidad y orgullo, en otros casos. Carlota siempre había sido así y sin duda así seguiría el resto de su vida.

Con todo esto, Mary Anne cada vez estaba más fuerte y recompuesta. No había día que no visitara la tumba de su hija y su esposo hasta casi el mediodía. De noche, dormía de un tirón sin ningún tipo de medicamento. Alan disfrutaba de ella hasta la extenuación. Mary Anne se había abierto de un modo sensual y voluptuoso. Todos los años que había permanecido como una sombra errante,

inestable y en gran medida aletargada habían dejado paso ahora a una mujer más segura de sí misma, con una notable inclinación a la sensualidad. No había noche que no se entregara a él con una pasión imposible de describir.

Tommy Norton y Danny Coleman eran los únicos que habían mejorado considerablemente. Tommy se mudó unos días con su compañera de trabajo Elena y fue el mismo Lark el que informó una tarde a todos, mientras tomaba un café junto a Carlota, de que el muchacho no había vuelto a tener ningún incidente. Tampoco Danny había tenido más encuentros con el hombre del sombrero desde que estaba con Robert y Amelia. El niño no se sentía asustado cuando llegaba la noche y tenía que dormir solo. Amelia solía leerle algún libro interesante hasta que se quedaba dormido y siempre quería acompañar a Robert allá donde fuera. Le gustaba ir a la iglesia y ojear todos aquellos volúmenes que Robert guardaba en casa sobre psicología o religión. Durante las cenas acosaba al reverendo con preguntas existenciales sobre Dios y la Biblia. Amelia en aquel momento se daba cuenta de por qué Danny acudía a escondidas a ver a su padre. Sentía cierta atracción por todos aquellos misterios que Robert explicaba desde el presbiterio. Todo lo que no entendía lo preguntaba en forma de torrente de dudas, una detrás de otras. Robert se reía cuando el chico lo miraba esperando una respuesta rápida a todo, luego comenzaba a hablar y el niño lo observaba embelesado. Amelia detectaba una llama chispeante en los ojos del pequeño Danny, un niño con un coeficiente intelectual por encima de la media y un profundo sentido de la vida y del amor. No sabía si eran los genes o el propio capricho del destino, porque Danny siempre había estado allí, oculto en el último banco, mucho antes incluso de saber que a quien admiraba con tanta devoción era en realidad su verdadero padre.

—Tenemos que abrir la caja en algún momento —anunció Alan sentado frente a la mesa del salón.

Todos estaban allí sentados, a excepción de Danny y Elisabeth. Su madre

había pedido a ella con su habitual calma que se fuera arriba a leer un poco con el niño. En un primer momento, Elisabeth no pareció encajar bien que tuviera que irse. Estaba igual de ansiosa por saber qué había dentro de aquel baúl corroído y deseaba quedarse, pero fue Jim el que alzó la voz en aquel instante:

—Elisabeth, por favor... —imploró—, ve con Danny.

Ella lo observó con los ojos muy abiertos para luego bajar la mirada, en un gesto de sumisión que desconcertó a Alan y dejó medio loca a Amelia. Robert había quedado igual de impresionado que los demás. La señora Woods, la vidente, que había llegado pocos minutos antes, arrugó el ceño y vio cómo subía las escaleras con Danny. Carlota repiqueteaba con los dedos la mesa y estaba pálida y ausente.

—Abre esa maldita caja de una vez, Alan —murmuró Mary Anne—, y que sea lo que Dios quiera.

—Está bien —dijo este soltando el anclaje de metal oxidado.

Tiró de la lengüeta de hierro y la levantó con brusquedad. Cuando el cofre comenzó a abrirse, las bisagras chirriaron de un modo violento y el olor a tierra húmeda y vejez se elevó por encima de todos como si se hubiera extendido un polvo invisible por toda la atmósfera. Fue una sensación extraña, pero por un momento todos los allí presentes oyeron unos suaves susurros en su interior.

—Está bien —dijo con solemnidad Catherine Woods incorporándose con torpeza—, empezaré a sacar cada objeto. Lo tocaré e iré diciendo qué es. Si lo sé, por supuesto.

—¿Qué son todas esas inscripciones y dibujos que hay tallados por dentro? —preguntó Alan pasando la mano por la superficie rasposa.

Había una serie de símbolos y palabras que no entendía: una cruz tallada con sumo cuidado de la que pendían lo que parecían ser cadenas y botellas, y extraños nombres en un idioma desconocido.

—Es la cruz vuduista, doctor Foster —dijo la anciana—. No significa lo mismo que para el catolicismo. Es un cruce de caminos. Para la religión vudú, la cruz es la escenificación del lugar sagrado donde confluyen el camino de los

muertos y el de los vivos. Los demás símbolos pueden ser *loas*, espíritus protectores; hay cientos y cada uno cumple una función. Es habitual que los objetos de culto se protejan bajo los nombres de sus *loas*. Para esta religión estas deidades son las que rigen el destino humano.

—¿Quiere decir que son una especie de ángeles? —preguntó Robert.

—Algo así, reverendo.

Catherine se inclinó sobre el cofre y sacó varios objetos, que depositó en la mesa.

—Creo que nuestra primera amiga no necesita ningún tipo de presentación —repuso observando la pequeña muñeca de cera vestida con trapos rojos y deshilachados—. Esto no debería asustar a nadie. Las muñecas vudú han sido muy deformadas en las novelas y las películas de miedo, pero la religión vudú no es solo una religión de maldad. Es una religión politeísta de armonía y sobre todo de tolerancia, y se basa en las relaciones entre el mundo de los vivos y el de los muertos, como muchas otras religiones de los principios de los tiempos. Sus vínculos... —Pasó sus viejos dedos por la cera intacta.

—¿Vínculos? —casi chilló Carlota—. ¿Cuáles puede haber entre los vivos y los muertos, por el amor de Dios?

—Señora Morelli —comenzó a hablar la anciana—, la religión vuduista nació de la esclavitud misma. Era la vía de escape de los esclavos negros, pero sus prácticas ya existían en tribus muy antiguas de la región occidental de África. Todas esas creencias atravesaron el Atlántico en la época del tráfico de esclavos. Se mezclaron con la religión cristiana, tomaron símbolos de ella (por temor a ser descubiertos, dado el odio que sentía el hombre blanco hacia aquella religión) y evolucionó. Pero el origen principal radica en ese vínculo, como muchas otras religiones ancestrales: los vivos se dirigían a los muertos y a todos los espíritus para pedir consejo, ayuda, protección, venganza...

Jim ojeó los objetos de la mesa. Estaba aquella muñeca horrible y deforme que Catherine sujetaba con una mano temblorosa y algo agarrotada, una especie de tarro de cerámica, una extraña maraca hecha con una calabaza. Junto a aquel

objeto, una caja que parecía hecha con tierra cocida. Alargó la mano y la cogió. Cuando la abrió observó una especie de harina amarillenta que olía a rayos.

—Déjeme ver eso, señor Allen —pidió la mujer. Apoyó el dedo sobre su contenido y luego lo olfateó y se limpió los restos con la falda—. Parece una especie de harina de maíz. Se usaba para confeccionar los símbolos sagrados que se trazaban en el suelo o en las paredes. En este tipo de ritos no se permitían las tintas o cualquier clase de pintura. Los productos químicos no eran muy bien recibidos para las invocaciones.

Amelia contempló la maraca de calabaza con suma atención. La movió suavemente y comenzó a sonar una diminuta campanilla y algo más en su interior.

—No haga eso, por favor. Es una maraca sagrada, y lo que vibra dentro son semillas y vértebras de serpiente.

Aquellas palabras hicieron que Amelia soltara el objeto como si quemara, con un gesto de asco.

—Para los vudúistas ese objeto sirve para llamar a los *loas*, a los espíritus. Su sonido y su vibración les atraen. Hace unos meses me daría la risa, pero visto los acontecimientos prefiero no hacerlo sonar. No solo se trata de lo que podría asemejarse a ángeles, como bien ha dicho el reverendo, también entre los *loas* están los demonios o los espíritus inquietos.

—Señor, esto me resulta muy desagradable y una locura —se lamentó Robert.

Mary Anne le sonrió con cierta melancolía y le puso la mano sobre el hombro.

—No es una locura, reverendo Robert. Todo tiene una jerarquía —afirmó con contundencia la vidente—. Usted es reverendo de su iglesia. Los vudúistas tienen su propio reverendo: el *houngan*. También puede ser una mujer, aunque no recuerdo el nombre con el que se las denominaba. Creo que *mambo* era el término que usaban, aunque no estoy segura. Cada *houngan* tiene su maraca sagrada, por lo que entiendo que el propietario o la propietaria de ese baúl era quien se encargaba de celebrar los ritos.

Alan deslizó la mano dentro del baúl y sacó un tarro de cristal con un líquido

rojo coagulado.

—No toque eso, doctor. Es sangre de cerdo con total seguridad.

—¡Qué horror! —exclamó Amelia.

Catherine dejó el tarro a un lado y sacó un pebetero, varias velas de diferentes colores, telas, otra muñeca de cera, pequeños frascos con aceites y varios saquitos en los que parecía haber algún tipo de hierbas. Luego depositó en la mesa unas tijeras, un tambor con cintas rojas colgando de sus extremos y más cajitas con hierbas y cenizas. El semblante de la anciana comenzó a crisparse cuando sacó un cráneo humano, varios cuchillos y una cruz de hierro. Se inclinó entonces sobre el baúl y dio un pequeño grito de sorpresa.

—¡Oh, por Dios! —exclamó llevándose la mano a la boca—. ¿Ven ese dibujo de la base?

Todos se inclinaron. Había una serpiente dibujada en la superficie del baúl en tonos rojos y azules muy intensos. Ni siquiera el paso de los años y la humedad de la tierra habían logrado borrar un solo detalle del animal.

—Es una serpiente —contestó Mary Anne sin mostrar un atisbo de expresión.

—No es el baúl de un *houngan*, al menos no de uno normal. No son los objetos de un sacerdote vuduista según lo conocemos todos o incluso ustedes pueden imaginar. Esto perteneció a un *bokor*.

—¿Qué demonios es un *bokor*, Catherine? —preguntó Alan con cierta irritación.

—Eso mismo es un *bokor* —respondió ella con los labios temblorosos—, el mismo diablo de la religión vuduista, el mago negro, el hechicero que interpreta el vudú de la forma más degenerada posible, doctor Foster. Lo más temido en esta religión. La magia negra y la nigromancia unidas con el fin de destruir.

Jim no podía quedarse quieto. Examinó muy despacio los objetos de la mesa y comenzó a elucubrar sobre Magalie y todos aquellos trastos. Mientras toqueteaba cada uno de los fetiches, los demás se miraban con cierto temor y luego contemplaban la figura impávida de Catherine Wood, tiesa como una vela y con la vista fija en el fondo de aquel cofre.

—Entonces, esa mujer, la niñera de Lucien, ¿era una *bokor*? —preguntó Mary Anne mirando hacia Jim, que tenía la maraca en la mano y comenzaba a sacudirla.

—No lo sé, señora Morelli. —La anciana miró a Jim y se dirigió a él—. Por favor, deje de azuzar eso. No sabemos lo que...

—Quizá sería la única solución —gruñó sacudiéndola una vez más—, que alguien apareciera y de paso nos explicara de qué va toda esta mierda, por qué medio pueblo está en un estado de paranoia colectiva, por qué yo me despierto en diferentes sitios de esta casa o por qué coño...

El calor le golpeó el rostro y se quedó callado. Escuchó un lejano tambor. Algo pasó por delante de la puerta y se perdió por el pasillo. Una sombra. Jim se levantó de un salto y caminó hacia la salida, asomó la cabeza y oteó en ambas direcciones, pero no vio nada. Se giró y se dio cuenta de que todos lo estaban mirando como si acabaran de ver a un loco.

—Jim, ¿qué demonios pasa? —preguntó Alan.

—Nada. Me ha parecido ver algo...

—No tiene ninguna gracia —graznó Carlota.

—No pretendía bromear. He dicho que me ha parecido ver algo y solo me he levantado a comprobar que no era Danny o Elisabeth a hurtadillas.

Súbitamente sintió un aroma a fuego, como si alguien hubiese encendido una chimenea a su lado y crepitara violentamente mientras los maderos y pilotes ardían. Se sentó unos momentos en uno de los sofás y escuchó las voces lejanas de los demás hablando de quemar todos los objetos para hacerlos desaparecer. Qué risa, pensó. Cerró los ojos. Tenía que concentrarse en aquella información y tratar de sacar algo lógico de todo el asunto, pero solo logró amodorrarse.

Una imagen le vino a la cabeza de un modo violento y apabullante: Elisabeth a su lado, sobre una cama, el suave sonido de un violín y su joven y bonito cuerpo desnudo enroscándose entre sus piernas como una deliciosa serpiente. «Compórtate, Catrina —decía él—. Quédate conmigo. Voy a besarte.» «Hazlo, Jim», repetía ella. Pero entonces aquella sacudida le contrajo todos los músculos

de su cuerpo. Su mente dejó de tener lógica y deslizó las manos por aquel cuerpo pequeño y delgado. «¡Pervertido, perverso!», oyó gritar a Larry.

Después, otra imagen. Otra noche. Su cama. Ella deslizándose sinuosamente en un sepulcral silencio entre sus sábanas. La luz de la luna atravesando los diminutos espacios de los postigos cerrados y su pequeña y jugosa boca explorando todo su cuerpo.

—No me jodas, hombre...

—¿Decías algo, Jim?

Desvió la vista hacia la mesa y vio a Alan inclinado sobre el respaldo de la silla.

—Tengo que salir un momento —murmuró casi atropelladamente.

—¿Te parece buena idea lo de quemarlo todo? Si tienes que salir lo haremos nosotros. Podemos volver a enterrarlo en el mismo socavón.

—Me parece perfecto, Alan. Voy a casa. Hace un rato me ha llegado un correo del detective al móvil y aún no he podido leer nada. Preferiría hacerlo desde el portátil. Así no me quedo ciego, de paso.

La cabeza le iba a estallar. Iba a matar a «Catrina». *Catrina y el perverso. El despertar de Catrina.*

Al tiempo que se levantaba tuvo otro pensamiento de lo más espeluznante: él no tenía que estar allí, ni siquiera tenía derecho a ello. Tenía que haberla conocido de otro modo. Haber hablado con ella en una de esas bonitas cafeterías de San Francisco, en un lugar normal, en un sitio común. ¿Se había acostado con ella? Su mente se movía a una velocidad inusual. Sintió un escalofrío por todo el cuerpo y un deseo inconmensurable se apoderó de él de un modo enfermizo, casi depravado. Se imaginó a Elisabeth desnuda, en el suelo, retozando como una mujer adulta y experimentada e invitándole a poseerla, a jugar con ella. Le sobrevino una especie de mareo y, al caminar hacia la puerta, tuvo que agarrarse al marco. Sintió la mano y la suave y denodada voz de Mary Anne justo en su oído.

—Jim..., no dejes que juegue contigo, no se lo permitas.

—¿Qué?

Mary Anne lo miró. Todos lo observaban extrañados.

—¿Estás bien, Jim? —oyó decir a Robert, que estaba a punto de salir disparado hacia él.

—Sí, solo me ha dado una bajada de tensión.

Pero Jim miraba a los ojos de Mary Anne. Estudiaba su belleza, sus facciones relajadas, la ternura de sus ojos y toda aquella comprensión.

—Mary..., nunca... nunca ha sido mi intención...

Ella pestañeó sutilmente, esbozó una sonrisa leve e imperceptible y asintió.

—Lo sé —respondió con gentileza—, pero no dejes que juegue contigo. Sé de lo que hablo. No dejes que te maneje porque te volverá loco, Jim.

La cabeza de Jim era una amalgama de imágenes que iban y venían, como si alguien le insuflara toda aquella información sin piedad. Mary le cogió del brazo y salió con él hacia fuera disimuladamente. Ni siquiera sabía si ella era consciente de a qué se refería cuando le hablaba de sus intenciones. No estaba seguro de nada.

—Jim, sé que ese ser dijo que cuidarías de ella. Me lo confesó Elisabeth hace poco y no tengo claro si la razón es porque quiere acabar con todos nosotros, pero, si llegara el momento, te suplico que no la dejes sola.

—No digas tonterías, eso no va a pasar.

—Jim, dame tu palabra.

—Mary, no os va a pasar nada. Por el amor de Dios.

Lo miró con cierta desesperación.

—Está bien. Si te sientes más tranquila, te doy mi palabra. Pero olvídate de esa tontería, porque no va a suceder nada de lo que crees.

El rostro de Mary Anne se relajó al instante y Jim descendió las escaleras. Necesitaba salir de allí, alejarse de la vibración de aquella casa y del influjo malsano que ejercía en él toda aquella atmósfera.

—Volveré dentro de un rato. —Se giró hacia ella—. Mary, soy una buena persona, no quiero que lo olvides nunca.

—Lo sé, Jim.

*Nueva Orleans,
24 de septiembre de 2016*

Estimado señor Allen:

Llevo tres días en esta ciudad y creo que tengo cierta información que puede interesarle. Ayer sin ir más lejos me aventuré por la calle South Rampart y no se puede imaginar la cantidad de establecimientos de lo más peculiares que crecen en cada rincón y que se alimentan de la superstición. Pero el dinero hace milagros y a los viejos supercheros les encantan los dólares de más. Le sorprenderá, pero lo que tengo que decirle gira en torno a Magalie Morguetto, pues así se apellidaba. En este barrio, su familia mantiene el recuerdo de los practicantes del vudú.

Como bien le informaron, provenía del Barrio Francés y era hija de Jonás Morguetto, un hombre arraigado en estas prácticas que logró en Nueva Orleans un gran séquito de seguidores para su «institución», como suelen decir por aquí. La familia Morguetto era muy respetada y rica; por eso, cuando les pregunté a estas personas por la razón de que su hija se mudara con una familia de Baton Rouge para hacer de simple niñera, se echaron a reír. Créame que se me quedó cara de idiota; sin embargo, tiene su lógica y también su parte estúpida. La cuestión, y no quiero ser muy extenso en mi exposición, es que por aquel entonces corría la superstición entre los practicantes del vudú prohibido — una especie de hechicería haitiana basada en la magia negra— de que nacería un niño blanco hijo de un hacendado rico y una mulata de piel clara. Un niño con ciertos dones. Magalie era una fanática que estaba convencida de que ese muchacho poseía las cualidades que buscaban, algo que tiene que ver con ciertos sucesos que acontecieron en torno a Lucien. No me quisieron decir mucho más, y eso que les ofrecí cien pavos a cada uno. Parece que estas cosas no son agradables de compartir, y menos con la gente que viene de fuera. En todo caso, Magalie quiso ocuparse de ese niño, supongo que con la esperanza ciega de que fuera una especie de mesías o sabe Dios qué. Sin duda, toda esta información es irrelevante y de una fantasía fuera de lo común, pero nos permitió dar con los apellidos de la mujer y lo que creemos que son sus tumbas, pues, y aquí viene lo mejor del asunto, Magalie Morguetto regresó a Nueva Orleans a finales del año 1924. Y no lo hizo sola, su pequeño mesías la acompañó. Desgraciadamente, no hemos podido localizar la tumba de Lucien Mori. Sabemos que su familia está enterrada en el cementerio de San Luis 1, en Basin Street, y están ubicados en un mausoleo inmenso, rodeado de vallas de hierro forjado con una cúpula. No obstante, después de que nos permitieran entrar allí, no dimos con ninguna lápida con el nombre de Lucien Mori, como tampoco logramos identificar bien la de Magalie. Tenemos la certeza de que está enterrada en el cementerio de San Luis 2. Existen

varias tumbas de la familia Morguetto, pero también hay muchas otras sin nombre con criptas y cruces rojas clavadas en losas de hormigón no identificadas. Eso sí, Magalie fue enterrada en una de las tumbas de su familia. Fue un entierro bastante sonado para la comunidad vuduista, de eso no cabe duda, aunque no tenemos claro en cuál de ellas fue sepultada.

Lo importante de todo este asunto es la vuelta de Lucien Mori a Nueva Orleans, y será lo siguiente que investigaremos en profundidad. Este perdió a su esposa en el año 1923, pero pasó un año más en Oregón tras vender la importante propiedad maderera que poseía. También hemos dado con una pista sobre su hermano Jean-Claude en el Registro Civil. Sabemos que fue padre de siete hijos, todos reconocidos; eso sí, ninguno de la misma madre. También hemos encontrado un acta de defunción de Jean-Claude, con fecha del 14 de marzo de 1927. Se la enviaré a su debido tiempo con toda la documentación que logre reunir.

Volviendo al tema que nos ocupa, creímos inicialmente que Lucien Mori había regresado a París, debido a cierto comentario del actual propietario de una de las mansiones, una antigua plantación en Baton Rouge que ahora se usa como museo, acerca de su carrera profesional allí y su estancia desde casi su nacimiento. Pero eso no es del todo cierto. Hay documentación que confirma que la familia de Tobías Mori vivió en Nueva Orleans hasta que los hijos de este cumplieron quince y diecisiete años respectivamente, momento en el que se trasladaron a París. De hecho, existe un informe de escolarización de Lucien Mori hasta esa edad.

Le adjunto el presupuesto de mi acompañante. Creí necesario contratarlo para todo el tema de archivo y la documentación que estamos obteniendo. Es un profesional. Conoce muy bien esta ciudad y tiene excelentes contactos. Vive aquí y le puedo asegurar que agiliza mucho cualquier tipo de trámite. Sé que me ha pedido que no repare en gastos, pero considero oportuno ir indicándole este tipo de cosas.

Espero que todo lo que hemos podido investigar sea de su agrado. A medida que siga averiguando más datos le enviaré toda la información a través de este medio. Fotocopiaré, en la medida de lo posible, los documentos y las actas de nacimiento y de defunción que me permitan. Se lo adjuntaré todo y le enviaré una copia si es necesario por correo ordinario.

Atentamente,

ARTHUR VERDISCO
(La discreción, primero y siempre)

Jim cerró la pantalla del ordenador y se quedó contemplando las vigas del techo. No eran ni las siete de la tarde y el cielo estaba encapotado, así que tuvo que encender la lamparita del escritorio para no sumergirse en una incómoda penumbra. Allí se mantuvo inmóvil durante un buen rato. Ni siquiera pensaba en el correo electrónico, tampoco en Elisabeth o en los pensamientos absurdos que le habían avasallado antes de volver a la cabaña. Una especie de vértigo se apoderó de él. Se llevó la mano al pecho, se inclinó hacia delante —convencido de que iba a desmayarse— y respiró lenta y acompasadamente para no perder el control. Estaba sufriendo un ataque de ansiedad y no era la primera vez que le afectaba un episodio así. En las otras ocasiones, la causa había sido el trabajo, las fechas de entrega y todos aquellos estúpidos compromisos que él consideraba innecesarios pero que tenía que cumplir.

Oyó el crujido de la madera más allá de la salita y el pasillo enmoquetado y fijó la vista en un punto concreto del espacio. Miles de puntitos en forma de pequeñas motas de polvo se desperdigaban por el aire. Su corazón se empezaba a estabilizar. Se quitó las gafas y apoyó los dedos en el tabique nasal mientras cerraba los ojos. Algo le sobresaltó. Una silueta alargada y totalmente inmóvil frente a la puerta le observaba de un modo furtivo. Aguzó la vista y por un momento vaciló. Cuando quiso darse cuenta, el extraño ya avanzaba hacia el interior de la sala y él intentó levantarse en un gesto instintivo, pero las ruedas de la silla le jugaron una mala pasada y le arrastraron lejos del escritorio sin incorporarse.

—No creí que te resultara tan desagradable, *chéri*.

Quiso decir algo, pero fue consciente de que solo había abierto la boca y de

que nada había brotado de su garganta. Se quedó allí plantado, con la silla alejada un metro del escritorio, las manos apoyadas en los reposabrazos y los ojos abiertos como platos, contemplando a aquel hombre que lo miraba fijamente con la cabeza un poco inclinada hacia delante. Le sonrió con malicia y se acercó muy despacio hacia un extremo de la habitación, junto a una de las ventanas. El hombre se apartó el pelo de la frente con un elegante y casi amanerado gesto y suspiró. Jim miraba sus pantalones, el traje de tres piezas, la forma delicada de meter las manos en los bolsillos del pantalón y la fina camisa pulcramente arremangada hasta los codos. Cuando volvió a mirarle, el hombre lo contemplaba con cierta curiosidad e ironía.

—Me faltó muy poco para entrar en el salón esta tarde y arrancarte esa ridícula carraca de las manos —dijo con sorna—. Si lo que pretendías era provocarme, casi lo conseguiste. Lo que no pensé es que fuerais tan inconscientes. Una vidente..., *mon Dieu*...

—Gracias por tus visiones —le respondió sin moverse. Estaba tenso y preparado casi para cualquier cosa—. Todo un detalle por tu parte hacerme partícipe de mis propios actos. Muy amable, Lucien.

El espíritu se giró, apoyó su hombro contra la pared y le hizo una leve reverencia.

—Oh, no tiene importancia, soy así de generoso —se burló. Alzó las cejas y sonrió.

—¿Tu amiga la marioneta no viene contigo? —Jim le lanzó una sonrisa hipócrita. Estaba paralizado, pero no podía desprenderse de aquel ingenio suyo incluso cuando estaba a punto de sufrir un infarto por la tensión.

Lucien apretó los labios, se apartó de la pared y avanzó hacia la mesa. Sacó la mano derecha del bolsillo y deslizó uno de sus dedos por el tablero, los papeles, las libretas apiladas. Era perturbador y al mismo tiempo hipnótico. Se apoyó contra el canto y se cruzó de brazos.

—Esos juguetes son inofensivos si tu corazón está limpio, Jim. Es algo que no acabáis de comprender. La mayoría de la gente vive condicionada por sus

creencias, sus miedos, sus religiones insustanciales, sus demonios... Yo solo soy un espejo de sus propios pecados. No me odies...

—No te odio. Simplemente no te comprendo.

—¿Crees en Dios, Jim?

Este negó con la cabeza. Lucien volvió a sonreír y asintió con suavidad. Todos sus gestos eran delicados, cautos, extremadamente refinados. Por un momento Jim creyó relajarse, pero cuando el espíritu volvió a mirarlo aquella sensación desapareció.

—Yo tampoco creía en él, por eso cuando me encontré en esta situación no le recriminé nada. Aunque te puedo asegurar que hubiera deseado con toda mi alma creer en algo para poder culparlo de mi desgracia, de mis pérdidas y de mi destino.

—Tengo demasiadas preguntas y muy pocas respuestas.

—Lo sé.

—No sé qué coño pinto yo en todo esto, aunque me he metido solito. Pero no tengo claro...

Lucien levantó la mano apelando a su paciencia.

—Calma, Jim, todo a su debido tiempo. Sé que tienes muchas preguntas que hacerme y tu mayor curiosidad es por qué estaría dispuesto a responderte a todas ellas. No eres el resultado del azar, Jim. Yo te escogí aquella noche en San Francisco, cuando casi te atropella aquel taxi... Sé que has estado pensando en ese momento y mi respuesta es: sí, era yo. Como también he estado presente a lo largo de muchos capítulos de tu vida que ni siquiera recuerdas. Yo fui el que hizo que Victor se enamorara de tus cuentos y de esa imagen de Catrina tan perfecta y tan parecida a mi pequeña Elisabeth...

—¿Por qué?

—Eras perfecto para ella.

—¿Perfecto? Y todas esas muertes, ¿por qué?

—Demasiadas preguntas. Sigue un orden, Jim.

—Esto es de locos... ¡No entiendo nada!

Lucien se enderezó. Su rostro bajo la luz mortecina de la lamparita parecía frío y carente de humanidad.

—He matado pocas veces en mi vida y en mi muerte, Jim, pero soy consciente de que esa historia ya la conoces. No me hagas volver a repetirla. Mary Anne es igual de exasperante que tú y no tengo mucha paciencia, créeme.

Jim se estremeció. Su cabeza era un auténtico embrollo sin ningún orden lógico.

—Trato de comprender lo que eres y por qué te comportas así. Si no me ayudas, ¿qué quieres de mí? ¿Por qué estás aquí?

—No soy nada, Jim. Soy bruma, vapor, una mente individual sin una cobertura. Soy un espectro, un fantasma o como quieras llamarlo, pero a la vez lo soy todo... Heredé de mi vida terrenal mis defectos, mis miedos, mis tormentos y todo ese dolor que me llevó a la más profunda oscuridad. Soy una víctima, Jim. Una víctima de este universo. ¿Quieres ver? Yo te enseñaré.

Nada más decir esto apoyó la mano sobre su hombro y Jim sintió una violenta sacudida por todo el cuerpo. El suelo comenzó a vibrar y el aire se hizo denso e irrespirable. Se incorporó bruscamente y se balanceó de un lado a otro hasta caer de bruces contra el suelo. Las paredes empezaron a desaparecer mientras todo parecía girar en torno a él. La imagen de Lucien se mantenía inerte. Tenía la cabeza alzada hacia un cielo que empezaba a abrirse sobre ellos. Luego el silencio, el murmullo del agua y el sonido de la noche. Jim abrió los ojos. Estaba en mitad de un bosque rodeado de una espesa vegetación y alguien gritaba. Vio pasar a una mujer con un vestido rasgado, los brazos extendidos hacia delante y los ojos inyectados en rabia y dolor. Unas manos la aferraron violentamente. La mujer cayó sobre las ramas, se golpeó el vientre con un saliente y alguien la arrastró, mientras las risas se hacían cada vez más afiladas, más bruscas, más desagradables. Se incorporó a trompicones y miró a Lucien, que apenas se movía y tenía el rostro crispado por la desesperación.

—Yo les enseñé todo lo que sabían. Les di un hogar y un medio de vida. Ellos me lo pagaron así...

La mujer gritó cuando un hombre se abalanzó sobre ella y comenzó a violarla. En ese momento Jim intentó correr en su auxilio, pero Lucien lo sujetó con fuerza. Todo empezó a girar a su alrededor, se desvaneció y se encontró en mitad de una habitación oscura y vacía. La misma muchacha colgaba de una de las vigas. Tenía el cuello anormalmente torcido hacia un lado y estaba amoratada. No fue capaz de mirarla mucho tiempo. Jim apartó la vista de aquella escena dantesca, en el mismo momento en que una figura alta y delgada se cruzaba en su camino y comenzaba a gritar. Era Magalie.

—Me arrebataron todo lo que amaba, todo lo que significaba algo para mí: mi esposa, la vida que llevaba, todo... Por eso de un modo mesurado siempre me he compadecido de Mary Anne. Nadie mejor que yo para comprender su calvario.

Lucien se dio la vuelta. Jim imitó su movimiento justo en el momento en que la casa desaparecía y un caballo atravesaba una calle empedrada a gran velocidad. Sintió el gorgoteo de la sangre en la garganta, oyó los alaridos de desesperación de los hombres suplicando compasión y luego todo aquel dolor... todo aquel dolor.

—Maté y lo volvería a hacer. Como tú, como cualquier ser humano en mi misma situación. Era mi deber. Mi único deber —susurró Lucien señalando la imagen de sí mismo frente a un inmenso fuego que se elevaba por encima del aserradero y devoraba decenas de casas, mientras los gritos de la gente emergían en la oscuridad de la noche—. Los hubiera matado a todos, Jim. No me importaba, no me quedaba nada. Enterré a mi pobre esposa y la vida que llevaba en lo más profundo del bosque, donde nadie pudiera importunar su descanso. Luego me encerré en mi casa. Me pasé días compadeciéndome de mí mismo, enloqueciendo con cada recuerdo, con el amargo sabor de la traición en mi boca, en mis pupilas, en lo más profundo de mi alma.

Magalie pasó frente a ellos. Una mujer hermosa y negra como el ébano, con unos inmensos ojos rasgados que centelleaban. Jim se dio cuenta de que estaba en la habitación de Mary Anne. Los mismos muebles decoraban la estancia, la misma lámpara de araña de cristales titilantes y las bonitas sillas. Aun así, todo

estaba rodeado de una suave neblina, un fulgor amarillento que le recordaba el candor de las llamas de una hoguera. Magalie se tumbó junto a Lucien, lo rodeó con sus largos brazos y lo meció como a un niño, mientras le cantaba suavemente una melodía casi imperceptible. El espíritu, a su lado, pareció proferir un jadeo ahogado. La imagen de sí mismo y de Magalie le atormentaba.

—Magalie tenía apenas quince años más que yo —prosiguió observando la escena—. Cuando era muy pequeño sufrí un terrible accidente muy cerca de casa. Caí a un pozo que mi padre tenía en una de las fincas anexas. Durante varios minutos estuve sumergido bajo el agua helada hasta que lograron sacarme. Tenía cuatro años y se supone que de esa edad uno no guarda muchos recuerdos. Yo me acuerdo de todo con claridad. Estuve muerto, tan muerto como puedo estarlo ahora, aunque de un modo diferente y con ciertos matices. Durante mi extraño trance o mi pequeña muerte en vida me encontré en mitad de un cruce de caminos. Había un hombre en el centro, un anciano vestido con una toga roja y una larga barba blanca que me cogió de la mano y me dijo que se llamaba Agoue. Yo era solo un niño, Jim, y estaba aterrado. El hombre me sonrió y me dijo que no debía temerle, que era un *loa* protector contra los peligros del agua, que estaba allí para ayudarme y que yo no podía morir, pues era un niño especial, elegido desde antes de nacer.

»Sé que me habló de muchas más cosas y me reveló otras de vital importancia para mi futuro, pero solo me dejó el recuerdo de que todo lo que me había dicho se borraría de mi mente hasta que cumpliera cierta edad y pasara la prueba del ritual. Por supuesto, yo no entendí nada, pero cuando me desperté entre los brazos de mi padre y de mi madre y comencé a recitar todo aquello que había sentido y vivido durante mi tormento bajo el agua, aquel suceso corrió como la pólvora entre los criados, los hombres de color y, por supuesto, llegó a Magalie. Entre los practicantes de vudú me llamaban el pequeño *bokor* resucitado. Los criados comenzaron a tenerme miedo y pocas eran las personas que querían cuidarme. Hasta que llegó ella. —Señaló a la mujer que ahora lo mecía entre sus brazos—. Fue entonces cuando comencé a demostrar una habilidad especial por

la música. Podía tocar cualquier instrumento sin ni siquiera saber nada de música. Magalie me decía que aquellos dones venían de mis *loas* protectores, que la vida no comenzaba en el momento de la concepción física, sino en el momento en que el mundo espiritual decidía que debía nacer otra nueva existencia. Cuando mis padres viajaban, Magalie me llevaba a todas aquellas ceremonias que su padre celebraba en lo más profundo de Nueva Orleans. Sitios reservados para determinadas personas, con rituales terriblemente violentos, aunque tengo que confesar que jamás me asustaron, sino todo lo contrario. Me atraían de un modo casi enfermizo y no necesitaba que nadie me explicara o me enseñara el nombre de todos aquellos *loas* que el oficiante recitaba, pues yo los conocía a todos, aunque no sabía por qué.

Lucien se giró hacia Jim y colocó la mano otra vez sobre su hombro. Todo comenzó a rotar y a desaparecer. Vio sobre él unas imágenes de Lucien tocando en un inmenso escenario abarrotado de gente, músicos, la platea... Luego una hermosa Beatrice con un collar de perlas. Sonrisas, tintineo de copas. Lucien besando a su esposa. Al instante, un torbellino elevó todas aquellas imágenes como si fueran parte de una película y se descompusieron en pequeñas motas.

—No temas, Jim —dijo Lucien avanzando hacia lo que parecía un pequeño santuario en mitad de un bosque de enormes y robustos árboles. Una cruz de madera de grandes dimensiones precedía el camino de acceso al templo.

—¿Dónde estamos?

—En un lugar secreto, donde fallecí o, mejor dicho, donde nací.

Lucien empujó la enorme puerta, coronada con cientos de símbolos pintados en rojo. En su interior había un nutrido grupo de personas con los rostros ocultos bajo capuchas color burdeos. En el centro del peristilo había un poste que unía el suelo con el techo. Él estaba en el centro, temblaba y se convulsionaba. Un poco más allá detectó la presencia de Magalie. Por la expresión de su rostro estaba aterrada. Un anciano la sujetaba fuertemente por el brazo.

—¿Qué es ese poste?

—*Poteau* —respondió Lucien—. El eje del cosmos. Por él suben las plegarias

y las oraciones, y descienden los *loas* a la tierra.

—Santo Dios...

—Cuando regresé a lo que fue mi hogar de juventud, el dolor, el odio y la desesperación por la pérdida de toda mi familia me esclavizaba. Magalie me llevó de nuevo a ver al *houngan* oficiante. Durante varios días me abandoné a toda clase de juegos, locuras, mujeres, alcohol: el descontrol. Estaba fuera de mí, pero eso era lo que ellos buscaban realmente.

—¿Por qué?

Lucien dejó escapar una suave risa.

—*Bokor*... —susurró—. Nadie posee ese poder, porque es demasiado fuerte y peligroso. La gente piensa que los hombres y las mujeres destinados a serlo son simples brujos practicantes de magia negra que por un alto precio son capaces de matar a una persona. Nada que ver con la realidad: el *bokor* escoge su camino, y sirve con ambas manos al bien y al mal. Por eso no es del todo cierta la leyenda. Yo era la vasija donde albergar todas aquellas fuerzas prohibidas. El *houngan* pretendía exponerme a una iniciación y Magalie le gritó que eso era peligroso, que yo no era un simple oficiante, pero no la escuchó.

»Me encerraron durante varios días con sus noches en una pequeña habitación privándome de luz, de compañía y de cualquier tipo de alimento que pudiera llevarme a la boca, tampoco agua. No se me permitía hablar y estaba en un espacio tan reducido que creí morir varias veces cuando mi cerebro comenzó a agotarse y el pánico se apoderó de mí. Pero ese temor es el que sensibiliza al cuerpo, el que hace que las fuerzas que nos rodean puedan ejercer más influencia en nosotros. Estaba tan aterrado que mi mente inconsciente empezó a recitar oraciones que ni yo mismo conocía. Eran palabras sin sentido, rezos que había escuchado muchos años antes y de los cuales me había olvidado. Entonces recordé la encrucijada de caminos y a aquel anciano. Me sacaron a rastras del pequeño cubículo tres días después. Me embadurnaron de sangre de cerdo y comenzaron a danzar a mi alrededor bajo los sonidos de los tambores y de sus malditas oraciones, que me hacían daño.

Jim sintió un estallido de emoción entre todos aquellos hombres y mujeres. Alguien comenzó a restregarle por todo el cuerpo la sangre del animal. Cuando los tambores comenzaron a sonar, aquel joven Lucien puso los ojos en blanco y se convulsionó.

—Yo era su vasija —prosiguió el espíritu—, pero en el fondo ninguno de aquellos supercheros era consciente de lo que estaba a punto de hacer. Me preguntaron quién era mientras me retorció y un calor insoportable se apoderaba de mí.

—¡Dinos tu nombre! —gritó uno de los hombres junto a Jim.

El joven Lucien estaba desnudo y de rodillas en aquel momento con las manos sobre el charco de sangre y la cabeza oculta entre sus brazos. Era una imagen atroz, pero, pese a todo, habló.

—*Djab*.

Se oyeron susurros y jadeos. Todos los asistentes se apartaron de él, y el oficiante, con su toga roja, abrió los ojos y comenzó a temblar.

—*Baka* —prosiguió Lucien—, *Babko*, *Lucien*.

Magalie logró soltarse del hombre que la contenía y corrió hacia él. Se arrodilló y lo levantó, pero los ojos de Lucien seguían en blanco y bañados en toda aquella sangre. Era como ver a un muerto en vida. Era espantoso. Jim se tapó la boca.

—Tres demonios. Tres *loas* de la crueldad. Eso era lo que habían atraído hacia mí o al menos los que se vieron tentados a entrar en mí. Ese no era el plan. Yo debía pasar la iniciación, alzarme como *bokor* y escoger, por mí mismo, el destino que quería seguir en aquella comunidad.

Lucien volvió a reír. Daba la sensación de que el espíritu se divertía con aquel horrible escenario, pero en ese mismo instante el joven Lucien rodeó el cuello de Magalie y comenzó a estrangularla. La gente empezó a gritar y él, tras lanzarla contra una de las paredes de piedra de aquel templo, se levantó con torpeza y cerró los ojos. Al abrirlos de nuevo sonrió.

—Tenían que arreglar su torpeza. Tenían que acabar conmigo o causaría

estragos. Era yo. Sí. Era yo. Pero conmigo estaban tres *loas* capaces de destruir el mundo, su cultura y todo lo que amaban.

—¿Te asesinaron? —preguntó Jim angustiado.

Lucien asintió.

—No salí de ese templo vivo. El pequeño *bokor* era demasiado para sus mentes. Creían que podrían controlar la ceremonia como habían hecho durante más de doscientos años, pero los espíritus son impredecibles... Aunque su torpeza fue aún mayor porque, debido a todos aquellos rezos que aquel anciano *loa* me había incrustado en una parte de mi cerebro, me convirtieron en lo que soy y regresé. Ese era mi destino —rio—, destruir la superchería que lapidaba las antiguas religiones de nuestros antepasados, acabar con todos los pseudobrujos que afirmaban controlar *loas* de la naturaleza a su antojo, por dinero o por fama. Cientos de entidades espirituales a merced de los hombres para su propio beneficio. Esa no era la religión de nuestros antepasados. No era así como ellos querían ver el mundo espiritual. Debían ser libres, como en tiempos remotos, cuando la gente los temía, les rezaba y les hacía ofrendas buscando su protección, una curación o el amparo. No un negocio. No un circo.

—Regresaste, pero ¿qué tiene que ver todo esto con Point Spirit?

—Regresé y los maté uno a uno. No puedes imaginarte el placer que me produjo ver sus caras desencajadas por el terror. Y a Magalie la torturé. No me mires así, Jim. Espera y lo entenderás. Con cada muerte se corría la voz de la vuelta de Lucien. Ella esperaba ansiosa y desesperada a que yo me apareciera ante ella, fuera cual fuese su destino, pero no lo hice y eso, amigo mío, la consumió en vida hasta su muerte. La ignoré por todo el daño que me había causado, pero le perdoné la vida por todo el amor que me había dado.

La imagen del santuario se disipó y Jim se encontró delante de la puerta de la casa de Victor Berry y Mary Anne.

—Los espíritus dormimos o al menos descansamos. Después de esta orgía de sangre estaba vacío por dentro y mi alma solo buscaba el cobijo de mi casa, el hogar en el que fui feliz junto a mi esposa. Pasé mucho tiempo en ese lugar,

tirado en el suelo, o al menos esa era mi sensación, pues no era humano. Lo que para mí son dos días para ti pueden ser veinte años, Jim, y cuando desperté fue solo porque detecté a Victor. Uno de mis descendientes. Y yo que creía que habían exterminado a mi progenie...

—Pero tu hermano tuvo hijos, descendientes —alegó Jim.

—Sí, hijos enfermos y defectuosos que fueron falleciendo. No quedaba nada de mí. Ni él. —Lucien se encogió de hombros y al instante elevó la cabeza con dignidad—. A todo esto, yo no recordaba nada de lo que había sucedido en el pueblo, solo sabía que estar allí me colmaba de paz, era mi casa. Nació Elisabeth y tiempo después Penny. Detecté la enfermedad en ella. Sus células estaban infectadas. Sentí la muerte en aquella pequeña niña cuando solo tenía unos meses. Supe su destino. Y otra vez ese dolor. Ese terrible dolor. Inclinado sobre su cuna volvieron mis recuerdos. Me encontraba en un trance tan doloroso que fui descuidado y su madre me vio. Mary Anne cruzó unos segundos su mirada con la mía y vi en ella la bondad y el amor, pero también la tristeza. Esas niñas llevaban mi sangre. Eran la parte humana que me unía a la tierra. Y te juro que tenía la intención de curar aquellas células que, en vez de combatir contra la enfermedad, destruían a mi pequeña, pero no tenía la suficiente fuerza. ¡No pude!

—Ella sufría por su hija —constató Jim.

—Oh, no sabía aún que su hija estaba enferma. Era solo un bebé. Sufría por su marido y por sus traiciones, que callaba y lloraba en silencio. Y yo recordé mi traición. Recordé el aserradero, a mi esposa ultrajada por aquellos que yo había amado, y entonces descubrí algo que hasta hoy mismo supe ocultar con un fin.

Nada más decir esto, volvió a tocar a Jim. Lo sujetó con firmeza y el viento les golpeó. Todo el entorno rotó y se cubrió de una especie de niebla. Estaban en un apartamento moderno. Había copas de champán distribuidas por una mesa baja y unas voces juguetonas en una habitación con la puerta ligeramente abierta.

—Ahora solo depende de ti ver lo que pretendo mostrarte, pero te advierto que

lo que vas a presenciar cambiará el destino de mucha gente. ¿Estás dispuesto a ello?

Jim parpadeó confuso.

—No... no puedes privarme de esto ahora...

—Solo te lo pregunto —respondió sonriendo. Alzó el brazo apuntando hacia la puerta con el dedo índice y murmuró—: Que así sea.

Y entonces Jim lo vio: un hombre alto, bien proporcionado, de cabello castaño claro y unos ojos verdes como los de Elisabeth. Estaba de cara a la puerta sirviendo una copa de champán medio desnudo y hablaba con una mujer, que permanecía oculta entre las sábanas.

—Traición... —le susurró Lucien en el oído.

Victor Berry se giró en ese momento y la joven mujer se incorporó para coger la copa que él le ofrecía. Jim se llevó las manos a la boca y ahogó un grito de sorpresa.

—No puede ser.

Lucien soltó una carcajada.

—Oh, *chéri*..., pero lo es.

Despertó en mitad del salón a las nueve de la noche. No recordaba haber dado a nadie su número de móvil. Era lógico, dado su estado semionírico. Así que el recuerdo tardó en llegar a su cerebro: la noche anterior se habían intercambiado los teléfonos por pura seguridad. Ese detalle y cómo había bajado a la planta baja desde el despachito al salón eran algunos de los interrogantes que aún desconocía. La mitad de su cabeza estaba en blanco y la otra mitad flotaba en una espesa niebla que empezaba a disiparse.

Jim se arrastró literalmente hacia el teléfono que reposaba sobre el sofá. No tenía fuerzas ni siquiera para levantarse. Albergaba la sensación de haber estado corriendo durante horas y de que sus músculos no le responderían, aunque lo pusiera todo de su parte.

—¿Jim? —La voz de Alan, al otro lado de la línea, le recordó su encuentro con Lucien y el tiempo que había transcurrido. Demasiado para no preocuparse.

—Sí, Alan. Perdona, me acabo de despertar.

Se hizo un lacónico silencio. Alan pareció suspirar y, tras una pausa, dijo:

—Nos has dado un susto de muerte. Fui a tu casa, pero nadie contestó. Pensamos que te había pasado algo.

—Iré en un momento —jadeó—. Hazme un favor, Alan.

—Lo que quieras. Por cierto, ya hemos quemado toda esa mierda.

—¿Quién está en la casa?

Silencio.

—Todos, Jim. ¿A qué viene esa pregunta?

—Escúchame. He recibido del detective cierta información —comenzó a

decir. Trataba de levantarse, pero parecía un tipo recién electrocutado con un táser—. Pero hay algo más...

«No, Jim..., así no», se dijo.

Se sentó en el sofá y vio a Lucien delante de la puerta de la entrada. Estaba negando con la cabeza taxativamente y escudriñaba sus ojos con cierta concentración y serenidad.

—¿Podrías... podrías conseguir que Elisabeth y Danny no estén presentes cuando llegue?

—Creo... creo que sí. Hablaré con Mary. Jim, ¿va todo bien?

El escritor sacudió la cabeza y se frotó la sien con los dedos.

—No, no va todo muy bien, pero os lo contaré cuando llegue. Dame unos minutos. En breve estoy contigo.

Colgó el teléfono, lo lanzó sobre el tapizado de cuero y miró al espíritu sin aliento, mientras trataba de ponerse en pie.

—Faltan muchos datos en tu historia —dijo—. Hay... hay cosas que aún no me encajan, que no sé. Santo Dios, me duele la cabeza y tengo el cuerpo destrozado.

—Es normal, *chéri*. Esto no es como en *Cuento de Navidad* de Dickens. No son viajes agradables para una envoltura como la tuya. Demasiados músculos y huesos. —Sonrió sibilamente.

—No me has dicho por qué me elegiste, ni tampoco cuál es tu fin en Point Spirit. Me has dejado claro lo que pasaste durante tu vida y que ahora tienes una descendiente por la que corre tu sangre, pero faltan cosas. Maldita sea...

Lucien vaciló y se hizo más sólido.

—Todo a su tiempo, *chéri*. Hay cosas que tú mismo averiguarás y otras que te llegarán sin tan siquiera pedir las. Sigue un orden. Esto es como un dominó y tú tienes la primera pieza que va a precipitarlo todo.

—¿Por qué yo?

Lucien no respondió. Hizo una elegante reverencia y desapareció.

Cuando llegó a la entrada de la casa de las hermanas Morelli, las piernas aún le temblaban. Se había dado una ducha lo más rápido posible —ardua tarea, teniendo en cuenta que apenas podía mantenerse de pie sin sujetarse a las paredes—. Conducir no fue tampoco muy agradable para él. El freno y el acelerador se convirtieron en un enemigo difícil de manejar y en varias ocasiones estuvo a punto de estamparse con el camino de acceso a una finca colindante. Todo un espectáculo si alguien le hubiese visto. Por fortuna no sucedió nada.

No se atrevía a hacer conjeturas sobre todo lo que había experimentado con Lucien. Era imposible no sentir cierta empatía por aquel ente. Era un espíritu destructor y vengativo, pero también un hombre de carne y hueso o, mejor dicho, lo había sido. No obstante, era difícil no verle de ese modo cuando estaba frente a él y se materializaba con una forma sólida y compacta. Eran sobre todo los detalles: las manos de un hombre bien perfiladas con sus dedos largos y sin vello; aquellos profundos ojos color avellana tan intimidatorios, pero a la vez tan tristes; su forma de sonreír, o incluso de suspirar; ese candor que a veces fluía de su contacto, o quizá la forma de apartar la mirada de su propia vida cuando se la estaba mostrando. Humano, de algún modo humano, pero también espíritu.

Respiró lo más profundamente que pudo, al menos para sentir que si lo hacía no perdería el sentido. Sus extremidades empezaban a responder, pero demasiado despacio. Subió las escaleras como si le acabaran de dar una paliza en una noche de borrachera y cuando Alan abrió la puerta estuvo a punto de desplomarse de rodillas como un monaguillo en una plegaria. Y ahí estaba él, sujeto por los fuertes brazos del doctor Foster mientras lo llevaba, casi en volandas, hacia el salón. Lo acomodó en una de las butacas independientes frente a la chimenea. Vio la mesa puesta, a Amelia con el rostro ensombrecido por la duda en una de las sillas del comedor y, a su lado, a Robert. Mary Anne acababa de entrar en el salón y se había arrodillado entre sus piernas. Oyó que le preguntaba qué pasaba, percibió los tacones inconfundibles de Carlota en la cocina y el sonido metálico de una olla contra el tablero de la mesa.

Alan estaba sentado junto a él y le preguntaba algo. Jim se levantó.

—¿Dónde está Elisabeth?

—Ha ido al pueblo con Danny y la señora Woods. Están montando las luces de la fiesta del inicio de año y querían verlo —respondió Mary Anne—. Jim, ¿qué sucede?

Carlota salió con una enorme bandeja repleta de platos y comenzó a dejarlos sobre la mesa. Desvió la vista hacia Jim y le sonrió.

—Carlota...

—Hola, Jim.

La mujer se giró con la intención de regresar a la cocina, pero la voz de Jim la hizo frenar en seco y se volvió.

—Carlota, ¿cuándo pensabas contarlo?

—¿Perdona?

Jim se movió y, sin darse cuenta, empujó a Mary Anne, que cayó hacia un lado.

—Era a ti a quien veía en Detroit.

Carlota empalideció y pestañeó nerviosa. Estaba a contraluz y tenía el aspecto de una institutriz despiadada. Otra vez, el cabello recogido sobre la nuca y el vestido largo y de tonos sombríos, que la oscurecían en conjunto, le dotaban de una apariencia casi mortecina.

—¿Cómo?

Robert miró a su alrededor con esa expresión de no saber ni dónde estaba.

—¿Por eso cuidas de tu hermana hasta la extenuación? —inquirió—. ¿Es por la culpa, por los remordimientos de lo que hiciste?

—No sabes lo que dices, Jim Allen. Tú no eres nadie para...

—Carlota... —murmuró Mary Anne—, ¿de qué habla?, ¿qué está diciendo?

Carlota sacudió la cabeza y dejó caer los brazos a ambos lados de su cuerpo. Le temblaban las manos y no era capaz de mirar a Mary Anne a los ojos.

—¿Carlota! —gritó Mary Anne—. ¿Qué está diciendo?

—Jim, ¿qué está pasando? —preguntó Alan.

El escritor seguía con la vista fija en Carlota, que permanecía como una estatua en la cabecera de la mesa.

—¿Te enamoraste de él, Carlota, o era un simple capricho para hacer daño a tu hermana? Es lo que más curiosidad me genera, hasta dónde hubiese llegado todo esto si Victor no hubiese muerto en aquel accidente.

—¡Cállate! —gritó—. ¡Tú no tienes ni idea de nada! ¡No sabes de lo que estás hablando!

—Dios mío... —balbuceó Amelia.

—¿Eras tú, Carlota, la mujer a la que veía cuando se iba de viaje? ¿Eras la amante de mi marido? ¿Mi hermana? —Mary Anne se puso de pie y miró a su hermana mayor con los ojos inyectados en lágrimas y rencor.

Carlota rompió a llorar.

—¡Él me sedujo! Mary..., yo no quería. Yo no quería pero él me sedujo. Mary..., jamás te haría daño. Eres mi hermana y te quiero con toda mi alma, pero por aquel entonces... por aquel entonces era una niña y él me sedujo...

Mary se abalanzó sobre su hermana y le propinó una bofetada que a punto estuvo de tirarla al suelo. Carlota se llevó la mano a la cara y se quedó encorvada sujetándose con fuerza la mejilla.

—¡Mi propia hermana! —gritó descompuesta.

Alan llegó a su altura y la rodeó con los brazos, mientras ella pataleaba en volandas.

Carlota se inclinó sobre la mesa, miró a Jim con unos inmensos chorretones de rímel corriendo por sus mejillas y apoyó las manos sobre el tablero.

—Tu detective trabaja bien...

Jim no dijo nada.

—Me prometió que nadie se enteraría... —prosiguió ella bajo la atenta mirada de todos—. Me dijo que era una tontería, una estúpida aventura, que yo no significaba nada para él. ¡Qué ilusa fui! Él ni siquiera conocía a mi hermana cuando creí que se había enamorado de mí y luego se mató... ¡Pero ese ser me

prometió que me ayudaría! Yo solo le pedí que protegiera a mi hermana, que dejara de atormentarla, que ya había sufrido demasiado...

Jim puso un gesto de confusión claramente desorientado y luego sacudió la cabeza.

—¿Qué?

—Y yo, como una idiota, le creí. ¡Maldito demonio mentiroso! Sabía que no podía fiarme de él.

—¿De qué coño estás hablando, Carlota? —preguntó Alan mientras seguía aprisionando a Mary Anne entre sus brazos.

—Él sabía lo que había hecho —respondió Carlota. Volvió la espalda hacia la ventana, profirió un gemido y continuó—: Me lo dijo con su suave vocecita y esos ojos felinos que pone cuando quiere algo. Me dijo: «Sea buena chica, *madame*... Nadie tiene por qué saberlo» —rio—. Fue hace unas noches y caí como una estúpida. Pero me prometió que dejaría a mi hermana, que no se metería más entre sus sábanas. Y yo solo quería que Mary estuviera bien, que volviera a sonreír, que se borrara el pasado y mi terrible error. ¡Solo tenía veinticinco años! ¡Veinticinco años!

—Carlota... Carlota, ¿de qué estás hablando? ¿Qué te pidió?

Jim estaba a punto de perder el control. Otra vez aquellas motas grises flotaban sobre su cabeza, notaba la sensación de presión en el pecho y aquel hormigueo.

—Una estupidez, Jim, una tontería sin ninguna mala intención.

—¡Contesta!

Carlota miró a Jim con cierto temor y su labio inferior empezó a temblar.

—Me... me pidió que te diera el licor. Me dio un saquito con unas hierbas y me dijo que solo tenía que asegurarme de que bebieras un poco. Luego podría volver a mi habitación. ¡Creí que solo era una broma! Una broma a cambio de la libertad de mi hermana. ¡Una estupidez que te dio dolor de cabeza!, pero que él mantendría en silencio mi pecado. Me juró que no diría nada, ¡que dejaría a mi hermana tranquila!, ¡que todo volvería a ser como antes!

—¿Qué has hecho?! —gritó Mary Anne.

Amelia no se movía. Estaba pálida y temblaba.

—¡Solo quería que no sufrieras! —exclamó en un sollozo.

Jim dio varios pasos atrás y comenzó a mover los ojos de un lado a otro. Oyó el violín, percibió la melodía y el rostro de Lucien a través de los cristales de las ventanas y aquella borrachera punzante y virulenta que le había arrastrado hacia aquel éxtasis.

«*Eras perfecto para ella.*»

—Joder...

«*Me dijo que cuidarías de mí.*»

Desvió la vista hacia Alan, que lo observaba totalmente descompuesto. Amelia se levantó de golpe y salió disparada. Tras un fuerte portazo volvió el sepulcral silencio. Cuando Robert se levantó con la intención de ir a buscarla, Alan le hizo un gesto para que se contuviera y el reverendo volvió a tomar asiento.

—No sabes lo que has hecho. No tienes ni idea de lo que has desencadenado con tus actos —se lamentó Jim—. ¿Quieres que te lo diga, Carlota, eh? ¿Quieres saber lo que has logrado con tu pacto? Me drogaste, de eso no cabe la menor duda. Pero esa no es la mejor parte, porque me expusiste a ese espíritu y dejaste sola a tu sobrina, que por cierto estaba peor que yo en ese momento. Así que podrás imaginarte como mujer, y sin duda como amante, lo que pasó esa noche. Y bueno, claro..., las demás. Seguro que tú llevas mejor la cuenta que yo, porque lógicamente... ¡no me acuerdo bien de todos los detalles! —gritó.

—No...

—¡Sí, Carlota! —exclamó—. Creo que sí.

—Eso no era lo que yo pretendía. Os juro que no sabía lo que tramaba ese ser. Jim se desesperó.

—Oh..., por el amor de Dios, ¿te crees que Lucien es idiota? ¿Crees que iba a hacerte un favor? No soporta la traición, ¡no la concibe! Te usó, Carlota. Te engañó para luego dejarte expuesta y que todos nos enteráramos de lo que habías

hecho, de lo que le habías hecho a tu hermana. Y lo mejor de todo es que te castigó, porque te ha hecho responsable de lo que acabas de lograr con esa estupidez que hiciste. Tu sobrina tiene dieciséis años, Carlota. ¡Es una niña!

—No... no...

—¡Sí, Carlota, eso es lo que has hecho!

Mary Anne resbaló entre los brazos de Alan y ambos acabaron en el suelo.

—¿Por qué? —preguntó Robert—. ¿Para qué todo este circo, Jim?

—Robert..., ¿todavía no lo ves?

El reverendo se encogió de hombros. Carlota era un mar de lágrimas. Estaba claro que la mujer no entendía nada y que no podía asimilar lo que Jim le estaba revelando.

—Es su única descendiente viva, no existe nadie más. Por una razón o por otra cada uno de los familiares de Lucien fueron desapareciendo. Mataron a su hermano, sus padres fallecieron, también sus tíos y sus sobrinos. Penny murió. ¡Quiere preñarla!

—¡Oh, Dios mío! —jadeó Carlota.

Mary Anne soltó un alarido de rabia y pugnó por soltarse. Amelia volvió a aparecer en el salón con el gesto congestionado, se agachó junto a su hermana y la rodeó con firmeza contra su pecho. Alan seguía sujetándola con fuerza. Nadie daba crédito a las palabras de Jim.

—Lucien... —murmuró Mary—. Al final no ha sido peor que tú, Carlota.

—¿Y todo lo que pasa en el pueblo, todas esas desgracias, lo que le sucedió a Danny? —preguntó Robert.

—Puro entretenimiento para que nosotros nos uniéramos más. Le importa una mierda lo que le pase a esa gente. Juega con sus miedos y sus temores, solo necesitaba tiempo para que yo me quedara en esta casa.

—¿Y por qué tú, Jim? —La voz de Mary Anne le sobresaltó—. ¿Qué tienes aparte de una cara bonita y una carrera llena de logros? ¿Es por eso por lo que debías cuidar de ella, porque tienes los medios para hacerlo y porque mi hija adora ese tipo de vida?

—Francamente, no lo sé.

—Jim tiene medios —alegó Alan con cautela—. Tiene una vida tranquila. No es un adolescente con las hormonas disparadas o un tipo sin posibles que vaya a engañarla o a utilizarla, y Elisabeth está en una edad complicada, va a cumplir diecisiete años y con la universidad a un paso. Allí podría conocer a cualquiera y quizá es eso lo que esa criatura no desea.

—Yo no sabía que esto iba a pasar —dijo Carlota lastimeramente—. Jamás hubiera accedido a algo así. ¡Es mi sobrina!

—¡Y yo soy tu hermana y me traicionaste! —gritó fuera de sí Mary Anne.

—¡Tenía veinticinco años! —clamó. Al instante se tornó más serena y su voz se quebró casi en un suspiro—. No podía dormir, Mary. Cuando estaba con él me sentía bien, pero luego todo cambiaba. Por eso cuando Victor se mató no dudé en dejarlo todo por ti. Te lo debía... No era capaz de confesarte mi error. No me sentía con fuerzas y no quería hacerte más daño. ¿Qué podía hacer? Una niña enferma, un esposo muerto. No iba a decirte nada, Mary, no podía. Pero luego ese ser me recordó aquel capítulo de mi vida. Se divertía haciéndome temblar de miedo mientras él era el responsable de que tú te fueras consumiendo. Te oía llorar en sueños y a veces sabía que estaba a tu lado, alimentándose de ti... Todas esas pastillas, todo aquel temor en tus ojos... Tenía que ponerle remedio. Así que accedí a su petición, pero no a cambio de su silencio, eso era algo secundario. Quería que te dejara ser feliz con Alan. Un hombre bueno, con principios. Un hombre que no tenía nada que ver con Victor. Él nunca te traicionaría.

Mary Anne relajó los músculos de todo su cuerpo y se aferró a Alan con desesperación. Este estaba sentado en el suelo, y tenía a aquella pequeña mujer contra su pecho como un recién nacido y la mecía.

—Fue hace mucho tiempo, Mary —dijo Alan—, no merece la pena. Ahora lo importante es tu hija. Si no nos mantenemos fuertes en esto...

—¿En esto, Alan? —Mary lo miró—. ¿Crees que tenemos que defendernos de ese espíritu? ¿No crees que más bien tenemos que hacerlo de nosotros mismos?

—No te entiendo.

—Míranos, Alan. Robert ha conseguido a su hijo y, por mucho que nos pese reconocerlo, ese espíritu ha tenido mucho que ver en ello, y tú... ¿Cuántos años llevamos queriéndonos en silencio? Ha tenido que ser ese espíritu con sus juegos obscenos el que nos acercara después de tantos años, Alan. Y a Amelia..., mi dulce hermana, con esa timidez que siempre le ha impedido desarrollar una vida plena, ¿se lo has dicho ya?

—Mary, por favor... —imploró Amelia.

—No, claro que no, tú jamás serías capaz de decirle a Robert que llevas años enamorada de él. ¡Pasarías toda tu vida sin ser capaz de decirle lo que sientes!

Amelia se llevó las manos a la cara. Robert se había puesto rojo y no apartaba la vista de Mary.

—Tenía razón —continuó Mary elucubrando al mismo tiempo—. Él no quería llevárselas, ni siquiera le hizo nada a nadie hasta que mi hija murió.

—La muerte de Penny le recordó demasiado a la muerte de su propio hijo —sentenció Jim. Le dolía la cabeza—. Puede que ese fuera el detonante, lo que hizo que ese espíritu comenzara a atormentar a todo el pueblo.

—Tú también lo viste —dijo Alan mirando hacia Robert—. ¿Qué fue lo que te dijo?

Robert, que se había mantenido flemático y bastante reservado durante toda la conversación, le dirigió una sonrisa mordaz y casi hasta punzante.

—Creo que eso no tiene mucha importancia ahora.

—Robert, por favor. Todo es importante en este momento —suplicó Mary Anne. Miró a su hermana Amelia, que estaba blanca como la cera y con la cabeza gacha, y sintió una mezcla de dolor y remordimiento.

—Me dijo que sabía mi secreto sobre mi hijo —dijo al fin—, poco más...

Jim, mientras se dejaba caer sobre una de las sillas, observó la expresión iracunda de Carlota, que seguía de pie, inclinada sobre la mesa. Vio sus lágrimas, la tensión de las mejillas y la humillación. Por un momento sopesó la dureza de sus palabras y si realmente tenía derecho a ser tan severo con ella.

Sentía lástima, se compadecía de ella; al fin y al cabo, era otra víctima más de Lucien, otro títere, pero este de carne y hueso.

—Supongo que todos cometemos errores en esta vida —murmuró intentando no causar más dolor—. Y en el fondo erais dos niñas, dos chiquillas a merced de un hombre mucho mayor que vosotras. —Suspiró.

Ella lo miró desde su desgracia y se incorporó muy despacio, intentando recomponerse. Cada uno de los rostros reflejaba algo diferente: Amelia estaba humillada y apenas era capaz de levantar la vista del mantel de hilo; Alan, por su parte, consolaba a Mary, quien ni siquiera asomaba la cabeza de entre sus brazos. Mary, con la boca pegada a su camisa y los largos mechones de pelo desparramados por los hombros, examinó la expresión de Robert: sombría, ascética, casi podría decirse que era el más alejado de la realidad. Se mantenía a pocos centímetros de Amelia, pero no la había tocado, o quizá no se atrevía. Estaba sereno pero confundido y, por supuesto, desbordado, como todos.

Fue Mary Anne la que rompió la mudez del aquel momento, descubriendo un rostro ligeramente duro e indescifrable.

—¿Por qué lo permitiste, Carlota?

Su hermana dejó escapar un jadeo ahogado. Caminó hacia ella y se arrodilló como una beata. La cogió de las manos y le besó las palmas con sumo cuidado.

—Todavía no estabas casada con él. Y un día apareció y me dejé cautivar por todas sus tonterías, Mary. Después de unos meses, cuando me había enamorado perdidamente de él, me dijo que no podía seguir conmigo. Ese espíritu se rio de mí hace unas noches. Me dijo que te había elegido a ti porque yo no podía tener hijos, porque yo era una mujer incompleta, un mero entretenimiento. Me conformé con sus migajas porque estaba perdidamente enamorada de Victor.

—Carlota...

—¡Lo siento tanto!

Mary Anne apoyó la palma de la mano sobre su mejilla. Luego se apartó y volvió a ocultarse entre los brazos de Alan. En ese momento, Carlota se quedó

sin saber muy bien qué hacer. Después de que el doctor sonriera hacia ella con cierta compasión, se levantó y se fue.

Primero sonaron sus pasos lentos y acompasados en el piso de arriba, más tarde el débil taconeo sobre la madera de la balaustrada y luego el sonido de la puerta. Jim la vio abrocharse el abrigo, subirse el cuello y avanzar hacia la verja de metal. Miró hacia la casa durante unos segundos antes de desaparecer engullida por la niebla.

Amelia solo fue capaz de articular media frase después de que su hermana y Alan fueran a buscar a Elisabeth y a Danny al centro del pueblo, pero lo hizo sin mirar a Robert directamente a los ojos. No era capaz de mantener la vista por encima de sus zapatos y le bullía la cara como si estuviera a punto de sufrir un infarto. Jim se había levantado y caminaba de un lado a otro. Aprovechó ese momento, aunque le temblaban las palabras y parecía muy afectada, o más bien avergonzada.

—Será mejor que hoy me quede aquí y así..., pues así...

Robert le dirigió un gesto de afecto, pero ella no lo vio.

—No —dijo Robert con suavidad. Ella alzó los párpados y pareció que iba a desmayarse—. Me gustaría hablar contigo y no me apetece hacerlo en esta casa. Además, hemos quedado en que Danny y Elisabeth no tienen que saber lo que ha pasado esta noche y bastante difícil será disimular el paseo nocturno de tu hermana, así que si ven cómo estás, tampoco va a ayudar demasiado a esto. Deberías humedecerte la cara, te sentará bien.

—Robert tiene razón, Amelia —dijo Jim acercándose—. Me apetece tanto como un tiro quedarme aquí esta noche, pero de poco vale que todos cambiemos lo que teníamos pensado hacer. Además, no estoy seguro de si eso es lo que realmente desea Lucien. Creo que todos tendremos que tragar con la situación y mantenernos como hasta ahora.

Amelia asintió y al instante se levantó con cierta torpeza. Era como un alma

en pena. Tenía las mejillas arreboladas por la vergüenza, el pelo revuelto y los ojos reflejaban agotamiento mental y físico. Se fue al baño y al cabo de cinco minutos volvió algo más compuesta. Con un gesto grácil acabó de poner la mesa.

—Daré una vuelta para ver si encuentro a Carlota —masculló Robert—. Creo que volverá en poco tiempo. Si tarda en regresar, Elisabeth ya estará dormida y no se enterará de lo sucedido.

Jim asintió. Tenía un nudo en el estómago, pero se sentía débil. Necesitaba comer con urgencia y el olor del asado en la cocina comenzaba a martirizarle.

—Jim, ¿crees que está...?

—Espero que no. Joder, no lo sé. Sería... No creo. Más bien no quiero hacerlo. Es demasiado joven. —Se hizo un lío y decidió callarse.

No tardaron en oír la puerta. El traqueteo de los zapatos de Danny corriendo por encima de la tarima con los ojos muy abiertos les devolvió a una realidad bastante concreta. Jim sonrió al chico y luego desvió la vista hacia la figurita enjuta que caminaba detrás de él. Elisabeth le regaló la mejor de las sonrisas y por un momento Jim se olvidó de todo aquel drama y de sus variopintas posibilidades. Era como un pequeño ángel, vestida con unos vaqueros y una chaquetita de punto. Se lamentó secretamente por no recordar todos los pormenores de aquellas noches y luego se sintió un miserable. Una sensación algo habitual ya a la que empezaba a acostumbrarse. ¡Ah, la naturaleza humana, qué ambigua, desleal e hipócrita puede llegar a ser! Una jovencita en la flor de la vida, intocable para la gran mayoría y, sin embargo, deseable para todos.

Observó su rostro ovalado, su indómito cabello cabalgándole la espalda y su boca de niña. Aquella falta de miedo o reprobación le hicieron abstraerse durante unos segundos observando su belleza, aspirando el sutil perfume de adulta y aquella forma desenfadada de mover las manos con garbo y desenvoltura.

«¡Quién pudiera tenerte sin sentirse culpable!», se dijo.

No estaba seguro, pero en aquel momento no sintió ningún tipo de remordimiento. Solo deseo. Un creciente y malévolos deseo.

Amelia se sentía destrozada cuando llegó a casa de Robert. No sabía si era la tensión, la confesión de su hermana Carlota, la agonía de Mary o su propia vergüenza, pero estaba agotada, terriblemente agotada. Descendió del vehículo y entró en casa con Danny de la mano, algo que él hacía a menudo. Un gesto muy cariñoso y poco habitual en un chiquillo de doce años. A él no parecía importarle, distaba mucho de los convencionalismos propios de su edad e incluso le quedaba bien, aunque fuera ya muy alto para sus años y tuviera ciertos gestos de bailarín clásico, detalle que, más de una vez, Amelia sabía que le había traído problemas. En aquel momento todo aquello carecía de importancia. Eran simples pensamientos estúpidos y detalles que le hacían olvidar durante unos minutos toda aquella noche. Mientras se aseguraba de que Danny se lavaba los dientes y se ponía el pijama, caviló sobre dónde estaría Carlota y qué sucedería en la casa. Sintió unas voces de reproche en lo más profundo de su cabeza. ¿Tendría que haber ido a buscarla, confesarle a Robert lo que sentía sin que su hermana le hubiese puesto en tal compromiso? Sabía que Mary no lo había hecho con mala intención, jamás sería capaz de tal insolencia, pero había sido tan violento...

Entró en la cocina, después de darse una ducha, y se sirvió una copa de vino en absoluta soledad. Había escuchado a Robert en la habitación de Danny cuando se había ido a poner el camisón. Su suave voz, siempre cauta y sosegada. Una voz profunda, a veces rasgada, con el tono justo y la lentitud propia de aquel que está acostumbrado a hablar a las masas. Quizá por eso Danny lo comprendía todo y ahora era feliz. Robert era capaz de transformar la realidad imperante en lo que él deseara. A Amelia le constaba que había tratado el asunto

de su pasado con Lorna Coleman de un modo elegante y con las palabras justas. A fin de cuentas, Lorna era su madre y no podía reprocharle nada, no cuando uno era tan joven como lo eran ellos por aquel entonces.

No se dio la vuelta cuando oyó a Robert entrar en la cocina. Estaba apoyada sobre la encimera con la copa de cristal entre los dedos y la hacía girar sin darse apenas cuenta. Sintió una mano sobre su hombro, la presión de sus dedos y luego su figura inmensa.

—La verdad es que emborracharse sería lo más inteligente después de esta noche tan extraña.

Amelia se rio, pero al instante se mostró afligida. Le temblaban las piernas. Robert se había situado del mismo modo que ella, mirando al frente, con los antebrazos apoyados en la encimera y el cuerpo relajado.

—Amelia, se me da bien hablar con la gente —comenzó a decir—. Siempre lo he hecho y creo que soy capaz de transmitir las cosas de un modo claro. Hago que la gente se sienta bien. Sin embargo, ante una situación así, tengo que confesarte que soy un auténtico inútil.

—No eres ningún inútil, Robert —respondió ella—. La culpa es mía por ponerte en una situación tan comprometida y no ser sincera. Ahora no me siento cómoda aquí, soy una carga para ti, aunque sé que agradeces mi ayuda. Eres demasiado educado para decirme lo que realmente piensas, lo comprendo.

Robert se había situado de lado y la contemplaba con fascinación. Amelia dio un trago a su copa de vino y luego se limpió con el dorso de la mano antes de proseguir. Era la primera vez que la había visto hablar con tanta serenidad y seguridad. Estaba destrozada y no tenía ya nada que perder ni que ocultar. Él lo sabía.

—Siempre he sido una mojiata, para qué voy a negarlo. Mi hermana Mary actúa con determinación y, cuando tiene que tomar las riendas de algo, como has podido comprobar, saca de sus entrañas la fuerza de una leona. Luego está Carlota, que en sí misma refleja la dureza y la falta de temor a todo, pero yo... yo siempre he estado entre sus faldas. Así me ha ido.

Volvió a llenar la copa. Detectó en la ventana una sombra afilada, pero, sinceramente, ya podría estar allí toda la jerarquía infernal, que le daba igual. Bebió.

—Tienes controlada la situación. Tu hijo te adora y creo que haría bien yéndome mañana —sentenció.

Por primera vez miró a Robert directamente a los ojos y se dio cuenta de que temblaba, que no se movía y que los había entornado como si le costara entender sus palabras.

Robert parpadeó muy rápido. Todo aquel pelo rubio, incluso en la penumbra de la cocina, parecía brillar como si poseyera una aureola alrededor. Cuando abrió los ojos y aquel color azul eléctrico se posó en ella casi con violencia, Amelia flaqueó y se dio la vuelta para irse, pero él la sujetó por la muñeca.

—Espera.

—¿Para qué? —preguntó con un lamento.

—Dame tiempo para poder explicarte algo. Ya te he dicho que soy un completo inútil para estas cosas, Amelia. Apiádate de mí.

Ella se quedó sin aliento. Negó con la cabeza y salió de la cocina hacia la habitación. No podía soportar aquel rechazo. ¡Simplemente no podía! Había pasado años cerca de él, cerca de todo lo que pudiera significar un pequeño contacto con él... Estaba a punto de lanzarse sobre la cama y de llorar enterrando la cabeza entre las almohadas, pero se quedó allí sentada. Entonces Robert entró.

—Amelia...

—No, Robert, no es necesario. De verdad que no.

—¡Amelia! —exclamó—. ¿Quieres escucharme, mujer?

Se dejó caer en una silla que había frente a ella y apoyó los codos en las rodillas. Miró la alfombra y suspiró.

—Cuando me vino a ver ese ser... —dijo tragando saliva—, usó tu forma, Amelia. No lo dije en la cena porque no fui capaz. Y sí, me habló de mi secreto y me amenazó de un modo indirecto. Pero eras tú la que me... asaltó en la

iglesia. Ese espíritu tomó tu forma, aunque tengo que decirte que no venía como una mojigata tímida y apocada, sino más bien todo lo contrario...

—¿Yo?

—Con tu forma, Amelia —corrigió—. Te voy a ser muy sincero, así al menos el abochornado esta noche seré yo. No quiero verte en ese estado. Iré al grano, aunque me cueste horrores y no sea un hombre dado a este tipo de confesiones. Con la confusión y el mareo pensé que eras tú; a pesar de que llevabas toda esa melena alborotada, tu actitud era bastante provocadora y no hacías más... no hacías más que toquetearme e insinuar. Casi me dio un infarto cuando empezaste a cambiar y a transformarte en él. Querida..., eso sí es bochornoso, créeme. Sin mencionar el estado en el que me encontraba —dijo. Al momento alzó la vista y rápidamente la volvió a bajar al suelo—. Estaba... estaba trastornado. Jamás me había excitado de aquel modo. Era... ese maldito ser.

Amelia ahogó una risa con la mano. No podía creer lo que le estaba contando.

—No...

—Así fue. Y ya sabes que ese espíritu usa nuestras debilidades. Lo que te quiero decir..., lo que intento... lo que intento decirte es que...

Ella se levantó y se acercó a él, pero Robert no la vio. Estaba contando los pelos de la alfombra, intentando buscar una frase adecuada y sobrevivir a toda aquella situación, tan nueva para él.

—Sueños y más sueños —balbuceó—. Tú. De un modo como..., bueno, diferente. Quizá más... o menos tímida..., yo qué sé... Veamos..., he tenido varios, pero en el fondo siempre es lo mismo. Es como un tormento. Una y otra vez. Y luego la noche de mi pequeña borrachera, allí medio muerto mientras la buena de ti me...

Amelia se acuclilló frente a él y apoyó la mano en su rodilla. Robert se puso recto. Estaba tenso y temblaba como un niño.

—Soy un completo inepto para las confesiones sentimentales, Amelia. Creo que son demasiados años sin pensar en estas cosas, ocupándome solo de mí o de mi trabajo, y bueno..., con toda... con toda esta locura... y tú en casa...

No tenía claro si era su propia humillación, el hecho de que ya no tenía nada que arriesgar o el verle así de perdido y avergonzado lo que le dio aquellas fuerzas. Amelia se alzó sobre sus pies y le besó apasionadamente. Tenía que hacerle callar porque no estaba entendiendo nada de lo que decía. Robert estaba mucho peor que ella y esa situación la llenaba de una extraña energía y la envalentonaba. ¡Él la quería! ¡Y qué cálidos y al mismo tiempo húmedos eran sus labios! Cuando se apartó de él, Robert era como un adolescente en su primera cita. Vibraba como si estuviera a punto de sufrir una conmoción. Volvió a besarla, esta vez con más intensidad, mientras le sujetaba la cara y se situaba entre sus piernas, que parecían arder como dos antorchas cuando sintió la piel bajo los pantalones. Y luego estaba aquel tembleque que no cesaba. Nunca se hubiese imaginado lo mucho que le costaba a Robert confesar sus sentimientos y el más mínimo contacto físico. Era como un niño disfrazado de adulto.

Pero entonces algo se disparó en él, sus ojos centellearon de un modo sobrenatural. Al mirarla, su expresión cambió, mientras su pecho subía y bajaba enloquecido por aquel leve contacto. Amelia se apartó muy despacio; sin embargo, Robert la frenó bruscamente asiéndole la nuca, mientras sus ojos danzaban por todo su cuerpo como si buscara algo entre los pliegues de su ropa.

—Si supieras lo bonita que eres... Si pudieras contemplarte con mis ojos del mismo modo que lo he hecho yo durante todos estos años...

Amelia ahogó un jadeo. Él la besó.

—No te vayas, Amelia... —murmuró en su boca mientras le mordía el labio—. No te vayas, porque me moriría. No lo soportaría. No podría vivir sin ti...

—No me voy a ir, Robert. —Estaba enloquecida y ansiosa. Él no dejaba de beber de su boca y cada vez la devoraba con más intensidad.

—No, no lo hagas...

Se levantó con ella. Caminó hacia la cama, la obligó a retroceder y volvió a mirarla como si no supiera o no fuera consciente del porqué de sus actos. Seguía temblando y sus ojos estaban vidriosos. Amelia le puso las manos sobre las mejillas. Ella ya no temblaba.

—No me voy a ir —le repitió.

—No te vayas tampoco mañana. Ni pasado mañana... No te vayas nunca...

Quédate conmigo para siempre...

Y nada más decir esto, la besó con ferocidad.

Elena se había entretenido unos instantes, mientras el sheriff y el alcalde discutían ciertos detalles sobre la carpa que se iba a colocar en la plaza. Lark estaba empeñado en que era demasiado grande, detalle que no parecía importarle a Julius, que ya había anunciado que se instalaría un amplio escenario para un grupo de música, estufas de gas en forma de sombrilla que mantendrían el calor en todo el recinto y un elegante servicio de catering para todos los asistentes a la velada. Fue lo último que escuchó de toda la conversación, lo único que realmente había entendido. Estaba demasiado ansiosa por regresar a casa, por ver si Tommy se encontraba bien y sobre todo por aislarse un poco de todo aquel tumulto de gente. Primero en la clínica del doctor Foster, luego en la oficina, más tarde las llamadas de madrugada de algún vecino jurando que habían entrado en su casa para robar: toda aquella locura no tenía sentido.

Todos los años sucedía lo mismo cuando estaba a punto de concluir septiembre. El alcalde se volvía loco intentando innovar con aquella maldita fiesta, que en aquellos momentos no tenía ningún valor para ella. A Lark todo aquello le resultaba agotador, por otro lado. Venían personas de todos los pueblos más cercanos. La gente pagaba por ver los espectáculos contratados. Incluso un año, Julius había llevado un circo y, junto con las atracciones, había sido un buen reclamo y una fuente de ingresos bastante considerable, todo había que decirlo, pero en aquel momento... en aquel momento nada era lo suficientemente apetecible y mucho menos interesante.

—Vete a casa, Elena —le dijo Lark después de despedirse del alcalde con un tono de voz casi imperceptible—. Perkins está a punto de llegar. Él se ocupará de las llamadas. Parece que hoy será una noche tranquila, o eso espero.

Lark apoyó la mano sobre su hombro y ejerció cierta presión en un gesto de afecto que Elena agradeció. Aquellos últimos días había dejado el sarcasmo a un lado y se mostraba mucho más afectuoso con ella. Su temperamento se había difuminado hasta cierto punto y, más que su jefe, parecía un pariente, un amigo.

Elena sonrió de puro agotamiento y se levantó con cierta torpeza. Estaba entumecida y los pantalones que llevaba le quedaban grandes y estaban arrugados.

—Y come —dijo con rotundidad Lark—. Si sucediera algo o Tommy tuviese otra crisis, llámame. Pero vete a casa. No quiero que ese chico esté mucho tiempo solo. No me fío de él.

—Lo haré —respondió ella con serenidad. Le tocó el brazo del sheriff con la mano, cogió el bolso y salió.

Perkins estaba al pie de la escalera fumando un cigarrillo cuando ella cerró la puerta. El hombre permanecía ensimismado contemplando la plaza, la estructura metálica que empezaba a alzarse para albergar la carpa y todo aquel barullo que se había formado en torno al centro del pueblo. Había dos camiones aparcados a ambos lados de la calle y varios remolques llenos de barras de metal y palés. Perkins le dirigió una mirada de perplejidad y, cuando Elena descendió las escaleras, alzó los brazos y suspiró.

—Todos los años el mismo trasiego —dijo con sorna—. Espero que al menos estos tres días de fiesta calmen a la gente.

—Espero que sí —dijo Elena. El aire olía a madera y el frío comenzaba a amainar un poco. Se sintió bien por un momento—. Al menos las noches no serán como un cementerio estos días. Quizá nos venga bien a todos.

Perkins asintió y se peinó con los dedos el poco pelo que tenía antes de volverse hacia la puerta. Elena caminó en dirección a su coche y, antes de subirse, echó una última ojeada a la estructura metálica y a los camiones.

—Te veré mañana, Perkins.

Él asintió con una sonrisa y desapareció tras la puerta.

Cuando llegó a su casa las luces del salón estaban encendidas. A través de la ventana, detectó la figura de Tommy. Estaba sentado en una de las butacas frente al televisor. Al entrar se quedó un momento observando la imagen adormecida del chico, que se mantenía inmóvil, con el mando de la televisión en la mano y la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado. Dormía, y eso, en aquel momento era para él una liberación, un lujo necesario. Elena seguía con su pequeño bolso colgado de la mano cuando trató de organizar los recuerdos de la noche en que él había llegado a su casa. Vio a Tommy sentado en el sofá de tres plazas con los ojos entornados, diciéndole: «No he sido una mala persona, Elena. Nunca le he hecho daño a nadie. Era un niño y estaba borracho, pero la culpa fue mía. Mía por llevarla allí, por pretender que esa joven disfrutara un poco de un oasis donde estaría protegida de todo. ¡Protegida!». En aquel momento se había llevado las manos a la cara con profusa aflicción y ella no fue capaz de decirle nada.

—Tommy, despierta —murmuró acercándose, mientras el suave ronroneo de las voces del televisor sonaba de fondo, casi como un coro.

El chico alzó la cabeza y miró desorientado a ambos lados. Se puso recto, carraspeó para aclararse la voz, apagó el televisor y dijo:

—Elena...

Se frotó los ojos, intentando en vano adaptarse a la luz del salón, y sonrió. Lo hizo de un modo angelical y casi candoroso. Sus labios se curvaron en una suave sonrisa llena de tristeza y la miró.

—¿Te encuentras bien? Voy a preparar algo de cenar.

Tommy asintió sin apartar sus enormes ojos de ella. En aquel momento, Elena se preguntó si una mujer como ella, sencilla, con un cuerpo poco estilizado y con cierta inclinación a la dejadez más absoluta con respecto al maquillaje, podría enamorar a un hombre como él. Porque Tommy poseía unos atributos fascinantes para una mujer: un chico joven, con fuerte aplomo y ecuanimidad, un físico curtido por su trabajo y un rostro cuadrado de mejillas altas y mirada directa; un muchacho que, aun aterrado por la situación, podía mantener el

orgullo en la mirada y una serenidad que arañaba cuando era consciente de su situación. No había nada destacable en él a simple vista, pero, en conjunto, una belleza de mirada dura y gestos lentos y pausados. Elena observó los graciosos mechones de pelo castaño que le caían por la frente. Se sentó frente a él, dejó el bolso sobre la mesa de centro, apoyó las manos en el regazo y le miró. Un soldado, había pensado. Un soldado joven y preparado casi para cualquier cosa, a excepción de esta, y aun así era capaz de resurgir de sus cenizas y mantener esa actitud que decía: «Puedo rendirme. Puedo dejar que suceda lo que sea, pero no volveré a bajar la cabeza y miraré a la muerte de frente». Y era ese el momento en el cual Tommy se encontraba. Justo ese.

—¿Ha pasado algo mientras he estado fuera?

Tommy sacudió la cabeza y rio entre dientes. La brecha del labio comenzaba a curarse y tenía un aspecto más agradable a la vista, menos violento. Señaló con el dedo el pasillo y pareció que las palabras se le atascaban en la garganta.

—Estaba ahí —dijo—. Creo que no te he dicho su nombre: se llamaba Amira. Estaba de pie frente a la puerta. No ha dicho nada, solo me ha mirado durante horas y yo he intentado no prestarle atención, no asustarme.

—¿En el pasillo? ¿Se te ha aparecido la chica?

Tommy asintió con un solo movimiento de cabeza.

—Luego me he adormecido por los calmantes —prosiguió él—. Sé que entonces se ha acercado a mí. He notado sus dedos lánguidos y fríos en la mejilla cuando estaba a punto de quedarme profundamente dormido. Trataba de hacerme perder el control. —Tommy bajó la cabeza y rio para sus adentros—. Lo ha intentado...

—Entonces ¿ella murió después de aquella noche?

—Desapareció y yo regresé a Estados Unidos. Traté de buscarla durante días, pero me resultaba muy difícil mezclarme con el pueblo sin ninguna protección después de lo que había sucedido en el campamento. Nunca lo supe, aunque ahora es obvio que así fue. No me importa, Elena. Mi mente fue entrenada para ciertas situaciones y, aunque mi aventura con esa marioneta fue un desastre del

autocontrol, después de sopesarlo todo y ser consciente de a lo que uno se enfrenta, vuelves a ser más templado. Me da igual lo que vea, se manifieste o me persiga. El doctor Foster hizo una analítica y estoy limpio. Vosotros visteis lo que me pasó.

—Se irá, Tommy —dijo con firmeza—. No sabemos cuándo, pero lo hará.

El chico se mordió el labio inferior y sus mejillas doradas se tensaron de un modo violento.

—Tengo un arma en la maleta. Una treinta y ocho. No dudes en usarla si sucediera algo.

—¿Suceder algo? —No entendía a qué se refería. ¡No se podía matar a un fantasma!

—Si me vuelvo loco o intento hacerte daño.

—No digas estupideces, por el amor de Dios.

—Es una posibilidad. Solo te digo que no dudes en usarla.

Elena se levantó bruscamente. La mera idea de imaginarse lo que acababa de escuchar le hizo un nudo en el estómago. Se acercó a él con decisión y se inclinó para apartarle el pelo de la cara. Sus ojos brillaron. Estaban congestionados por el dolor, pero su dignidad iba en aumento.

—Te haré la cena. Necesitas comer y descansar.

—¿Por qué eres tan buena conmigo? ¿Por qué te preocupas tanto por mí, Elena?

Se sonrojó ante la pregunta directa del chico, se miró los pantalones —ahora cuatro tallas más grandes que ella— y se sintió ridícula. Él la miraba de arriba abajo como si acabara de percatarse de que estaba allí hablándole.

—Eres un buen hombre y mi compañero —dijo—. Intento que mi vida merezca la pena. No te puedo defender, ya ves lo poco que soy, pero sí que puedo acompañarte, hablar contigo. La soledad, en estos casos, es muy mala compañera y consejera, lo sabes.

—Estás diferente.

—Estoy horrible, como siempre.

Tommy sonrió por primera vez con ganas. Se inclinó hacia atrás y la contempló con cierto humor y agotamiento.

—El concepto de belleza que tenéis las mujeres dista mucho de lo que un hombre ve como bonito, Elena. Yo odio a las mujeres que se pasan la vida pensando qué no deben comer y cómo deben vestir para estar perfectas. No te dejes llevar por esa corriente de ovejas que van en la misma dirección, Eli...

«Eli», se repitió ella.

Tragó saliva. En ese momento, además de ridícula, se sentía estúpida.

—Lo dices para animarme. Eres un adulator, pero te haré la cena igual.

Tommy ladeó la cabeza hacia la ventana y suspiró.

—Lo digo porque has perdido mucho peso estos últimos días. Las curvas son hermosas, no las dejes por el camino. Es un consejo de amigo.

Se oyó un crujido de madera muy cerca de las escaleras y Tommy se sobresaltó. Casi sin que tuviera tiempo de pensar mucho, se levantó del sillón y se aproximó a la puerta. Se asomó al pasillo y se quedó contemplando los peldaños de madera y la profunda oscuridad que emanaba de la curvatura que hacía girar la balaustrada hacia la derecha. Elena lo observó retroceder muy despacio. Sin el uniforme y vestido con vaqueros y camiseta blanca, parecía aún más joven de lo que era, más aniñado y dulce.

—Volverá —dijo.

—Y cuando llegue, cuando te encuentres con ella...

Tommy se apoyó contra la pared y se metió las manos en los bolsillos del pantalón. Miró al suelo sopesando las palabras de Elena. Se había rendido y ya no tenía esa expresión de miedo.

—No lo sé...

Repentinamente Elena se asustó. Con el rabillo del ojo había visto algo a través de la ventana caminando por el sendero de losetas que rodeaba su casa e iba hacia la entrada. Se levantó con urgencia y apartó el visillo: había un hombre. Pegó la nariz al cristal y oteó el exterior, mientras la silueta permanecía muy quieta, situada frente a la puerta, contemplando la fachada y las ventanas

del primer piso. Fue como si todo se precipitara en ese instante. El hombre, que parecía llevar un largo abrigo negro y un sombrero, alzó la cabeza hacia la primera ventana situada sobre él y sonrió. Ella solo fue capaz de ver unos grandes ojos oscuros y el perfil de una nariz afilada y respingona. Iba a decir algo, pero el sonido de unos pasos en la planta de arriba provocó que todo el vello de su cuerpo se erizara. Miró a Tommy, que se había quedado blanco y paralizado.

El eco de los pasos se aproximaba a las escaleras. Tommy retrocedió y se alejó de la puerta, hasta casi chocar con el sofá y con Elena, que seguía inclinada sobre este, apoyada en el respaldo y con la cabeza ladeada hacia el lado contrario. Se le disparó el corazón como jamás lo había hecho en su vida. Algo o alguien descendía los peldaños muy despacio. Miró con apremio hacia el exterior y se dio cuenta de que el extraño había desaparecido. Ahora su atención se dirigió hacia el soniquete de pasos. Habían llegado al primer descansillo y la madera volvía a crujir y, mientras, los dos se mantenían expectantes y casi a punto de sufrir un ataque de pánico.

—Sal de aquí, Elena. Tú no tienes nada que ver con esto.

—De ninguna manera. Es mi casa. ¡Es mi casa! —exclamó como si creyera que aquello iba a servir de algo.

El sonido cesó y lo sustituyó un ruido espeluznante de algo arrastrándose, que fue en aumento a medida que se acercaba a la puerta del salón. Elena vio una fina mano apoyándose en el canto, unos dedos largos y desvaídos aferrándose a la pared y luego aquel rostro juvenil, blanquecino y desencajado con unas ojeras amarillentas y purpúreas bajo unos ojos llenos de dolor. Una muchacha enjuta de cabello negro, una joven pálida y menuda con un vestido deshilachado lleno de suciedad y manchas oscuras que parecían sangre.

—Virgen Santísima —balbuceó ella.

Tommy estaba un poco más adelantado y vio la tensión de su cuello y la presión de sus mandíbulas cuando se irguió.

La joven avanzó de un modo torpe y quejumbroso. Tenía las manos llenas de

cardenales y las uñas sucias y amarillentas. Estiró los brazos hacia Tommy y jadeó algo similar a un lamento. Elena no pudo entender lo que decía. Sus ojos estaban fijos en la pantalla del televisor apagado. En la figura alta e inamovible que se había dibujado detrás de ella entre el sofá y la ventana. Justo a su derecha. Desvió la vista hacia un lado y sintió la tela áspera y su sonoridad por encima del hombro. Mientras todo esto sucedía, Tommy había reculado un poco más ante aquella criatura, pero el reposabrazos del sofá había bloqueado cualquier posible movimiento. El espectro lo alcanzó y le clavó las uñas en uno de sus brazos, mientras intentaba hablar y escupía sangre.

—¡Dios mío! —gimió Elena al ver los borbotones que salpicaban la camiseta del chico, para luego torcer una vez más la vista hacia la silueta y su contorno. Se giró bruscamente pero no había nada; sin embargo, al volver a mirar el televisor, allí estaba la presencia ocupando casi toda la pantalla—. Dios, ayúdame...

Tommy apartó bruscamente la mano de la mujer y la aferró por los hombros. Ella parecía querer atacarlo.

—¡No pude hacer nada! —gimoteó Tommy—. Yo... yo te hubiera protegido, lo habría hecho si hubiese tenido la menor oportunidad...

La criatura abrió la boca y comenzó a chillar. Tommy, que había avanzado hacia delante, reculó varios pasos, tropezó con el pliegue de la alfombra y cayó al suelo. Elena intentó llegar hasta él, pero una mano la sujetó por el hombro y la hizo sentarse bruscamente. Era evidente que todo estaba fuera de control. Los gritos de la mujer y los sollozos de Tommy se mezclaron con un extraño zumbido en su oído. La presión de aquellos dedos largos y potentes se materializó con más fuerza sobre su propia carne.

La suave voz masculina la paralizó de inmediato con un suave susurro en su oído:

—Elena, por mucho que lo intentes, nunca serás suficiente para él... Mírate... ¿Qué puedes ofrecerle? Una mujer como tú, dejada, sin ningún tipo de atractivo, sin esa belleza que todo hombre busca...

Una risa lenta retumbó en sus oídos y las lágrimas comenzaron a caer por sus mejillas. Seguía con la vista fija en la pantalla del televisor, en la imagen distorsionada y levemente inclinada que tenía a dos palmos de su mejilla, en su mano fuerte y decidida, sujetándola firmemente para que no se moviera. Dejó de oír los gritos que provenían del otro lado del salón. Los lamentos y las palabras atropelladas de Tommy se difuminaron lentamente y se fueron alejando como si ella misma hubiese bajado el volumen. En aquel momento solo lo veía a él, únicamente a él.

—Siempre estarás sola, Elena... Siempre serás la amiga simpática. Una mujer sin ningún tipo de atractivo. Esta es tu vida... Él jamás te querrá...

—No...

—Ah..., claro que sí...

El ser alzó la mano que la tenía cautiva y acarició su pelo rubio, mientras apoyaba los labios en su mejilla y la besaba. Elena distinguió a través del haz de luz que se filtraba por la ventana el brillo rabioso de sus ojos, la sonrisa mezquina y llena de malas intenciones de aquel hombre y el olor a perfume, a flores.

—No es verdad, no siempre he sido así. Mientes... Mientes... Todo esto es una burda mentira. Ella y tú. No...

En el fondo de su corazón sabía que él tenía razón, pero no estaba dispuesta a ceder a aquella humillación. El terror dio paso a una especie de euforia y rabia. Se giró hacia él, consciente de que desaparecería una vez más, y por el contrario se topó de lleno con un rostro anguloso que la miraba con curiosidad y cierta mordacidad.

—Oh, ya entiendo... —prosiguió el hombre con displicencia—. Eso no es lo que realmente te preocupa. Empiezas a superarlo. Lo que te aterra es no poder ayudarlo, ¿verdad, Elena? Nunca se sabe si tu angelito perderá la cabeza. Quizá no sea hoy ni mañana, pero puede que un día vayas a trabajar y el chico se haya levantado la tapa de los sesos antes de que tú vuelvas a casa y puedas impedirlo.

¿Es eso? Claro que sí... ¡Es eso! —Y rompió a reír con el mismo tono sosegado y pausado.

Elena cerró los ojos y sollozó.

—Vuelve a la realidad, Elena..., y vive con ese sufrimiento. Cada día, cada hora... Puede que suceda o tal vez jamás pierdas al chico, pero nunca lo sabrás..., y eso... te consumirá...

Y, tras decir esto, los gritos volvieron. Elena se inclinó hacia delante y vio a Tommy arrastrándose fuera de sí, mientras intentaba quitarse de encima la figura encorvada de aquella criatura que reptaba por el suelo y lo sujetaba por las piernas vociferando como una rata. Elena cayó sobre la alfombra. Todo le daba vueltas. La silueta del hombre vaciló. Gateó hacia delante, en dirección a Tommy, y luego se dio cuenta de lo que sucedía. Cuando intentó llegar al chico, aquella cosa se giró violentamente y la miró desencajada. Gritó con todas sus fuerzas antes de golpearse con algo en la cabeza y precipitarse hacia la criatura.

—¡Tommy! —aulló mientras se llevaba la mano a la sien—. ¡No puede hacerte nada! ¡Lucha contra eso!

—Deja que enloquezca, Elena... —oyó detrás de ella.

—¡No! —gritó—. ¡Tommy!

Elena se desplomó hacia su derecha. La habitación no dejaba de girar y le dolía terriblemente un lado de la cabeza. Sintió una punzada traspasándole la columna y creyó perder la conciencia durante unos segundos. Vio a Tommy boca arriba con aquella cosa a dos palmos de su cara, los ojos abiertos casi desencajados y todo aquel pelo negro sobre su cuerpo húmedo y sucio. Cerró los ojos e intentó recuperar las fuerzas, pero, a consecuencia de aquel golpe demasiado fuerte, todo su cuerpo vibraba y su cabeza latía.

—Déjale en paz... —musitó—. No puedes hacerle daño. No existes... Déjale en paz...

Un grito la sobresaltó.

—Déjale en paz... —murmuró en un susurro antes de desmayarse.

Se despertó de madrugada en mitad del salón. Jim había vuelto a caminar sonámbulo, cosa que no le extrañó; eso sí, al menos esta vez llevaba puesto el pijama, detalle que agradeció cuando oyó la puerta de la casa y vio la sombra errante de Carlota desde su posición. Ella no lo vio, la estancia estaba totalmente oscura.

Pese a su aspecto frágil y la forma de caminar algo encorvada, posiblemente por el frío, sus ojos y la expresión de la boca eran firmes. La vio colgar el abrigo en el perchero de la entrada, alisarse la falda y luego subir las escaleras muy despacio. Jim se preguntó dónde habría estado todas aquellas horas, si dentro de su corazón aún albergaba alguna posibilidad de reconciliación o si quizá después de todo lo sucedido le odiaba. Luego pensó que a lo mejor esas mismas ideas eran las que la habían atormentado durante toda la noche. Al fin y al cabo, había sido ella la que le había drogado con aquellas hierbas, la que había creado un conflicto con su hermana Mary Anne y la culpable de todo lo que había sucedido en el salón.

Sin embargo, frente a todas estas meditaciones, ahí estaba él, en mitad de un salón que no era suyo, siendo el epicentro de una historia para no dormir con demasiados interrogantes y espacios vacíos que no lograba sellar por muchas vueltas que le diera a la cabeza. Se percató, no sin esbozar una silenciosa sonrisa, de que parecía una estatua de museo. Ni siquiera se había movido un palmo y tenía los brazos colgando a ambos lados del cuerpo. Si en aquel momento alguna de las hermanas —o incluso Alan— hubiese entrado, el susto que se habrían llevado hubiera sido monumental. Se deslizó entre las sombras que se colaban por los pequeños recovecos de las ventanas y muy lentamente

subió las escaleras, intentando no hacer ruido. No pudo contener el deseo de abrir la puerta de la habitación de Elisabeth. Se encontraba profundamente dormida y su expresión era la de un ángel. Estaba tapada con el bonito edredón de plumas, que reposaba sobre su cuerpo, y todo su cabello se diseminaba por la almohada como diminutas culebras. Se preguntó casi con temor qué pensaría ella de todo aquello, si recordaría algo.

No quiso alargar su intrusión y, con los mismos cuidado y celeridad, volvió a cerrar la puerta y entró en su habitación.

El resto de la noche la pasó en una especie de duermevela, incapaz de conciliar el sueño. Había barajado decenas de posibilidades. Volver a hablar con Lucien quizá resolviera ciertas dudas que tenía con respecto a todo aquel embrollo, aunque, muy a su pesar, estaba convencido de que aquel espíritu no le contaba toda la verdad. Sí, era cierto que Lucien no había matado a nadie de un modo directo. También era obvio que quería a Elisabeth y que Mary Anne era como un trofeo apetitoso del cual disfrutar, a la que la atormentaba sin estirar demasiado la cuerda. Pensó en lo que le había dicho la entidad sobre aquellos «juguetes», como los había llamado. Ahora entendía por qué Amelia no había tenido ningún tipo de contacto con todo aquel asunto. Era una mujer sin secretos, casi sin una vida privada, sin nada que reprochase o de lo que arrepentirse; en cambio, el resto estaba expuesto a sus más íntimos deseos o pecados. Rememoró la escena relatada por Robert de Lorraine colgando de la viga y meditó qué pequeño pecado habría cometido ella que le había hecho tomar aquella decisión, qué habría sucedido y cuántos delirios habría soportado. Y luego estaba aquel cofre con todos esos objetos que casi con toda probabilidad pertenecían a Magalie. ¿Qué les habían revelado? Apenas nada. Su detective había sido más claro y conciso con respecto a ese tema. Jim deseó en ese momento hablar con él, avanzar un poco más y, sobre todo, desprenderse de aquella extraña sensación de que no controlaba nada.

Cuando amaneció, seguía con los ojos muy abiertos, fijos en el techo, elucubrando una y otra vez teorías sobre todo aquel asunto. Se levantó al cabo de

unos minutos y, tras ducharse y vestirse, decidió salir a dar un paseo por el pueblo, volver a la cabaña y estar lo más alejado posible de Elisabeth durante al menos unas horas. Era muy temprano y nadie se había levantado aún, así que aprovecharía esos momentos para desayunar en el bar de Loretta y, como él solía decir, meditar. Lo que más le preocupaba era la razón por la cual Lucien le había escogido, por qué no había sido claro la noche anterior y, ante todo, qué más podía suceder. Eso le aterraba hasta cierto punto.

Llegó al local casi sin darse cuenta. El cielo estaba despejado y los rayos de sol, aún cálidos y apacibles, no eran suficientes para solapar aquel frío. Cuando vio a Loretta detrás de la barra se llevó un susto de muerte. La mujer tenía la cabeza apoyada sobre la barra como si se hubiese desmayado y repiqueteaba con las largas uñas la madera. Al oír la puerta se incorporó y le sonrió de un modo desconcertante. Tenía el pelo recogido en una coleta alta. Su estilo años ochenta había dado paso a un aspecto más sobrio y acorde con su edad: llevaba puesto, sobre un vestido de algodón azul cobalto, un mandil dorado.

—Qué madrugador es usted, señor Allen —dijo con una voz cavernosa. Salió de la barra con un movimiento ágil, se plantó delante de él y le encaminó hacia una de las mesas vacías—. No son ni las nueve.

Jim sonrió.

—Loretta, llámame Jim, creo que ya va siendo hora. Por cierto, tienes un aspecto estupendo. Te favorece este nuevo estilo.

Esta frunció la nariz como si hubiera visto un pequeño cachorro de pomerania y sacó su libretita.

—Si me sigues piropeando te haré un buen descuento con esa cabaña —murmuró con sorna—. Llevo varias noches horribles. Me subes la moral.

—¿Pesadillas?

—Sí —afirmó con rotundidad—, pero nada que no se pueda superar. Ya sabes eso de que lo que no te mata te hace más fuerte.

Estuvo tentado a preguntarle sobre aquellas pesadillas, pero luego prefirió no

decir nada. Loretta no parecía la clásica mujer habladora por naturaleza, y menos aún abierta a contar su vida.

—Estos días de fiesta son terribles —dijo con un aspaviento—. La plaza central del pueblo está llena de cachivaches de feria y muchos vecinos prefieren desayunar aquí en vez de en el Coconut. Es atronador el ruido de los obreros con sus martillos y sus radiales. Llevo dos mañanas abriendo y hoy es la primera vez que a esta hora aún no ha aparecido nadie. No tardarán.

—La fiesta del inicio del año, ¿no?

—Algunos la llaman así, aunque sería más correcto denominarla la «fiesta de inicio de colegio», al estar en septiembre. Es una tradición de hace décadas —respondió riendo—. El veintiséis de septiembre se inauguró el aserradero de Bridal Veil, así que desde entonces el pueblo celebra esos años de riqueza y de plenitud. Luego nadie cambió la fecha. Es una buena época para las verbenas y el espectáculo atrae cada vez a más gente de fuera. El alcalde se lo monta bien. Ese jodido cabrón avaricioso logra siempre lo que quiere. Es un buen tipo en el fondo, aunque estos días está insufrible y parece que entra en bucle dando órdenes. Todo un personaje. ¿Tortitas?

Jim sintió un escalofrío nada más escuchar el nombre «Bridal Veil».

—Con un café, por favor. Cargado. Y ponme sirope de fresa.

La puerta se abrió. Varios hombres y mujeres entraron en el local y se sentaron en una de las mesas más próximas a la ventana. Loretta se apresuró a anotar su pedido y luego desapareció tras la barra, mientras él contemplaba al grupo, que charlaba animadamente entre susurros y risas. Volvió a oír el sonido característico de la puerta, pero no se giró. Loretta le estaba poniendo el café con un gesto solemne mientras trajinaba con el servilletero. Cuando oyó la voz detrás de él, pegó un brinco en la silla. Se giró y vio a Elisabeth enfundada en unas medias y una falda de tablas, con un grueso abrigo algo acampanado cubriéndole la cintura. La chica lo miraba fijamente sin moverse.

—¿Qué haces tú aquí?

—Te seguí. Estaba mirando por la ventana cuando te vi salir. Y supuse que si

no estabas aquí habrías ido a la cabaña —respondió.

El término «desconcertado» adquiriría un nuevo significado para él en aquel momento. Miró con el rabillo del ojo a Loretta, pero esta ni siquiera se había sorprendido por ver a Elisabeth allí. Atravesó el local con una bandeja y le pasó la mano por la cabeza en un gesto de afecto.

—¿Puedo sentarme?

—Claro... Perdona, es que no esperaba...

—No importa.

Se quitó el abrigo y se situó frente a él. Tenía las mejillas encendidas por el frío y los labios pintados con un tono rosa. Un bonito jersey de cisne de color azul le realzaba los pechos, un detalle que le hizo reflexionar unos segundos sobre si sería capaz de no pensar barbaridades si la miraba.

—¿Qué tomas, corazón? —gritó Loretta desde el otro lado del local.

—Lo mismo que Jim.

Elisabeth le miraba fijamente y él a ella. Se hizo un silencio incómodo. De repente, de un modo locuaz, hablaron los dos a la vez y la chica se rio.

—Vale, perdona, tú primero —dijo Jim.

—Lo recuerdas, se nota —murmuró ella—. Me doy cuenta de ello y tampoco tengo una explicación, pero sé que la situación te incomoda mucho. Aunque tengo dieciséis años, no soy una niña, por mucho que os empeñéis todos en ello. Jim, no sé lo que me pasó, supongo que Lucien tuvo mucho que ver. Estaba deslumbrada por su música, me arrastraba y me hacía comportarme de ese modo. No quiero que pienses que yo...

—No pienso nada, Elisabeth. Tengo una lucha existencial, supongo que es parte de la penitencia de ser una buena persona, aunque cada vez tengo menos claro qué soy.

A Elisabeth se le ensombreció el rostro. Se pasó el pelo por detrás de las orejas.

—Yo también tuve la culpa. Y, si te soy sincera, aunque me dé mucho apuro

lo que te voy a decir, de lo único de lo que me arrepiento es de no recordar apenas nada.

Jim se sintió turbado en aquel momento. Le resultaba imposible averiguar cuál era la expresión de su rostro. Ella le miraba y era consciente de que se mantenía serio y concentrado en cada detalle. Notó sus nervios y deseó abrazarla.

—Sientes amor por un espíritu que te está usando, Elisabeth, aunque te quiera o te proteja. ¿Eres consciente de eso?

Ella asintió.

—Sé que quiere que estemos juntos por alguna razón.

Dudó sobre si debía decirle la verdad. No tenía claro si sería demasiado cruel que ella conociera las auténticas intenciones de Lucien. Ella mantenía la espalda erguida, intentando transmitir una serenidad y una madurez que aún no tenía. Era una pequeña adulta, qué duda cabía, pero no poseía la experiencia de una mujer, no distinguía ciertos aspectos de la vida y todo era difuso para ella, se notaba.

—Siempre cuidó de mi hermana, Jim. Sea por lo que sea, no puedo odiarle. Ella lo quería.

—Elisabeth...

—No, déjame terminar —le interrumpió con dureza—. No me importa por qué quiere que estemos juntos, lo único que sé es que tú eres bueno. Él te trajo hasta aquí, quiso que nos conociéramos. ¿Qué mal hay en ello? ¿Que tú no me quieras? Lo podría entender. Ni siquiera Lucien puede controlar el amor, solo nuestros instintos, y hasta cierto punto.

Se quedó sorprendido ante aquel razonamiento. Mientras Loretta les servía el desayuno, guardó silencio, sin dejar, no obstante, de observarla.

—No va a tocar su violín durante toda nuestra vida —continuó ella—. Él nos acercó, pero supongo que está en nuestra mano seguir adelante. Si existe algo que llevar adelante... Pero no me trates como si fuera tu hija, Jim. No lo hagas, porque no lo soportaría.

—No te trato como si fueses mi hija, intento controlar una situación que se me

escapa por momentos de las manos. ¡Tienes dieciséis años! —murmuró entre dientes—. Puedo ser un capricho. ¡Eres tan joven!

A Elisabeth se le empañaron los ojos.

—¿Y eso me hace menos creíble?

Jim se inclinó hacia delante y apoyó la mano sobre sus dedos.

—No, Elisabeth, te corta las alas. ¡Tienes tanto por vivir! Ni siquiera me conoces... No soy solo el escritor de cuentos que conoces.

Elisabeth volvió la cabeza dolida y sollozó. Al instante se recompuso, bebió un poco de café y devoró parte de una de sus tortitas.

—Hablas constantemente de lo que me conviene, pero no dices nada de lo que piensas.

Aquello le provocó una risa lenta y gradual. Se quitó las gafas y se frotó el tabique nasal. Luego resopló y se apartó el pelo de la frente.

—Si te sirve de algo, puedo decirte que, aunque no me cuesta luchar contra ese espíritu, no sería capaz de librar una batalla contra ti, Elisabeth. Es evidente, ya lo sabes.

Una falda de tablas y unas mejillas sonrosadas. ¿Qué mortal era capaz de luchar contra eso? Él no. La oyó reír suavemente y salió de su estado de ensimismamiento.

—Entonces también te molesta no recordar esas noches —dijo con cierta malicia—, y no me mires así. A veces los adultos sois más lentos que una adolescente y se te nota en la cara. Siempre es así con todo, Jim.

«Maliciosa Catrina...», se dijo Jim.

—Una chica lista. Francamente no entiendo por qué me preguntas cosas que ya sabes.

—Porque necesito escucharlas y, sobre todo, hacerte entender que no te aprovechas de mí, que yo quiero lo mismo. Y no es un capricho, no lo es...

—¿Cuántas relaciones has tenido en tu vida?

La pregunta la sorprendió. Lo miró con la boca llena y los ojos extremadamente abiertos, y tragó con dificultad.

—Ninguna...

—¡Joder, Elisabeth! —La exclamación captó la atención del grupo que tenían detrás y Loretta enarcó las cejas en señal de sorpresa. Jim se inclinó hacia delante y bajó la voz—. ¿Ninguna? ¿Solo te has acostado conmigo? ¿En serio?

—Sí, solo tengo dieciséis años —le respondió con sorna.

—No te hagas la graciosa.

—¿Y qué importancia tiene?

—Me hace sentir peor aún.

Ella se rio. Jim apartó el plato. Se había quedado sin hambre repentinamente. La observó comer con voracidad y suspiró. Loretta, en aquel momento, los miraba fijamente y él le dedicó la mejor de sus sonrisas. Su cabeza era otra vez un enjambre de avispas asesinas y Elisabeth cada vez se mostraba más mordaz. La timidez de los primeros días daba paso a una confianza que jugaba en su contra. Estaba perdido y lo sabía.

Su cabeza evocó por un instante sus finas y largas piernas enroscadas entre las sábanas y se le aceleró el corazón. Un fogonazo de irrealidad le embistió repentinamente: imaginó que le arrancaba aquella falda de tablas y la poseía de un modo violento sobre aquella misma mesa. Sacudió la cabeza y bebió el café. Se dio cuenta de que Elisabeth sostenía el tenedor apuntándole directamente a la cara con un trozo de tortita llena de chocolate.

—Abre la boca. Las tuyas llevan sirope de fresa, pero estas están mucho mejor.

Jim obedeció como un autómatas. Pasó la masa pringosa por la garganta y luego se limpió con la servilleta.

—Cuando mantenías esa timidez era todo más sencillo —dijo en suspiro.

—Me cuesta comenzar una relación de amistad y la muerte de mi hermana está muy reciente; sin embargo, no soy tonta. Cuando te fui a ver el primer día estaba avergonzada, pero por el mero hecho de pensar en la posibilidad de que me apartaras rápidamente de tu lado. Un hombre importante, a saber con cuánta vida por delante... Me daba miedo y, si te soy sincera, me gustaste mucho. Las

fotografías no te hacen mucha justicia. Siempre sales con pinta de estirado petulante.

—Ah, qué bien. Gracias, señorita.

—Pero hasta una chica joven como yo se da cuenta de ciertas cosas —dijo. Levantó los párpados y lo miró con malicia—. Eres muy expresivo, ¿lo sabías?

Estaba fascinado por su transformación. Por un instante sopesó si no estaba agotando todos los cartuchos que tenía contra él. Aquella forma provocativa de mirarle, sus gestos, sus suaves palabras y, por supuesto, toda esa seguridad que irradiaba. No, no era Lucien. En aquel momento no había una suave melodía que la envolviera, no había nada mágico o paranormal que pudiera modificar su conducta. Era ella, Elisabeth, sin ningún temor o vergüenza. Catrina en estado puro.

—¿Lo sabías? —repitió. Jim asintió. Se estaba imaginando a Elisabeth sentada en sus rodillas y sintió una palpitación entre las piernas—. ¿Jim?

—Lo soy. Sí, mi madre solía decírmelo.

—Igual algún día la conozco.

Jim se acabó el café y negó taxativamente con la cabeza.

—Mis padres fallecieron cuando yo era niño. Va a ser difícil.

—Vaya, lo siento.

Agradeció el cambio de conversación, algo que duró muy poco. Elisabeth se apartó el cabello con un gesto digno y se levantó para ir al aseo. Jim contempló el balanceo de sus tablas y la forma de mover aquellas estrechas caderas mientras se alejaba. Se dio cuenta de que Loretta los vigilaba como un ave de rapiña. Cuando se acercó para retirar los platos, le lanzó una mirada inquisitiva y se dio la vuelta. A esas alturas le importaba más bien poco lo que pudiera opinar Loretta de aquella conversación o de lo que pudiera haber escuchado. Estaba más preocupado por ocultar la ligera erección provocada con todo aquel trajín de imágenes que se concentraban en un punto de su cerebro. Cuando vio de soslayo que Elisabeth regresaba ni siquiera la miró. Era un método de supervivencia.

Levantó la cabeza hacia la pantalla del televisor y esperó tranquilamente a que ella volviera a sentarse.

—Quiero ir contigo a la cabaña —le soltó sin más—. Y no voy a aceptar un no por respuesta. Me dan igual tus lecciones de moralidad o si mi madre se levanta y se da cuenta de que no estamos en casa.

Por primera vez en toda la conversación se ruborizó y volvió a resurgir la niña que llevaba dentro. Jim la contempló con curiosidad mientras ella bajaba la mirada. Tenía los brazos apoyados sobre la mesa y notaba el suave balanceo de una de sus piernas, debido al movimiento oscilante de su cuerpo. Deseó durante unos instantes que Lucien hubiera tenido algo que ver con todo aquello para poder culparle de su decisión o de todos los disparates que se le pasaban por la cabeza, que eran muchos y variados...

—Está bien —respondió él lacónicamente.

Elisabeth alzó la cabeza y sus ojos brillaron. Estaba a punto de decirle algo cuando Jim pidió la cuenta y se levantó de la silla casi con urgencia.

—Vamos, Catrina —la instó. Había decidido contarle toda la verdad y esperar que ella misma tomara una decisión. Ya se había rendido—. Quiero contarte algo por el camino. Cuando termine quizá ves las cosas de otra manera.

—¿Y si pienso igual?

—Me acogeré a sagrado, porque estaré perdido.

Los hombres son débiles.

Era muy temprano, pero Catherine ya estaba despierta. Se quedó contemplando el artesanado del techo metida en su cama. Apenas había luz en la habitación. Había corrido las cortinas antes de acostarse y la poca claridad que se filtraba por sus pliegues le permitía observar los cuatro pilares que soportaban el techo y que tenían esculpidos detalles florales a lo largo de toda su longitud. En el fondo adoraba aquella cama tan antigua, digna, había dicho un día Lorraine, del palacio de una reina. Catherine apreciaba los detalles de antaño. Los muebles del siglo XIX habían sido un fetiche caprichoso para ella y su marido durante muchos años y ahora, en la soledad de su hogar, seguía manteniendo muchos de aquellos recuerdos: la cama, las bonitas sillas tapizadas, los espejos de marcos gruesos, la porcelana clásica, los cuadros con marcos de miga de pan, sus joyeros de madreperla —que apenas albergaban unas pocas joyas de valor— y poco más.

Era el candor, la calidez de aquellas curvas y la madera de castaño o cerezo lo que le daba un poco de paz cuando observaba todas aquellas cosas. Siempre pensó que las nuevas generaciones no valoraban los detalles, preferían los estilos minimalistas e impersonales para sus casas, la frialdad de los muebles, la frivolidad de las comunicaciones. En el fondo estaba convencida de que el mundo no había evolucionado en ese aspecto y muchas veces deseaba entre sueños y medias verdades haber nacido en otra época, donde todas aquellas particularidades se cuidaban, sin mencionar la importancia de las conversaciones, las cartas o un simple paseo en silencio.

El tiempo se acababa para ella y lo sabía. Tenía ya muchos años y notaba su reloj biológico girando hacia un destino que nos esperaba a todos. Cerró los ojos e intentó concentrarse en los sonidos lejanos que llegaban del exterior. Visualizó

la plaza plagada de gente que iba y venía de aquí para allá, con sus herramientas y aquel estrés tan candente que emergía cada año cuando apenas faltaba un día para la inauguración de la fiesta.

Anheló sentirse bien y que las piernas no le dolieran para poder acercarse a la carpa y disfrutar de aquella banda de música clásica que el alcalde había contratado y que se anunciaba con pancartas de colores distribuidas por todos los rincones de Point Spirit. Luego se amodorró, pensando en Lorraine, en Danny Coleman y en aquella familia atormentada por aquel espíritu ocioso. Fue en ese instante cuando sintió el calor. Un ardor en las mejillas que descendía por todo su cuerpo y que la avisaba de lo inminente.

Una extraña visión se apoderó de ella y paralizó todos los músculos de su cuerpo, impidiéndole moverse durante unos segundos que resultaron agotadores y casi desesperantes. Aquello no le pasaba a menudo, pero siempre estaba presente en su vida. Lo ocultaba con recelo. ¿Quién creería a una vidente? Pero existía. Apretó los párpados hasta hacerse daño. Sus oídos comenzaron a emitir un runrún de motor y la cabeza lanzó dolorosas descargas que le aceleraron el pulso. Su respiración se agitó y del calor pasó al frío. Comenzó a sudar. Temblaba y, cuando pudo incorporarse y centrar la vista en un punto, su habitación había desaparecido y estaba sentada en una cama que no era la suya.

La visión era muy clara, demasiado para lo que ella estaba acostumbrada. Miró a ambos lados y se dio cuenta de que estaba en el cuarto de Lorraine. Distinguió su figura delgada caminando por el corredor a paso ligero y supo que si intentaba tocarla sería como si atravesara un holograma. Sus dedos se perderían entre matices de luces y brillos y traspasaría aquella imagen. Muy consciente de ello, se levantó y la siguió. Conocía muy bien aquella casa. Sabía que al final del pasillo estaba la cocina y, un poco más allá, el salón y el precioso chifonier con espejo que ella misma le había regalado meses antes de morir. El camisón le llegaba hasta los tobillos y andaba descalza. Lorraine estaba sentada en el sofá, tenía la mirada ensombrecida por la duda y parecía sufrir. Se lamentaba.

—¿Qué te ha pasado...? —No fue ni siquiera una pregunta al aire, le salió como un suspiro, una duda rabiosa y tímida.

Cuando llegó al salón y se situó en un extremo, se dio cuenta de que detrás de su amiga había un hombre alto con un bonito traje que parecía antiguo, con el cuerpo ligeramente inclinado hacia ella. Era un muchacho joven, en la flor de la vida, con unos enormes y rasgados ojos castaños, un bonito pelo del mismo tono que ondeaba con gracia y una boca grande de labios prominentes. El conjunto inspiraba cierto miedo. Su fisionomía, según comprobó Catherine, era la de un hombre de buena familia. Era el espíritu, la sombra errante que había percibido días atrás en su habitación. Desprendía el mismo olor a flores, la misma energía amenazadora y sagaz. Sin duda era él y ahora podía contemplarlo en todo su esplendor. ¿La vería él acaso?

Catherine había tenido un par de visiones durante su larga vida, pero no tan intensas y reales. Era consciente de que, después de pasar por ellas, se mantenía postrada dos días en la cama sin fuerzas siquiera para mover una mano. Ese era el precio que tenía que pagar por aquel don, por entrometerse en el pasado o el futuro de las personas y, lo más importante, por atravesar aquella línea prohibida entre el mundo mortal y el espiritual.

—Los recuerdos nunca se borran, Lorraine —murmuró el hombre sobre su hombro—. Tú no fuiste una buena madre, dejaste que tu pequeño saliera solo al jardín. Estabas demasiado entretenida con todos aquellos invitados y lo perdiste de vista. Cometiste un gran error.

Lorraine se balanceó de un lado a otro con las mejillas teñidas por la rabia y los ojos anegados de lágrimas. El llanto de un niño se elevó por encima de ellos, entre las paredes, las vigas y el amplio techo de madera.

—Era muy joven —sollozó—. Creí... creí que estaba jugando con sus amiguitos. ¡No pude salvarle!

—Pero se cayó a esa piscina, ¿verdad, Lorraine? Y a esa lona que tú misma te empeñaste en poner para proteger el agua de los insectos y de las ratas. No

querías que ensuciaran tu jardín idílico, tu mundo perfecto... ¿Tres años tenía? Oh, qué desfachatez... Tu único hijo...

La besó en la mejilla y dejó escapar una risa seductora. Ella estaba paralizada y temblaba. Catherine deseó saltar sobre aquellas dos figuras y rodear a su amiga entre sus brazos. Era aberrante que ese espíritu se aprovechara de aquello. ¡Era terrible!

—¡Santo Dios! Entonces fue eso... ¡Oh, Lorraine! ¿Por qué no me lo contaste? ¿Por qué no me pediste ayuda?

Se quedó atónita al comprobar cómo el espíritu se erguía y la miraba fijamente. Nunca en su vida le había sucedido que un espíritu la percibiera así. Ahora era consciente de que él la veía. Se dirigió con paso firme hacia donde ella se encontraba, aunque no parecía enfadado; más bien daba la sensación de que se estaba divirtiendo con todo aquello.

—*Bokor* —murmuró Catherine con cierto aplomo—, este no es tu lugar. ¡Yo te ordeno que dejes la tierra de los vivos y que vuelvas al lugar al que perteneces!

El hombre sonrió, alargó el brazo y tomó entre sus dedos uno de los mechones canos de la anciana.

—Podría enseñarte sus últimos momentos —dijo él mientras jugueteaba con su cabello con un aire insolente—. No lo pensó mucho... Vio el cable y supo lo que tenía que hacer. ¿Dónde estabas tú, su amiga? Ella te necesitaba.

—Intentas enredarme, demonio. Ella nunca me contó lo de su pequeño, nunca lo compartió conmigo. No me harás sentir culpable. Soy más fuerte que tú.

—¿Estás segura?

Catherine sintió la burla en sus palabras. Su belleza era tan intensa como su malicia. Dio varios pasos hacia atrás y el espíritu se aproximó y le colocó el cabello detrás de la horquilla. En ese mismo instante la candidez de su rostro dio paso a una expresión casi diabólica. Sus ojos se inyectaron en un rojo casi púrpura, tensó las mandíbulas y esbozó una sonrisa aterradora.

—¿Cuánto tiempo necesitas para recuperarte de esta visión? —inquirió con

una voz profunda y eléctrica—. ¿Un día? Ah, quizá dos. Eres demasiado vieja para mí, Catherine. Tu cuerpo ya no soporta ciertos excesos. Tu energía se agota y cada vez te resulta más difícil recuperarte de ciertas situaciones.

En ese mismo instante apoyó una de sus manos sobre el hombro de la anciana. Catherine sintió una dolorosa punzada en la sien que la obligó a sujetarse a lo único sólido que tenía cerca: él.

—Catherine..., ¿podrás soportar descubrir la verdad y ser incapaz de hacer nada a tiempo? ¿Podrás vivir con eso, vieja superchera? —Catherine no comprendía nada—. ¡Contesta!

—No puedes hacer daño. Solo posees ese diabólico don que te permite desenterrar la miseria de las personas. ¡No puedes cambiar las cosas! ¡Dios no lo permitiría! ¡No estás vivo!

—Dios no está aquí. Hace mucho tiempo que os abandonó, vieja loca...

De pronto escuchó el extraño ruido. No pudo detectar su procedencia, porque tenía a aquel hombre delante sujetándola por el hombro, clavándole los dedos en la carne. Todo iba demasiado despacio y parecía ralentizado. Escuchó a Lorraine llorar. El lamento del niño pequeño llamando a su madre, mientras la boca se le llenaba de agua y parecía hacer gorgoritos, era terrorífico y sobrecogedor.

—¿Lista, Catherine?

Ella sintió una sacudida y las piernas le fallaron. El ser la sujetó con firmeza, se apartó y se colocó detrás de ella. Le rodeó el cuello con el brazo como si fuera un amante y con la otra mano señaló la puerta que se abría.

—¿Lista para qué?

—Para conocer la verdad. La única verdad. Estas fueron sus últimas horas en este mundo. Admira lo que te ofrezco y luego... desespérate.

Junto a la puerta había otra silueta. Se llevó las manos a la boca ahogando un grito de estupor.

—¡No puede ser! ¡Es imposible!

El espíritu se rio en su oído. Ella no podía apartar la vista de aquella imagen. ¡No se creía lo que estaba viendo! ¡Ahora lo comprendía todo!

—No... no puede ser. No puede ser cierto. Me estás engañando.

—Sabes que no.

—¡Tengo que avisarlos!

—Será demasiado tarde, Catherine. Después de este pequeño trance no podrás moverte durante muchas horas. Lo sabes, querida mía... Siempre es así. ¡Eres tan mayor!

Un jadeo ahogado proveniente de Lorraine hizo que desviara la mirada hacia ella. Sujetaba el cable del teléfono y desde la puerta, aún abierta, los sonidos de la noche traspasaban sus sentidos. La figura avanzó hacia su amiga, se inclinó con sutileza sobre su cuerpo encorvado y acarició su mejilla.

—¡No, no puede ser! —jadeó con un lamento ahogado.

—Abre los ojos, Catherine. Absorbe toda la energía que te ofrezco y contempla la verdad.

La figura los miró durante unos instantes. Detrás, los pies de Lorraine enfundados en sus pequeñas zapatillas se convulsionaban y se sacudían sin ningún control. Catherine apartó las manos de la boca e intentó avanzar hacia el centro de la habitación, pero el espíritu se lo impidió sujetándola con fuerza de uno de sus brazos. Ella solo pudo gritar una palabra, que brotó de su garganta con rabia y pavor:

—¡Tú!

Elena se incorporó del suelo. Varios metros más allá, el cuerpo de Tommy se mantenía inerte sobre la alfombra, casi al lado de la puerta, boca arriba e inmóvil.

—¿Tommy? Tommy..., ¿me oyes?

—Ay, Dios mío... —le oyó decir en un lamento—. Elena...

—¡Tommy!

Trató de arrastrarse hacia él. Todavía sentía un dolor intenso en la base de la cabeza. Al palparse con los dedos notó un bulto; se había dado un buen golpe, aquello era innegable.

—Tommy, Tommy, dime algo. ¿Estás bien? Ya se ha ido.

—Lo sé.

Su risa repentina le provocó un miedo atroz. Era como si hubiese enloquecido. Primero fue una risa suave, casi contenida, luego su fuerza aumentó. Rezó para que no hubiese perdido el juicio y se acercó hasta que vio con toda claridad su rostro. Tommy ladeó la cabeza y sonrió. Tenía los ojos abiertos, casi desorbitados. La palidez de su semblante había dado paso a un color dorado y brillante, y el pelo se desparramaba por su frente, húmedo por el sudor y por los nervios. Detectó varias manchas de barro y de sangre en la camiseta del chico y unas marcas de dedos en sus brazos. Elena se puso de rodillas e inspeccionó cada detalle de él. Tommy parecía un ser doliente y abandonado. Se dejaba hacer mientras soltaba alguna risita incontrolable cuando los dedos de Elena le palpaban las marcas.

—¿Qué ha pasado?

Tommy esbozó una mueca socarrona.

—¡Y me pregunta qué ha pasado! —Volvió a reír—. La niña del exorcista me ha atacado, Elena. Pensé que era obvio. Pero luego ha desaparecido. ¡Se ha esfumado con el otro! Me ha vomitado encima, eso sí, olía a ciénaga, a pantano. Y después..., después...

—Tranquilízate, Tommy, me estás asustando.

Tommy rio. No se había movido ni siquiera un centímetro. Miraba al techo casi con un gesto divertido. Elena estaba convencida de que se había vuelto loco de remate, pero Tommy parecía relajado, casi podría decirse que abúlico. Suspiró profundamente y, cuando volvió a mirar a Elena, situada como una penitente a su lado, soltó una estrepitosa carcajada.

—¡Tommy, por tu madre santa, no hagas eso! ¡Contrólate!

—Se te han caído los pantalones. Te veo las bragas, Elena.

Tenía razón. Elena se quedó descolocada. Por las prisas y debido a su forma de impulsarse hacia él, su holgado pantalón se había ido deslizando hacia abajo. Estaba con la ropa interior casi al aire. Se puso como la grana y se apresuró a subírselo con cierto decoro.

—No pasa nada —manifestó él—. Tampoco importa si la marioneta viene martes y jueves y los demás días se alterna con la niña del exorcista. ¡Me da igual!

—No va a pasar eso... Puedes controlarlo...

—¡No digas tonterías! Pero ¿que más me pueden hacer? Me han perseguido por el aserradero, me ha colgado como un rodaballo en un escaparate y ahora esa cosa me vomita y me escupe. —Risas sofocadas—. ¡Que vengan!

—¡Tommy!

El chico se incorporó y al verse la camiseta se la quitó con un ademán de asco.

—Debería pegarme un tiro y acabar con todo esto. —Se levantó del suelo con torpeza, tambaleándose como un borracho—. Pero temo que con ello forme parte de mi club de fans. ¿Elena?

Ella temblaba.

—Te escucho.

—¿Qué toca ahora? ¿Qué quieren de mí? ¿Por qué me hacen esto? Dios me ha abandonado —afirmó—. He pedido perdón a esa mujer veinte veces —prosiguió dejándose caer en el sofá—. Le he suplicado que me escuche. Le conté lo que pasó, pero me vomitó encima. Luego está ese tipo que te sonreía... ¿Quién era ese hombre?

—No lo sé.

—Se reía de mí cuando me intentaba zafar de ella y de pronto se apartó de ti, caíste hacia delante y se la llevó. ¡Así de simple! ¡Se la llevó! —Movié los dedos hacia arriba y los sacudí como si persiguiera una estela de humo—. Tiró de ella cuando estaba encima de mí, la arrastró con fuerza y se la llevó. ¿Qué demonios es todo esto?

—No... no tengo ni idea...

—¡Necesito al maldito reverendo! —gritó—. Tengo que confesar mis pecados, Elena, no puedo vivir así. No podré soportarlo más tiempo.

La mujer se llevó las manos a las mejillas, se levantó del suelo y se sentó junto a él. Estaba agotada, exhausta. Tommy se hizo una bola y apoyó la cabeza sobre sus rodillas.

—Ya es de día...

—Tenemos que comer algo. Llamaré a Lark y le diré que hoy me quedo contigo en casa, que no te encuentras bien. Lo entenderá. Perkins me sustituirá. Si... si quieres, luego llamaré a Robert para que venga a casa. Es un hombre encantador, seguro que no pone ninguna pega.

—Sí...

—Hablarás con él, pero prométeme que no te rendirás, Tommy, que no harás una locura.

—Te lo prometo.

Era como un niño asustado y desprovisto de todo. Elena hablaba con suavidad y lentitud. Le pasó la mano por el pelo y le apartó aquellos mechones húmedos con sumo cuidado.

—¿Elena?

—Sí, Tommy.

—Te haré otro títere. No debí romperte ese juguete. Era de tu sobrino y siento mucho habértelo destrozado. Te lo arreglaré.

Ella sonrió.

—No tiene importancia. Además, te dan mucho miedo.

—Ya no estoy seguro.

Le acarició la cabeza y luego le pasó los dedos por las marcas de la espalda. Apenas eran ya perceptibles, pero aún se intuían. Tommy se mantenía impávido, con la cabeza ladeada hacia el televisor apagado y las piernas flexionadas como si fuera un ovillo. Estaba relajado.

—¿Ya no te dan miedo?

—Creo que ya nada me da miedo —susurró, mientras parecía sopesar lo que acababa de decir—. O quizá tenga tanto que ni siquiera me doy cuenta.

Alan se detuvo en el pasillo frente a la habitación de Carlota y tanteó el picaporte, pero estaba cerrado por dentro. Por supuesto, en aquellos momentos no le preocupó no poder entrar. Al menos sabía que Carlota había regresado y que posiblemente dormía profundamente, aunque tenía que hablar con ella y, hasta cierto punto, intentar apaciguar la situación entre ambas hermanas. Echó a andar hacia la habitación de Elisabeth. La puerta se mantenía ligeramente entornada y, para su sorpresa, la cama estaba hecha y vacía. Oyó en el piso de abajo un sonido metálico y supuso que estaría con Mary Anne desayunando, así que, sin más preámbulos, se apresuró a bajar las escaleras y se dirigió con paso firme hacia la cocina.

Aquella mañana el cielo estaba totalmente despejado y los rayos de sol descansaban con fuerza sobre las margaritas africanas, las enredaderas y los bonitos árboles del jardín. Oteó la cristalera que enmarcaba la puerta principal y divisó a varios vecinos descendiendo por el camino, muy probablemente en dirección a la plaza del pueblo. Todo parecía tranquilo, como tiempo atrás. Menos para él. Tenía por delante una mañana agotadora en la clínica. Aún había algún vecino con crisis de ansiedad bajo sedación. Debía hablar con su colega, ponerse al día, pasar informes y atender a pacientes. Cuando entró en la cocina se sorprendió al ver a Mary Anne sola sentada frente a la mesa con una taza de café. Tenía su precioso pelo negro peinado en una trenza interminable. Su largo camisón con volantes y lazos se desparramaba por el suelo y parte de la mesa como si fuera la viva imagen de una reina. Se inclinó para besarle en la mejilla. Tenía la piel caliente y la profundidad de su mirada denotaba que meditaba, que estaba afectada.

—Estás preciosa esta mañana. He visto que la niña ya se ha ido. —Cogió el termo, se acercó a uno de los armarios suspendidos y sacó una taza. Luego volvió a su lado.

—Se fue tras Jim —respondió ella melancólicamente—. Le oí desde el aseo esta mañana. Al poco, Elisabeth salió corriendo de su habitación.

Mary Anne se encogió de hombros y lo miró sin la más mínima expresión de enfado. Alan se sentó frente a ella. Un año antes no hubiese sido capaz de imaginar una situación así: él en casa de Mary, rodeado de todo aquel caos insondable.

—Parece que lo aceptas, quiero decir, que toleras la situación.

—¿Nos queda otra solución? —le preguntó casi con un lamento—. Es mi hija la que corre detrás de él. No puedo reprocharle nada, Alan.

—Doy fe de que Jim ha puesto todo de su parte para que las cosas no sucedan de este modo. Hablé con él hace unas noches. Ha sido honrado con ella y con nosotros.

—Lo sé. Quizá, al final, Lucien siempre ha tenido razón. Cada cosa que ha ejecutado con precisión, de un modo u otro, nos ha beneficiado. Me aterra pensarlo y recordar cómo lloraba, y la forma en que lo traté cuando mi hija murió. En el fondo no es peor que cualquiera de nosotros. Simplemente posee más poder, más recursos.

—Pero no tiene derecho a hacer lo que ha hecho, Mary. Hay mucha gente sufriendo por su culpa, muchas personas afectadas por ese extraño capricho de mantener su linaje. ¿Para qué? Es lo que no entiendo. No comprendo el beneficio que puede aportarle, como tampoco logro descifrar todo lo demás.

—Este pueblo le arrebató lo que amaba, Alan. A veces intento verle como el hombre de treinta años que fue, con una vida, una familia que le quería y todo ese talento desperdiciado. Lo perdió todo sin motivo. Se lo arrebataron injustamente. Quizá mis hijas le hicieron regresar, o la vida en la casa, toda esta actividad. He leído sobre estos temas estos últimos días. Una casa deshabitada

que cobra vida y lo que duerme en ella se activa de modo violento. No sé..., vivo con demasiadas suposiciones.

Alan sacudió la cabeza. Por alguna razón no veía tan clara la actitud de aquel ser.

—¿Y por qué tengo la sensación de que falta algo? —preguntó—. Y no hablo de Jim. A fin de cuentas, si no hubiese sido él, habría venido otro y quizá estaríamos en la misma situación, o incluso en una peor. Más bien me refiero a ese capricho obscuro de reproducir sus genes. ¿Qué saca Lucien de todo esto, Mary? Cuando logre lo que quiere, ¿se irá a dormir otros ochenta años? ¿Volveremos a verlo?

—No lo sé. —Se quedó pensativa y durante unos instantes su cara reflejó una profunda inquietud.

—¿Qué pasa?

—Me dijo que tenía que ser fuerte para lo que venía. Me avisó de algo de un modo mesurado. Tuve la sensación de que me advertía.

—Quizá Elisabeth esté embarazada.

Ella negó con la cabeza.

—No es eso. Estoy segura de que esa no es la razón. No me preguntes por qué, pero...

—O lo de Carlota. Puede que te estuviera alertando de esa traición.

—No lo sé.

Se encogió de hombros y luego se acarició los brazos con las manos contrarias. Aquella imagen tan sensual le provocó un deseo incontenible de abrazarla, pero se contuvo.

—Tu hermana duerme arriba —prosiguió él—. Tiene la puerta cerrada por dentro. Supongo que anoche debió de llegar tarde. Creo que deberías hablar con ella. Mary, sé que no tengo derecho a entrometerme en todo este asunto, pero han pasado muchos años y ella es tu hermana. Eso no lo cambiará jamás y lo sabes.

Detectó que los ojos de Mary refulgían con más intensidad. Lo que menos

deseaba en ese momento era provocarle más dolor.

Se inclinó hacia delante y la tomó de las manos.

—No digas tonterías. Tienes todo el derecho a hablar acerca de ello. Puede que incluso seas el que más derecho tiene a opinar sobre todo este asunto. —Él mostró su consternación. Y tienes razón, ella había conocido a Victor antes que yo. Todo lo que dijo era cierto y es humana. No puedo castigarla más de lo que ella misma ha hecho durante todos estos años. No me siento con fuerzas y Victor no se merece un minuto más de mi tiempo. Fue un buen hombre conmigo y con nuestras hijas. Jamás me faltó de nada, ni lo hará. Pero mi vida ha cambiado. Ahora estás tú y Elisabeth me necesita más que nunca. No voy a seguir este juego ni voy a dejar que Lucien me separe de mi familia, si es eso lo que pretende; en lo más profundo de mi corazón creo que lo único que buscaba era hacerle pagar a Carlota sus pecados.

Alan se sorprendió por su entereza y pareció quitarse un peso de encima tras escuchar aquellas palabras. La amaba con todas sus fuerzas y por fin veía en ella a una mujer férrea y firme. Una mujer que comenzaba a superar todas sus desdichas y que dejaba entrever, tras aquel aspecto frágil, una dureza sin parangón.

—Y con respecto a mi hija, hablaré con Jim —continuó—. Y por supuesto que se hará un examen ginecológico profundo. Ni siquiera sé si ese hombre aceptaría un hijo en estas circunstancias. Tiene su vida en San Francisco, su carrera. No tengo ni idea de cómo se tomará esta encerrona si es que finalmente acaba sucediendo, lo que aún está por ver.

—Quizá nos sorprenda. Ayer estaba ofendido por el engaño, no tengo ninguna duda. Yo me enfadaría terriblemente como hizo él, pero tú misma pudiste ver que la razón era, meramente, la excesiva juventud de Elisabeth. En ningún momento detecté otro malestar que no fuera la edad de tu hija.

—Pero apenas le conocemos, Alan. No hablo de su bondad o de sus principios. No sabemos lo que dejó en San Francisco, su trabajo o sus proyectos. ¡Cómo va a cargar con esto ahora!

Alan sabía que a Jim todo aquello le traía sin cuidado; no obstante, la imagen de Elisabeth embarazada le daba un pavor indescriptible. Intentó alejar aquella idea de su cabeza y miró el reloj.

—Creo que debemos hablar de ello y que tu hija tiene que estar presente. Tengo que irme, cariño —dijo. Se aproximó a ella y, tras tirar de su mano, la abrazó con fuerza y la besó—. Habla con Carlota, no dejes que pase mucho tiempo más antes de hacerlo.

—Te quiero, Alan —murmuró—. No suelo ser muy expresiva, pero no quiero que lo olvides.

Él volvió a besarla.

—No lo olvides tú tampoco, Mary. Cuando todo esto acabe te sacaré de esta casa y te llevaré de viaje. Tú y yo solos.

Mary Anne sonrió.

—Nunca he ido a ningún sitio.

—Lo sé.

Antes de subirse al coche la observó a través de la ventana, pero no del modo en que lo hacía cuando era solo su vecino y su amigo. Ella ahora representaba todo, aunque siempre había sido así, por supuesto de un modo secreto, casi íntimo. Se puso los dedos en los labios y lanzó un beso. Ella se rio. Deseó mientras se alejaba por el camino no tener nunca que separarse de ella ni un minuto. Luego la realidad le golpeó: el pueblo, el bullicio, el sonido inarmónico y disonante de decenas de personas. Pensó en aquella maldita fiesta y se preguntó si realmente había algo que celebrar. Su mente no obtuvo ninguna respuesta. Era como un presagio. Un mal presentimiento.

Lo contempló de pie frente a la verja de la entrada de la cabaña. De no ser porque ya conocía un poco más sus reflexiones, Elisabeth habría pensado que Jim estaba enfadado y profundamente ofendido con toda aquella historia de Lucien, su tía Carlota y ese embarazo. Sin embargo, no era su expresión la que le daba cierto miedo, sino su forma de hablar, aquella costumbre que había percibido en él de quedarse meditando sobre sus propias palabras, intentando tal vez encontrarle algún sentido. Sí. Jim Allen estaba enfadado con Lucien, pero no por lo que había hecho. Había otra cosa que no lograba descifrar en aquel tono de voz meloso y hasta cierto punto imperturbable. Era como si, más allá de todos los acontecimientos que se habían ido desarrollando, existiese algo más valioso, más interesante para él. Elisabeth no podía explicarlo, pero sentía que Jim, de un modo sorprendente, había superado todo aquello y estaba jugando en otra liga, esperando el siguiente movimiento de aquel espíritu.

Solo en el momento en que dejó de hablar y la miró con un leve gesto ceñudo, volvió a ver al hombre confuso y titubeante de cabello revuelto y mirada despistada. Era muy consciente de que su silencio le estaba matando. Jim se cruzó de brazos y ladeó la cabeza con cierto asombro.

—¿Y bien? —preguntó—. ¿No vas a decir nada?

—Lo de mi tía ya lo sabía —contestó con seguridad—, Lucien me lo dijo hace unas noches. ¿Recuerdas que te conté que había despertado en mitad de la noche y que le percibía? Él me habló de ello. Es cierto que no sabía qué se proponía, pero, viniendo de él, podría tratarse de cualquier cosa, por lo que no me sorprende. No odio a mi tía, más bien siento lástima por ella. El otro tema, lo de mi embarazo, era una posibilidad que he tenido en cuenta y en mente, Jim.

Elisabeth empujó la verja y entró por el camino de losetas seguida de Jim.

—¿Y ya está? ¿Es lo único que vas a decir? ¿Te importa todo una mierda, querida?

—No —dijo volviéndose hacia él—. No es que ahora mismo me alegre la idea de ser madre con mi edad; además, no debería preocuparte tanto ese detalle. ¿Puedes abrir la puerta?

Estaba irritada. Jim la miró sorprendido mientras ella entraba en la cabaña.

—¿Cómo que no debe preocuparme ese detalle? —Cerró tras ellos y lanzó su chaqueta a uno de los sofás—. Elisabeth, respóndeme.

—Lo que trato de decirte es que no es ninguna responsabilidad si se diera el caso. Nada te ata a Point Spirit y yo nunca te pediría nada. Ni para mí ni para ese bebé. —Se giró hacia la ventana y se quedó inmóvil, con su falda de tablas oscilando suavemente sobre la alfombra. Jim se había quedado patidifuso—. No creo que esté embarazada, pero si sucediera, no creas que voy a deshacerme del niño, ni mucho menos, pero tampoco exigiré nada de tu parte. Eso es lo que trato de hacerte ver.

—¿Crees que eso es lo que me preocupa? ¿De verdad me consideras tan insensato? —Jim comenzaba a irritarse.

—Es normal. Tu vida está...

—Jovencita, mi vida está en cualquier parte del mundo que me permita escribir y seguir con mis trabajos. ¡Me ofende que pienses eso! He sido claro contigo desde el primer momento, Elisabeth. He tratado de luchar contra ti, cosa que no me has puesto muy fácil, pero, independientemente de todo ese circo, no es un hijo lo que me preocupa. ¿Es que no te das cuenta? Es tu vida. ¡Tu juventud! ¿Estarías dispuesta a renunciar a una vida acorde con tu edad por criar a un hijo que te han impuesto?

—¿Por qué piensas que deseo lo mismo que quieren todas las adolescentes? —preguntó enfadada—. Los adultos planificáis la vida de vuestros hijos pensando en lo que hubierais hecho y que, por supuesto, no lograsteis. Eso no es justo. ¡No tengo amigos, Jim! Nunca los he querido. No salgo a ningún lado

porque no me gusta. Prefiero la ópera a la música rock y, si tengo que escoger entre un concierto y una buena película en el sofá de mi casa, me quedaría con la segunda opción. ¿Soy rara? No, soy diferente.

—¿Te has parado a pensar en algún momento de toda tu corta vida si no eres así porque él te preparó para que fueras de este modo? —Sus propias palabras le sorprendieron y ella lo notó.

—¿Y qué diferencia hay en que lo haga Lucien o mis padres, Jim? ¡Dime!

—Tranquilízate.

—¡No quiero!

Extendió la mano con la intención de tocarla, pero ella se apartó y le dio la espalda. La miró sorprendido y acto seguido volvió a aproximarse. La besó en el pelo. Ella siguió sin moverse. Nada más apoyar las manos sobre su suave piel de niña, recibió la embestida de una imagen que le desconcertó y le mareó en igual medida: el santuario que Lucien le había enseñado varias noches atrás, la imagen de un joven de rodillas sobre un enorme charco de sangre y toda su piel empapada y macilenta. El poste por donde descendían los *loas* y subían las oraciones de los devotos ardía como una antorcha y sonaban susurros.

—*Pateau-Mitan* —murmuró tembloroso.

Elisabeth se giró con la boca ligeramente abierta y una expresión de miedo en sus ojos de niña.

—¿Cómo? ¿Qué has dicho?

Jim sacudió la cabeza. No tenía ni la más remota idea de lo que había dicho. Entonces Elisabeth se dio cuenta de que algo había cambiado en él. Sus ojos brillaban de un modo diferente y la contemplaba con una mezcla de devoción y seducción. La cogió en brazos y le pasó las manos por las nalgas, obligándola a rodearle con las piernas su cintura. La besó apasionadamente y Elisabeth sintió su lengua dentro de la boca. Fue como si nunca hubiera experimentado ese primer beso con él. Todo lo demás había sido como un hermoso sueño lleno de matices y de colores, de sensaciones sensuales y eróticas que a veces se perdían en algún recoveco de su mente. Aquello era real. Por un instante, y mientras la

llevaba hacia el dormitorio, subiendo cada peldaño con firmeza, creyó oír el sonido de un tambor. Pensó en la fiesta del pueblo, pero apenas tuvo tiempo de reaccionar. Cuando quiso darse cuenta, estaba sobre la cama. Jim le estaba quitando toda la ropa, la estaba dejando totalmente desnuda y expuesta a él. Se puso nerviosa. Sus mejillas se encendieron y se tapó la cara con las manos, ocultando también sus pechos con los brazos. Él se los apartó con delicadeza.

—No te avergüences. No sabes lo bonita que eres.

Elevó bruscamente sus caderas y la propulsó hacia la almohada, casi arrastrándola con ligereza. Él ya se había quitado la camisa. Los músculos de sus brazos se tensaron cuando se situó sobre ella, apoyándose a ambos lados de su cuerpo para no aplastarla con su peso. Rozó la punta de su nariz con los labios y luego continuó con una sucesión de besos lentos por el cuello y los pechos. Elisabeth estaba perdida y totalmente esclavizada a todas aquellas sensaciones. Sintió sus labios en el vientre, en las caderas, en su ombligo. Cuando Jim paró y la miró, sus ojos poseían ese sutil destello de maldad que había detectado la noche en que Lucien tocó su violín frente a la ventana.

—Jim...

Se le atragantaron las palabras cuando notó su lengua entre las piernas y soltó un gritito de sorpresa y excitación. ¿Qué hacía? ¿Qué era aquel placer? Jamás en toda su vida le habían hecho semejante cosa. ¡Se iba a morir! Pero Jim no parecía percatarse de su rubor. Volvió a taparse la cara con las manos, pero el placer se intensificó con tanta fuerza que no pudo contener un jadeo ahogado. Su cuerpo se arqueó mientras su cadera se levantaba de forma impulsiva y se abandonaba a él definitivamente.

Fue como una descarga de energía. Cuando abrió los ojos, se dibujó su rostro sobre ella. Tenía la boca ligeramente abierta y pasaba muy despacio la lengua por su labio inferior. No le dio tregua: mordió su jugosa boca y se clavó en ella casi con desesperación.

Cuando abrió los ojos, la habitación estaba en penumbra. Las cortinas estaban corridas y Jim no estaba en la habitación. Elisabeth se desperezó y miró la hora. A esas alturas, su madre y sus tías le preocupaban muy poco. Había pasado una hora y media y por descontado se había quedado dormida. Evocó, mientras buscaba su ropa con cierta vergüenza, todos los pormenores de su encuentro. Lo recordaba todo. Todavía sentía un escalofrío por el cuerpo al recordar ciertas situaciones. ¡Había sido tan fogoso, tan distinto a lo que realmente aparentaba!

Aún desnuda, se sentó en la cama, con su falda de tablas en la mano y las medias y el jersey desparramados por la colcha. Oyó un soniquete detrás de ella. Cuando se giró soltó un grito de espanto al comprobar que había alguien sentado en una pequeña silla de mimbre muy cerca de la puerta. Instintivamente se llevó las manos a los pechos y se inclinó para tapar todas sus vergüenzas. El hombre se mecía. La silla era una especie de mecedora bastante rústica. Sus manos estaban apoyadas con solemnidad en la curvatura de los reposabrazos.

—Te vi nacer —murmuró—. No te ocultes de mí, *ma petite*.

—¿Lucien?

Él se levantó, dejando en movimiento la mecedora, y se aproximó lentamente hasta la cama. Cuando se acuclilló frente a ella, se limitó a observar con aquellos ojos ladinos sus pechos, sus piernas y la fina mata de vello que cubría sus partes más íntimas. Elisabeth soltó un sollozo por la vergüenza, pero no se movió.

—Deja que te vista, *ma fille*. —Tomó del suelo su ropa interior y deslizó las braguitas por una pierna y luego por la otra, hasta colocárselas cuidadosamente.

—Lucien —sollozó.

—Oh, no debes llorar. No estés triste, mi preciada flor. Él nunca te hará daño, yo jamás se lo permitiría. Ahora tienes que recomponerte y prometerme una cosa.

Pasó sus largos dedos por su mejilla y la besó en la frente con un amor paternal. El espíritu tenía la misma sonrisa hermética que Jim. Peinó su cabello con los dedos y, tras ponerle con maestría cada una de las prendas, le irguió el cuerpo frente a él y la besó en la cabeza y en los párpados.

—¿Qué debo prometerte?

—Que no dejarás nunca de amarme.

—¡Eso sería imposible!

Lucien suspiró.

—Prométemelo, *ma petite*.

—Te lo prometo, claro que sí.

Dio un paso atrás para separarse ligeramente de ella, se hincó de rodillas y besó su vientre.

—He de irme, mi amor. No olvides tu promesa.

Se incorporó, hizo una ligera reverencia con la cabeza y comenzó a difuminarse entre las pequeñas motas de polvo que se filtraban furtivamente por la delgada separación de las cortinas.

Elisabeth sintió deseos de llorar con amargura. Se calzó y, tras secarse los ojos, abrió la puerta y descendió hacia el piso inferior. Jim estaba sentado en el sofá delante del ordenador portátil, con los puños apoyados en la barbilla, y leía un documento con rápidos movimientos de sus ojos. Alzó la vista por encima de sus gafas y sonrió. Se reclinó contra el respaldo. Se había puesto un pantalón de deporte y una camiseta blanca. Con aquel atuendo aparentaba tener diez años menos. Hizo un giro de cadera y dio unos leves golpecitos con la mano en el sofá.

—Ven, Catrina, siéntate aquí. Termino de leer este contrato que me ha enviado mi agente literario y te llevo a comer a donde quieras.

Ella sonrió casi exultante de felicidad.

—¿Me vas a llevar a comer en fiestas? ¿No te importa que te vean conmigo?

Jim sonrió cautivadoramente.

—¿A estas alturas? Creo que no. Mi agente literario me advirtió que no aparentara ser un perverso devorador de jovencitas. Creo que he hecho todo lo posible para que eso no pasara. Pero, viendo el giro de los acontecimientos, tienes derecho a pasear a tu reo. Has ganado esta batalla.

Elisabeth soltó una risita seductora y se colgó de su cuello, mientras le

besuqueaba la mejilla. Fue el sonido de la puerta lo que les hizo dar un brinco. Cuando vieron a través de los cristales a Mary Anne, plantada como un helecho delante de la puerta, la chica se quedó pálida.

—Abre a tu madre, anda —dijo recolocándose en el sofá—. Creo que hoy va a ser un día realmente duro.

Guiñó un ojo y se preparó para lo peor.

Cuando Elisabeth abrió la puerta, Mary Anne sonrió de un modo moderado. Entró en la cabaña y se detuvo con minuciosidad en cada detalle de lo que veía, hasta que sus ojos se posaron en el escritorio.

—Disculpa que te interrumpa, Jim —dijo.

—Nunca interrumpes, Mary Anne —titubeó este y después desvió la mirada hacia la pantalla del ordenador—. Por favor, siéntate. Voy a preparar café.

—Mamá...

Mary Anne lanzó una mirada de reprobación a su hija y con un gesto de su mano la hizo callar.

—No te molestes. Jim. Me dirigía al pueblo. Solo he venido a ver si os apetecía acompañarme. Me gustaría charlar contigo y con mi hija y, si aceptáis, querría que comierais conmigo y con Alan cuando salga de la clínica.

—Eso me suena a sermón en toda regla. —Mary Anne enarcó las cejas—. Mary, no te olvides de que estás hablando con un hombre, no con un adolescente. Sé directa y pregunta lo que quieras.

—¿Cuándo vas a irte de Point Spirit?

«La primera en toda la boca», pensó Jim.

Elisabeth sintió el corazón en la cara. Examinó el semblante de Jim: no había mudado lo más mínimo la expresión y parecía divertirse con el interrogatorio maternal.

—Dentro de una semana.

—Entiendo —respondió ella mirando de soslayo a su hija.

—Tengo compromisos en San Francisco. Es lo que estaba leyendo cuando has llegado. Si te parece bien y no pones ningún impedimento, me gustaría llevarme a Elisabeth conmigo. Solo serán unos días.

—¿Quieres decir que volverás? —preguntó desconfiada Mary.

—¿A San Francisco? ¿Podría ir? ¿Podría conocerlo? —Elisabeth no podía contener la euforia.

—Solo si a tu madre le parece bien.

Mary Anne estaba descolocada. Elevó la cabeza con dignidad y respiró profundamente.

—He pedido cita para que un ginecólogo le haga un examen. Comprenderás que... —Se le atascaron las palabras—. Ya me entiendes.

—Ya se lo conté todo, Mary. Puedes hablar con libertad.

Mary languideció.

—Mamá..., por favor, ¿y de qué servirá? Si me pasara no voy a deshacerme del niño. Tú tampoco lo harías y yo pienso del mismo modo.

—Lo sé, hija. Lo que no tengo claro es qué opina Jim de todo esto. Su carrera y su vida no están aquí y no soportaría... que te fueras de mi lado...

Jim soltó una suave risa, detalle que hizo que ambas mujeres lo miraran desconcertadas.

—Mis planes no van a cambiar, tenga o no un niño. Eso me trae sin cuidado.

—No te exigiremos nada, Jim. Entenderemos que tus planes no cambien y no vamos a solicitar absolutamente nada en términos legales en el caso de que mi hija esté...

—No me has entendido, Mary —la interrumpió—. He dicho que mis planes no van a cambiar. En ningún momento he mencionado que me desentienda de un posible hijo. Y no, no pretendo llevarme a Elisabeth a San Francisco, me acompañará siempre que tú se lo permitas. Voy a comprar esta casa.

—¡Jim! —gritó Elisabeth.

Mary Anne se llevó la mano a la boca y ahogó un leve jadeo. Toda su firmeza comenzaba a desvanecerse y parecía mareada, casi desorientada.

—Verás, Mary —continuó dejando el portátil sobre la mesa de centro—, no decido comprar esta casa por lo que está pasando. Me gustaría que lo tuvieras muy en cuenta. No quiero que pienses que lo hago porque no me queda más remedio o por lo que pueda pasar, era algo que ya había barajado. Este sitio me gusta y es tranquilo. Además, siempre puedo regresar a San Francisco, ya sea por temporadas o indefinidamente. Todo dependerá de cómo vayan las cosas. Me resultáis una grata compañía y no deseo perderla. Y hablo de todos.

Inclinó la cabeza hacia un lado y miró a Elisabeth. Las mejillas de la chica estaban arreboladas por el calor, la vergüenza y la emoción. La voz de Mary le distrajo de aquel paisaje infantil y recobró la compostura.

—Después de todo lo que ha sucedido, ¿aún deseas vivir aquí? Es sorprendente.

Jim se levantó y se situó frente a ella. En aquella posición, con aquel hombre a pocos centímetros de toda su fragilidad, Elisabeth podía contemplar con más exactitud lo pequeña y menuda que era su madre.

—Siempre he dicho que este lugar tiene su encanto, cierto magnetismo. Es complicado escribir una novela en mitad de la vorágine de una gran ciudad, donde pueden interrumpirme cada diez minutos con banalidades que para mí no tienen ningún tipo de gratificación.

Mary Anne sonrió con timidez y bajó los párpados.

—¿Quieres a mi hija?

—¡Mamá!

Elisabeth bullía de la vergüenza. Vio el gesto de sorpresa de Jim frente a aquella pregunta tan directa y deseó desaparecer de allí o que se la tragara la tierra. Su madre en aquel momento lo miraba fijamente, analizaba la expresión de su cara y todos los pequeños detalles que trasmitía. Él seguía impassible, con los ojos fijos en su madre y las manos apoyadas en la cadera.

—Mary..., ¿de veras tengo que pasar por esto?

—Sí, es lo mínimo.

—¿Es el precio por quedarme con ella?

Mary esperó en silencio.

—Está bien, Mary, está bien. Sí, quiero a tu hija.

Elisabeth estaba en aquel instante agazapada entre dos cojines y no podía apartar las manos de sus mejillas. Sintió un deseo irrefrenable de saltar a los brazos de Jim y de llenarle de besos, pero aquello hubiese sido un acto desagradable para su madre, que sin ninguna duda seguía observando el semblante de Jim como si buscara algo oculto o invisible que no llegaba a convencerla del todo.

—Está bien —dijo entonces ella con un movimiento hacia la derecha. Volvió a adquirir aquel aspecto delicado y amable y se aproximó a la puerta con lentitud—. Iremos a comer al centro y luego nos quedaremos por el pueblo. Va a tocar un grupo en la carpa. Mi invitación sigue en pie.

Jim miró a Elisabeth y le lanzó un gesto tranquilizador. Ella estaba agotada mentalmente y muy nerviosa.

—Ve tú, Elisabeth, yo tengo que vestirme todavía y mandar varios correos. Os veré allí.

La joven asintió y se levantó rápidamente, mientras su madre abría la puerta y salía. Fue solo un instante pero, cuando Elisabeth se giró para despedirse de Jim, vio a su madre desviar la vista hacia lo alto de la escalera de madera y contraer el rostro en una mueca de preocupación.

A veces la gente ve cosas. O cree verlas...

*Nueva Orleans,
26 de septiembre de 2016*

Estimado señor Allen:

En estos últimos días hemos tenido ciertos problemas que nos han impedido avanzar con celeridad en nuestra investigación. Esta vez seré muy breve. Puedo decirle que nos hemos sentido amenazados por ciertos individuos de la llamada «institución». Sin ir más lejos, ayer mismo nos interceptaron varios hombres de color en uno de los restaurantes del barrio francés y nos pidieron con amabilidad que abandonáramos la ciudad. Se podrá usted imaginar nuestra sorpresa cuando nuestro vehículo amaneció con las ruedas pinchadas y en el registro nos impidieron regresar, por temor a ciertas amenazas. Lo cierto es que el gran interrogante se forjó la misma noche que le envié el primer correo electrónico. Como recordará, le contaba en él que Magalie Morguetto estaba obsesionada con el niño de los Mori, por la extraña leyenda que corría en torno al nacimiento de un niño extraordinario descendiente de un hombre blanco y una mujer mulata de piel clara. Pues bien, la madre de Lucien no era mulata de piel clara como se había creído, sino descendiente de una larga rama de comerciantes franceses que se habían asentado en Nueva Orleans, creemos, aunque no lo podemos asegurar, a lo largo de tres generaciones seguidas.

Es aquí y en este punto donde empezaron nuestros problemas, al hablar con los lugareños que menos reticencias ponían para darnos información. Señor Allen, si me hubiera dado todos los datos completos, no habríamos perdido tanto tiempo. Aunque entiendo su discreción, y no es la primera vez que padezco los problemas que produce esta con un cliente, no era necesario tanto secretismo. Le llamaré por teléfono esta misma noche antes de enviarle todos los informes del caso. Esperaré en Nueva Orleans hasta que considere que mi trabajo ha terminado, dado que ya tenemos lo que buscaba. Aunque no creo adecuado enviárselo por correo electrónico.

Mi compañero, como es lógico, ha dejado de cooperar conmigo. Vive en esta ciudad y debe entender que todo este asunto, para alguien que convive con esta gente, es delicado, y no sabemos lo peligrosos que pueden llegar a ser. La institución de los Morguetto sigue viva desde hace muchos años y hay muchas personas con bastante poder recelosas de que sus prácticas y todos esos rituales no lleguen a la opinión pública. Usted mismo puede comprobar que no existe ningún libro o referencia sobre el contenido de sus celebraciones. Son costumbres que se pasan de padres a hijos y quieren que siga siendo así, algo que me resulta aberrante, pero lo respeto. También quiero dejarle claro que mi discreción en este asunto es indiscutible, no debe tener ningún tipo de duda de ello.

Me despido cordialmente hasta esta noche.

Atentamente,

ARTHUR VERDISCO
(La discreción, primero y siempre)

La tarde se iba apagando. El crepúsculo daba paso a una progresión de destellos anaranjados que golpeaban cada rincón de la plaza y la inmensa carpa.

Se habían distribuido decenas de mesas redondas con elegantes manteles, platos de porcelana y copas de cristal tallado. No era una verbena, sino una cena en toda regla. Se respiraba elegancia allá donde se mirara. En cada mesa había un cartelito enfundado en metacrilato con el apellido de aquellos que verían el concierto desde sus lugares reservados. El alcalde había sido muy meticuloso con respecto a la velada. Por unos cuantos dólares, cualquier vecino podía deleitarse con aquel espectáculo. Además, si lo que realmente deseaba era un poco de actividad, detrás de la iglesia se habían instalado las atracciones de la feria, las casetas de tiro, los vendedores ambulantes con sus mercadillos y un llamativo restaurante con mesas rectangulares continuas para disfrutar de una barbacoa multitudinaria con hamburguesas, perritos calientes y grandes patatas asadas rellenas de mil ingredientes al gusto del consumidor.

Sobre el alto entarimado de madera de palisandro, los músicos comenzaron a colocarse en sus respectivos asientos. Había un par de violinistas, un piano de cola, un bajo, un contrabajo y hasta un trompetista. Todos iban elegantemente vestidos de etiqueta, con esmóquines y camisas de seda.

Danny los observaba desde una pequeña abertura del entoldado que había logrado encontrar, aunque lo que realmente deseaba era ir con Elisabeth a las atracciones. La música le apasionaba, pero esa noche necesitaba disfrutar de lo más sencillo. Quería olvidarse de todo lo que había pasado y ver a sus padres, que habían reservado también mesa en la carpa y que, sobre todo, deseaban divertirse.

Tan pronto como fueron entrando los invitados en el recinto, buscando su mesa para sentarse animadamente junto al calor que emanaba de las estufas de gas, el bullicio se trasladó al interior de aquel lugar. En poco menos de media hora todas las mesas estaban ocupadas.

Desde donde Danny se encontraba podía distinguir, en la parte más alejada de la puerta, a sus padres con un par de vecinos. Molosqui y su mujer parecían discutir sobre la situación de la tarima. Varios metros más allá divisó a su antigua profesora, Rose Baker, acompañada de Patsy, la dueña de la peluquería. Ambas tenían un aspecto horrible. Danny pensó que posiblemente habrían estado enfermas, porque tenían el rostro demacrado que reflejaba claramente su agotamiento. Luego su atención se dispersó y vio a Alan con Mary Anne, que entraban en la carpa junto a Carlota. Su hermana la cogía fuertemente de la mano, como si temiera perderla, y a veces le lanzaba una mirada de cariño. Carlota, en cambio, muy lejos de sonreír ante aquella muestra de amor, bajaba la mirada con cierto recato, suspiraba y se dejaba llevar por entre las filas de personas que caminaban casi formando una cola hasta llegar a sus familiares.

Danny sabía que tendría que ver durante un rato aquel espectáculo, dado que Elisabeth se había ido con Jim después de la comida y posiblemente tardaría en regresar. Se había tirado accidentalmente la copa de su refresco por encima de su falda y necesitaba cambiarse, aunque albergaba la esperanza de que no tardara mucho en volver. Estaba ansioso por visitar las atracciones y el puesto de tiro en el que Robert y Amelia le habían prometido enseñarle a disparar.

Casi la mitad del pueblo estaba allí. Loretta, la dueña de El Ukelele, acababa de entrar con un traje de algodón azul oscuro y buscaba su mesa con cierta lentitud. No tardaron en hacerle señas desde una de las primeras filas. Danny descubrió al propietario del Coconut, a su mujer y a sus dos hijos más pequeños. El calor que sentía por los puntos de calefacción que se diseminaban por entre las mesas le reconfortaban y deseó sentarse ya y que todo comenzara. Entonces vio a Alan levantar la mano hacia él. Lo había detectado entre la multitud, con su

diminuta cara encajada en aquel pequeño hueco de la lona. Con una sonrisa le hacía señas para que se acercara.

No dejó pasar mucho tiempo antes de hacerlo. Tenía las manos heladas y su abrigo no le estaba resguardando del frío. Entró por la puerta de la carpa y, tras acercarse a sus padres para darles un abrazo, se dirigió a la mesa del doctor Foster y se quedó de pie delante de él.

—¿Y Robert y Amelia?

—Han ido a casa de Elena, la secretaria del sheriff. Creo que Tommy estaba algo enfermo y quería hablar con el reverendo del pueblo.

Alan asintió lanzando una mirada de complicidad a ambas mujeres y le invitó a sentarse.

—¿Y los demás? —preguntó Danny.

—Elisabeth no tardará en venir, está en casa duchándose y preparándose. Jim debe de estar haciendo lo mismo. Pasará a recogerla y vendrán juntos. No tardarán. Si quieres, luego iremos al puesto de tiro.

—Jim estaba muy nervioso hoy en la comida —murmuró Carlota con cierta timidez—. Espero que no piense que le guardo algún tipo de rencor.

—No te preocupes, Carlota —respondió Mary—. Había recibido una información de su detective cuando fui a verle a casa y parece ser, por lo que nos dijo, que no entendía nada de lo que le había enviado y que deseaba hablar en persona con él. Lo llamó un par de veces durante la comida y no fue capaz de localizarlo. Seguramente está aprovechando estos momentos para hablar con él. Parecía tratarse de un asunto delicado.

—Todos sentimos la misma curiosidad. Danny —dijo Alan con cierto tono condescendiente—, si quieres ve un rato con tus padres, seguro que les hace mucha ilusión. Yo te avisaré cuando llegue Robert. Se sentirán muy felices de que pases parte de la velada con ellos.

El niño lo miró y sonrió. Al instante se levantó y salió corriendo hacia la mesa de los Coleman. Alan observó el gesto de afecto de Lorna cuando su hijo se echó a sus brazos y la mirada de ternura de Paul. Luego escuchó los primeros acordes

de música de los instrumentos. Una serie de camareros engalanados con uniformes blancos comenzaron entonces a entrar en fila, con bandejas repletas de comida, y comenzaron a servir a los invitados.

Varias calles más arriba, donde los caminos se bifurcaban y se transformaban en bonitas callejuelas empedradas, Elisabeth se lavaba el pelo y se preparaba para una noche que parecía el inicio de su nueva vida. La euforia la invadía de los pies a la cabeza. No podía quitarse de la cabeza la mirada de ternura de Lucien, horas antes, y la forma casi tormentosa de pedirle que no dejara nunca de amarle. Oyó un violín a lo lejos, pero esta vez eran los músicos de la carpa. Se dio prisa en secarse el cabello y terminar de arreglarse. Iría a buscar ella misma a Jim. Bajarían juntos al pueblo, pasearían por el centro los dos solos y disfrutaría de las miraditas de recelo de sus vecinos y de sus cuchicheos. Se rio para sus adentros. Jamás se había sentido tan feliz.

Escogió con sumo cuidado la ropa que se iba a poner: un vestido por la rodilla con un escote muy femenino y su abrigo preferido. Se enroscó una bufanda rosa palo en torno al cuello y dejó el secador sobre la encimera del baño antes de bajar precipitadamente las escaleras hacia la puerta. Estaba a punto de abrirla cuando una terrible punzada de dolor le atravesó el vientre y la hizo inclinarse hasta caer de rodillas aferrándose las caderas con ambas manos. La descarga era casi insoportable. Tensó todos los músculos de su cuerpo y apretó el bajoventre intentando apaciguar aquel dolor que la mantenía inmóvil y casi sin respiración. ¿Qué sucedía? No podía moverse. Buscó con la mirada su bolso, pues su teléfono estaba dentro, pero se dio cuenta de que lo había dejado arriba por las prisas y se desesperó.

—Dios mío, ¿qué me pasa?

Fue lo único que pudo jadear. Un sudor frío y copioso humedeció su frente, la cara y parte de su escote, diseminando pequeñas gotas por la piel. Tembló. Se derrumbó de lado sobre la alfombra, con las piernas flexionadas contra el

estómago y las manos temblorosas, y su respiración se aceleró. Algo iba mal. Muy mal.

Al otro lado del pueblo, muy cerca de la farmacia y de la tienda de Catherine Woods, Tommy Norton contrajo el rostro en una mueca de estupor cuando dejó caer el treinta y ocho y se dio cuenta de lo que había hecho. Los gritos de Elena detrás de él le perforaron los tímpanos. La mujer gritaba desencajada una y otra vez: «¿Qué has hecho? ¿Qué has hecho?». Habría jurado que la marioneta estaba delante de la puerta cuando se precipitó escaleras arriba para coger el arma. Habría dado su vida y todo lo que tenía, incluso hubiese apostado la cabeza, a que era ella. Por eso no lo dudó cuando apretó el gatillo. Ahora, sin embargo, sus ojos vibraban, tenía la boca seca y le temblaban los labios y las mejillas. El reverendo Robert estaba frente a la puerta, bajo un charco de sangre, y tenía un enorme agujero de bala por debajo del hombro. Amelia Morelli descendió del coche chillando como una loca. Sus gritos se mezclaron con los de Elena, que, de rodillas y delante de Robert, le zarandeaba intentando que no se durmiera o como mínimo le dijera algo.

—¡Dios santo! ¿Qué has hecho? ¿Qué has hecho? ¿Cómo has podido?

—Creí que era ella..., Elena.

—¡Dios mío! —aulló histérica Amelia—. ¡Robert! ¡Robert! ¿Me oyes? Cariño...

—¡Llama a Lark! —gritó Elena—. ¡Llama a Lark y que traigan una ambulancia! ¡Maldita sea, Tommy! ¡Reacciona! ¡Se está muriendo! ¡Llama de una jodida vez a Lark!

Point Spirit era un pueblo hermoso. Plagado de gente, de familias perfectas que emanaban felicidad, armonía y todo lo que uno podía desear. En el fondo todos los pequeños defectos que cada uno de ellos ocultaba con recelo no eran tan

importantes como para sufrir hasta la extenuación por ello. Eso era lo que pensaba Catherine Woods, mientras intentaba llegar casi a rastras al teléfono. Había tardado dos horas en despertar de aquel trance, otras dos en vestirse y ahora iba por la casa, casi medio muerta, intentando llegar a un teléfono que con toda probabilidad no le permitiría localizar a nadie. Oía la fiesta, el bullicio, los vítores de la carpa y aquella alegre musicalidad que rodeaba el pueblo y que inauguraba la fiesta de Bridal Veil.

Pero ella tenía que alcanzar como mínimo la puerta, hacer acopio de todas sus fuerzas, bajar a la calle, que por suerte estaba a pocos metros de la puerta de su casa, y llegar a la carpa. Era primordial hablar con Mary y con Alan. Tenía que decirles lo que había visto y sobre todo lo que realmente era Lucien. O, mejor dicho, lo que no era...

Fue Jim, desde su salón, con el móvil pegado a la oreja y la voz sosegada de Arthur Verdisco hablando sin parar, el primero que escuchó la detonación inicial. La sintió como una especie de estallido lejano pero muy intenso. Lo primero en lo que pensó fue en una tormenta o en una descarga de fuegos artificiales, aunque en aquel momento su mente y su cuerpo estaban en pleno shock, lo que no le permitía pensar con claridad. Apartó el teléfono de la oreja. Su interlocutor también se había quedado en silencio: él había escuchado lo mismo que Jim y aguardaba prudentemente a que este dijera algo o al menos se pronunciara.

—Le agradezco todo el trabajo —dijo arrastrando las palabras—. Deme unos días y regrese a casa. Ahora tengo que dejarle.

El detective se despidió amablemente. Jim colgó. Cerró los ojos renunciando a todos sus pensamientos y se volvió hacia las escaleras. Subió cada peldaño con una lentitud que le recordaba a un reo dirigiéndose a la guillotina. La salita donde guardaba todos sus papeles, el ordenador con el que trabajaba y sus libretas estaba tenuemente iluminada por la lamparita, que él no había

encendido. Detectó sobre la mesa una de sus libretas. Hubiera jurado que no había usado ninguna en todo el tiempo que llevaba en Point Spirit. Pero ¿qué importancia tenía ahora eso? Volvió la cabeza hacia su izquierda y trató de contener las náuseas. Se agarró con firmeza al canto de la mesa y sus dedos tantearon el tacto gomoso del cuaderno. Se mareó y, al intentar mantenerse en pie, golpeó la libreta, que resbaló, cayó y se abrió por la mitad. Se quedó paralizado por el pánico y se puso de rodillas frente a ella. Con dedos temblorosos la cogió y se llevó la mano al corazón. Sí, aquel era el momento más idóneo para que sucediera esto. Iba a sufrir un infarto.

—Siempre fuiste tú, Jim.

Ni siquiera se giró. Sabía que Lucien estaba muy cerca de él. Oía las suelas de sus zapatos sobre la alfombra. La sombra afilada y alargada de su cuerpo se extendía por la pared y abarcaba todo el espacio.

—Un niño blanco, de madre mulata y piel clara, nacido la noche del veintitrés de junio, en pleno solsticio de verano. Un niño con unas cualidades extraordinarias y todo ese poder... Pero tus padres sintieron pánico, Jim. Te sacaron de Nueva Orleans cuando apenas tenías cinco años y lograron lapidar esa parte de ti tan mágica y excepcional. Ya ves... —dijo con lentitud—, siempre se ha dicho que los niños ven cosas, pero cuando unos padres les repiten que es mentira, llega un momento en que dejan de percibirlos, ¿no es cierto? Ese don tan excepcional que tienen la gran mayoría de los mortales, sesgado por la razón y las creencias más populares. Una gran pérdida que tus padres pagaron. Ellos sabían a lo que se exponían, Jim. Nunca debieron alejarte de allí. Pero yo te encontré...

—No era Elisabeth... Ella no era la pieza fundamental. No era ella —murmuró casi en un susurro.

—Elisabeth es importante. Ella lleva mi sangre, mis genes..., pero no posee el don. Es una mujer.

Jim pasó las páginas de la libreta. Temblaba como una hoja de papel. En la primera había un dibujo de una mujer colgando de una viga; en la siguiente, otro

de un coche precipitándose por un desfiladero, una marioneta perfectamente dibujada con trazos firmes corriendo por una callejuela y una mujer frente a un anciano que se tiraba del pelo mientras lloraba.

—Santo Dios..., no recuerdo haber dibujado estas cosas... No... no es posible.

Lucien se puso de cuclillas frente a él y apoyó el brazo en una de sus rodillas.

—Venir aquí despertó esa parte inconsciente que poseías —prosiguió Lucien—. Fue Victor, con sus creencias estúpidas y sus juegos eclécticos, el que me despertó de mi sueño eterno, Jim. Él conocía las leyendas que giraban en torno a la casa, sabía que yo había sido una víctima de la confusión, de un sacrificio necesario. Yo no era lo que Magalie pensaba. Tenía ciertos dones, por supuesto, pero no los que ella creía. Por eso, cuando me iniciaron, aquellos espíritus entraron en mí. Si yo hubiera sido lo que ellos llamaban un pequeño *bokor*, nada se hubiera apoderado de mi alma, solo me habría fortalecido, y por eso me eliminaron.

Jim lo miró.

—Eres mi bisabuelo.

El espíritu vaciló y curvó los labios.

—Tuve, como bien te dije, mi época desenfadada en Nueva Orleans.

—¿Y todo esto? ¿Todos estos dibujos?

—Son tuyos, Jim. Cuando uno duerme, desconecta esa barrera de protección que tiene en el mundo real. Durante ese descanso, tu subconsciente es como una gran antena energética. Tu sexto sentido o percepción sutil es demasiado intenso para eliminarlo en su totalidad. Cada una de las cosas que plasmaste en el papel se desarrolló con exactitud. Yo solo me ocupé de solapar tu locura. No hay peor cosa que un *bokor* descontrolado y te puedo asegurar que eres peligroso. Tu deseo de crear una historia, tu ansia por que todo fuera real, desencadenaron cada detalle, Jim. Es tan fuerte tu poder... Lo disfruté, no puedo negártelo. Me ocupé de dar un pequeño mensaje a todos los habitantes que recibían la visita de tus creaciones. ¡Ah, es como estar vivo, Jim!

—Mientes...

—Sabes que no. Tu detective te lo dejó claro: tu partida de nacimiento mezclada con la mía, el cambio de apellidos... Tu madre era mi nieta y mi hija, tu abuela. Pero tenía que nacer un varón. Y ese, Jim, fuiste tú.

—Sigo sin comprender... Si no eras el elegido, si tú no poseías el don, ¿qué fue lo que te dijo ese *loa* en el cruce de caminos?

Lucien dejó escapar una sonrisa melodiosa y se incorporó.

—Fueron muchas sus revelaciones y entre ellas estabas tú. Lo demás no tiene importancia...

Otra detonación hizo incorporarse a Jim. Miró por la ventana y comprobó que una nube de humo se elevaba por encima de los robles y de los sauces de las casas más cercanas. Sintió que el corazón se le iba a salir del pecho.

—¿Qué coño está pasando ahí fuera?

—El caos, Jim. Os avisé para que os prepararaís.

Jim se llevó las manos a la cabeza y se quedó paralizado como si temiera moverse. Lucien estaba delante de la puerta y se ajustaba el sombrero con su característica elegancia.

—Es la carpa. ¡Dime, Lucien! ¿Es la carpa? —El espíritu asintió y Jim creyó que iba a volverse loco—. ¡Todos están allí! ¡No puedes hacer esto! ¡No puedes arrasarlo todo!

—Ah, me hubiera encantado ser el artífice de tal maravilla, pero esto es obra del destino y yo solo pretendo sentarme en primera fila para presenciar la devastación, *chéri*... Ese estúpido alcalde puso demasiadas bombonas de gas y no pagó unos buenos materiales.

Se quedó pálido. De pronto todo estalló en torno a él. Se precipitó hacia las escaleras y las bajó de cuatro en cuatro, dejando a Lucien en la habitación. Abrió la puerta y salió corriendo. El sonido de las explosiones era cada vez más aterrador. A medida que descendía la calle, oía los gritos de desesperación. La carpa estaba abarrotada de gente y solo disponían de una puerta para salir de aquel infierno.

Una ambulancia pasó a pocos centímetros de él y casi le atropelló. La gente

corría calle arriba y le empujaba. Chocó con varias personas en su agonía por llegar a la zona más afectada y, cuando estaba a punto de entrar por un hueco deshilachado de la lona de la carpa, Lucien se materializó delante de él.

—¿Qué coño crees que haces, Jim? —Su voz tenía una inflexión eléctrica.

—¡Salvarlos! ¿Te parece suficiente?

—Tu niña no está ahí dentro, Jim. Todo lo demás carece de importancia.

Jim se situó delante de él.

—¡Tú puedes parar esto!

Lucien se rio elevando los brazos con las palmas hacia arriba.

—¿Y perderme este espectáculo de luces? ¡No! —bramó con rabia—. Mira este lugar, esta gente, es la misma sangre de aquellos que me lo quitaron todo, Jim: la vida, a mi esposa y a mi hijo... ¡Todo! La gente sufre la vida como si fuera un castigo que superar y yo... yo la amaba... ¿Por qué tengo que compadecerme de ellos?

—Pero ¡estás aquí!

—Sí, me encuentro aquí, pero ¡y de qué modo! No puedo amar como tú. No puedo formar una familia. Estoy condenado a vagar como un alma desamparada mientras observo como todos los demás viven, Jim. ¡Viven! —Lucien se llevó las manos a la cara y sollozó—. Yo tenía talento... Podía haber logrado muchas cosas. Habría tenido una tumba en la que llorarían por mí. Me recordarían por lo que hubiera llegado a ser. ¡No así!

Varios gritos hicieron volver el rostro a Jim. Se agachó con la intención de entrar por el hueco de la carpa, pero Lucien lo sujetó con fuerza y lo arrastró, apartándole del humo y del fuego.

—Esto no ha terminado, Jim. ¡No puedes entrar ahí! ¡Vas a ser padre! No cometas tal insensatez. ¡No puedes entrar ahí!

—Entonces detén esto. Salva a esa gente. No permitas que pierda lo único que quiero. No me hagas sufrir lo mismo que tú, porque me convertirás en lo que detestas. ¡Lucien, no puedes hacer de mí una víctima de tu propia tragedia! ¡No me puedes convertir en ti mismo! ¿No te das cuenta?

El gesto de Lucien se transformó en una mueca de horror y de rabia. Sus ojos centelleaban en un rojo casi incandescente mientras clavaba las uñas en el brazo de Jim.

—Si no me ayudas, entraré ahí y sabes que no saldré vivo —manifestó Jim—. Puedes saber si Elisabeth está embarazada, no tengo ninguna duda de que posees ese poder, pero no tienes ni idea de si es una niña o un niño, y algo me dice que necesitas un varón —dijo. Lo miró fijamente y movió los ojos de un lado a otro—. Sí..., así es. Puedo percibirlo. No sé por qué ni para qué, pero ese es tu fin, ¿verdad, Lucien? Ese niño significa mucho para ti. Si yo muero, no tendrás a nadie más que pueda darte ese descendiente. ¡Y lo sabes! ¡No habrá más oportunidades para ti! ¡Todo habrá terminado!

Lucien soltó un alarido de cólera y lanzó hacia atrás a Jim, que se golpeó violentamente la cabeza contra un árbol que estaba a varios metros.

—¡Lucien! —gritó mientras lo veía desaparecer a través de las llamas.

Junto a la cama había una mujer morena de unos cuarenta años, de acento sureño, vestida con una bata blanca. Le habló durante un rato, aunque él no llegó a entender nada de lo que le decía. Parecía encantadora y amable. Jim vio sus labios pintados de rojo, sus movimientos diestros y la carpetilla entre los dedos. Luego oyó la otra voz grave y, cuando movió la cabeza hacia su izquierda, pudo distinguir a Alan. Quiso decirle algo, pero cerró los ojos y cayó en un profundo sueño sin imágenes.

Despertó bien entrada la noche y se dio cuenta de que había una figura pequeña y menuda sentada en una silla en el fondo de la habitación. Junto a ella, una anciana. Le extrañó ver a Catherine Wood y hasta el arrastrar de sus pies sobre el suelo de linóleo le molestó, le dolía la cabeza. Oía el trajín en el pasillo. La puerta estaba abierta y veía figuras que se deslizaban como sombras errantes. Algunas se limitaban a pasar por delante, otras entraban en la habitación y, después de un rato, se iban.

Un rostro inexpresivo se alzó sobre él y le enfocó con una pequeña pero incómoda luz a los ojos.

—Está despertando —oyó muy a lo lejos.

—¿Jim? —Era una voz juvenil suave y delicada, voz que le llegaba con claridad. Se trataba de Elisabeth—. Jim, ¿puedes oírme?

—Hola, Catrina.

Ella rompió a llorar y se precipitó sobre su cuerpo. Fue entonces cuando vio el gotero, la aguja clavada en el dorso de su mano y a la anciana detrás de Elisabeth con los ojos entornados y las manos contraídas por la artritis sobre su pecho.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde están los demás?

Ella levantó su bonito rostro y lo miró con un amor que se podía palpar.

—Mamá y Alan han ido a Portland. Han esperado un poco por si despertabas y, cuando la doctora les ha dicho que estabas bien, salieron para allá. Jim, Robert ha sufrido un accidente, Tommy le disparó cuando fue a verle a casa. Lo confundió en su locura con una marioneta. Ha perdido mucha sangre y tuvieron que trasladarle allí. La tía Amelia estaba muy mal. ¡Es terrible!

Tosió y se llevó la mano a la cabeza. Había demasiadas lagunas, huecos sin ningún sentido. Se había dado un golpe contra un árbol. Recordó a Lucien fuera de sí y los gritos de la gente. Las llamas...

—¿Qué pasó? ¿Qué...?

—Señor Allen, le alcanzó una de las explosiones de la carpa cuando intentaba entrar en ella. Ha tenido mucha suerte —murmuró la anciana—. Estaba fuera de ella, pero la onda expansiva llegó hasta usted. Se ha librado de esta de milagro. Si hubiera logrado entrar en ese infierno no estaría aquí para contarlo.

—Lucien...

La mujer apartó la mirada de él y se llevó la mano hacia el cabello cano. Elisabeth, que tenía las manitas sobre su regazo, inclinó la cabeza como una pequeña mujer doliente y se sorbió los mocos.

—Necesita mi ayuda, señor Allen —afirmó la anciana—. Sé que no es un buen momento para hablar de estas cosas, pero no tendremos otra oportunidad, es urgente. No creo que sea necesario que los demás sepan lo que realmente ha sucedido. Entiendo que no es algo agradable, pero posee ciertas aptitudes que si no se controlan...

—Por favor, sea directa y clara.

La mujer se acercó un poco más a la cama y apoyó la mano sobre el hombro de Elisabeth.

—Robert..., santo cielo...

—Señor Allen —le interpeló Catherine.

—¿Y Danny?

—Está bien —respondió Elisabeth—, pero sus padres han muerto. Los

Coleman estaban sentados junto a la primera estufa que estalló. No han sobrevivido.

—¡Señor Allen! —repitió Catherine con contundencia.

—Tengo que salir de aquí.

—Jim, escucha a Catherine, por favor. Es importante.

El escritor se removió nervioso. Por todos los santos, ¿qué hacía allí? ¿Dónde estaba Lucien? Echó una rápida mirada a toda la habitación y se incorporó torpemente, al tiempo que se arrancaba el gotero. Un pequeño espejo mural frente a la cama le devolvió una imagen desconcertante. Tenía la frente vendada y la mejilla hinchada y amoratada. Alargó la mano hacia Elisabeth con la intención de sentir su piel y una sucesión de imágenes le asaltaron abruptamente: un bebé flotando en líquido amniótico, Lucien de rodillas frente a Elisabeth, sus labios apoyados en su vientre y ella de pie frente a una carpa ardiendo, mientras Alan tiraba de ella y la arrastraba hacia la zona más alejada de aquel infierno. Jim soltó un alarido y se apartó sobresaltado.

—¡Por Dios! Pero ¿qué coño...?

—Eso es lo que intento explicarle, señor Allen. Puede controlar todas esas percepciones extrasensoriales, pero si nadie le enseña cómo hacerlo, será una especie de bomba de relojería y lo que sucedió en el pueblo se convertirá en un cuento de hadas comparado con lo que puede desatar.

—¿Extrasensoriales? ¿Me toma usted el pelo?

La mujer entornó los ojos apelando a su paciencia y soltó una especie de ronroneo.

—Jim, escucha lo que tiene que decirte, por favor.

—Estás embarazada.

—¡Jim, por Dios, escúchala!

Se dejó caer sobre la almohada y se tapó la cara con ambas manos. En ese momento recordó la conversación con Lucien. Evocó la noche en que sus abuelas se hicieron cargo de él tras el accidente de sus padres y la forma amable

con la que le trataban, los susurros incesantes que fueron desapareciendo y su adolescencia.

—Irá percibiendo progresivamente todo lo que antes no era capaz de hacer. No crea que esto es algo raro, señor Allen, todos estamos rodeados de ese mundo espiritual, pero muy pocos sintonizan con él. En mi caso es mucho más limitado, pero el detalle de que en su infancia se erradicase ese don por lo extrasensorial ha hecho que no se incline hacia las malas prácticas. Un hombre como usted puede ser un peligro en pantalones si no le dirigen por el buen camino. Ahora ya es adulto.

—Pero yo fui el culpable de todas esas pesadillas...

—Hasta cierto punto —respondió la mujer—. Ese espíritu le ayudó bastante y, sin él, no hubiera sido capaz de hacerlo. Tenga en cuenta que fue un espectador, un alumno aplicado inmerso en una especie de sueño lúcido. La marioneta y las apariciones son fruto de los miedos de la gente, la materialización de los terrores infantiles o los pecados inconfesables. Usted solo los colocó ahí, el resto lo hizo Lucien. Lo vi y pretendía contárselo todo a la familia Morelli, pero no serviría de mucho. Creo más adecuado intentar educar esa parte de su mente hacia un equilibrio que controle esas visiones y, sobre todo, que no reproduzca sus ansias o su estrés.

—Me voy a volver loco.

—No lo creo, señor Allen, es usted excepcional. Hay personas en este mundo que curan, otras que ven el pasado o el futuro, incluso que pueden desplazar objetos; usted posee todo eso y más. Usted es el *bokor*, el brujo que cualquier religión desearía para demostrar al mundo que existe y que es temible. No tiene ni idea del poder que posee, aunque no lo quiera.

—Nací en Nueva Orleans. Mis padres me sacaron de allí. Yo soy el biznieto de Lucien y por eso quería que viniera. El detective al que contraté lo descubrió. Es gracioso, pensó que estaba investigando los trapos sucios de mi familia con discreción.

Elisabeth se llevó las manos a la boca y abrió los ojos asustada. Catherine

asintió muy despacio y luego se sentó en la cama anexa. Jim describió con detalle sus conversaciones con el espíritu y la duda rabiosa que aún seguía teniendo sobre aquella obsesión por su progenie.

—Bueno —dijo la anciana—, un niño nacido de esta unión puede ser igual que usted o incluso más excepcional. Si sus padres le sacaron de Nueva Orleans, sin duda fue porque conocían el peligro que corría en manos de una institución vuduista. Supongo que se dieron cuenta de ello y que por eso cortaron toda comunicación con esa gente y sus prácticas. Imagínese un hombre de sus características, capaz de controlar con sus milagros o sus castigos a todo un país: el gobierno, las religiones... Eso es lo que buscan las sectas. Un líder fuerte y poderoso. Hay muchas personas capaces de eso con solo el don de la palabra, así que imagine lo que podría hacer una religión con un limitado grupo de individuos con sus características. El equilibrio de este mundo desaparecería.

Jim cogió la mano de Elisabeth con cierto temor y suspiró profundamente al ver el semblante apagado y agónico que proyectaban sus ojos.

—Nunca te haría daño.

—Lo sé, Jim, pero tienes que dejar que ella te ayude. Y no podemos contar esto a mi madre ni a los demás. No podemos dejar que sufran más. Aunque Lucien nos quiere, su obsesión nos arrastra con él.

—Está bien. Haré lo que me digáis. Por supuesto, ese niño no pasará por lo mismo que yo.

Catherine sonrió de un modo velado y se apartó el cabello de la cara. La anciana parecía agotada; en cambio, sus ojos reflejaban una profunda serenidad y compasión.

—Tiene que contener esas visiones —prosiguió—. Cuando le sobrevengan debe mantenerse sereno, sin forzar los acontecimientos. Si desea ver, tendrá que relajarse; si, por el contrario, quiere bloquear cualquier tipo de imagen, proyecte un pasillo y aléjese. Pero hay tiempo para eso. Ahora debe descansar y, sobre todo, disimular cualquier detalle que pueda poner en alerta a los demás.

Antes de que pudiera terminar su exposición, el teléfono móvil de Elisabeth

sonó en su pequeño bolso. Jim oyó la voz distorsionada de Mary Anne como un murmullo lejano y vio las lágrimas de Elisabeth sobre sus tiernas mejillas. Se le disparó el corazón y se temió lo peor.

—Está estable —murmuró colgando—. Robert está estable. Se va a recuperar. ¡Se va a poner bien!

—Oh, Dios mío, eso es maravilloso —exclamó Catherine.

—¿Y Danny? ¿Quién más ha muerto? ¿Qué será de Tommy Norton? —Tenía tantas preguntas que no sabía por cuál comenzar.

—Le costará superar la desgracia, pero tiene a Robert y a Amelia, señor Allen. A Tommy supongo que lo ingresarán en algún centro. Ese muchacho ha pasado por un infierno y usted lo sabe mejor que nadie. Fue un accidente terrible, pero no pretendía matar a Robert. Lark lo adora y, además, tiene a Elena. Quitando los padres de ese niño, no conocía a las otras víctimas. Hay algún vecino, pero la mayoría era gente de otros pueblos. Es una desgracia; con todo, no le toca sufrir también por eso.

—¿Qué día es hoy?

—Veintisiete de septiembre —respondió Elisabeth—. ¿Por qué?

Jim movió los labios como si rezara y luego miró a ambas mujeres.

—¿Qué pasa?

—Sales de cuentas en junio. Yo nací el veintidós de junio, la noche del solsticio de verano.

Catherine enarcó las cejas y pareció comprender lo que Jim trataba de decir.

—Muy próximo a la noche de San Juan —dijo ella—, la noche más importante para la religión vuduista.

Point Spirit, cinco años después

Colgó el teléfono y se quedó observando a Robert, que estaba frotándose la barbilla y dejando que los dedos acariciaran suavemente la aspereza de la pequeña barba que le empezaba a salir.

—¿Vendrá? —le preguntó desde el sofá. Tenía las cejas arqueadas y le miraba con una expresión de curiosidad y de humor—. Es dura de mollera, aunque no creo que se niegue a cuidar de Suzanne. Más bien me da la impresión de que se está haciendo de rogar. Ya sabes cómo es Carlota, amigo.

Jim soltó una ronca carcajada y se acomodó a su lado. Tenía un vaso de cristal sobre la mesa de centro y aquel licor que Alan y Mary Anne le habían traído de Italia cada vez le resultaba más delicioso y atrayente. «Grappa» lo había llamado Alan. Luego le avisó de lo fuerte que era, pero aquel brebaje ya descendía por su garganta provocándole una quemazón de lo más desagradable. Todos se habían reído de él aquella tarde, aunque ahora empezaba a acostumbrarse a su sabor y se moría de ganas de que los dos tortolitos volvieran a Europa solo para que le trajeran otra de aquellas botellas infernales.

—Elisabeth empieza la universidad en Portland —murmuró haciendo girar el vaso—. Jimmy ya tiene cinco años y la niña, unos meses. Es un buen momento para que retome sus estudios y que tenga un poco de tiempo para ella.

—Es una excusa un tanto estúpida —le respondió Robert— teniendo en cuenta que Mary vive al lado con Alan, nosotros estamos a escasos metros de vosotros y Danny ya tiene diecisiete años y podría ocuparse también de atender...

Jim negó con la cabeza.

—No voy a pedir a Mary que deje de viajar por sus nietos —dijo Jim—, no sería justo, aunque soy consciente de que aceptaría encantada. Podría contratar una niñera a tiempo completo. Sabes que es una excusa para que Carlota vuelva, aunque no tengo claro que le agrade la idea de volver a la casa que su hermana me vendió y donde comenzó todo.

Robert le sonrió. Jim pensó en la infinidad de veces que se había quedado observando la cuna de Jimmy cuando aún era un bebé, el deseo creciente que su cuerpo había experimentado por ver a Lucien inclinado sobre su cuna, la forma de examinar cada rincón de la casa, tratando quizá de detectar alguna señal de que él no se había ido, y los gestos de compasión de Elisabeth, a veces demasiado triste por la ausencia de aquel ser tan desconcertante pero que había sido tan necesario y leal a lo largo de toda su infancia.

Durante los primeros años de vida del niño no renunció a la posibilidad de volver a verlo flotando por algún rincón de la casa. Mary Anne aún era reticente a entrar allí desde que se había mudado con Alan. A veces la había observado plantada en el jardín como una estatua, contemplando las ventanas del primer piso. Incluso Jim había pensado que ella, a su manera, también le echaba de menos, aunque posiblemente le aterraba la posibilidad de volver a verlo y temía ese momento.

Muchas veces, tendido en la cama junto a su esposa, evocaban a Lucien y hablaban entre ellos sobre las posibles razones de su absoluta desaparición. Elisabeth estaba convencida de que el nacimiento del niño era lo que había estado buscando, que Lucien había cumplido su deseo y que quizá por fin descansaba en paz; pero Jim no pensaba de ese modo, no lo veía tan claro como ella y siempre llevaba consigo aquella incógnita de sus conversaciones con su bisabuelo. Seguía pensando que faltaba algo, aunque con el tiempo acabó aceptando que jamás lo sabría y que todo podía haber terminado del mismo modo que comenzó: de repente.

—¿Cómo va tu novela?

Robert le devolvió a la realidad. Dejó el vaso sobre la mesa y recordó que tenía que llamar a Larry antes de que este se enfadara o sufriera una crisis.

—Entre las diez más vendidas, según el *Times* y Larry.

—Todavía recuerdo cuando le conocí —rio Robert—. La cara que puso tu agente cuando vio a Elisabeth fue todo un poema. Creí que le daría un infarto. Señor, qué mal trago pasé.

Jim sonrió. Larry no cambiaría por muchos años que pasaran. Lo cierto es que la visión de una adolescente con una barriga de cinco meses no había sido de gran ayuda para su tensión.

—Sí, se trató de un momento un poco peliagudo. Lo mejor fue ver a Carlota dándole suaves golpecitos en el hombro para que recobrar el sentido. Creo que todavía no entiende una mierda, pero, si te soy sincero, mientras mis libros y cuentos se vendan, podría decirle que me caso con un elefante, que lo aceptaría igual, vendería la exclusiva a las grandes cadenas y convencería a todo el mundo de lo hermoso que es el amor y lo maravilloso que soy.

Ambos hombres se echaron a reír.

—¿Qué fue aquello que dijo antes de irse?

Jim puso un gesto de solemnidad y levantó el dedo índice con un gesto serio y decidido.

—«Jim, no tenías que cambiar de ciudad, solo de siglo.»

Robert soltó una estrepitosa carcajada y se reclinó en el sofá.

—Qué tipo más peculiar. Todo un personaje.

Pero en el fondo a Larry le había encantado Point Spirit. Por aquel entonces todavía no habían construido el bonito monumento de la plaza recordando a los vecinos que habían fallecido en el incendio de la carpa aquel septiembre. El sheriff Lark había pedido al escultor que incluyera los nombres de los chicos que habían muerto en el accidente de tráfico, a la señora Owens y al viejo maderero Paul Jones, quien había fallecido de un infarto mientras dormía. Y qué poco sabían en el fondo, qué cantidad de pequeños detalles ocultos quedarían enterrados sobre todo lo que sucedió durante aquellos meses. De haber sido así,

Jim no habría podido quedarse mucho más tiempo en aquel sitio y la anciana Catherine, con una fortaleza innata, jamás le hubiese ayudado con aquel ahínco. Una mujer excepcional, con una fuerza y unos principios sorprendentes, y que, muy lejos de agotarse por su avanzada edad, había pasado meses sirviéndole el té los martes por la tarde, mientras le enseñaba a controlar ciertos detalles de su nueva vida, recibéndole con aquella frase irónica que solo él entendía: «Vamos, señor televisor, es hora de sintonizar los canales. Prepare la antena parabólica que lleva. Hoy será un día intenso».

Recordado de ese modo, podría parecer una situación agradable y de lo más entretenida; sin embargo, había sido muy duro para Jim. Evocar, bajo hipnosis, la infancia que tenía enterrada en lo más profundo de su corazón le dejó durante un tiempo hecho polvo. Los recuerdos de Nueva Orleans, la institución a la que sus padres le llevaban hasta que el miedo les impidió seguir con todo aquello y todos los detalles de su adolescencia, rodeado de voces y situaciones fuera de lo común, le dejaron un sabor agrisado durante meses. Le costó desprenderse de aquel sentimiento de culpa.

—Una de las cosas que Lucien poseía era un don para el arte. En su caso la música —decía Catherine—. Usted tiene uno propio, la creatividad, y no me extrañaría que sus hijos, sobre todo el pequeño Jimmy, destaquen en esta materia o en otra. Es una de las particularidades de ser como usted. Debe estar atento a esas señales y, si alrededor del niño comienzan a suceder hechos sin explicación, debe hablar con él y enseñarle a controlarlo, como hago yo con usted.

Al final, Jim y Elisabeth fueron descubriendo que el niño sí poseía una cierta inclinación por dibujar. Desde muy pequeño era capaz de pintar con sus rotuladores todo lo que veía con gran exactitud y destreza. Combinaba los colores como un adulto y sus dibujos eran increíblemente realistas. En el colegio había ganado varios premios en la asignatura de Plástica antes de cumplir los cuatro años. Los profesores estaban encantados con aquel alumno prodigio, que bien podía compararse con cualquier de los pintores famosos que habían desarrollado de su mismo modo aquellas aptitudes para la pintura. No se había

producido nada más extraordinario ni tampoco ningún acontecimiento que ocultar. Jimmy era feliz en clase, hacía sus tareas con gran interés y tenía sus amigos y la vida que cualquier niño podía tener.

Sin embargo, jamás olvidaría la noche en que Robert y Amelia habían venido a cenar con Danny. Jimmy tenía cuatro años y medio, había heredado el precioso cabello de su madre y unos ojos rasgados del mismo color verde de Elisabeth, aunque los gestos eran de Jim y caminaba y se movía como él. Aquella noche, tras marcharse, lo acostó en la cama y le llevó un vaso de agua para ponerlo en la mesita por si tenía sed de madrugada. Amelia había estado algo irritable durante la cena y Robert no comprendía qué le estaba sucediendo. Entonces su hijo lo miró con aquel gesto divertido y sus ojuelos entornados y dijo:

—Es normal, papá, la tía está embarazada.

A Jim se le quedó cara de idiota y no tardó ni quince minutos en contarle aquel acontecimiento a su mujer. Elisabeth se había reído y luego le había pedido que se calmara. Él siguió eufórico, incluso cuando se metió en la cama, y no dejó de hablar y hablar hasta que se durmió.

A la mañana siguiente se llevó a Jimmy a dar un paseo y le explicó la importancia de no contar a nadie esas cosas que veía, que él también tenía ese don y que tenían que ser muy prudentes, porque la gente no lo comprendería.

—¿Ni siquiera a las tías? ¿Ni a la abuela? ¿Ni a Alan?

—A nadie, tesoro. Imagínate que eres un superhéroe como los de los cómics.

Jimmy había puesto una expresión de júbilo en su redonda carita y luego había sonreído.

—Los superhéroes tienen secretos y esconden sus poderes para hacer el bien.

—Así es, y tú eres uno de ellos. Ni siquiera los amigos de los superhéroes saben sus secretos. ¿Lo entiendes, cariño?

—Sí, papá.

Cuando Suzanne nació, Jimmy tenía casi cinco años. El niño se desvivía por su hermanita y pasaba muchas horas junto a su cuna haciéndole carantoñas y monerías. Otra vez, Jim y Elisabeth pasaron mucho tiempo esperando un posible

encuentro con Lucien, pero no sucedió. Y fue en aquel momento cuando aceptaron y comprendieron que se había ido definitivamente.

—Llega tu esposa —dijo Robert, que se había levantado en algún momento y estaba delante de la ventana con su vaso en la mano.

Escuchó el sonido del motor del coche, las pisadas sobre las baldosas del caminito y luego la puerta de entrada. Elisabeth apareció con el gesto algo descompuesto, detalle que dejó a los dos hombres preocupados. Le sucedía algo.

—¿Estás bien, cariño? Tienes mala cara.

—Me han llamado del colegio cuando regresaba de Portland. Tenemos que ir a la clínica de inmediato. El director me ha dicho que Jimmy ha sufrido un ataque epiléptico.

Jim se incorporó de un salto y se puso con premura la chaqueta. Miró a Robert.

—Id tranquilos, yo me quedo con la niña. Avisaré ahora mismo a Amelia para que venga para acá. Y llamad cuando sepáis algo, por favor. ¡Venga, Jim!

Este no reaccionó. Asintió automáticamente y, sin más preámbulo, salió de la casa y subió al coche, seguido de Elisabeth.

—Tu madre y Alan están en Detroit con Carlota. No podemos decirles nada. Aún no.

—Sé que lo mejor es no asustarlos, Jim. Iremos a la clínica, seguro que no es nada. Llegan mañana.

—¿Un ataque de epilepsia? No tenemos ningún caso así en la familia, quizá haya sido otra cosa.

Elisabeth lo miró con cariño y apoyó la mano sobre su hombro. Tenía veintidós años y no había perdido la inocencia de su rostro ni su bonito cuerpo juvenil ni aquel movimiento de párpados que volvían loco a Jim. En aquel momento se mantenía más serena que él. Ella era una joven fuerte y él... él sentía que algo no iba del todo bien.

Amelia tardó quince minutos en llegar a casa de su sobrina y reunirse con Robert. Ella tampoco iba a llamar a Mary Anne, según le había dicho a Robert. No tenía sentido preocuparlos hasta no saber qué le había sucedido al niño. Bien podía ser un golpe de calor, un resbalón en el patio o sabía Dios qué.

Tenía la esperanza de que, con la vuelta de su hermana y de Alan de aquel viaje para ver a Carlota, esta decidiera regresar con ellos. Sabía que su marcha no era por dolor, enfado o miedo. Necesitaba volver a Detroit, hacer su vida lejos de todo aquel desastre que les había acontecido y recuperar las energías que le faltaban.

Lo primero que hizo Amelia nada más llegar fue subir a la planta de arriba para asegurarse de que la niña dormía plácidamente. Era curioso comprobar que todos los rasgos que Jimmy había heredado de su madre recaían sobre la niña, aunque por parte de Jim. La pequeña tenía una espesa cabellera negra, ondulante y graciosa, la nariz respingona de su padre y los dedos de las manitas eran largos y hermosos. Respiró profundamente y deseó cogerla entre sus brazos para mecerla como había hecho infinidad de veces con Penny, pero estaba tan profundamente dormida y relajada que no se atrevió a despertarla. La besó en la frente, la arropó con la mantita de algodón y luego regresó junto a Robert, que se había metido en la cocina y empezaba a abrir cajones buscando la crema de cacahuete y el pan de molde.

—Todo saldrá perfectamente, Amelia. No hagas muchos esfuerzos.

Amelia parecía una bola en su sexto mes de embarazo y no lo llevaba del todo bien. Tenía náuseas por la mañana y por la noche, y un singular deseo de comer crema de cacahuete hasta las tres de la mañana. Y eso sin contar con su vicio por

los pepinillos, un alimento que jamás le había gustado y que ahora formaba parte de su vida como una droga, un ajuar o un menaje de cocina.

—Señor, que llamen rápido. Esta incertidumbre me mata. —Se dejó caer sobre una de las sillas de la cocina y se acarició con suavidad el vientre.

—Tardarán un poco si le están haciendo pruebas. Tengamos paciencia —dijo él. Se sentó a su lado y le acercó una cucharita llena de crema—. Abre la boca, querida. Y no te preocupes, seguro que el niño se cayó jugando. Esas cosas pasan.

Ella se llevó la cuchara a la boca con cierto recato. Mientras la conversación comenzaba a dirigirse hacia Danny y la proximidad de sus estudios en la universidad, percibieron un sonido en el piso superior y a la pequeña balbucear y soltar pequeños grititos de júbilo. En un primer momento se quedaron inmóviles esperando que volviera a dormirse o se echara a llorar; por el contrario, los balbuceos comenzaron a ser más fuertes y la niña se rio. Al cabo de un rato se calló y el silencio se cernió sobre la casa de un modo gradual.

—Se ha vuelto a dormir —repuso Robert.

—Eso parece. —Amelia mantenía la cabeza alzada hacia el techo—. Empezaré a preparar la comida. Seguro que llegan tarde. Luego avisaremos a Danny para que venga para aquí.

—Está bien, pero te repito que no hagas muchos esfuerzos. Ya sabes que...

Un golpe seco y varias pisadas les hicieron girar las cabezas hacia la puerta. Se quedaron observando el salón y la escalera de madera.

—¿Has oído eso?

—Sí.

Se miraron sin reaccionar hasta que Robert se levantó bruscamente. Amelia hizo lo mismo, pero de un modo más lento, sujetándose la barriga e inclinando el cuerpo hacia atrás. Él alzó la mano para que no se moviera y avanzó atravesando el salón hasta rozar con los dedos la balaustrada. Se quedó entonces inmóvil, con los cinco sentidos en alerta, mientras Amelia caminaba con lentitud y llegaba en silencio a donde estaba él. El murmullo infantil cobró más fuerza. La niña volvía

a balbucear muy bajito. Cuando Robert llegó a lo alto de la escalera y se aseguró de que Amelia subía agarrada a la barandilla, paseó los ojos por el pasillo y observó la puerta entreabierta de Suzanne y los movimientos oscilantes de su cuna, que se mecía muy lentamente. Apoyó la mano en la puerta y la empujó muy despacio hasta tener una visión completa de toda la estancia. Amelia ahogó un grito con la mano, y sintió sus pequeños y torpes pasos alejándose de él por puro temor.

Robert se llevó la mano al pecho y se quedó inmóvil contemplando la imagen que tenía delante: había una mujer de color inclinada sobre la cuna de la niña. Portaba sobre la cabeza un casquete de flores rojas con fondo negro. Sus prendas, casi como gasas etéreas, se pegaban a su delgado cuerpo formando una especie de vestido de tubo con los hombros descubiertos. Su brazo estaba extendido hacia Suzanne. Su muñeca estaba decorada con infinidad de pulseritas de mil colores diferentes y, cuando acariciaba el rostro de la niña, estas tintineaban con musicalidad. Eso era lo que le parecía divertir al bebé.

—Virgen santa.

La mujer se giró y los miró. No había en sus ojos ningún gesto amenazador ni intimidatorio. Inclino la cabeza con elegancia, como si pretendiera saludarlos con toda naturalidad. Se apoyó de nuevo en la cuna con el rostro relajado y unos ojos rasgados, casi felinos, dirigidos únicamente a la pequeña.

—*Bonjour, messieurs* —dijo con una voz melodiosa sin apartar la vista de Suzanne—. *La petite* tiene sueño.

Se inclinó un poco más y la rodeó con sus extremidades. La levantó de la cuna y la arropó con sus largos brazos de ébano con gran destreza.

Robert y Amelia se habían quedado sin habla. Los postigos volvían a estar ligeramente entornados y las motas de polvo lanzaban rayos de suave luz que se difuminaba con el mismo aspecto casi transparente que emanaba del cuerpo de la mujer.

—Magalie... —murmuró Robert.

—*Oui, monsieur, Magalie Morguetto.*

Se giró con el bebé entre los brazos y apoyó su mejilla sobre el rostro regordete de la niña. Su voz se alzó suave y melódica, con un marcado acento francés.

—Por el camino de piedras, baila la reina. Ella y su traje de fiesta, baila la reina. Tiene un precioso cepillo, de finas perlas. Por el camino de piedras, baila la reina.

La clínica sin Alan parecía desamparada y extraña. En otras circunstancias habrían mencionado su nombre y les hubiesen atendido con gran esmero; sin embargo, eso hubiera sido un gran error. Habrían llamado a Alan y todo aquello se habría convertido en un capítulo de telenovela. No, tendrían que esperar en la sala contigua, sentados en las elegantes bancadas de madera tapizada en cuero, hasta que el médico que se ocupaba de la clínica en aquel momento les llamara.

La sala de espera presentaba un aspecto elegante pero frío. Jim se percató de la presencia de un hombre de color apoyado en la máquina de café con los brazos cruzados, la pierna flexionada y un aire despreocupado. Le llamó la atención su impecable traje italiano y aquellos marcados rasgos africanos, muy poco habituales en Point Spirit; en cambio, no le gustó cómo había apartado la vista de él cuando Jim se le quedó mirando. Al cabo de unos instantes, el hombre se fue.

Elisabeth lo había estado observando con la misma curiosidad, pero no dijo nada. Ella había desarrollado un talante sosegado con el paso de los años y él, en cambio, no podía quedarse quieto. Necesitaba levantarse, salir al jardín de la clínica, respirar aire puro o que aquel maldito doctor saliera de una vez por la puerta y les permitiera ver a su hijo de una vez por todas.

No tardó en aparecer un hombre de unos cuarenta años, con mirada inteligente y una bata blanca. Tenía el cabello lleno de canas, pero su piel era fina y casi juvenil.

—¿El señor y la señora Allen? —preguntó acercándose.

Elisabeth y Jim se incorporaron. El médico les hizo un gesto para que le siguieran hacia un despacho contiguo. Aquel lugar estaba abarrotado de papeles

y de libros sobre medicina y puericultura. El médico se sentó frente a su escritorio y les hizo un gesto amable para que se acomodaran en dos confidentes. Jim detectó la amabilidad y la duda. El hombre rebuscaba algo en una carpetilla, luego la cerró y los miró.

—¿Cómo está el niño? ¿Qué ha pasado?

—Tranquila, señora Allen, Jimmy está bien. Permítanme que les informe de lo que ha pasado antes de que lo vean.

—¿Seguro que está bien? —volvió a preguntar Jim.

—Sí, pero hay ciertas cosas que necesito hablar con ustedes. Hoy a las doce del mediodía, durante el recreo, su hijo se ha desvanecido de repente. Según su tutora, fue como si se desmayara. Estaba tranquilo, jugando a la pelota con otros niños, esperando su turno, y de repente perdió el conocimiento. Cuando la profesora llegó a su altura e intentó reanimarlo, comenzó a sufrir convulsiones, intensas contracciones musculares. Por supuesto no se dudó en ejecutar las medidas preventivas ante un posible ataque epiléptico. Le hemos hecho todo tipo de pruebas, descartando cualquier lesión cerebral, meningitis, alergias u otro problema secundario que prive al cerebro de oxígeno, que es lo que básicamente lleva muchas veces a este tipo de ataques. Hay una variación de la epilepsia que suele surgir a la edad de su hijo, la llamamos «el pequeño mal»; pero no se desarrollan convulsiones ni espasmos, el niño solo se queda ido sin llegar a desmayarse. También hemos descartado esa posibilidad. Lo importante es que su hijo está ahora mismo perfectamente sano y no tiene nada.

—Entonces ¿podemos llevárnoslo a casa?

—Señor Allen, por supuesto, pero con un control exhaustivo durante un tiempo. Obsérvenlo y, por favor, ante cualquier síntoma raro, vuelvan a la clínica.

Cuando Jim iba a levantarse, el doctor le indicó con la mano que tuviera paciencia.

—Esperen, por favor. Hay algo más.

—¿Qué sucede? —Elisabeth temblaba y Jim le sujetó con fuerza la mano.

—Hemos sido incapaces de que hable desde que se ha recuperado. Lo único que le mantiene activo desde que llegó es pintar. Señores Allen, ¿el niño ha tenido algún trauma, algo que consideren que pudiera afectarle a largo o a corto plazo?

Jim y Elisabeth negaron con la cabeza y se miraron.

—No, Jimmy es un niño feliz, no ha tenido ningún episodio raro y en el colegio tiene buenas relaciones con los otros chicos. ¿Por qué lo dice?

—Por sus dibujos.

El doctor sacó dos folios de la carpetilla de plástico que tenía delante y los situó uno al lado del otro frente a ellos. Jim se quedó pasmado; Elisabeth, en cambio, dejó escapar un jadeo, que acalló con la mano. En uno de los dibujos, Jimmy había pintado un enorme edificio de madera envuelto en llamas y un caballo negro con un hombre sobre él. El edificio estaba sobre una colina y bajo ella se podían ver unas diminutas casas idénticas con pequeños monigotes corriendo de un lado a otro rodeados de llamitas. Jim observó el otro dibujo. Era la representación de una especie de salón, con un chico de pie junto a una ventana y una mujer en el sofá con los ojos y la boca muy abiertos. Una especie de bulto en camión se arrastraba por el suelo con las manos extendidas hacia delante y el cabello desparramado por la cara. En el fondo de esa misma habitación estaba la sombra alargada de un hombre con un sombrero, difuminada como si hubiera usado carboncillo, pero muy real y clara.

—Como pueden ver, no son dibujos propios de un niño de cinco años. A veces, cuando pasa esto, lo único que los padres pueden hacer es apagar el televisor a determinadas horas.

El doctor hablaba con cautela y cierta humildad. Jim se había quedado mirando a su esposa: estaba pálida y volvía a tener aquel tembleque en las manos tan habitual en ella cuando se ponía nerviosa. Deslizó la mano por debajo de la mesa y le dio un golpecito en las rodillas, apelando a su serenidad. Se concentró unos segundos y vio en un fogonazo de imágenes la forma elegante de Lucien

frente a ella en la habitación de la cabaña, y sus ojos afilados y diabólicos reflejando amor y tristeza.

—No hagas eso —le susurró ella—. Sabes que no me gusta que invadas así mis pensamientos.

Jim sonrió y volvió la mirada al doctor. Había cogido el teléfono fijo y parecía hablar con alguien.

—Bien, su hijo ya está en su habitación. Me confirman que todas las analíticas y pruebas son normales. Puede tratarse de un hecho aislado pero, por favor, si ahora le permiten ver películas de miedo, dejen de hacerlo. Su imaginación, como pueden ver, es inabarcable.

—Ya, ya...

Elisabeth le dio un codazo a su marido para que se levantara. Los dos volvieron a seguir al médico por el pasillo.

Cuando llegaron a la habitación, Jimmy estaba sentado en la cama con una mesita supletoria delante de él. Seguía pintando animadamente con el sonido del televisor de fondo y unos dibujos animados infumables en la pantalla. Su madre bajó el volumen y se acercó a él para abrazarlo. El pequeño, que tenía unos rizos en el pelo de lo más agraciados, se sopló un mechón y se colgó de los brazos de Elisabeth, al tiempo que la besaba.

—Cariño, nos has asustado. No sabes el miedo que hemos pasado cuando nos llamaron. ¿Te encuentras bien?

Jimmy asintió muy despacio y dirigió sus ojos hacia Jim, que estaba sentado en el otro lado de la cama y observaba con cierta curiosidad el dibujo de su hijo.

—¿Te gusta, papá? —preguntó lentamente.

Jim tomó entre los dedos la hoja de papel. Era una imagen demasiado familiar: una carpa blanca, una plaza, un grupo de gente entrando en fila por una pequeña puerta y un niño de espaldas con un hombre alto a su lado, ambos cogidos de la mano.

—Muy bonito, hijo.

El niño sonrió, y también lo hizo muy despacio, aferrado a la cintura de su

madre y sin apartar la vista de Jim, con aquellos ojos vivarachos que parecían... diferentes.

Un dulce aroma invadió la habitación. Jim deslizó la mano por encima de las sábanas blancas y mortecinas de la cama hasta tocar el rostro de su hijo. El niño lo miró fijamente cuando sintió la calidez de los dedos de su padre rozando su mejilla. Cerró los ojos y su gesto se contrajo. Fue solo un instante. Cuando los abrió de nuevo y miró a Elisabeth, esta supo que ocurría algo.

—¿Qué sucede, Jim?

Este se levantó casi a trompicones de la cama y se alejó de ellos, mientras Jimmy enterraba su pequeña cabecita llena de rizos en los pliegues del vestido de su madre. Jim levantó la mano para que ella guardara silencio y habló:

—Jimmy.

Pero el niño no lo miró. Seguía arrullado por Elisabeth, que, muy atenta a los gestos de su marido, lo aferró con más fuerza contra ella y le besó la cabeza.

—Jimmy —repitió. No obtuvo la más mínima señal de atención por parte del niño—. Lucien —dijo entonces.

El niño volvió la cabeza saliendo de su estado de ensoñación y parpadeó varias veces, mientras levantaba las cejas y miraba a su padre.

—¿Qué, papá?

—Nada, hijo...

Ambos se miraron. Elisabeth se apartó de un modo instintivo del niño, se inclinó frente a él y sujetó sus mejillas con firmeza. Estaba llorando sin separar los labios, intentando mantener una calma que no poseía para que el pequeño no se asustara o la viera tan afectada como, de hecho, lo estaba.

—¿Lucien? —inquirió con voz temblorosa.

Su hijo asintió enérgicamente.

Elisabeth, con la boca entreabierta y las mejillas sonrosadas por los nervios, desvió la vista hacia su marido y se mantuvo inmóvil. La cabeza del niño aún reposaba entre sus manos. En ese mismo momento, el pequeño se apartó con un gesto retozón y se situó en la misma posición, sentado casi sobre la almohada,

con la mesita auxiliar repleta de rotuladores y una serie de folios diseminados por todas partes. Jim, que aún estaba de pie a una distancia prudencial de la cama, volvió a aproximarse al lecho y se sentó, provocando que el colchón se combara por uno de sus lados. El niño lo observó con suma atención. Tenía los ojos levemente entornados y los labios sin ningún tipo de tirantez o tensión. Jim percibió una leve sonrisa, casi imperceptible, en el rostro inocente de su hijo. Era como si el pequeño aguardara pacientemente a que él le dijera algo. Seguía sus movimientos con cierto interés, mientras sujetaba entre sus dedos un rotulador y apoyaba su brazo sobre la mesa.

—¿Lo recuerdas todo? —le preguntó Jim quedamente.

El niño negó muy despacio con la cabeza y mantuvo la vista fija en su padre.

—Por eso te desmayaste y tuviste ese ataque... La energía de Lucien era muy fuerte para tu pequeño cuerpo...

El niño asintió con la misma lentitud y luego se encogió de hombros con un gesto divertido.

—Cada vez recuerdas más, ¿verdad, cielo?

Jimmy volvió a asentir.

—Entiendo —dijo. Miró a su esposa, que permanecía impávida junto al niño, y luego sonrió perezosamente—. Ese era tu fin..., recuperar la vida... Señor..., qué idiotas hemos sido. ¿Cómo no caímos en esto? —susurró.

Los recuerdos y la voz de Lucien frente a la carpa aquella nefasta noche de hacía cinco años le atravesaron la cabeza como cuchillas afiladas: «el cruce de caminos»; «la vida y la muerte»; «No puedo amar como tú. No puedo formar una familia. Estoy condenado a vagar como un alma desamparada mientras observo cómo todos los demás viven, Jim. ¡Viven!».

Se levantó muy despacio mientras intentaba mantener la calma y miraba a su hijo. Se llevó la mano al pecho, avanzó hacia la puerta y, observando cómo el niño volvía su atención hacia el papel y sus rotuladores, salió al pasillo y se apoyó contra la pared. Se iba a desmayar, se derrumbaría en ese mismo instante y se dejaría los dientes sobre el suelo. Una vez más la voz de Lucien le atravesó

el corazón y su dulce aroma envolvió toda la estancia: «Yo tenía talento... Podía haber logrado muchas cosas...».

En aquel momento, en la acogedora seguridad que le confería aquella clínica, se sintió desprovisto de todo, su mente estaba agotada. Contuvo el aliento con un suspiro profundo y melancólico. El hombre de color al que había visto en la sala de espera, junto a la máquina de café, se alzaba frente a él. Su figura estilizada y casi colosal se mantenía firme e inmóvil. Alzó la cabeza hacia él sin separar la espalda de la fría pared y lo miró con recelo. No era un hombre mayor, era quizá más joven que él, pero cuando sus miradas se cruzaron, pareció asustarse y dio un paso hacia atrás. Sabía qué era y le temía.

—Váyase de aquí —le instó Jim con un hilo de voz.

El hombre, cuyo traje parecía vibrar por los nervios, se aproximó un poco más. Sacó un pañuelo, se secó la frente y se aclaró la voz.

—Señor Allen —dijo con un claro acento francés—, la institución Morguetto no es lo que fue hace un siglo. Sus descendientes han sabido enterrar las prácticas oscuras y las aberraciones del pasado. Solo deseamos conocer al chico y poner todo lo que esté de nuestra mano para facilitarle cualquier demanda que precise. No desconfíe de nosotros, solo buscamos el equilibrio entre este mundo y el espiritual. Su hijo es excepcional y la prueba en vida de nuestras creencias más ancestrales.

Con torpeza metió la mano en el interior del bolsillo de su chaqueta y sacó una tarjeta, que le extendió con dedos temblorosos. Jim dudó unos segundos, pero la cogió.

—Vayan a vernos, se les recibirá con mucha alegría y nada de esto nunca saldrá a la luz. A nadie le interesa este milagro.

—¿Por qué tendría que fiarme de ustedes? Hace un siglo fueron sus antepasados los que provocaron una tragedia.

El hombre se estremeció y dejó escapar un leve jadeo.

—Tiene razón, pero fueron nuestros espíritus, nuestros *loas*, los que le enseñaron a recuperar la vida que le habían arrebatado. No permita que ese niño

crezca con los recuerdos terribles de Lucien. Conviértale en el hombre que hubiera podido ser.

—Hombres y mujeres extraordinarios para ensalzar el poder de una secta, ¿eso buscan?

—¡No, por Dios! —exclamó ofendido—. Hombres y mujeres como usted y ese niño para hacer que el mundo respete a sus muertos. Para que matar a otra persona no sea tan sencillo para la moral humana, para que entendamos que no somos la especie superior y que Dios existe. ¡Que Dios existe! El respeto por las creencias, *chevalier*. El respeto por los demás y por las religiones y sus espíritus, sus ángeles o como desee llamarlo. La muerte no es el fin. Ese niño es la prueba de ello, que existe esperanza, de que detrás de toda una vida de dolor uno puede elegir, ¡puede vivir!

—Vivir sin miedo a la muerte...

—Porque la muerte es vida, *monsieur*...

Jim se quitó las gafas y se frotó los ojos. Elisabeth había salido de la habitación y él ni se había dado cuenta.

—Pero mi mujer estaba embarazada y Lucien aún estaba aquí.

—Lo sé, *monsieur*, ese es el gran misterio. Quizá podamos ir desvelándolo con el tiempo. Si le sirve de algo, puedo asegurarle que el espíritu se ensambla con el feto alrededor del día cuarenta y ocho o cuarenta y nueve de la gestación. Nuestros estudios así lo han confirmado. Es lo único que puedo decirle.

—Váyase, por favor.

El hombre asintió con elegancia, hizo una reverencia a Elisabeth y se alisó el traje.

—Vayan a vernos —insistió—. Será un honor poder enseñarles en lo que se ha convertido la institución Morguetto.

Jim sonrió con pereza y se guardó la tarjeta en el bolsillo del pantalón. Cuando el hombre se alejó por el pasillo y desapareció tras una de las puertas de doble hoja, miró a Elisabeth y la abrazó.

—Jimmy... Lucien, está vestido ya. Vamos a casa, Jim. Estoy agotada y

necesito ver a la niña.

—Dime qué piensas de todo esto. —Casi se lo suplicó. Asomó la cabeza por la puerta y vio al niño sentado en la cama, con los rotuladores en la mano y la mirada perdida—. Te lo ruego, Elisabeth.

Ella dejó caer los párpados en un gesto casi infantil y ladeó la cabeza hacia la puerta.

—Es nuestro hijo, Jim, sea Jimmy o sea Lucien. Él cuidó de mí y de mi hermana, nos amó y nos acompañó durante toda nuestra infancia. ¿Qué quieres que te diga? Le quitaron todo lo que amaba, Jim, le arrebataron la vida, sus sueños y todas sus aspiraciones, y ahora tiene otra oportunidad de ser el hombre que hubiera sido sin toda aquella tragedia. ¿Crees que no voy a dársela? Nos unió y... —Se le atascaron las palabras y sollozó—. Es cierto que cometió muchos errores y que casi quema el pueblo entero —bromeó llorando—, pero ahora está aquí. Logró lo que buscaba y lo único que pide es vivir. Una vida, Jim. Su vida.

—Gracias, Elisabeth —le respondió él.

Ella arrugó el ceño en señal de sorpresa y sacudió la cabeza.

—¿Por qué?

—Porque necesitaba escuchar eso. Porque pienso lo mismo y no hubiese soportado no tenerte a mi lado en esta situación.

Elisabeth rompió a llorar.

—¡Oh, Jim!

—A tu madre le va a dar un infarto y no quiero ni imaginarme la cara de Carlota cuando el niño empiece a recordar todo. Creo que esto sí va a ser toda una aventura.

Elisabeth soltó una deliciosa carcajada. Cuando vio a Lucien delante de la puerta con la mano extendida hacia ella, se enjugó las lágrimas y lo cogió en brazos.

—¡A casa, campeón!

Avanzaron por el pasillo en dirección a la salida y, cuando estaban a punto de

llegar a la puerta, volvieron a ver al hombre de color en la entrada. Se percató de que Jimmy lo miraba con cierta curiosidad y que le sonreía. El hombre esbozó una sonrisa franca. Sin mucho más preámbulo, les abrió las puertas de cristal y salieron dejándole atrás.

—Ese señor entró en mi habitación —dijo el niño.

Jim estaba abriendo la puerta del coche. Cogió a su hijo en brazos y lo acomodó en la silla de seguridad mientras le ajustaba el cinturón y los tirantes.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—¿Y qué te dijo?

—Que tenía que ser bueno y no pensar en las cosas malas.

—Es un buen consejo, deberías hacerle caso.

—Me dijo que me comprarías un violín. ¿Me lo comprarás?

Jim asintió y le besó en la nariz.

—Claro. Un violín, cómo no...

Cerró la puerta y soltó una suave risa. Elisabeth ya había subido al coche y se acomodaba pacientemente, al tiempo que se arreglaba el maquillaje delante del espejo del retrovisor.

Mientras avanzaban por el aparcamiento y tomaban la salida que daba a la plaza central observó el monumento de mármol y cemento que recordaba aquella noche en la que había hablado por última vez con Lucien. Deslizó el espejo retrovisor hacia abajo y observó al niño y sus pequeños ojuelos clavados en él, con aquella expresión tan familiar y maliciosa que había conocido tiempo atrás. Una vida, pensó. Una vida sin todo ese dolor, sin todas aquellas pérdidas y con la clara posibilidad de demostrar al mundo que poseía un gran talento y algo hermoso por lo que recordarle. Una familia, un nuevo amor y cientos de vivencias por delante. Ahí estaba Lucien, vestido de niño, creciendo lentamente desde la pureza y la inocencia de un cuerpo nuevo que tarde o temprano se le antojaría pequeño, pero con un mundo entero a sus pies. Lo vio sonreír de

aquella manera tan especial y suya. Desvió sus ojos de gato hacia un lado y pareció suspirar de placer.

—Gracias, mamá —dijo entonces.

Elisabeth se giró sorprendida. Tenía aún las mejillas encendidas y sus labios se apretaron en un rictus de dolor y de amor.

—Tesoro, ¿por qué dices eso?

Lucien mantenía la vista hacia la ventana y su voz sonaba más clara, más adulta e inteligente.

—Porque cumpliste tu promesa —murmuró—. Me prometiste que nunca dejarías de amarme y así ha sido.

El nuevo y terrorífico *thriller* de la autora de *Lo que habita dentro*, la novelista española a quien todos comparan con Stephen King



Penny murió a las tres de la mañana. En ese momento, el viejo reloj del pasillo se paró en casa de las hermanas Morelli, la noche se volvió más oscura y la señora Owens oyó que alguien llamaba a su puerta.

A la misma hora, el sheriff observaba con atención el viejo aserradero de Bridal Veil. Había visto una pequeña luz en uno de los cristales rotos, pero no estaba seguro. Aquella noche no era capaz de conciliar el sueño.

Y no muy lejos de allí, en una cabaña recién alquilada, el escritor Jim Allen dormía plácidamente, como casi todos los demás. Por eso no vio la figura alargada y oscura que pasó muy cerca de su ventana.

Algo había cambiado esa noche en el pueblo de Point Spirit. Algo que iba a perturbar sus vidas aunque ellos aún no lo supieran.

Sí. Penny había muerto. Justo a las tres de la mañana. Cuando todo comenzó.

Malenka Ramos nació en 1978 en Asturias y se enamoró de la literatura el mismo día que comenzó a leer *La Ilíada* en la biblioteca de su padre. Escritora en foros de relatos y cuentos, su trilogía erótico-romántica *Venganza* suma más de un millón de lectores en la red.

Sin embargo, su verdadera pasión son los *thriller*, cuyos personajes combinan la ferocidad del ser humano con la humanidad que es capaz de enamorar a un lector exigente. Su primera novela de intriga, *Lo que habita dentro* (Ediciones B, 2017), obtuvo una calurosa acogida entre los lectores.

Edición en formato digital: junio de 2018

© 2018, Malenka Ramos

Publicado por acuerdo con Sandra Bruna, Agencia Literaria

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / S. Gómez, G. Pellicer

Fotografía de portada: © ThinkStock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-666-6388-5

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

El que susurra

Primera parte. «Hola»

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Segunda parte. «Danzad, malditos»

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Tercera parte. Cruce de caminos

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Sobre este libro

Sobre Malenka Ramos

Créditos